

José María Buceta



2^a
edición

*Quién no tenga
un cable cruzado
que tire la
primera piedra*

Prólogos de
Isabel Ordaz y Alicia Mariño Espuelas

Dykinson - Novela

**Quien no tenga un cable cruzado
que tire la primera piedra**

José María Buceta

**Quien no tenga un cable cruzado
que tire la primera piedra**

José María Buceta

*Prólogos de
Isabel Ordaz y Alicia Mariño Espuelas*

DYKINSON-NOVELA

1ª edición. 2012
2ª edición. 2013

© Copyright by
José María Buceta
Madrid, 2012

© *Dibujo cubierta*: Antonio Parrón Solleiro

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

Consejo editorial véase www.dykinson.com/quienessomos

ISBN: 978-84-9031-301-5

Preimpresión por:
Besing Servicios Gráficos S.L.
Teléfono (91) 855 14 64

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*“Tengo una pregunta que a veces me tortura:
¿estoy loco yo o los locos son los demás?”*

Albert Einstein

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición (<i>Alicia Mariño Espuelas</i>)	9
Prólogo a la primera edición (<i>Isabel Ordaz</i>)	11
1. Afrodita.....	13
2. El sustituto	33
3. El pack de la tranquilidad	61
4. Cita a ciegas	83
5. La mejor terapia.....	115
6. Una decisión trascendente.....	141
7. Un padre orgulloso	149
8. Los celos matan.....	179
9. Cuernos.....	195
10. Empanada mental	227

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Cuando leí *Quien no tenga un cable cruzado que tire la primera piedra*, de José María Buceta, deseé que el conjunto de relatos que componen esta obra tuviera larga vida, que siempre estuviera disponible en librerías para ese lector anónimo con el que todos los que amamos la lectura nos identificamos. Ese deseo se ha cumplido, y hoy asisto feliz a través de estas líneas a la publicación de la segunda edición. No me extraña que se haya agotado la primera, porque el cóctel de historias que nos regala José María en este libro tiene el sabor de la sonrisa, la risa, la carcajada, la ternura y la ironía sana, todo ello con burbujas de guasa por doquier, servido en la magnífica copa de la diversión benéfica.

Hoy prolifera el humor cáustico, la risotada a costa de ridiculizar a los demás. Sin embargo, José María Buceta sabe ser original en este libro, pues demuestra que es posible el humor, me atrevería a decir que el *superhumor*, sin necesidad de reírnos de nadie, tan sólo adquiriendo distancia respecto a lo que somos, reconociendo nuestras neuras, obsesiones y angustias y sublimándolas en el exceso que provoca la irrisión de uno mismo. *Quien no tenga un cable cruzado que tire la primera piedra* es humor puro, del mejor, del que acostumbran a manejar los grandes maestros. El desternillante disparate de alguna de las historias que recoge este libro me hace pensar en la extravagante maestría de Gómez de la Serna, pero la sutileza y la dulzura que esconden todas ellas me recuerdan la sabiduría de mi querido amigo Antonio Mingote y el dominio del género de uno de los grandes, Wenceslao Fernández Flórez. Este gallego afincado en Madrid, todavía recordado por los amantes del Humor con mayúscula, leyó su discurso de entrada en la Real Academia Española enumerando las características, difíciles de alcanzar, que debe tener el humor puro, el humor que no hiere, ese humor que deleita el espíritu sin acidez y que sólo se produce en las grandes literaturas con solera, siempre elaborado por creadores con inteligencia y sensibilidad. La

inteligencia y la sensibilidad que en esta su primera obra de humor nos muestra Buceta y cuya segunda edición celebramos.

A José María deseo agradecerle los buenos ratos y el subidón anímico que me provoca la escritura humorística contenida en este libro. Y a ti, querido lector, te recomiendo que pruebes cuanto antes este cóctel, porque en cuanto lo hagas, a pesar de las dificultades que nos invaden a todos, te proyectarás en una nueva dimensión de simpatía y optimismo. Brindo por ello: *ilarga vida a estos cables cruzados!*

Alicia MARIÑO ESPUELAS

*En Madrid, a 4 de noviembre de 2013,
un mes después del Día de la Sonrisa*

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

A mi parecer, la comedia es un territorio tan amplio que sería casi imposible definirla en algunas pocas líneas. Existe la alta comedia, la comedia romántica, comedia de situación, farsa, sátira, el esperpento, la tragicomedia, hasta las tiras cómicas de los tebeos son comedia ¿no? Y ahora lo que está muy de moda es la comedia política, creo.

El humor, sin embargo, me parece a mí más como un estado de ánimo, un “humus” por el que la persona se dejara poseer, dotándola a ésta entonces de un punto de vista más amable, relativo y simpático sobre el mundo y sus cosas.

Y esto creo ver en estos relatos breves de José María Buceta sobre los cables cruzados y las primeras piedras, título que en sí mismo ya anticipa la disposición de ánimo del autor, su “humus”, y desde luego su alto humanismo bíblico-contemporáneo.

Pero lo que más me ha gustado de su lectura ha sido encontrarme con unos relatos cuya comicidad o sentido del humor no es, en ningún caso, a costa de los personajes sino a pesar de ellos. Personalmente es el humor en el que más creo y con el que más disfruto, aquel que surge a pesar de los personajes y sus circunstancias e incluso, yendo más lejos, aquel que se remonta por encima de una pena o de un dolor (de ahí la clásica lágrima oculta que todo payaso lleva dentro) y que como un canto a la vida, apuesta por la sonrisa.

Creo honestamente que toda comedia lleva una tragedia implícita, por eso nos reímos viendo las desgracias de otros, porque en el fondo nos sabemos iguales, el otro es uno, los otros somos todos y reír, también lo sabemos, no lo podemos hacer solos.

Por lo tanto, enhorabuena por tu libro, Jose María, eres un humanista, “con los cables cruzados”, pero humanista al fin y al cabo.

Isabel ORDAZ

Madrid, 22 de Noviembre de 2012

1

AFRODITA

*“Si tu inconsciente calla, respeta su silencio;
pero si quiere hablarte, ábrele la puerta (sin darle la llave)”*
Dr. Klaus Trofowik, psicoanalista polaco (1932)

Cenábamos en una confortable mesa de ese restaurante que tanto nos habían recomendado. Hacía tiempo que no nos veíamos y recordábamos, una tras otra, anécdotas divertidas que habíamos compartido en el pasado. Súbitamente, la conversación se detuvo cuando apareció ella por la puerta que nos enfrentaba. Majestuosa, deslumbrante, inmensamente bella, nos dejó a todos boquiabiertos. Llevaba un fino vestido blanco “palabrita de honor” que acentuaba sus hipersensuales hombros bronceados por el generoso sol del verano y dejaba vislumbrar hermosos senos que no pasaban desapercibidos. Llegó con su acompañante, marido o novio seguramente, pues no era dama de estar sola y acudir a lugares públicos sin sólida escolta, so pena de desinhibir el instinto cazador de los depredadores.

El azar, ¿aliado o enemigo?, hizo que se sentara frente a mí, con el afortunado guardián dándome la espalda; así, pude disfrutar de su sensual hermosura, realzada con cada gesto de sus expresivos ojos verdes y esa seductora sonrisa que transmitía tanta pasión. También me fijé en sus elegantes manos. Era imposible no hacerlo. Sus dedos largos y delgados, sin joya alguna que habría quedado eclipsada, desembocaban en cuidadas uñas de rojo vivo que destacaban, aún más, su mágico atractivo.

Mis amigos continuaron magnificando esas hazañas nostálgicas de otro tiempo, pero mi atención estaba dividida... Bueno, en realidad no lo estaba: aunque aparentaba escuchar las divertidas historias, se había focalizado en esa afroditita de luz tan cegadora. Sentí que no era dueño de mi voluntad, que sólo deseaba servir a la diosa como leal esclavo. Me conformaba con estar cerca y poder contemplarla, adorarla, venerarla en su altar. No aspiraba a tocarla. Comprendí que habría sido un acto vulgar, un sacrilegio. Ella estaba por encima del deseo carnal: inspiraba mi admiración y mi devoción; reclamaba mi entrega completa.

No sé cuanto tiempo pasó, porque había perdido la noción de lo terreno, pero recuerdo al camarero sirviendo la comida a mi venerada divinidad. ¿Las diosas comen?... Supongo que también sirvió a su leal custodio, aunque de éste me había olvidado por completo. Sólo existía ella. De pronto, mi acelerado corazón palpité aún más: como jamás antes se había expresado; mis piernas temblaron compulsivamente, y un sudor helado invadió mi cuerpo. Sin poder evitarlo, grité hacia dentro con toda la fuerza que pude recabar: ¡No! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡Nooooo!

El desesperado aviso telepático no llegó a tiempo. Con su distinguida mano derecha había agarrado el cuchillo por el centro, a modo de puñal, y ayudada por el tenedor, asido por la izquierda con la misma técnica, partía el entrecot con ferviente empeño. Después, bajó la cabeza hasta el plato e introdujo la pieza en esa boca sagrada que había sido mi perdición. Mientras masticaba, siguió sujetando los utensilios sin posarlos en el plato. Atónito, vi cómo hablaba a su compañero al tiempo que todavía desmenuzaba la res; y comprobé cómo hacía volar los cubiertos acompañando los expresivos gestos de esas cuidadas manos que tanto había admirado. El encanto de la diosa se había derrumbado. Su magia se había transformado en un afligimiento profundo que me hacía ver

el mundo oscuro y sin esperanza. ¡Dios no existe!, deduje, ¡todo es un gran engaño!

Pedí a uno de mis amigos que me llevara a casa. No podía conducir; ni siquiera hablar; y mis ojos estaban cegados por esa visión diabólica. Durante algún tiempo, el traumático recuerdo me negó la comida, y la depresión severa sujetó mi cuerpo a la cama.

Guillermo, uno de mis mejores amigos, se quedó muy preocupado tras varias llamadas de teléfono en las que apenas pudo arrancarme dos o tres monosílabos; y una tarde, se presentó en mi casa.

— La verdad, no sé por qué estás así — dijo tras un breve preámbulo en el que habló de cosas de las que no me acuerdo — Debiste comer algo en mal estado... seguro que fue una de esas ostras... ya sabes que cuando se pilla una mala...

— No es eso, amigo — intervine con voz muy lenta, más por cortesía que por ganas de conversación.

— Entonces, no te entiendo, chico... Estabas estupendamente y de pronto este bajón...

(No dije nada; ni siquiera levanté los ojos del suelo).

— ¿Has probado a tomar Quilebrizin? — me preguntó.

(Le miré un segundo para señalarle con un gesto que no sabía de qué me estaba hablando).

— Sí, hombre; Quilebrizin es una medicamento muy bueno — aclaró — Sirve prácticamente para todo... para erradicar cualquier elemento nocivo que perjudique la salud (esto último lo leyó en un prospecto que sacó del bolsillo).

(Ni me inmuté).

— Mira, no creo que estés loco... de eso nada... pero algo raro te pasa y no puedes seguir así. Y si no quieres tomar Quilebrizin, necesitas ayuda profesional... Uno de mi trabajo me habló de un famoso doctor que es un crack en lo de las pajas mentales... Ha recibido varios premios internacionales... incluso creo que le dieron un Froi o Froid o como se di-

ga, que es como el Óscar para ellos...Mira, aquí tengo su tarjeta: el doctor Fabio Rigoberto Cuenttini.

(Continué sin decir nada; aunque esta vez le miré para ver si iba en serio; y sí iba).

— Ha tratado al cuñado de un amigo de un vecino suyo... y el tío salió encantado... ¡Ah! y curó a una cantante bastante conocida... no recuerdo ahora el nombre... isí, hombre!... una que estaba muy traumatizada por el palo que le dieron en el festival de Eurovisión ¿no te acuerdas?... Esa a la que sólo votó Portugal y quedó la última...No ha vuelto a actuar ante el gran público, pero este doctor consiguió que cantara el cumpleaños feliz en el aniversario de una tía segunda que tenía ese antojo... ¡Tienes que ir a verlo!

Estuvo dos semanas insistiéndome; y harto de que no le hiciera caso, concertó la cita y me lo dio por hecho. No pude negarme. Hasta me llevó en su coche y me acompañó en la sala de espera. Ya en el diván, al escuchar la pausada voz del especialista pidiéndome que le hablara de lo que me sucedía, se exacerbó la desgana que me acompañaba y una pesada pereza invadió mi voluntad de participar. Quise levantarme e irme; pero valoré el esfuerzo de mi amigo y no quise defraudarle. Sólo por eso, decidí colaborar un poco; y le conté a ese seguidor aventajado del gran Freud lo que me había pasado.

— Dígame, Vicente (así me llamo yo)... ¿sus padres fueron muy estrictos con usted cuando era pequeño? — fue su primera intervención tras mi relato.

— ¿Estrictos?... no sé... no creo... lo normal, supongo...

— ¿Le castigaban mucho?... Piénselo bien, Vicente...

— No sé... alguna vez sí, claro... pero mucho, mucho, yo diría que no... como a cualquier chico, supongo...

El laureado psicoanalista guardó un prolongado silencio que estuvo a punto de conducirme al sueño... hasta que por fin, habló de nuevo:

— ¿Está seguro, Vicente?... Tómese tiempo para recordarlo... No tenemos prisa...

Ahora sí que me quedé dormido; y los ronquidos alertaron al doctor Cuenttini de que, probablemente, debía cambiar de estrategia. Su primera medida fue subir el volumen de la voz para regresarme a la vigilia:

— ¡Vicente! concéntrese, por favor... trasládese a su infancia y dígame si sus padres le castigaban mucho...

Dedicamos seis o siete sesiones de más de dos horas a descubrir esta trascendente respuesta...pero no lo logramos; y me sentí muy culpable... Lamenté que mis padres no me hubieran castigado de forma severa y continuada, pues así seguro que me acordaría y podría funcionar la terapia; pero el caso era que según decía mi psicoanalista — y tenía que ser cierto, viniendo de alguien con tanta fama — mi memoria se negaba a recordar para protegerme, y las sólidas barreras psicológicas que mi inconsciente había construido, nos impedían el paso... por lo que no había más remedio que derribarlas... aunque para ello necesitásemos algunos años.

Una mañana, sin saber por qué, desperté con otro talante. Había dormido sin interrupciones, algo que no era frecuente, y recordaba haber tenido un sueño agradable, aunque no de qué se trataba. Intenté recordarlo amarrándome a las borrosas secuelas que vagamente vislumbraba...pero nada. Se disipaban cuando parecía que me acercaba, y terminaban desapareciendo.

— Vicente, estamos avanzando — sentenció el doctor, viendo (o queriendo ver) algo de luz — A través del sueño, la parte amiga de su inconsciente quiere revelarle algo de su pasado... algo que le pueda ayudar... pero hay otra parte hostil que reacciona virulentamente para impedirlo... y por eso no recuerda nada... ¿comprende?

— ????????

— Ahora sabemos que en su inconsciente se libra una dura batalla...y este es un hallazgo de gran trascendencia... Vamos por el buen camino...

La verdad es que no comprendía nada de lo que el eminente doctor Cuenttini veía tan claro; pero él era el sabio; y por algo tendría el reconocido prestigio que se le atribuía. Desde luego, algo estaba pasando: había recuperado parte de la energía perdida y volvía a interesarme por cosas que hacía tiempo había abandonado; hasta recobré las ganas de merendar y volví a llamar a “Tele Bollería Fina” para que me trajeran las caracolas que tanto me deleitaban. Un síntoma de mejoría bastante significativo fue que acepté salir con mis amigos. Me habían insistido mucho, y siempre me había excusado con cualquier motivo; pero esta vez, sin pensármelo, les di el sí y fuimos a tomar unas copas. Bien aleccionados por Guillermo, ninguno quiso sacar el tema en las dos primeras rondas; pero acabándose la tercera, la desinhibición ascendente tomó las riendas:

— ¿Y cómo vas con el loquero ese, Vicen? — preguntó uno de ellos, rompiendo el hielo — Yo no creo mucho en esos psiquiatranalistas o como se llamen, te soy sincero ¿vale?... pero si a ti te van bien todos esos rollos, de verdad que me alegro por tí ¿vale?

— ¡Pero qué dices, hombre! — salió al quite Guillermo — Si está mucho mejor; acuérdate hace seis meses, cuando pasó todo.

— Mirad tíos, yo tampoco me trago eso de los psiquiatras, pero leí en un chat que se ha demostrado que todos estamos un poco tarados ¿no? — apuntó otro — Pero que eso va por rachas ¿no?... y ahora te ha tocado a ti, Vicen; pero se pasa la racha y punto ¿no?

— De tarados nada ¿vale? — intervino el primero (al que decimos Pepín) — Yo no estoy tarado ¿vale? y vosotros tampoco ¿vale? Y tu Vicen tampoco ¿vale?.. Se te han cruzado los cables y punto; eso es todo ¿vale?

— Cállate Pepín, coño... que no sabes ni lo que dices — le interrumpió Guillermo — El que tiene los cables cruzados eres tú, itoligo!

(Todos, también yo, reímos a carcajadas).

— Vicen, tu siempre has sido un fetichista ¿no?... sí, hombre; con eso de las manos de las tías... y que si los hombros, los zapatos de tacón, los tirantes del sujetador... siempre estás con esas cosas ¿no?... reconoce que eres un poco raro con todos esos rollos ¿no?... y eso es lo que te ha pasado ¿no?... te encoñaste con las manos de esa tía ¿no?... y después, mira por donde... resulta que coge mal los cubiertos ¿no?... y tú te hundes ¿no?... menuda putada ¿no? — Paquito lo tenía claro.

— ¿Fetichista? ¡Pero qué dices! — sentenció Pepín, a quien las burlas envalentonaban — No tienes ni puta idea ¿vale?... Vicen es un perfeccionista ¿vale?... y por eso está así ¿vale?... No admite que una tía guapa se meta los dedos en la boca para quitarse los restos de comida; o que se le vea un diente de oro, aunque sea de veinticuatro quilates; o que tenga mocos, o ventosidades, o voz de pito ¿vale?... quiere que las tías sean perfectas ¿vale?...

— Vicen, eres un iluso ¿no?... ¿Cómo puedes pensar que hay tías perfectas?... Yo no conozco ninguna, jajaja... si buscara una tía perfecta no me comería una rosca ¿no?

— Mira, Vicen — volvió a tomar el turno Pepín — cuando yo salgo con una tía no me fijo en esas cosas ¿vale?... Me fijo en sus tetas ¿vale?... y me da igual que sean grandes o pequeñas, porque siempre me fijo ¿vale?... Pero yo que sé cómo coño cogen los cubiertos... y si se limpian con la mano los restos de mayonesa, me la trae... ¿vale? La verdad es que eres bastante raro ¿vale?

— Lo que pasa es que es un romántico — intervino Guillermo — y cree que hay una princesa esperándole... ¿verdad, Vicen?

— Bueno... — me decidí por fin, abrumado con tanto comentario — Lo que me pasa es que en mi inconsciente se libra una gran batalla.

— ??????????????????

Se quedaron paralizados; sin saber qué decir; con una sonrisa forzada y mirándose de reojo; esperando que se lo aclarara. Se les notaba tensos y preocupados; se temieron, y así fue, que lo hubiera dicho en serio.

— Ves; ya dije yo que éste está taladrao ¿no?— sentenció Paquito en voz baja junto al oído de Pepín, procurando que yo no le oyera. (Éste, discretamente, asintió).

— Tengo sueños y luego no me acuerdo — continué explicando — Y por lo visto, cuando era pequeño mis padres eran muy estrictos y me castigaban... pero tampoco me acuerdo de eso... Mi memoria me protege de esos recuerdos.

— Está como una chota; peor de lo que pensábamos ¿vale? — ahora fue Pepín quien susurró al oído de Paquito.

— Me gustaría saber lo que sueño; eso me daría pistas — apunté, esperanzado.

— Vicen, a ti lo que te hace falta es correrte una buen juerga ¿vale? ... y dejarte de tonterías de esas ¿vale?... si una tía mastica con la boca abierta, pues es una guarra y punto ¿vale?... no hay que darle más vueltas ¿vale?... que te estás amariconando ¿vale?

— Eso, eso — saltó Paquito con mucho entusiasmo — Una buena juerga y se acabaron el fetichismo ese, el perfeccionamiento y todas esas payasadas ¿no?... Podemos llamar a Rosa y a sus primas ¿no?... Había una que estaba deseando enrollarse contigo ¿te acuerdas?... Para que no haya problemas, te olvidas de sus manos y quedamos después de cenar ¿no?... Seguro que mojas ¿no?

— No sé si podré, amigos — reaccioné asustado y muy poco dispuesto a intentarlo — Tengo miedo a no ser capaz de... en mi situación puede pasar... el doctor me lo ha dicho...

— ¿Pasarte el qué? ¿Qué quieres decir? Habla claro ¿vale?

— Pues eso... que no se me ponga... Mi psicoanalista me ha pasado un libro que el mismo ha escrito: "Freud y los Gattillazos". Es un coñazo, pero revela cosas que me afectan mu-

cho... Si algún día tenéis problemas con vuestro "rendimiento" (utilicé los dedos para entrecomillarlo)... ya me entendéis... os lo recomiendo.

(Ninguno se dio por aludido).

En ese libro se explica todo eso... Es muy frecuente pinchar cuando en el inconsciente no hay paz... como me pasa a mí... y claro, si me ocurriera eso con la prima de Rosa o con cualquier otra, sería un nuevo fracaso, una nueva frustración, un nuevo castigo a mi "machus ego"... y eso podría provocar que se hiciera más fuerte el odio que le tenía a mi padre...

— ¡Joder! ¿Odiabas a tu padre? ¡Pero que te hizo, hombre?! — reaccionó Paquito, sobresaltado.

— Bueno... yo no me acuerdo... pero según el doctor podré descubrirlo si sigo con la terapia doce o quince meses más...

— ??????? (estaban alucinados; no sabían qué decir).

— Lo que más me molesta es que me lo digan ahora — añadí, lamentándome — cuando el pobre de mi padre lleva muerto siete años y ya es tarde para pedirle perdón y que él pueda explicarme por qué me castigaba tanto.

— Cuánto lo siento ¿vale? No sabía que tu padre te había castigado tan duro ¿vale? Debiste ser muy infeliz; el maltrato es algo horrible ¿vale? y ningún niño debería ser castigado ¿vale?

— Bueno... tampoco lo recuerdo mucho, la verdad...

— Ufff, qué mal rollo ¿no?... y eso de echarle las culpas a los muertos... no está bien ¿no?... y además da yuyu ¿no?

— Sí, sí; es cierto... Vicen, deja tranquilo a tu padre ¿vale?; lo pasado, pasado está ¿vale? y él ya está muerto ¿vale?

— Eso, eso — se adhirió Paquito — Y de esto no le digas nada a tu madre; pobrecilla ¿no?; a ver si a la mujer le va a dar algo ¿no?

— Claro, claro — asentí, totalmente de acuerdo — Por supuesto que no le comento nada a mi madre... ¡Ni siquiera

me atrevo a hablar con ella desde que sé todas estas cosas de mi pasado! ¡Hasta me cuesta mirarla a la cara!

— Pero hombre, Vicen; tampoco es eso ¿vale? Que es tu madre, tío ¿vale? — saltó Pepín.

— Sí, sí, lo sé... pero es que dice ese libro que la razón por la que yo odiaba a mi padre podría ser que quería acostarme con ella...

— ¿Con tu madre? ¡Pero qué dices, pervertido!... Joder, macho; sí que estás tarado ¿no?

Al llegar la noche, ansié volver a dormirme. Tenía claro que la clave estaba en averiguar qué estaba soñando; en qué consistían esos sueños que podían ser la causa de que cada día me levantara con mejor ánimo. Decidí poner el máximo empeño para poder recordar; pero el estado de alerta dificultaba que me durmiera; y cuando esto ocurría, ya no controlaba nada. A la mañana siguiente, despertaba contento; pero era incapaz de acordarme de un solo detalle.

Le pedí a Guillermo que se quedara conmigo y me vigilara mientras dormía. Un favor muy grande, claro, que sólo podía solicitar a mi mejor amigo. Su misión consistía en estar despierto y detectar señales de agitación que pudieran indicar la posible presencia de un sueño. Había leído en internet que los sueños más intensos, los que más impacto tienen, se reflejan en los movimientos del cuerpo; y si lo decían en las redes sociales, seguro que era cierto.

Guillermo tomó dos *Nespressos*, y por si necesitaba más, llenó un termo con otras cuatro unidades que llevó con él. Cuando me acosté, se sentó junto a mi cama en una posición que le permitía observar cualquier movimiento desde mis pies hasta el último cabello. Para hacerlo más llevadero, disponía de un Ipad con algunas películas, música de todo tipo y múltiples crucigramas; si bien tenía claro que no debía distraerse del cometido que tenía asignado: despertarme en cuanto detectara algún movimiento. Entonces, yo tendría la

oportunidad de recordar mi sueño y apuntarlo en un cuaderno que esperaba impaciente en la mesilla de noche. Todo estaba meticulosamente preparado. Tardé en dormirme más de dos horas, y tras conseguirlo, Guillermo me despertó tres veces en la siguiente media.

— ¡Vicen!, ¡Vicen!... ¡Despierta, Vicen!

— Ahh, ahh, sí... dime, dime...

— Vicen, te has movido... te has movido — repitió emocionado — Corre, corre; apunta en qué estabas soñando...

— ¿Soñando?... No me acuerdo de nada... ¿Seguro que me he movido?

— Sí, sí... has movido las piernas y te has dado la vuelta...

Lo que quedaba de noche — pasaban ya las dos de la madrugada — transcurrió sin más interrupciones. Poco antes de las ocho, los rítmicos ronquidos de Guillermo fueron el canto de un gallo que dormía como un bendito.

— Guiller, Guiller... ¡Guillermo!

— Eh, eh... Ah.. Vicen... he tenido un sueño... voy a apuntarlo... dame el cuaderno...

— ???

— He soñado con esa alemana que me ligué en Torrevieja ¿te acuerdas?... déjame que lo anote...

— Pero Guiller ¡coño! — reaccioné enfurecido — ¿Para qué quieres anotar eso?... Se supone que estabas aquí para despertarme... Yo soy el que tiene que apuntar lo que sueño, ¡coño!... y no me acuerdo de nada... y tú no me has despertado ¡joder!

Después me sentí culpable. Aunque mis padres me hubieran maltratado de pequeño con una educación muy estricta y severos castigos, no tenía derecho a hablarle así a mi mejor amigo, que encima me estaba haciendo un favor. Me sentí un ser despreciable; digno de esas terribles penitencias que mi inconsciente no me dejaba recordar. Cierto que Guillermo no había cumplido su misión; pero lo que más me había mo-

lestado era que él se había acordado de su sueño, y yo imaldito inconsciente!, continuaba en blanco.

— Su amigo puede recordar los sueños porque su inconsciente está en calma; quizá sólo sea una tregua, ¡quién sabe!, pero de momento parece que no hay una lucha interna — explicó Cuenttini — Al contrario de lo que le pasa a usted, Vicente: la batalla en su inconsciente es muy intensa, muy dura, muy cruel, muy sangrienta... Pero estamos avanzando... es sólo cuestión de meses...

Decidido a no quedarme esperando, vi en internet el anuncio del “Instituto Ibérico de Psicofisiología Avanzada del Sueño Nocturno y Diurno”; y allí acudí. Me explicaron que no se ocupaban de lo que se sueña, sino del insomnio y otras cosas así; pero me hablaron de las distintas fases del sueño y de un aparato que podía detectar las que llamaban fases REM, en las que al parecer se sueña más. Me pareció fantástico. Si lo utilizaba durante varios días —pensé— podría saber, más o menos, las horas en las que llegaba el REM ese; y después sólo necesitaría poner el despertador, justo en esos momentos, para anotar rápidamente mis sueños. Sin dudar, llegué a un acuerdo de cincuenta euros con un becario que parecía muy puesto en lo del aparato, y puse el plan en marcha.

Los datos obtenidos fueron contundentes. Había varias fases REM, pero la que se repetía consistentemente se situaba entre las cuatro y diez y las cinco cuarenta de la madrugada. No perdí más tiempo. La noche siguiente cené ligero, me acosté sobre las once y media, preparé el cuaderno y el bolígrafo en la mesilla y puse el despertador a las cinco. Estaba expectante; deseando que llegara el momento; y quizá por eso tardé en dormirme. Pero finalmente caí frito; y hasta debí roncar como, según decían, solía hacerlo.

A las cinco en punto, sonó el despertador y abrí los ojos. Nada. No recordaba absolutamente nada. ¡Coño! Pero la paciencia y la perseverancia son dos grandes virtudes que con-

ducen al éxito (recordé un cursillo que había hecho y varias frases inspiradoras en twitter) y continué con el experimento. Por fin, una de esas noches el coco se portó bien y retuvo algo: cogí el bolígrafo y lo plasmé en el papel.

— Esto es lo único que encontré en el cuaderno por la mañana — informé al doctor Cuenttini mientras se lo entregaba — Una imagen confusa... pero dándole muchas vueltas creo que era ella... ¿Lo ve?, así lo anoté... luego vi en internet que era como la estatua de la Venus de Milo que está en el Louvre... así, sin brazos... la diosa Afrodita...

— Muy interesante, Vicente... muy interesante...

— ¿Cree que tiene alguna explicación, doctor?

— Todo tiene explicación, Vicente; pero tenemos que encontrarla, y eso llevará algún tiempo...

Animado por el notable avance que había conseguido, continué poniendo el despertador en el periodo crítico de esa fase REM que resultaba tan productiva; eso sí, cambiando la hora: un día a las cinco, otro a las cuatro y media, otro a las cinco y cuarto... y siempre con el cuaderno y el bolígrafo listos para plasmarlo todo inmediatamente. Los resultados eran muy desiguales. Algunos días, los más, seguía sin acordarme de nada; y eso me corroboraba que lo de las barreras de mi inconsciente iba muy en serio. Pero otros días, que alimentaban mi ánimo, era capaz de quedarme con algo y enseguida lo anotaba. Cuando esto ocurría, esa Afrodita manca nunca faltaba.

— Vicente, ese sueño recurrente con una escultura sin brazos... ummmm... es muy significativo — destacó el psicoanalista — Una parte de su inconsciente parece muy enojada por algún tipo de castración que haya sufrido en el pasado... ¿recuerda algo?

— ¿Castración!? ¿Quiere decir que me...? ¿O que lo intentaron? ¿Quién? ¿Mi padre?

— No en el sentido literal — aclaró el especialista — pero seguramente sus padres cercenaron su libertad de manera drástica... ya lo hemos hablado... ¿sigue sin recordar?

— La verdad es que no recuerdo nada, doctor... y me siento mal por eso... No quiero que piense que no quiero colaborar...

— ¿Se sientes culpable, verdad?

— Pues sí...un poco sí...

—Le comprendo, Vicente... y éste es un gran paso...

— ?????? (si usted lo dice...).

— Ahora, hagamos un ejercicio — me sorprendió Cuenttini, más activo que otras veces — Por favor, cierre los ojos y deje que estos descansen; los párpados le pesan mucho, Vicente, y sólo quiere cerrarlos; note como su cuerpo se relaja más y más; ahora está tan ligero como una pluma; pero al mismo tiempo sienta como le pesan los brazos y las piernas...no puede moverlos; está muy relajado, mi querido amigo...muy relajado... cada vez más relajado... Piense ahora en esa imagen recurrente de sus sueños: esa diosa Afrodita que está manca... está ahí, cerca, muy cerca... tanto que podría tocarla...¡Tóquela, Vicente! ¡Tóquele los muñones de los brazos! ¡Hágalo! ¡No pare de hacerlo! ¡Acaricie esos muñones, ahora!

Regresé a la realidad muy agitado. La experiencia había sido muy intensa, por lo que tumbado en el diván de una sala contigua, tardé casi dos horas en recuperarme. Después, volví al despacho principal y continuó la sesión:

— Dígame, Vicente; ¿Qué ha sentido? — comenzó el doctor.

— No sé... algo extraño...

Cuenttini guardó silencio: un rato eterno. Yo aguardé un poco a que dijera algo; pero ya le conocía y sabía que sus silencios eran interminables, por lo que decidí hablar para ganar tiempo:

— Me puse muy nervioso cuando me imaginaba eso de tocarle los muñones...era como si no quisiera hacerlo...

— ¿Cómo si le costara aceptarlo? — preguntó el psicoanalista.

— ¿Aceptarlo? — repetí para darme tiempo.

(Cuenttini guardó un nuevo silencio).

— Puede ser, doctor... quizá no quería aceptar que una diosa tan bella fuera manca... y no pudiera coger bien los cubiertos... ¿Es eso lo que usted piensa?

(El terapeuta permaneció callado).

— Hombre, habría preferido cogerle una mano que tocarle un muñón... supongo... ¿Cree que me cuesta aceptar que no pueda comer por sí misma... que sea dependiente a pesar de su hermosura?

(El doctor ni se inmutó).

— Claro que... no sé... a lo mejor debería aceptar que es bueno que no tenga brazos... así no me decepcionaría si la viera comer ¿no cree?

— Vicente, ¿Cree usted que las diosas comen?

— No tengo ni idea, la verdad... Supongo que no...no sé...

— Pero esa "diosa" (enfaticó esta palabra) que vio usted en el restaurante... sí comía... ¿no es cierto?

— Ajá...

— Y además... cogía mal los cubiertos y masticaba con la boca abierta... ¿no es cierto?

— Ajá...

— Y eso, Afrodita, la que aparece en sus sueños, no podría hacerlo... ¿no es cierto?

— Ajá; así es, doctor.

Ya no dijo más; permaneció en absoluto silencio, dejándome el espacio para reflexionar. Yo estaba hecho un verdadero lío: no sabía si prefería (o no) que la diosa fuera manca; si aceptaba (o no) la amputación como virtud o como defecto; si la intensa sensación que me había acaparado al tocarle los muñones, era de alegría o de tristeza; si debía continuar acentuando su belleza o priorizar su limitación... ¡Ufff!.. Y así estu-

ve, sin aclararme, hasta que vi en el reloj de mesa que se había consumido el tiempo.

— Hasta mañana, doctor.

(No contestó con palabras; sólo con suave ronquidos).

Compré algunos libros sobre interpretación de sueños. En uno decía que en los sueños se expresa lo que reprimimos cuando estamos despiertos. ¿Qué reprimía yo, soñando con la diosa Afrodita? ¿Era el deseo sexual que no había satisfecho de niño porque mi padre se anticipó y me pegó un bofetón a tiempo?

En otro se explicaba que es como si tuviéramos dos personalidades, dos vidas; y que necesitamos que las dos se manifiesten; una, durante la vigilia; la otra, durante el sueño. A veces, ambas están conectadas, pero no siempre; y en general, la una y la otra se desconocen bastante; en muchos casos, se ignoran casi por completo. El equilibrio entre las dos vidas es la base de nuestra felicidad: las dos deben estar satisfechas... Desde luego, mi otra vida era bastante movida, con esas terribles luchas en mi inconsciente; mucho más interesante, sin duda, que la existencia que yo percibía despierto. Concluí que me estaba perdiendo lo mejor.

— Vicen, cada vez estás más tarado ¿vale? Lo de los cuartos y bajar la cabeza hasta el plato es raro de cojones ¿vale? pero bueno... tu eres así de friqui y ya está... Pero eso de que te gustaría más vivir tu otra vida, la del suconciente ese que está siempre batallando, ya es demasiado ¿vale? — Pepín parecía preocupado.

— ¡Joder, Vicen! Siempre estás pensando en las manos de las tías ¿no? Y ahora resulta que sueñas con una que es manca ¿no? Macho, no hay quien te entienda ¿no? — Paquito también lo estaba.

Otro libro señalaba que a través de los sueños podemos conectar parcialmente con vidas anteriores: las que hemos tenido antes de reencarnarnos en ésta. Me pareció fascinante.

A lo mejor yo había vivido en la antigua Grecia y por eso apreciaba tanto la estética, la belleza... aunque allí le daban a todo: carne y pescado... y yo no llegaba a tanto... ¿O sí? ¡Qué horror! También podría ser que en otra vida hubiera sido un sacerdote de Afrodita; y que por eso la admirara tanto y sufriera al verla amputada. Y puesto que ella es la diosa de la sexualidad, podría explicarse que de niño quisiera acostarme con mi madre... y que mi padre, con toda razón, se cabreara y me castigara... ¡Menuda empanada!

— Muy interesante, Vicente... muy interesante... Necesitamos tiempo para averiguarlo, pero veo que vamos por el buen camino — apuntó el doctor Cuenttini, cuando compartí con él esa teoría.

— Además, doctor, cuando me despierto por la noche creo oír algunos ruidos extraños — añadí algo que al principio había pasado desapercibido, pero que cada vez era más frecuente y empezaba a asustarme.

— ¿Ruidos extraños?

— Así es, doctor. Son como gritos y voces que no puedo identificar... de alguien que está algo lejano... y como nervioso... no sé explicárselo...

— ¿Qué le parece si deja un grabadora encendida para poder captar esos ruidos? sugirió Cuenttini.

Otra cosa más. Ahora, antes de meterme en la cama necesitaba más de media hora para preparar toda la logística. Pero me sentí un gran estratega poniéndole trampas al listillo del inconsciente. Y mi confianza aumentó pensando que con tantas argucias por fin le iba a pillar.

La verdad es que cada vez sabía más cosas; aunque al mismo tiempo estaba más liado. Cuánto más leía, reflexionaba, recordaba mis sueños y avanzaba en la terapia, mayor era la empanada mental que me invadía. Eso sí, estaba enganchado; y de ninguna manera iba a permitir que en mi inconsciente sucedieran tantas cosas trascendentes sin que yo me enterara y en lo posible interviniera. Solía pasarme que tras

mis anotaciones de la madrugada, volvía a quedarme dormido de inmediato, y por eso, lo primero que hacía cuando me despertaba por la mañana era revisar el cuaderno para ver qué había apuntado y rebobinar la grabadora para escuchar esos ruidos extraños con la esperanza de entender algo. Una de esas veces, mi sorpresa fue tremenda. En el papel se leía que Afrodita había aparecido en el sueño, algo que era habitual; pero más abajo había escritas dos frases en latín que no entendía:

“Tantum deos sunt perfecta”... “Et non sempre”

El latín no era mi fuerte. Recordé que en el colegio había aprobado gracias a un compañero sabio que me pasaba las traducciones a cambio de prestarle ropa interior de mi hermana. A ésta y a mi madre las tenía locas tras esas prendas que misteriosamente desaparecían y regresaban; y menos mal que nunca sospecharon de mí, porque entonces sí que recordaría los ineludibles castigos que me habrían caído por ese trueque. El caso es que mi amigo, inspirado por el estimulante acuerdo, se esmeraba al máximo; y logró que yo sacara un sobresaliente... pero nunca pensé que algún día, veintitantos años después, isoñaría y escribiría en latín! (aunque no tuviera ni idea del significado). Eso sí, tuve la corazonada de que esas frases eran la clave para comprender a mi inconsciente, por lo que necesitaba saber qué decían, qué querían transmitirme; y eso no resultaría fácil. Había perdido el contacto con ese antiguo compañero; y lo que era peor: ya no tenía acceso al armario íntimo de mi hermana, por lo que carecía de la moneda de cambio que cualquier experto en una lengua muerta habría valorado más. En mi desesperación pensé en hablar con mi cuñado para que me echara una mano... pero su sentido del humor era escaso y seguramente no lo habría comprendido... Además había sido jugador de rugby (malo, por cierto) y seguía hecho un mulo, por lo que pronostiqué que la idea no era muy acertada... Así que estaba

perdido... hasta que me di cuenta de que la ayuda que necesitaba podría estar, ¡cómo no!, en Google. Y así fue:

“Sólo los dioses son perfectos”... “Y no siempre”

— Doctor, no sé cómo he podido escribir esto en latín...

— ¿No estudió latín en el colegio?

— Sí, sí, pero no me acuerdo de nada...

(Decidí no contarle la historia; temí que se empeñara en interpretar lo de la ropa interior de mi hermana).

— Es muy interesante, Vicente... muy interesante...

(Esta vez fui yo quien guardó un prolongado silencio; estaba aprendiendo).

— Parece que el inconsciente está muy activo — señaló el psicoanalista, pasado mucho tiempo, a punto de quedarme sopa — Quiere decirle algo... darle un mensaje... y lucha por encontrar el camino... poco a poco lo iremos descubriendo...

(Continué callado).

— Eso significa que estamos avanzando... en poco más de un año vamos a notar una gran mejoría...

Durante las siguientes dos semanas no sucedió nada; pero yo continué con mi rutina: ponía el despertador en la franja REM y tenía el cuaderno preparado. Y por supuesto, seguí con la grabadora. La perseverancia dio un fruto sorprendente: durante siete días, uno tras otro, el bloc amaneció cubierto de un relato diferente. Era mi letra, y estaba escrito en español, pero yo no recordaba nada. Además, las voces y los gritos de la grabadora coincidían en la misma banda horaria. Lo primero que hacía al despertarme era leer el bloc compulsivamente; después, reflexionaba. No se lo comenté al doctor, ni tampoco a mis amigos; pensé — no sé por qué, pero estuve seguro — que era un regalo de la diosa: algo muy especial que ella me transmitía a través de mi inconsciente, quizá ya liberado de sus cruentas batallas; algo muy valioso que debía custodiar en la intimidad. ¿Era ella, también, quien hablaba y gritaba?

Transcurrida esa semana tan intensa, leí y releí esos escritos intentando encontrar alguna clave. Y repasé las grabaciones una y otra vez, sin hallar nada. A los protagonistas de los relatos no les conocía de nada; pero al comprobar sus contradicciones pude relajar un poco (sólo un poco) la eterna culpabilidad que me acompañaba, y aceptar un poco (sólo un poco) estar tan tarado... o ser tan perfeccionista... ¡o las dos cosas!, y de vez en cuando (algo que me preocupaba más) comportarme como un tipo "normal". En el fondo, aunque esté mal decirlo, me alegré de que hubiera tanto cable cruzado. Si hay que ser defectuoso, pues que lo seamos todos ¿O no?

(En los siguientes capítulos, incluyo estos relatos).

2

EL SUSTITUTO

*“Si la oscuridad eclipsa el sol que te guía,
busca en tu interior dos piedras”*

Ilhuicamina Filosotzin, sacerdote tolteca (1390)

Se registró en la recepción del hotel con uno de esos documentos falsos que alternaba. Lo hacía para preservar su verdadera identidad cuando se disponía a ejecutar un encargo. Ese era su trabajo. Lo que empezó como un juego se había convertido en una profesión que él había creado. Y lo hacía muy bien. Su fama había traspasado las fronteras de la vieja Europa y cruzado el charco. Esta vez sería en Chicago; un poderoso cliente había insistido en contratarlo.

Entregó al botones un billete de cinco dólares y se tumbó un rato; con la mente en blanco; como solía hacer para relajarse cuando se encontraba tenso. Después, a duras penas, pues necesitó las gafas para resolver el complejo enigma de iconos sobre el aparato, acertó a conectar el aire acondicionado. Estaba sudando, acalorado, le sobraba todo... una ducha fría. “¿Cuál es el gel?; ¡otra vez las gafas, coño!”; de nuevo a la cama.

Recordó cómo había comenzado todo. En sus tiempos de estudiante de Derecho, su íntimo amigo, Ricardo Minguero, salía con una chica de la que estaba muy enamorado; y ella de él; pero a la madre de la muchacha el chico no le gustaba, y eran otros tiempos. Sin embargo, a la señora le agradaba él, el amigo del no deseado. Decía que era muy simpático y todo

un caballero educado; y como futuro notario, fantaseaba la mujer, un gran partido para la niña. Su alegría fue notoria cuando Adela le comunicó que había cambiado de novio... aunque en realidad no fue más que un plan urdido por los tres amigos para facilitar el verdadero noviazgo.

— ¡Tú estás loco, Ricardo! ¡Cómo vamos a hacer eso! Seguro que la madre nos pilla y menudo lío se monta...

— No va a pasar nada... ya verás... jajaja... saldrá todo perfecto... y nos harás un gran favor...

— ¿Y Adela? ¿Está de acuerdo?

— ¡Claro que lo está! y le parece muy divertido.

El plan se puso en marcha. Cristóbal — su verdadero nombre — iba a buscar a Adela, “su novia”, como correspondía al caballero que se esperaba que fuera. En la puerta, sin entrar, saludaba a la sonriente madre y al tiempo que la muchacha salía, recibía algunos consejos:

— Conduce con cuidado... Por favor, cuida de ésta que es una loca... No vengáis tarde...

— ¡Mamáaa! — protestaba Adela, aún sabiendo que no servía para nada.

En cuanto se alejaban en el coche, se producía el cambio. Ricardo abandonaba el escondite en el asiento trasero, y los dos tórtolos se besaban. Después, dejaban a Cristóbal y hacían su vida hasta la hora de regresar. Entonces, el sustituto recuperaba el papel principal, llevaba a la chica a su casa y con un beso muy casto en la mejilla se despedía de “su” dama en presencia de mamá. Ésta le sonreía con mucha complicidad; y al cerrar la puerta, entre sus mil y una preguntas sobre lo que habían hecho y cuanto se le ocurría para saber más, elogiaba las virtudes que creía ver en ese novio tan educado que, ¡cómo lo deseaba!, iba camino de ser su futuro yerno.

La situación se fue complicando conforme el tiempo avanzaba y la mamá de Adela demandaba más. Empezó invitándole a tomar café; después, a comer un domingo con toda

la familia; más tarde, a pasar el día en la finca que tenían en un pueblo de Toledo; y también a la primera comunión de la hija de una prima segunda. El sustituto sustituía más y más al primer actor, y cada vez que el guión se prolongaba, éste y su amada Adela se encontraban atrapados, impotentes, con las manos atadas. Cristóbal, sin embargo, disfrutaba: lo pasaba genial haciéndose pasar por ese novio ideal que cautivaba a quienes le iban conociendo.

— Pero hombre, Cristo, ¿cómo se te ocurre aceptar lo de la merienda en casa de la abuela? — le interpeló Ricardo, muy indignado.

— Bueno... es mi papel ¿no?... ¿Qué querías que hiciera?... se trata de que se lo crean ¿no?

— Sí, coño... pero te estás pasando ¿no crees?

— Oye, que yo hago lo que tu quieras — replicó Cristóbal

— Si lo prefieres esta misma tarde descubro el pastel... o simplemente desaparezco...

— Pero qué dices, hombre... cómo lo vas a dejar ahora... eso ni de coña...

— Nada, nada; lo dejo y punto — insistió Cristóbal para hacerse de rogar.

— Cristo, no me montes el cristo ¡eh! Sabes que estoy en tus manos... pero joder, no digas que sí a todo... y otra cosa: deja de llamar a Adela cariño, mi amor y cosas así ¡eh! Que te estás tomando muchas confianzas...

— Mira Ricardo, me gusta hacer las cosas bien, ya lo sabes... Si lo hago, lo hago bien... Tiene que parecer real, ¿no lo entiendes?... tocarla, no... pero lo demás... no hay más remedio que aparentar.

Hacerlo bien. Esa era la clave. La que abanderaba su reconocida profesionalidad; el sello que caracterizaba sus impecables sustituciones; la razón por la que había progresado tanto y su fama se había extendido mucho más allá de lo que entonces habría imaginado si hubiera pensado que se dedicaría a este oficio. Ahora, veinte años después, había firmado su

mejor contrato; uno de esos que habría que estar loco para rechazarlo: un millón de dólares. La mitad ya estaba en una cuenta de Suiza a su disposición; la otra, como era habitual, al terminar el trabajo. ¿Sería el último? Lo había pensado; pero ahora no podía recrearse en eso. Esa reflexión le debilitaba; y al contrario, recordar sus innumerables hazañas, fortalecía la autoconfianza que precedía al éxito.

La publicidad que entre los más allegados le hizo Ricardo, propició que surgiera un segundo cliente; y después un tercero, un cuarto, un quinto... A todos ellos, a algunos simultáneamente, los sustituyó ante las familias de sus novias. Éstas lo aceptaban en mayor o menor grado: alguna a regañadientes; pero una vez iniciado el engaño, no había retroceso: mamás, papás, tías, abuelos y cuántos le conocían, se quedaban prendados de ese muchacho apuesto, educado, aplicado estudiante y excelente partido, que la niña había enamorado.

Lo peor era la salida. La más natural, como sucedió con Adela, llegaba cuando la verdadera pareja rompía. Aunque le ocurrió en un caso que los papás de la chica, con el corazón sangrando por el desconsuelo de su muñequita, le citaron a tomar café para intentar arreglarlo... Acudió; y en presencia de su afligida "ex", que no paró de llorar por haber sido abandonada (por su verdadero novio), aguantó el tipo como correspondía al duelo.

— Mira hijo — así le decía el padre, que ya había anticipado su entrada en la familia — Estas cosas pasan... Nosotros (miró a su mujer, sentada a su vera, que también lloriqueaba) hemos pasado también por estos momentos... pero fíjate... nos han fortalecido... y llevamos veinticuatro años casados...

— Déjalo, papá... no pasa nada... — intervino la afectada, antes de seguir gimoteando.

— Cariño, no llores... no puedo verte llorar — le rogó el padre — Se me parte el alma si lloras... ya verás como todo se arregla... ¿verdad, Cristóbal?

Otras veces, la ruptura se producía cuando la relación de los protagonistas avanzaba y deseaban, sobre todo ella, que el titular relevara al sustituto. Entonces, la chica anunciaba a su familia que había roto con él, aparentaba mucha tristeza, y pasado un tiempo prudente en el que el verdadero amor sobrevivía bajo la complicidad de alguna amiga, presentaba a su “nuevo” novio; y Cristo se liberaba de su atadura: fin; trabajo cumplido. Y enseguida, cada vez con mayor frecuencia, ya estaba metido en otra; a veces, en dos al mismo tiempo.

Al principio lo hacía por diversión. Estudiaba mucho, y esto le distraía, le ayudaba a desconectar y disfrutaba de lo lindo. Más tarde, razonó que placer y negocio no eran incompatibles, y comenzó a cobrar por sus servicios. Los interesados pagaban por adelantado una especie de cuota de entrada que no se reembolsaba; y después, una cantidad al mes, mayor o menor según fuera la dedicación exigida, mientras la sustitución duraba. Pensó que podía exigir tarifas más altas cuando se tratara de chicas feas o antipáticas, pero le pareció poco profesional y decidió que ese factor no podía contar. La clave de su negocio consistía en tener muy claro que se trataba de un trabajo; y por tanto, debía ser irrelevante si la chica estaba buena o era un cardo borriquero. Ese no era su problema. Él sólo era el sustituto; y no debía olvidarlo.

La cosa se complicó cuando una de las chicas, Elena, le recibió una tarde con una minúscula minifalda, medias negras, tacones altos y una camiseta ajustada que enseguida provocó el inevitable magnetismo. El plan era recogerla y llevarla con Ramiro, su cliente; pero había surgido un imprevisto y la joven tenía otros planes.

— Pasa, pasa, Cristo... mis padres no están en casa...

— Sí, pero... ¿Y Ramiro?... hemos quedado con él dentro de veinte minutos.

— Tranquilo. Pasa y siéntate. El muy... ha llamado para cancelar la cita — respondió la muchacha, bastante enojada

— Dice que su padre está en la ciudad y quiere verlo... La verdad; no sé si creérmelo.

— Si lo dice, será verdad; ¿no crees?

— No lo sé... y además, estoy harta de todo esto... tú me caes genial, pero ya está bien de este teatro... ¡Estoy hasta...!

— Bueno, seguro que Ramiro dará el paso que tu deseas cuando llegue el momento...

— ¿El momento? ¿Qué momento? ¡Llevamos así más de un año!

— Bueno...

— ¡Ni bueno, ni nada! ¿No quiere que seas su sustituto? ¡Pues vas a serlo!

Se abalanzó sobre él y le besó en la boca como una posea, al tiempo que se arrimaba sin dejar espacios. Cristóbal se vio avasallado, atrapado... desbordado por ese deseo que Elena le contagiaba. Sin razonarlo, se dejó llevar y completó la sustitución improvisando una escena que no estaba programada. Fue increíble. La pasión prevaleció sobre cualquier otro elemento emocional o racional, y los dos jóvenes disfrutaron de sus ardientes cuerpos.

Después, llegó la culpa: a ella, por poner los cuernos; a él, por actuar con tan poca ética. Fue un punto de inflexión en su carrera. Aprendió que no podía involucrarse de esa forma; y sobre todo, que no era correcto traspasar los límites del guión pactado con el sustituido. Desde entonces, había respetado escrupulosamente este principio. El acuerdo con el cliente era sagrado; y por ningún motivo se podía alterar sin su consentimiento.

Esta y otras experiencias que iba acumulando, le ayudaron a perfilar su estilo de trabajo. Se trataba de un oficio desconocido, sin referentes que delimitaran cómo organizarlo y ejercerlo, y eso le obligaba a establecer sus propias reglas y códigos de comportamiento. Entre otros, decidió que la discreción era un aspecto esencial que por encima de todo debía

cuidar al máximo. Vestía correctamente, casi siempre traje y corbata, pero sin ostentaciones ni colores llamativos (frecuentaba el gris y el azul marino). Si viajaba en avión o en tren, no hablaba con nadie más de lo imprescindible ni pedía cosas a las azafatas, y jamás protestaba. Cuando iba a un hotel, como ahora, procuraba no destacar por nada: no llamaba a recepción; no utilizaba el *room service*, ni el mini-bar, ni el servicio de lavandería; no usaba el teléfono; no bajaba a la cafetería, ni se paseaba por el vestíbulo. Se había hecho con un lote de carnets de identidad y pasaportes falsos que le permitían registrarse con diferentes nombres, según le conviniera; y después se hacía invisible: como si no existiera.

Esa mañana, en Chicago, alteró la norma. Inadaptado al cambio horario, se había despertado muy pronto y daba vueltas y más vueltas en la cama. Quería desayunar; pero salió a la calle y alrededor del hotel todo estaba cerrado. Por suerte, comprobó que a las seis abrían el restaurante y allí entró cinco minutos más tarde. Se sentó en la mesa que le había ofrecido el camarero; pero se sintió incómodo y cambió de lugar. Aquí, notó que la silla era baja, y él mismo la sustituyó por una de la mesa de al lado. Después fue al buffet; y al regresar con la fruta, el yogur y los cereales, vio que había otra mesa que le gustaba más... y se trasladó de nuevo... Hacía estas cosas en su vida privada, pero jamás antes de un trabajo... Se sorprendió. Se preocupó. Percibió que estaba nervioso. Y eso no le gustó.

Regresó a la habitación y siguió recordando. Un salto muy relevante en el prometedor oficio, se produjo cuando Elena (la "novia" que le había seducido) le recomendó a un amigo de su familia que era director adjunto de una conocida entidad bancaria y tenía muchos compromisos simultáneos. El trabajo consistía en sustituirlo en eventos a los que no podía o no quería acudir. Palabras mayores, claro. Ya no se trataba de ser él mismo, simplemente fingiendo que salía con una chica que no era su novia; sino de suplantar a otra persona

haciéndose pasar por ella. Y encima, alguien conocido; aunque quedó claro que sólo lo haría cuando las condiciones lo favorecieran: nunca, por ejemplo, si hubiera personas que conocieran bien al directivo, o si tuviera que hablar más de lo mínimamente requerido para ser educado y quedar bien.

Aceptó el reto; pero pidió un tiempo razonable para prepararse. En ese periodo, estudió los movimientos del director adjunto, su forma de andar, de sentarse, de hablar, de reír, de gesticular... Y buscó a especialistas del disfraz que le ayudarían a caracterizarse como el personaje al que debía suplantar. Cuando llegó el momento, no se echó atrás. Al principio lo pasaba mal antes y durante. Eran comidas o cócteles más o menos formales en los que sus anfitriones le hacían la pelota para que el banco patrocinara o financiara algún proyecto. Actos en los que tenía que sonreír, aplaudir discursos, decir unas palabras y escuchar a mucha gente contándole alguna idea que de ahí no pasaría. Entre otros, recordó a un divertido individuo acompañado de una seductora señorita de generoso escote, que quiso interesarlo por un restaurante japonés en lo más alto de Sierra Nevada. A otro que deseaba invertir en un negocio de castañuelas, "Castañuelas Lola", que se venderían en China, Vietnam e India. Al organizador del campeonato Luso-Español de Parchís, a celebrarse en Porrriño, que le ofreció el privilegio de esponsorizarlo. Y a un gran entusiasta, vendedor por antonomasia, que pretendía, y no era el manido chiste, comercializar frigoríficos en el Polo Norte.

— Don Roberto (así llamaba al "director adjunto"), le digo que es un gran negocio — insistió el hombre, tratando de convencerlo.

— Ya... bueno... ¿Está seguro? ¿Frigoríficos en el Polo Norte?

— Sí, don Roberto. Y no sólo allí; también en el Polo Sur.

— Vaya... pero... (por suerte le interrumpió el otro, porque no sabía qué decir).

— Mire usted; existe la idea, más falsa que una serpiente pitón en un circo de verano, de que en el Polo no hacen falta frigoríficos... pero eso no es cierto...

— ¿No me diga? — le siguió Cristóbal (es decir, “don Roberto”).

— Los esquimales ya no son como los de antes. No, señor. Ahora tienen televisión, móviles, internet... Si entra en Facebook verá que hay bastantes esquimales...y muchos tienen hasta su página web... por ejemplo: entre en *igloo.com* o en *trineo.com*; esta última en español por cortesía de un grupo de empresarios esquimales que quieren abrir negocios de venta de pieles en Hispanoamérica...algo de lo que le hablaré en otro momento, claro, porque creo que le puede interesar mucho a su banco...

— Ajá. (“Don Roberto” hacía esfuerzos sobrehumanos para parecer atento e interesado).

— Los esquimales de ahora saben que la gente tiene frigoríficos; y la verdad, están hartos de congelar los alimentos en la nieve... porque además, muchas veces, se les enfrían demasiado... ¿comprende?

— Sí, sí... claro, claro...

— Con el frigorífico pueden regular mejor la temperatura... y además protegen mejor los alimentos de sus propios perros... por eso están tan interesados... Tengo un socio llamado Kelvin Ator...

El verdadero don Roberto estaba encantado. Cristóbal le reemplazaba en más y más eventos tortuosos, y le dejaba en muy buen lugar. Y nadie notaba nada. Cristo se afianzaba; y su fama — en círculos muy selectos — crecía y se consolidaba.

Un día, recibió la llamada del jefe de gabinete de un partido político. Necesitaban sus servicios para sustituir a un senador. Algo parecido a lo que con tanto éxito hacía con el director del banco. Su papel sería reemplazarlo en visitas a pueblos pequeños que de otra forma, debido a su ocupadísima agenda, quedarían ignorados. Siguiendo el mismo

método, dedicó un tiempo al estudio minucioso de su personaje y se hizo encargar una mascarilla moldeable; tan bien hecha, que colocada sobre su cara parecía la verdadera imagen del político. En esta faceta había mejorado mucho asociándose con Leonardo Mascaretti, un uruguayo de ascendencia napolitana, afincado en Móstoles, que era todo un maestro en las artes del engaño. Era caro, cierto; pero muy eficiente y escrupulosamente profesional. En este caso, su aportación sería decisiva tratándose de un político conocido al que había que sustituir sin levantar sospechas. Además, contrató a un profesor de la UNED especializado en técnicas de escucha activa y para hablar en público. Uno de sus cometidos principales consistiría en escuchar las quejas y sugerencias de los ciudadanos; otro, recitar los discursos que le prepararían. Del contenido de estos no tenía que preocuparse, pues se los darían hechos, pero sí de la forma de decirlo, de controlar sus nervios, de ser capaz de hablar claro y alto, sin trabarse, con la entonación apropiada y los gestos que más convinieran para tener credibilidad y que sus mensajes calaran. La profesionalidad con que se preparó no tenía parangón. El propio político y el jefe de gabinete estaban asombrados: habían contratado a un auténtico *crack* de la sustitución.

Cristóbal no les defraudó. Al contrario; superó todas las expectativas previas. Se desplazaba de pueblo en pueblo, allí donde le mandaban, y la popularidad del político que representaba subió como la espuma. Escuchaba a todos con infinita paciencia y un interés enorme que jamás habían percibido esos potenciales votantes. Les preguntaba por sus familias, sus problemas, sus ideas para mejorar, sus cosechas, sus ovejas, sus gallinas... los planes que tenían para las fiestas, y más en privado y sólo a los hombres, las canas al aire que habían echado en sus viajes a la ciudad. Incluso aprendía el nombre de los perros y acariciaba a alguna vaca si se terciaba; y por supuesto, jugaba la partida de cartas o de dominó — siempre

perdía — y compartía el aguardiente casero que tanto unía a los paisanos. Además, sus discursos eran sublimes. En general, seguía los textos que le encomendaban; pero a veces los enriquecía con cosecha propia que improvisaba *in situ*. Y su estilo era espectacular. Dijera lo que dijera, involucraba a la masa y enardecía emociones intensas, consiguiendo rabiosos aplausos que reflejaban la profunda huella que se convertiría en votos. En Molino Grande de los Conejos, ciento setenta y tres de los doscientos diecinueve censados, disfrutaron de una de sus memorables intervenciones.

— Molineros y Molineras... Grandes y... bueno, todos y todas sois muy grandes... de los Conejos y las Conejas... Para mi es un orgullo estar aquí... con vosotros y vosotras... en este emblemático pueblo de la sierra, que es cuna de los valores que caracterizan la grandeza de este país...

Aquí tuvo que detenerse. Un rebaño de cabras cruzó la plaza, y Cristóbal se dio cuenta de que perturbaba la concentración de la boquiabierta audiencia, por lo que consideró que era mejor esperar. Eso sí, aprovechó para saludar al pastor y sonreír, sonreír y sonreír. Vuelta la tranquilidad, continuó:

— Molineros y Molineras, Grandes todos y todas... de los Conejos y las Conejas... el nombre de este insigne pueblo de España lo dice todo: El Molino es uno de los símbolos de El Quijote, la obra maestra de la literatura en español... y si además es grande... pues que mejor que un molino sea grande en vez de ser un molino pequeño, minúsculo, ridículo, donde no quepan ni la molinera ni el molinero, y menos aún los dos juntos... Un molino grande refleja lo grandes que sois los ciudadanos y ciudadanas de este pueblo, vuestra grandeza de espíritu, vuestro compromiso, también grande... Un molino grande nos recuerda la tradición del molino, del campo, de lo nuestro... y que debemos pensar en grande... mirando a un futuro grande, y no a un futuro pequeño...

— ¡Pero que bien hablas, majete!... — estalló en alto la señora Paca, sentada en primera fila en la silla que había traído de su casa.

— ¡Y ereg mu guapo! — añadió la señora Ramona, ubicada a su lado, aunque en una banqueta.

— Señoa Ramona — se oyó de un hombre de mediana edad, situado a unos veinte metros — que ya nostá usté pa eso del coquiteo...

— Y tú que sabrág, so borrico... que no hag visto una teta desde que te la dio tu santa madre, que en paz degcanse Dios bendito, que mira que era güena muje...

La carcajada fue unánime. Y Cristóbal, muy en su papel, sonreía, sonreía y sonreía.

— Venga ya — interrumpió el Manolo, que para eso era el alcalde — Dejá que siga el senaó... que pa eso ha venio.

— Molineros y molineras, grandes... porque todos y todas sois grandes, los más grandes, y que no os digan lo contrario, porque os engañarían... Ciudadanos y ciudadanas de los Conejos y las Conejas... os he hablado del molino grande — continuó el sustituto — pero qué decir de los conejos y de las conejas... De los conejos y las conejas se pueden decir muchas cosas... de los conejos y las conejas podemos aprender mucho sobre cómo se alimentan con las zanahorias, una comida muy sana también para el ser humano y humana... De los conejos y las conejas podemos destacar que conviven en paz si les mostramos nuestro afecto... que son criaturas de Dios... que se reproducen como conejos y conejas... y hasta que hacen películas de dibujos animados que entretienen y educan a nuestros hijos e hijas...

Al pronunciar la última frase, aceleró el discurso y subió la entonación, alentando los fervientes aplausos que buscaba; cuando estallaron éstos, se detuvo para dar las gracias y, siempre sonriendo mucho, se recreó en el reconocimiento. Después, con un gesto de su mano, calmó la emotiva aclamación y prosiguió:

— Ilustres mujeres y hombres de Molino Grande de los Conejos, ciudadanas y ciudadanos, el nombre de este insigne pueblo está también en lo más profundo de la cultura popular... esa cultura popular tan arraigada en este país... esa cultura popular que nos hace libres... esa cultura popular que nos une tanto a las españolas y los españoles... cuya herencia recibimos de nuestras antepasadas y nuestros antepasados... que tanta gloria y tanto glorio nos han dado...

(Más aplausos; enriquecidos con los comentarios de las señoras Paca y Ramona).

— Pensemos en los refranes — continuó —. “Por el molino de viento, no pasa el tiempo”... “En el molino, pan, queso y vino”... “En el molino grande, quien no se pare que ande”...

(Muchas risas y muchos aplausos; la Paca y la Ramona seguían hablando).

— “Comiendo conejo, llegarás a viejo”... “Vino y conejo, qué buen consejo”... Sabéis, la sabiduría popular es uno de nuestros tesoros... la sabiduría popular nos guía por el buen camino... la sabiduría popular nos hace más felices... así lo pensaba Cervantes... y también Hemingway... y Antonio Banderas... y Lola Flores... y Jesulín de Ubrique... y la bendita madre que los parió a todos ellos...

(No pudo continuar. Los continuos aplausos y, sobre todo, los jugosos comentarios de las señoras, le hicieron derramar unas lágrimas que emocionaron hasta al señor Juan, de alma más dura que una barra de hierro, según dijo la señora Paca).

El incuestionable éxito de sus intervenciones atrajo la atención de un eurodiputado del partido que tenía responsabilidades en el extranjero. En este caso, las sustituciones le resultaban más fáciles, ya que al no saber idiomas el político, todo se hacía con intérpretes; y éstos tenían instrucciones precisas sobre lo que debían transmitir... con independencia de lo que dijera el sustituto.

— Nos gustaría reunirnos con su Ministro de Asuntos Exteriores para hablar de una posible compra de armamento... Claro que necesitaríamos que su gobierno nos diera unas buenas condiciones de pago a diez o quince años — dijo en ruso el alto cargo de un país del este de Europa, en su encuentro con el “eurodiputado” español.

— Dice que le gusta mucho España y que envidia nuestro sol — tradujo el intérprete.

— Ajá — exclamó Cristóbal, con una sonrisa de satisfacción — Será un placer recibirle en España como invitado.

— Dice que hablará personalmente con el ministro para concertar una reunión, pero le pide que no se filtren a la prensa estas conversaciones — transmitió el intérprete.

(Cristóbal ni se enteró; y no dejó de sonreír, sonreír y sonreír).

En otra ocasión, su interlocutor hablaba en árabe, él en español y los dos intérpretes en inglés. Como dominaba el idioma anglosajón, desde el primer intercambio se dio cuenta de que el traductor iba por libre. Estuvo un tiempo sin decir nada, asistiendo al curioso paripé que se escenificaba — en realidad, pensó, “no es mi problema” —; pero al cabo del rato, no pudo aguantarse más:

— Veo que no traduces ni una sola palabra de lo que yo digo — le dijo al intérprete en voz baja, con la boca ladeada.

— Bueno... yo tengo mis instrucciones, y me limito a cumplir con mi trabajo.

— Ya, ya... comprendo... Pero que pasaría si su intérprete supiera español... Hoy en día, lo habla mucha gente — apuntó Cristóbal, muy sensato.

— Es que lo entiende — le sorprendió el traductor.

— ¿Cómooooo?

— Sí, sí, que entiende el español...

— ¿Entonces?

— No te preocupes; tú a lo tuyo... Esto es algo habitual en este tipo de reuniones: yo sé árabe... y él está haciendo lo mismo...

Aún eran las ocho y media de la mañana, y hasta las diez no pasarían a recogerlo. La espera se le hacía interminable. Se recostó en la cama, cerró los ojos, y dejó que los recuerdos siguieran fluyendo. A su eficiente trabajo sustituyendo a personajes de la política, siguieron otros. Cada vez tenía más habilidades y era capaz de adaptarse a más papeles; y siempre aprovechaba la especificidad que demandaba cada caso para perfeccionarse. Poco a poco, de un simple juego con su amigo Ricardo, había hecho una profesión de la que era pionero y maestro. Mientras tanto, se había casado con Elena, la "novia" de las medias negras y la camiseta ajustada. Tras aquel *affair* se había quedado perdidamente prendada, y no paró hasta el "sí quiero" del sustituto; éste, en esa ocasión, no tuvo más remedio que sustituirse a sí mismo.

Desde entonces, ella se encargaba de toda la logística; y gracias a sus conocimientos de marketing, desarrolló estrategias empresariales que supusieron un nuevo impulso. Así nacieron "El Sustituto S.L." y su web *www.elsustituto.com*. Y llegaron nuevos clientes; con peticiones tan diversas como sustituir a un taxista, a un profesor de matemáticas, a una pitonisa de la televisión o a un picador de toros. Eso obligó a subcontratar a otros sustitutos. Algunos, como el matemático o el picador, eran ya especialistas en el ámbito de los personajes a los que debían sustituir; mientras que otros eran más "todo terreno", en la línea del mismo Cristóbal. Todos ellos, no obstante, recibían una formación "marca de la casa" que caracterizaba su estilo de funcionamiento. No se improvisaba nada. Si por cualquier motivo no se podía garantizar una sustitución impecable, el encargo no se aceptaba. Y los casos de mayor envergadura, lógicamente, recaían en el maestro.

Así fue cuando les pidieron sustituir a un enfermo que deseaba someterse a unas pruebas médicas en las que tenía que encontrarse sano para conseguir un buen seguro de vida; a un afligido hijo que no podía desplazarse al lecho de muerte de su madre para darle el último adiós; a un hombre mayor que había dejado embarazada a una chica de veinte años y tenía que dar la cara; a un marido pidiendo el divorcio porque se había enamorado de otra; y a un pecador arrepentido que para comulgar el día de su boda, quiso confesarse.

También aceptó sustituir a un nazareno en una procesión de Semana Santa. El hombre quería irse de vacaciones al Caribe, pero no se atrevía a decírselo a sus cofrades. Cristo estaba disponible, y con ese nombre — pensó el cliente — quién mejor que él para sustituirlo. Iría encapuchado con el capirote y totalmente cubierto por la túnica y la capa; por lo que nadie se daría cuenta del cambio. Su cometido sería muy sencillo: formar parte de la fila que con un cirio en la mano, acompañaría al paso. Además, si como hacían muchos hermanos de la cofradía, guardaba absoluto silencio, sería imposible identificarlo. Eso sí, debería ir completamente descalzo; requisito imprescindible que Elena aprovechó para incrementar la tarifa.

Como aún tenía que ir a dos ensayos previos que coincidían con el inicio del viaje, Jesús — así se llamaba el cliente — advirtió a sus hermanos cofrades que debido a sus pecados (robar una tableta de chocolate blanco en un supermercado, y de paso, liarse con una cajera casada) iría cubierto y guardaría absoluto silencio durante toda la semana. Eso facilitó el trabajo; y todo iba sobre ruedas: un encargo muy sencillo para el gurú de la sustitución. Sin embargo, surgió un contra-tiempo. El día D, poco antes del comienzo, se puso enfermo un hermano costalero que debía cargar el paso, y los cofrades se reunieron para decidir quién lo sustituiría. Todos aportaron poderosas razones para no hacerlo: estatura inadecuada,

lumbagos, antiguas lesiones, promesas que debían cumplir andando, debilidad por el estricto ayuno autoimpuesto...

— ¿Y tú, Jesús? — preguntó a Cristo, uno de ellos.

(Cristóbal movió la cabeza negando, sin despegar los labios).

— ¿Y por qué no? — insistió el hermano — Nunca lo has hecho; y algún año te tiene que tocar ¿no?

(Siguió moviendo la cabeza en el mismo sentido; ahora, más rápido).

— Pero habla, hombre; di algo...

— Tiene voto de silencio — explicó otro hermano — Robó en un supermercado y...

— ¿Qué robó en un supermercado? — repitió el que llevaba la batuta, alzando la voz.

— Jesús, hermano; Cristo es misericordioso y te da esta gran oportunidad de hacer penitencia y redimirte de ese pecado tan feo que es robar — apuntó otro más viejo que parecía tener más mando — Barrabás también era un ladrón, como tú; y Jesús (no tú, sino Cristo) quiso que él se salvara aún a costa de ser Él quien muriera en la cruz...

Bajo el capirote, y sin poder hablar, Cristo (el sustituto) se temió lo peor... y así sucedió:

— Ahora Él, como a Barrabás, te ofrece la redención de tu pecado — continuó el más viejo — El sarampión del hermano Olegario no ha sido casualidad... ¿Es que no lo ves, hermano Jesús?... Estaba escrito... la señal es clara... tú eres el elegido para sustituirlo como costalero... Tendrás el privilegio de cargar el paso y lavar tu pecaminoso comportamiento.

El mensaje era tan claro que no pudo hacer nada (y menos mal que no salió lo de la cajera casada). Sólo le quedó colocarse bajo el varal de madera, que apoyó sobre su hombro izquierdo. La procesión duró cuatro horas. Una tortura horrible que aguantó sin rechistar con la profesionalidad que le caracterizaba. Acabó lleno de moratones, ampollas, heridas y contracturas por todas partes. Apenas se podía mover. Elena

tuvo que llamar a un médico y contratar a un fisioterapeuta. Durante dos semanas, se tomó una baja y estuvo medicado con Quilebrizin, además de soportar dolorosas sesiones de rehabilitación. Eran gajes del oficio; así se lo tomó; y como siempre sacaba alguna conclusión, aprendió que por mucho que te gusten el chocolate blanco o las cajas casadas, jamás se debe caer en la tentación de robarlos.

La inactividad fue casi peor que el dolor. No estaba acostumbrado a quedarse parado, y aunque aprovechó para planificar los siguientes encargos de la sociedad, se le hizo insufrible. Y llegó el insomnio: por las noches tardaba en dormirse horas y horas, a veces hasta que despertaba el sol; y durante el día era habitual que lo compensara quedándose dormido a la menor ocasión. Su patrón de sueño se había alterado, y todavía — muchos meses después — seguía arrasando este problema. Un auténtico fastidio que dificultaba su quehacer diario; aunque había mejorado desde que practicaba una especie de yoga: todo un hallazgo. En esa época tuvo varios sueños relacionados con su trabajo. En uno de ellos, era el mismísimo Cristóbal Colón quien le pedía que le sustituyera:

— Cristóbal, tocayo — se dirigió a él, Colón — Eres la persona indicada para sustituirme; sólo puedo confiar en ti... Te pido que aceptes este trabajo y me representes como corresponde a alguien de mi posición.

— Almirante, será un gran honor — respondió Cristóbal, bajando la cabeza — Nunca pensé que llegaría tan alto.

— Pues sí; sustituyéndome llegarás muy alto — corroboró Colón — La estatua está colocada a diecisiete metros de altura... en la misma plaza que lleva mi nombre...

— ????!!!!!

— Llevo allí desde 1892, y estoy un poco cansado. Necesito que me sustituyas unos veinte años...

Otra vez, quien se le presentó fue Obama:

— Krisstou, yo saberr mocho de tú... yo necesitarr a tú... yo querrerr *holidays* perro con secretto ... Ni CIA tiene ke saberr...

— Presidente, me sentiré muy honrado...

— Yo leerr tu famoso *speech* en pueblo Ggrande Molino con Conehos, y mocho imprresionarr a yo... tu serrr *perfect sub* parra yo en *informal meeting* con prresident rruso Putin... serrá en el *Putin club* de Moscow... tu solo sonreirr... sonreirr mocho...

— Sí, presidente, pero...

— Y yo pedirr otro favorr — continuó Obama — Yo querrerr tu *substitute* yo en *New York Marathon*...

— ¿Corriendo la Maratón? — preguntó Cristóbal, asustado.

— Claro, hombre, ¿cómo si no?... pero tu no preocupado... tu correr en salida; después tu ponerr otros que *substitute* a tu...¿comprenderr?... y tu irr en coche secretto a cerca de meta... y cuando faltarr quinientas yardas, tu entrarr en carrera, y tu llegar a final con ggrande sonreirr... mocho ggrande sonreirr...*always* sonreirr...

Apabullado por estos y otros sueños similares, acudió a un psicoanalista que le había recomendado una amiga de Elena, Consuelo de la Pena: neurótica crónica, según el diagnóstico oficial, desde que descubrió que sus padres se acostaban desnudos todos los sábados. Tumbado en el diván, habló y habló de lo que soñaba, sin que el especialista, sentado tras él fuera del alcance de su vista, apenas interviniera; hasta que en la tercera sesión le hizo una trascendental pregunta:

—¿A qué edad dejó de hacerse pis en la cama?

— ????? No sé, ni idea...

— Pues debe averiguarlo — afirmó el psicoanalista — Es una información trascendental sobre su emotividad más profunda...la que está reprimida...

— ??? (quiso girarse para comprobar que no había una cámara oculta).

— Y esa emotividad está rabiosa por tan prolongado encierro; y ahora, quiere manifestarse haciendo ruido, mucho ruido — continuó el doctor — Le culpa a usted, a su yo racional, y por eso le provoca tanto sufrimiento... le castiga con ese terrible insomnio... y quiere vengarse con esos sueños...

— ?????????????????????????????????????

— Cuando Colón le dice lo que le dice, no se lo dice por decir, sino que lo dice para decirle algo que le quiere decir... y lo que le dice no podría decírselo más claro...

(Ahora sí; tenía la p... hecha un lío y...).

— Lo que le dice es que está cansado de estar atrapado en esa estatua y que necesita ser liberado... ¡Qué más quiere que le diga! Su emotividad elige, precisamente, a tan insigne descubridor para representarla... ¿Por qué lo hace? Es evidente. Le está diciendo que también ella, como Colón, quiere ser libre, aventurarse a descubrir, explorar nuevos mundos... y su yo racional no se lo permite... la ha postergado a la inactividad que representa la estatua... y ahora ella le demanda que la sustituya, que la deje volar...

— Ya, pero...

— El mensaje es muy claro — sentenció el psicoanalista, visiblemente satisfecho con su brillante interpretación, hablando para sí mismo como si su cliente fuera un simple adorno de su elegante diván.

(Cristóbal no vio muy claro todo este asunto de su emotividad, y prefirió no preguntarle por el significado de los sueños con Obama).

— Paciencia, señor Hernández; necesitamos tiempo, pero ya hemos encontrado la clave que nos guiará — le tranquilizó el doctor cuando regresó del baño de narcisismo que se había dado — Ahora, hay que ponerse a trabajar, y usted debe asumir un papel muy activo. De momento, cada vez que orine piense que es el niño que fue y que está en la cama; que se lo está haciendo encima... y reviva las emociones de entonces... Hágalo; y lleve un registro.

— ¿Un registro? — preguntó atónito.

— Eso es — confirmó el psicoanalista — Usted lleva un papel encima; y cada vez que orine, piense lo que le dije; y lo que reviva de cuando mojaba la cama, lo anota.

(Se imaginó haciendo pis en los urinarios del restaurante al que solía ir a cenar, intentando seguir las instrucciones del doctor, con el papel listo para tomar notas...).

— Hágalo; enfrétese a su pasado sin miedo... y el próximo día me habla de ello — insistió el especialista, cerrando la sesión — ¡Ah! y no deje de tomar el Quilebrizin: dos pastillas todas las mañanas.

La factura que le presentó la secretaria, ya fuera del despacho, ascendió a 900 euros: 300 por sesión.

— ¿Le doy hora para la próxima semana? — preguntó a continuación.

— No sé si podré... — contestó él, sin atreverse a decir que no tenía intención de volver — Le llamo en cuanto regrese a mi oficina y vea mi agenda... Por cierto, ¿sabe si el doctor necesita un sustituto? (pensó que sería un chollo).

— ¿Un sustituto?

— Sí, alguien que haga su trabajo cuando se vaya de vacaciones o le apetezca desconectar durante algún tiempo. Cuando sea el caso, si usted nos recomienda y nos dan el trabajo (le dio una tarjeta), se lleva el 15%.

Por fin llegó la hora y bajó al vestíbulo. A diferencia de otros casos, la información que tenía era muy escasa. Se trataba de una sustitución muy confidencial, de alguien muy conocido, y el cliente había puesto algunas condiciones que en otras circunstancias no habría aceptado; pero la contrapartida, un millón de dólares, incentivaba la flexibilidad y el acuerdo estaba cerrado. Sólo Elena y él, de los doce que trabajaban en las oficinas de El Sustituto S.L. conocían este pedido. Y sabían poco. Lo suficiente para encargar las mascarillas moldeables que Cristóbal necesitaría y estar en el hotel Hyatt

de Chicago a la hora señalada. Ya en el *lobby*, se le acercó un hombre joven vestido completamente de negro, incluso la camisa y la corbata:

— Mr. Fernandes? (este era el nombre elegido para esta operación).

— *Yes, I am Mr. Fernández.*

— *Porr favorr, tu seguirr a yo, Mr. Fernandes.*

Una espectacular limusina blanca esperaba en la puerta. Cristóbal se acomodó en el asiento trasero, al fondo del todo, y su acompañante se sentó delante, junto al chófer.

— *Where are we going?* — preguntó el español, queriendo mostrar que dominaba el inglés.

— *Yo no poderr desirr, ya saberr tu... pero serr unas dos horras, more or less... ponerr tu comodo... ahí tenerr barr... tomarr tu lo que gustarr.*

No cruzaron más palabras. Cristo (Marcos Fernández, esta vez) se quitó la chaqueta, cogió del bar una botella de agua sin gas, y se relajó cuanto pudo en ese lujoso habitáculo. El viaje se le hizo corto. Al llegar, abrió la puerta un hombre negro muy grande, de los que no quieres enfadar, y otro le condujo a un ascensor guardado por dos cachas. Subieron a la sexta planta; allí, le invitaron a pasar a una sala amueblada con un tresillo de piel color hueso apaleado y una mesita baja, rodeados de una estantería de madera en la que los libros escaseaban. Esperó un rato; y por fin, tras recorrer un largo pasillo escoltado por hombres fuertes con pinganillos en las orejas, algunos armados, entró en un amplísimo despacho carísimamente decorado, aunque bastante recargado, en el que acompañado de tres muy trajeados, enseguida reconoció al hombre al que debía sustituir, confirmando que la mascarilla que había preparado era perfecta.

— *Please, make yourself comfortable, Mr. Fernandes* — dijo el principal protagonista, al tiempo que con un gesto inconfundible, le ofrecía sentarse a su izquierda.

— *Thank you* — agradeció Cristóbal.

— Podemos hablar en su idioma — le sorprendió su anfitrión — Mi mamá es mexicana, y desde chiquito platico con ella en español.

— ¡Ah! Como usted quiera. Me parece perfecto.

— Señor Fernandes; para haserle la historia corta, le explico de plano en qué consiste la chamba.

— ¿La chamba?

— Sí; el trabajo que le requiero que haga para mí... Nese-sito que me sustituya en mi muerte y en mi entierro...

— ¿Cómo dice?

— Usted hase sustituciones ¿no es sierto?... y me dijeron que es el mejor en esto ¿no es sierto?... pues de eso se trata...

— Ya, pero...

— No se intranquilise, amigo; jajaja... No pretendo que muera de verdad; pues claro que no, jajaja... sólo será un simulacro. Deberá parecer que he muerto; y todo el mundo podrá verme así, bien muertito, y asistir a mi entierro...

(Por primera vez en su dilatada carrera, sintió miedo) .

— Las razones por las que quiero haser esto no le interesan, amigo — continuó su anfitrión -- Le pago muy bien para que no haga preguntas...

— Sí, sí; por supuesto — reaccionó Cristóbal — Ese no es mi problema.

— Tras su "muerte", tendrá que estar un día en el velatorio, dentro de la caja y quietesito, sin moverse... como un verdadero difunto ¿Cree que podrá haserlo?... Le pondremos alejadito para que no se note que respira, pero un solo movimiento descubriría el engaño... Por eso, antes de aseptar, tiene que estar muy seguro...

— Sí; comprendo...

— Cada sierto tiempo, serraremos el velatorio para limpiarlo, y usted dispondrá de un breve reseso para estirarse, moverse e ir al sanitario para sus nesidades... No podrá comer, porque eso podría produsir ruidos intestinales y cosas así... Si quiere, podemos darle algún fármaco que le inmovili-

se durante algunas horas... Y al día siguiente, sellaremos la caja y lo enterraremos a la vista de todos...

(Lo que sintió ahora, fue pánico).

— Pero no se preocupe; jajaja... Por la noche iremos a rescatarlo. Mis hombres abrirán la tumba y le sacarán de allá vivo. Después, le llevarán en carro a *New York* y allí tomará el avión. Se marchará y no volverá nunca más a los Estados Unidos... ¿Está de acuerdo?

El encargo era verdaderamente macabro y le tenía aterrado; pero estaba muy bien pagado, había cobrado la mitad y suponía un enorme reto en su exitosa carrera. Al principio había aceptado por el dinero; ahora, sin despreciarlo, era el desafío lo que más le incentivaba... Bueno, por qué negarlo, también le influía el miedo a la reacción de esos matones si al negarse los contrariaba.

Inmovilizado dentro de un ataúd de caoba de gama alta: bien insonorizado, con aislamientos térmicos de última generación y un cómodo colchón para hacer más llevadero el viaje, el día se le hizo bastante largo; si bien durmió algunas horas gracias a las drogas que según habían acordado, le administró el doctor Joe Kabron, un auténtico especialista en este campo. Lo peor llegó cuando cerraron la caja. Le habían explicado en qué consistía la claustrofobia, pero sólo entonces fue consciente. Confinado en ese reducido espacio, sin poder abandonarlo, sus palpitations aumentaron, la angustia se apoderó de él y sintió auténtico pánico... quiso salir... gritar que lo sacaran de allí... pero los fármacos de ese Kabrón le habían paralizado. Estaba a merced de otros; algo que nunca le había gustado. Él no podía hacer nada; sólo confiar en que se cumpliera el plan como estaba previsto... si es que antes no moría de asfixia o del infarto que se acercaba.

Camino del cementerio se fue calmando. Pudo hacerlo recordándose que era un gran profesional que no podía fallar a su cliente: "soy el mejor... y confían en mí, sólo en mí... por eso me pagan mucho dinero... sólo yo puedo hacerlo... y lo

voy a lograr... no hay nada que yo no pueda conseguir... ya he hecho cosas muy difíciles... ahora voy a superar este nuevo reto..." Los razonamientos funcionaron. Recuperó la compostura emocional y se centró en el plan que estaba trazado, anticipando lo que sucedería después para estar un paso por delante y que el factor sorpresa no le afectara.

Bien instalado en esa lujosa estancia de veinte mil dólares, pudo seguir con detalle lo que sucedía fuera: la parada en la capilla; el esperanzador responso del padre Goodhope, destacando la buena fortuna de ir a reunirse con el Señor (¡glup!); los desconsolados gemidos y gritos de dolor de quienes le lloraban; el lento traslado a hombros hasta la tumba, que le dejó machacado por los que según dedujo, eran pronunciados baches en el pavimento; más rezos, interminables, de Goodhope; más lloros... Soportó el vaivén del ataúd mientras, apoyado en cuerdas, descendía por el hueco que se había habilitado en la sepultura familiar. Posado en el fondo, a unos dos metros de la superficie, notó, aterrorizado, cada una de las paladas de tierra que le dejarían enterrado... hasta que el ruido cesó y se hizo un gran silencio. Ahora, sólo tenía que esperar unas cuantas horas; hasta que fueran a rescatarlo. Pero... ¿y si no lo hacían?

Quiso quedarse dormido, pero no pudo. El efecto de las drogas había caducado, y la tensión aumentaba. Muy lentamente pasaron las horas: una, dos, tres, cuatro... sumido en pensamientos que cada vez eran más aterradores. En realidad, pensó, que para ellos sería mucho mejor no arriesgarse. "Me dejan aquí y listo. Nadie sabe dónde estoy... y encima se ahorran el segundo pago". Pintaba mal, pero apelando a su profesionalidad se volvió a recordar la importancia de la paciencia y la confianza en el cliente. Intentó darse ánimos diciéndose, aunque con poco convencimiento, que seguro que vendrían a por él. Pero el auxilio prometido no llegaba. Pasadas las doce de la noche, llegó al convencimiento de que sus temores estaban fundados. No irían a desenterrarlo. Fue ho-

rrible: empujó la tapa de la caja con todas sus fuerzas... pero fue inútil; estaba perfectamente sellada y sobre ella pesaban dos metros de tierra.

Entonces, recordó que tenía el móvil! ¡Ohhh! Volvió la esperanza. Retorciéndose con dificultad en el muy escaso espacio, pudo sacarlo del bolsillo; y acostumbrado ya a la oscuridad, fue capaz de ver los números y marcar el de Elena. Por suerte, ¡había cobertura! Pero la mujer no respondía. Desesperado, respirando a duras penas el poco oxígeno que permanecía y bañado en el sudor que le invadía, siguió intentándolo una y otra vez, combatiendo el pánico avasallador con la muy leve esperanza de esta única oportunidad que le quedaba. Pero ella no estaba. Gritó, se desgañitó, la maldijo por no estar a la espera... sintió que flaqueaba, que inevitablemente llegaba el final... hizo un nuevo intento... quizá el último...

— ¿Sí? ¿Cristóbal? ¿Eres tú?

— ¡Elena! cariño, ¿dónde estabas? Llevo llamándote horas...

— Amor, estaba charlando con mi madre... ¿Sabes? se ha caído esta mañana por la escalera del chalet de Tuy; y fíjate, parece que se ha roto una cadera. Está muy preocupada porque ya es mayor y teme no poder valerse por sí misma. Yo la he dicho que esté tranquila, que tú y yo la vamos a ayudar en lo que necesite, ¿verdad, Cristo? Ya sabes que ella te quiere mucho, y fíjate, hasta se ha emocionado cuando se lo he dicho...

— ¡Elena! ¡Elena! ¡Elena! ¡Qué estoy enterrado, coño!

— Ah, ¿ya estás enterado? ¿Y quién te lo ha dicho? Esto ha sido esta mañana. ¿Cómo te has enterado, cariño?

— ¡No! ¡No! enterado, no; ente RRA do, enteRRAdo, ¿comprendes?

— ¿En Chicago? ¿Qué estás en Chicago?... Ya sé que estás en Chicago, cariño; por eso te contaba lo de mamá, la pobre, fíjate que faena...

— ¡Elena! ¡Elena! Escucha, por favor... ¿Elena? ¿Elena?

La batería se había agotado. Olvidó recargarla antes de meterse en el ataúd, y aunque tenía el cargador, entre las comodidades del féretro faltaba el enchufe que le habría salvado. Consciente del inapelable desenlace, comenzó a gritar desesperado:

— ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

— Mr. Fernandes, Mr. Fernandes... ya llegarr...

— Ahhh, Ahhh, ¿Dónde estoy?... ¿llegar a dónde?... reaccionó Cristóbal, completamente desorientado — ¿Estoy en el cielo?

— ¿Sielo?... Mr. Fernandes, *Are you ok?* — preguntó el hombre vestido de negro — Tu mocho cansado porque dormir todo viaje.

(¡Ufffffffffffffffffffff!).

— Si tu estarr mal, yo darr a tu un *tablet* de *Killeverything...* serr muy bueno *medicine...*

No lo necesitó. Aliviado del mal trago, se encendió internamente mientras seguía al hombre que le precedía. ¡Menu-do susto! Otro de esos estúpidos sueños, como los de Obama o Cristóbal Colón. Haciendo un esfuerzo, podía aceptar que su emotividad reprimida estuviera rabiosa y quisiera putearlo, pero esta vez se había pasado varios pueblos. “¡Cabrona! Una más de éstas y me vuelvo a hacer pis en la cama”.

Ya calmado, esperó en una sala amueblada con un tresillo de piel de color hueso apaleado y una mesita baja que le resultaron familiares; sobre todo cuando comprobó que en la estantería de madera que los rodeaba, los libros escaseaban. Después, recorrió un largo pasillo escoltado por hombres fuertes, armados y con pinganillos en las orejas; y entró en un amplísimo despacho donde, acompañado de tres muy trajeados, le esperaba el hombre al que debía sustituir. Era su primera vez allí, pero... sintió que todo eso ya lo había vivido antes.

— *Please, make yourself comfortable*, Mr. Fernandes — dijo el hombre que allí mandaba, al tiempo que le ofrecía sentarse.

— *Thank you* — agradeció Cristóbal.

— Podemos platicar en español — dijo su anfitrión, sin que Cristóbal se sorprendiera — Mi mamá es mexicana.

Sintió verdadero pánico; y se pellizcó para despertar de ese recurrente sueño que volvía a las andadas; ¡otra vez la puñetera emotividad esa! Pero no hubo forma. Esta vez, parecía real.

— Señor Fernandes,... el trabajo es muy sencillo: necesito que me sustituya en mi muerte y en mi entierro... ¿Podrá hacerlo?

— ¿Cuándo sería? — preguntó él, muerto de miedo; sabiendo que a pesar de todo, su profesionalidad le impedía rechazar el caso.

— Cuánto antes, señor Fernandes... Hoy mismo, si está de acuerdo.

— Estoy dispuesto — contestó Cristóbal, con una seguridad que asombró a todos (incluso a él mismo) — Sólo necesito dos cosas: avisar a mi mujer y cargar bien la batería del móvil.

EL PACK DE LA TRANQUILIDAD

*“Dejad que los inocentes niños se acerquen a mí...
que ya me encargo yo de ellos”*

Herodes Antimamas, pediatra hebreo (año 1)

Llegó el verano, y por primera vez desde hacía veintiocho años, justo uno después de casarse, Carmen y Donoso se encontraban sin planes. Hasta ahora, habían dependido siempre de sus hijos, pero éstos, ya mayores, tenían los suyos y ellos, sacrificados padres, no encajaban. Sus amigos, Guadalupe y Beltrán, en circunstancias similares, les animaron a ir con ellos a un hotel en la playa.

— Uno de esos que además tienen espás para relajarse — les habían explicado para terminar de convencerlos.

El plan se antojaba ideal: sol, mar, excelente compañía y, lo que necesitaban ellos: mucha tranquilidad.

Tras un ameno viaje en coche, con generosas paradas para reponerse y la puntual escucha de las mismas noticias en todos los boletines informativos, arribaron en el prometedo hotel/spa. Su primera impresión no pudo ser mejor: además de estar cerca de la playa, disponía de una atractiva piscina de turquesa agua salada, rodeada de cuidado césped que invitaba a descalzarse, cómodas hamacas protegidas por sólidas sombrillas rayadas y grandes hortensias de tonos azules que engalanaban tres de sus cuatro costados. Más allá, dos acogedoras terrazas, una junto a la barra del bar, presagiaban encuentros inolvidables con los interesantes libros que les

acompañaban y largas y relajadas tertulias bajo el manto de la sombra o, ya de noche, la protección de la Osa Mayor. Y por supuesto, estaba el publicitado spa, buque insignia del hotel, con una amplia piscina interior repleta de chorros reparadores, sauna, baño turco, diversas bañeras terapéuticas, tratamientos a base de barro y la posibilidad de darse unos masajes que se antojaban imprescindibles para retar al dolor de las indómitas cervicales. Las habitaciones no tenían buenas vistas, pero estaban bien equipadas y disponían de un amplio balcón para las noches de insomnio.

— Parece que hemos acertado, cariño — suspiró Carmen, una vez instalados — Por fin vamos a tener las vacaciones tranquilas que tanto deseábamos.

A las diez de la mañana coincidieron para desayunar. En una de las terrazas, les dio la bienvenida una luminosa mesa con vistas a la piscina y una agradable sombra que les protegía del brío que mostraba el sol. El buffet era generoso y bastante variado. Allí mismo, pudieron hacerse con los periódicos nacionales, cuya primera lectura, sin ninguna prisa, compaginaron con las viandas, el café y —las adictas señoras— el ineludible cigarrillo. ¡Las vacaciones perfectas!

Todo estaba en calma hasta que, cogiéndoles por sorpresa, oyeron la voz de pito de alguien que entraba por la puerta:

— ¡Pablito! ¡Pablito! ¿Qué te he dicho? ¡Ven aquí ahora mismo!... ¡Pablito! ¡He dicho que vengas!

Se trataba de una joven mujer rubia (“de bote” coincidieron ellas) de agradable presencia y aparente buena educación; pero sus alaridos la hacían insoportable. Todo un atentado a la tranquilidad y el buen gusto que se respiraban. Por suerte, pensó Donoso, la dama y su angelito se situaron al otro lado de la terraza, lo que pudo amortiguar, que no eliminar, el irritante monólogo. Una pequeña contrariedad. Sólo eso. Con muy buena voluntad, pues había que tenerla, se

acostumbraron al pitido de la mujer teñida e ignoraron su ¡Pablito! al tiempo que leían y comentaban las noticias.

No duró mucho el relativo sosiego de Donoso Segado — así era su apellido — y sus tres acompañantes. Mientras hablaban sobre la cogida de José Tomás, dos niñas muy repipis junto a su hermanito pequeño, escoltados por sus inalterables papás, invadieron el lugar; y sin piedad alguna, atacaron furibundamente cualquier resquicio de calma; por si fuera poco, se instalaron en la mesa de al lado.

— ¡Mamá!, mira Borjita; está metiendo la mano en mi mermelada. ¡Mamá! dile algo.

— Borjita, ideja la mermelada de tu hermana!

— ¡Mamá! ¡No hace caso!... Borjita ¿eres tonto o qué?... ¡Mamáaaaa!

Carmen, apelando a viejos recuerdos en primera persona, comenzó quitándole importancia:

— Sólo son unos niños... y mira que ricos, los tres van vestidos iguales...

— Sí, qué simpáticos — añadió Guadalupe, sin demasiado entusiasmo; intuyendo lo que parecía avecinarse.

Donoso y Beltrán no dijeron nada. Se sumergieron en las páginas de deportes suplicando que Messi y Cristiano aliviaran ese martirio. Sin embargo, pronto comprendieron que sus ídolos podían zafarse de las defensas más aguerridas y marcar goles increíbles, pero librarlos del incansable Borjita y sus inaguantables hermanas... incluso para ellos era demasiado. Se convencieron del todo cuando, tras múltiples gritos de unos y otros, el inocente querubín, sin ningún reparo, vertió su taza de Cola-Cao en los muslos de una de las niñas — Adriana; nombre que de tanto repetirlo, ya conocían de sobra — de quien siendo tan tonta, comprendieron y le dieron la razón al chavalín, estaría más que harto. Entonces, repentinamente, la madre abandonó el idílico sueño que por su pasividad hasta entonces parecía mantenerla en otro mundo, quizá en otra época y hasta encarnada en otro ser, seguramente es-

térril, y le pegó unos cuantos gritos a Borjita. La ruidosa medicina tuvo un efecto inmediato que duró un minuto y medio; tiempo insuficiente para terminar de leer lo de José Tomás o ver las películas que echaban en la tele, pues no tardó el pequeño vecino en volver a las andadas tras prescribir la anestesia; esta vez, mostrando sus aptitudes musicales a lo Ringo Starr, con los cubiertos y la propia mesa a modo de batería. Sus papás ni se inmutaron. ¿Cómo iban a cercenar la creatividad de un futuro genio de la música? La psicopedagoga les había advertido que no se les ocurriera, so pena de inhibir ese talento natural y crearle una frustración traumática; y ellos seguían el sabio consejo sin privar a nadie de ese privilegio gratuito que suponía escucharlo.

Los cuatro amigos coincidieron en la conclusión, muy certera, de que el futuro Beatle y sus insoportables hermanas eran invencibles, por lo que sólo cabía una retirada honrosa para refugiarse en sus habitaciones. Allí, por fin, estaban a salvo. Sin embargo, no habían hecho un viaje tan largo para quedarse en las trincheras, y además, razonaron, pronto estarían los niños en la playa; el momento de salir y disfrutar de la piscina.

Dos horas más tarde, otearon el horizonte y, como habían vaticinado, todo estaba en calma. Ni la mamá de Pablito, ni Borjita, ni Adriana, ni la otra hermana, ni los papás de éstos se encontraban cerca. ¡Ufff, qué alivio! Un optimismo renovado se apoderó de ellos. Les esperaban esas apetecibles hamacas, la lectura placentera, un delicioso cóctel obsequio de la casa, y de vez en cuando, un reconfortante chapuzón en esa espléndida alberca que inspiraba tanta tranquilidad.

— ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!... ¡mira como me tiro!... ¡Papáaa!

— ¡Jesulín! ¡Jesulín!... Te he dicho que no te acerques al borde de la piscina... qué te vas a resbalar... ¡Jesulín!.. Hazme caso o te castigo a ver un documental y sin jugar a la play...

— Jajajajajaja, jajajajaja, ¡soy un monstruo marino! Javito, mira como buceo.

— ¡Mamáaa! ¡Jooo! Dile a Mariló que no me haga aguadillas que me se mete el agua por la nariz. Porfi, Mariló, ¡no vale hacer aguadillas!

— ¡Buaaaa... buaaaa... buaaaa... buaaaa!

— Lo ves. ¡Si es que pareces tonto!... Te dije que ibas a resbalarte. Te lo dije, Jesulín... Mira que te lo dije... ¡Deja de llorar o te castigo!

El enemigo se había multiplicado. Además de Jesulín, Javito y Mariló, aparecieron otros angelitos con las pilas bien cargadas. Dos de ellos, Rubén y Gonzalo, no paraban de entrar y salir de la piscina, corriendo por todas partes como patos perseguidos, salpicando a todo aquel que tenía la fortuna de encontrarse en su camino. Su desbordante entusiasmo se plasmaba en estridentes gritos que, como es lógico, hacían las delicias de los que ingenuamente ansiaban un oasis de paz...

Estoicamente, Carmen, Donoso y sus amigos soportaron la ofensiva algo más de una hora. Un mérito indiscutible teniendo en cuenta los inagotables recursos de las criaturas y los correspondientes aullidos de sus desesperados progenitores, quienes generosamente, todo un detalle, deseaban que todos los clientes del hotel compartieran su dicha.

— ¿Qué os parece si para comer pedimos que nos traigan algo a la habitación?... Más tranquilos ¿no? — sugirió Beltrán, acertando en el sentimiento unánime. (Otra vez a las trincheras).

Tras dormir una agradable siesta sin las pesadillas que a tenor de lo sucedido habrían sido razonables, pensaron que era el mejor momento para ir al spa, donde seguro que encontrarían la tranquilidad que se les había negado en otras instalaciones. Allí les dieron albornoces, toallas y gorros, y les explicaron las opciones disponibles, destacando los innumerables beneficios terapéuticos y relajantes de cada una de ellas. Decidieron comenzar por la piscina de chorros. El rela-

jante sonido del agua acentuaba la calma de un entorno placenteramente silencioso. Había otras diez o doce personas, pero nadie levantaba la voz, ni hablaba por el móvil, ni corría por los bordes, ni se zambullía estrepitosamente, ni echaba carreras nadando o buceaba para otear algún pez o sentirse uno de ellos. Sólo se oía el sonido monótono de esas fuentes mágicas y se sentían sus efectos hipnóticos. ¡Por fin! suspiraron todos.

Pero no hay felicidad que cien años dure (en este hotel, cien segundos), porque enseguida se presentó una pareja joven con sus dos pequeños guerreros; y éstos, con la complicidad del jefe, no tardaron en desenterrar el hacha:

— ¡Papa! (con el acento en la primera sílaba), vamos a jugar a lo del caballo — sugirió uno de ellos, anticipando el violento ataque que se avecinaba.

— ¡Sí, papa! — se animó el otro — Yo me monto primero.

Los atronadores gritos de guerra y las punzantes risotadas que acompañaban al inocente juego, eran poderosas armas que pronto provocaron la huida de los que pacíficamente intentaban relajarse; proporcionando a los asaltadores el control absoluto de la piscina. Además, pronto recibieron más refuerzos de la gran tribu de los angelitos, que amparados por sus respectivos jefes y sin dejar de chillar, pues era éste su máspreciado signo de identidad, acamparon a sus anchas.

Una señora que estuvo a punto de ahogarse cuando dos simpáticos hermanos, invadiendo su espacio, simularon una pelea de tiburones bajo el agua, se quejó a la encargada:

— La verdad que lo siento, señora... tiene usted razón, pero no puedo hacer nada — fue la respuesta de quien minutos antes les había pregonado, con encendido fervor, las muy relajantes propiedades del spa.

— Pero... — dijo vacilante la afectada — creía que aquí veníamos a estar a gusto, a relajarnos...

— Tiene razón, señora — repitió la encargada, reflejando la rutina del que lo hace a menudo — y eso es lo que tiene que hacer: relajarse y disfrutar.

— Pero esos gritos...

— Voy a decirles que hablen bajito — añadió la empleada para que constara que lo había intentado.

— Eso es como aquel día en el cine, cuando te quejaste a la acomodadora porque los de las butacas de al lado hacían mucho ruido con las chuches, jajaja. ¿Te acuerdas, Donoso? — comentó Carmen, tras oír la solución de la encargada — Les dijo que se comieran las chuches sin hacer ruido, ¿recuerdas?... jajaja... Aquí, esta señora tiene toda la razón, pero en lo del cine te pasaste un poco, Donoso. Reconócelo.

Como sucediera en el cine, jefes y prole asintieron disciplinadamente ante la petición — en este caso — de hablar en voz baja. Y lo cumplieron... más o menos, un par de minutos. Después, regresaron a la guerra santa hasta que consiguieron la retirada total de quienes, en nombre de la religión del silencio, habían osado usurpar una actividad tan divertida.

— Es que también son clientes — se justificó la ruborizada empleada, mientras los decepcionados derrotados, uno tras otro, desfilaban impotentes y malhumorados, más tensos que cuando habían entrado, buscando el refugio seguro que, al menos todavía, les proporcionaban sus habitaciones.

La situación era insoportable; y desde luego, había que hacer algo. Los ocho varones de otras tantas parejas de mediana edad, víctimas de la dictadura impuesta por los enemigos de la tranquilidad y el respeto, encabezados por Donoso y Beltrán, avanzaron hasta la oficina central y, pillando por sorpresa a quienes la guardaban, pidieron hablar con el director del hotel.

— Soy Carlos Botones. ¿En qué puedo servirles?

— Disculpe; pero con todos los respetos, no hemos venido hasta aquí para hablar con el botones del hotel — deman-

dó Donoso, haciendo de portavoz — Queremos que nos reciba el director.

— Yo soy el director. Mi nombre es Botones, Carlos Botones, y soy el director... ¿Qué se les ofrece?

Expusieron sus quejas y su indignación, pero don Carlos, que los tenía, si no largos, por lo menos bastante curtidos, parecía no escuchar:

— Señores, por favor, entiéndanlo; son chicos y no podemos ponerles un bozal; tienen que comprenderlo. Seguro que con buena voluntad todo se arregla...

— Pero señor Botones, es que un spa no es un Acupark, ¿o sí lo es?... Es lógico que los chicos se diviertan tanto, ¿cómo no?; pero la cuestión es que un spa no es el lugar para ese tipo de diversión...

— Claro, claro — repetía el director a modo de disco rayado, mostrando los conocimientos adquiridos en algún cursillo de formación — claro, claro... si tienen razón pero...

De pronto, ante la insistencia de los que le acorralaban y la certidumbre de que de otro modo no le dejarían en paz, se le ocurrió a Botones una brillante idea:

— Lo que tienen que hacer es ir a la hora de la comida, sobre las tres o tres y media... Seguro que a esas horas no hay nadie en el spa.

— ¿A las tres o tres y media? — quisieron confirmar las víctimas, pensando algunos que no habían entendido bien, y otros, los más, que les estaban tomando el escaso pelo que les quedaba.

— Sí; ieso es! — reiteró Botones, satisfecho de sí mismo — Esa es la mejor hora.

— ¿Y nuestra comida? Tenemos régimen de pensión completa y ese es el horario.

— Eso no es problema. Les haremos unas bolsas, como si se fueran de excursión... y podrán tomársela allí mismo... o después en sus habitaciones... o si lo prefieren se las llevan a la playa...

— ¿Y no sería mejor limitar un horario para los niños, como ya se hace en otros spas? — sugirió uno de los que reclamaban, quien, según dijo, era asiduo de las aguas.

— ¿Limitar? Aquí no se limita nada, caballero — sentenció con arrogancia Botones, sintiéndose ya ganador — Eso iría contra la libertad, sería una discriminación... ¡no podemos hacerlo! ¿Qué dirían de nosotros? Nos tacharían de fascistas por excluir a esos pobres niños y a sus padres... Además, muchas madres saldrían perjudicadas... ¡Uff! Nos acusarían por marginar a las mujeres con hijos, por no darles las mismas oportunidades de usar el spa... ¡No quiero ni pensarlo! Sería como no respetar las bajas por maternidad o despedir a una mujer embarazada. ¡Podrían denunciarnos por ir contra la ley de Igualdad! y todas esas asociaciones que se plantarían en la puerta del hotel a protestar con pancartas y caceroladas... ¡Qué angustia! No están los tiempos para limitar nada. Todos tenemos los mismos derechos. Estamos en una democracia...

— Pero y nuestros derechos como clientes...

— Ustedes tienen sus derechos como clientes, por supuesto. Y los demás, también. Por eso, tenemos que llevarnos bien y respetar la ilusión de unos inocentes niños que desean disfrutar del spa con sus padres. Como dijo el filósofo griego Vaporoulos Termalis, "la pureza de las aguas, fortalece la unidad de la familia"; una frase muy potente ¿verdad?

— Pero señor Botones, nosotros...

— Caballeros, yo les comprendo muy bien; y espero que ustedes que son personas razonables, me comprendan a mí. Pensaré qué podemos hacer, pero de momento ya les he dado una solución que es buena para todos: ustedes avisan en recepción el día anterior, se les preparan los picnics, y todos contentos.

— ¿Cómooooo? ¿a la hora de la comida? ¿una bolsa con un picnic? ¿y os lo ha dicho el botones? ¡Pero qué es esto, por

Dios! ¡Os han tomado el pelo! Carmen, Guadalupe y las demás señoras estaban indignadas.

— Diréis que soy una inconformista, pero esto no puede quedar así — dijo Guadalupe a sus compañeras de causa, echando fuego por los ojos —¿Y qué decís de nuestros maridos? Son unos calzonazos... eso es lo que son: ¡unos calzonazos! Mucho hacerse los valientes yendo a ver al director y se conforman con lo que les dice el botones... ¡es el colmo!

— Bueno... parece que el director se llama Botones... — aclaró una de ellas, sin alzar mucho la voz y bajando algo la cabeza, por si acaso.

— ¿Cómoooo? ¿El botones es el director? ¡Pero qué demonios es esto! ¡Una anarquía! Esto es lo que pasa por ser tan modernos...

— No, no... quería decir que...

— ¡Me da igual! ¡Como si es el jardinero o la señora que hace las camas! ¡Son unos calzonazos!

(Se aceleraba más que una moto).

— Como no actuemos nosotras, ese botones que hace de director nos seguirá tomando el pelo. Como me llamo Guadalupe Sada que esto no se queda así.

Ninguna se atrevió a contradecirla; más aún, se enardecieron; y una a una se fueron sumando al juramento de no rendirse sin luchar. Donoso, Beltrán y los demás maridos se dieron cuenta de que la cosa iba muy en serio.

Al día siguiente, bajaron a desayunar muy temprano para no coincidir con el enemigo, algo que casi lograron. Sólo tuvieron que soportar el lloro quejoso y continuo, acompañado de pataleta, de un angelito que apenas se tenía en pie y se empeñaba en beber una copa de cava. Lógicamente, sus papás no se lo permitían: se trataba de un producto catalán y, por mucho que protestara el niño, no podían consentirlo. Preguntaron si había champán francés o algún sucedáneo de los que se hacen en Castilla-La Mancha, pero no tuvieron suerte; y sólo les quedó abrir el habitual paraguas de desco-

nectar para soportar la tormenta, pues tampoco había funcionado la promesa de llevarle a Eurodisney si se callaba.

Este ataque a la tranquilidad de un día que aún estaba amaneciendo, les pareció nimio comparado con las grandes ofensivas que ya habían soportado, pero corroboró que, sin dudar, debían seguir adelante con el plan trazado. Éste se había diseñado durante casi toda la noche, y ahora sólo faltaba ultimar algunos detalles y comenzar las operaciones. Las mujeres eran el motor, y los hombres, que para eso habían hecho el servicio militar, aportaban la estrategia.

¿Querían guerra? Muy bien. Allí estaban ellos; dispuestos a conquistar esa calma que, a la vista estaba, había sido, y seguía siendo, el idílico objetivo perdido de tantos y tantos honrados contribuyentes que verano tras verano — y a veces también en primavera, otoño e invierno— eran despiadadamente maltratados por poderosos ejércitos de inagotables niños mal educados, padres complacientes resignados al destino que los esclavizaba, y disciplinados empleados de hoteles, restaurantes, piscinas, cines, centros comerciales, transportes y otros servicios públicos, que aún estando más que hartos, se veían obligados a colaborar.

Uno de sus primeros movimientos, sabiamente coordinado por Tomasín y Andrés — dos maridos reclutados — fue apoderarse de los tres ordenadores que situados en una zona común, podían, en teoría, utilizar todos los clientes, pero que en la práctica eran territorio abusivamente ocupado por fuerzas enemigas de entre siete y doce años. Según el plan, el control de esas posiciones con acceso a internet tenía un gran valor estratégico, por lo que el éxito de la operación supuso un buen espaldarazo para la moral del grupo. Mientras tanto, otros se ocuparon de ir a un chino a comprar algunas cosas que les hacían falta; y los restantes, para no despertar sospechas, aguantaron con aparente naturalidad, como si no pasara nada, el duro martirio de la piscina. El factor sorpresa era un aliado fundamental, por lo que debían aparentar que dis-

frutaban bajo las sombrillas rayadas. Fue la parte más dura, ya que Jesulín y Borjita se habían juntado y competían por la hegemonía de la tribu mostrando lo mejor de su repertorio. Magdalena Ortiz, una de las señoras destacadas en la alberca, no pudo aguantar tanta presión y se puso de los nervios. Estaba tan afectada que ni siquiera pudo calmarse con dos pastillas de Quilebrizin, teniendo que ser atendida por Maica Ipirinha, una psicóloga brasileña que se había unido a los conspiradores. Maica, experta en estos asuntos, se vio obligada a utilizar la poderosa “Terapia Breve do Carnaval”:

— Fecha os ojos y jespira, jespira... jespira profundo — fueron sus primeras instrucciones — y agora muda tu mente a la felicidade mais grande... escapa do terrível juido destes niños que te torturan y muda para Carnaval do Jio...

(Magdalena permaneció tumbada, inmóvil; hipnotizada por la poderosa energía que la psicóloga le trasladaba).

— Já estes lá; quiero decir que já estás allí — continuó Ipirinha — Agora você é livre... ¡Livre!... Você tem a máscara da felicidade... e você baila; baila samba...o juido e de samba... Jepite: eu... yo soy felis; jepite: yo soy felis; yo soy livre y muito felis...jepite, jepite, jepite...

El efecto de tan contundente terapia fue inapelable. Magdalena sintió una fuerza interior que no había conocido antes, y manifestó el ferviente deseo de reincorporarse a la gran cruzada para combatir al más pintado; aunque antes pidió permiso para ir al chino a satisfacer una necesidad urgente: comprarse un silbato, unas plumas para la cabeza, un bikini de lentejuelas con el tanga de reducida talla, y unas botas plateadas con tacones muy altos.

La tarde elegida para la ofensiva parecía perfecta, pues al ser domingo, Carlos Botones y sus principales lugartenientes libraban. Además, muchas familias habían abandonado el hotel esa misma mañana, y el reemplazo que las sustituiría todavía estaba aterrizando o llegaría al día siguiente. Habían sincronizado sus relojes; y como estaba previsto, se reunieron

en una de las habitaciones a las cinco en punto, excepto los que cubrían el turno en los ordenadores. Comprobaron que el enemigo aprovechaba la hora de la siesta para reponer fuerzas en sus cuarteles, y a los pocos que andaban por el hall pronto los anestesiaron cediéndoles las posiciones en las computadoras. Con el campo libre, bajaron sigilosamente por la escalera de emergencia hasta que llegaron al spa. Dentro les esperaba uno de los matrimonios que, a modo de exploradores, se había adelantado para tomar las primeras posiciones y confirmar, como habían anticipado, que sólo estaba la encargada. A los pioneros del plan, además de la psicóloga brasileña, se habían unido otras tres parejas, por lo que ahora contaban con una estimable fuerza de quince personas: muy motivadas y funcionando en equipo como un solo hombre. Sabían que representaban a un colectivo apaleado, e intuían que esta batalla crearía un precedente que sacaría del conformismo a muchos otros, contribuyendo a cambiar el rumbo de la Historia.

— Amigos, llegó el momento de la acción — advirtió Donoso a sus compañeros.

— ¡Adelante, pues! — dijo con energía Guadalupe, dando el pistoletazo de salida.

La propia Guadalupe, Magdalena, Carmen y otra que se llamaba Marisa, se acercaron a la empleada e intercambiaron unas palabras con ella para distraerla. Mientras tanto, sin que ésta se diera cuenta, tres de los hombres, con gran rapidez, colgaron al otro lado de la puerta un inapelable letrero: “Esta tarde el spa permanecerá cerrado”. Después, sellaron la entrada; y uno de ellos, que era un manitas, tardó sólo unos minutos en cambiar la cerradura. Para entonces, la empleada había sido reducida con una poderosa arma en forma de dos billetes de cincuenta euros y la promesa de declarar, llegado el caso, que había sido forzada. Sin perder tiempo, Andrés se ocupó de cortar la conexión a internet y otros hicieron lo propio con la línea de teléfono y las cámaras de seguridad. Se ha-

bían hecho fuertes allí dentro y dominaban todo lo necesario para que el spa siguiera funcionando.

— Y ahora, ¡a disfrutar del spa, amigos! — señaló el camino Guadalupe, exacerbando el júbilo de sus compañeros.

— ¡Por fin, la tranquilidad que tanto añorábamos!

— Casi no me lo creo ¡Esto es lo máximo!

No había tiempo que perder. Algunos se pusieron los gorros y comenzaron a disfrutar de los ansiados chorros. Dos decidieron probar la sauna, mientras sus esposas hacían lo propio en el baño turco. Guadalupe pidió a la cautiva encargada que la masajeara con una manguera a presión. Carmen, Marisa y Maica se acomodaron en el jacuzzi. A Magdalena, tan motivada, tuvieron que explicarle que estaba prohibido el silbato, y que para zambullirse en la piscina tenía que quitarse las plumas y las botas plateadas.

— Pero quiero bailar — justificó la chica — Me siento libre... en el carnaval...

— Baila, baila; no pares de bailar — le dijo la psicóloga desde el jacuzzi — pero la música está en tu interior... dentro de vocé... siéntela... se livre...

(Mientras le decía esto, hizo un guiño a Beltrán para que le arrebatara el pito).

Habían establecido turnos de guardia en parejas que rotarían cada media hora. Los primeros ya velaban por la tranquilidad de sus compañeros. Todo funcionaba. Allí nadie levantaba la voz, nadie correteaba, nadie se peleaba en el agua. Era un entorno paradisíaco en el que, en definitiva, nadie molestaba a los demás y era posible el reposo. ¡Las vacaciones perfectas! Y así pasó casi una hora sin incidencias que alteraran el nuevo orden. De pronto, como era de esperar, alguien golpeó la puerta y preguntó por la empleada.

— ¡Calla! — reaccionó Guadalupe, a la vez que se interponía en el camino de la chica hacia la entrada y le transmitía un mensaje muy claro llevándose el dedo índice a la boca —

Ni se te ocurra contestar o nos devuelves ahora mismo los cien euros.

— Angelines ¿Estás ahí? ¿Hay alguien ahí dentro? ¡Angelines!

Como nadie contestaba, la mujer del otro lado dejó de hablar; y por el ruido descendente de sus pasos, dedujeron que se estaba alejando.

— ¡Hala! ya está — concluyó Donoso — ¡A seguir relajándonos!

Obviaron el aviso y volvieron a sus actividades placenteras; pero no tardó en regresar la mujer, esta vez acompañada por una voz masculina que dijo ser de seguridad:

— ¿Hay alguien ahí dentro?... Por favor, abran ahora mismo la puerta — sonó la voz grave y autoritaria que correspondía a alguien con esa función.

— ¡Angelines! ¡por Dios, abre! — añadió la voz femenina, en tono más suave pero también energético — Mira que no tiene gracia.

El silencio seguía siendo la única respuesta, por lo que el hombre introdujo en la ranura la llave maestra. Pero claro, por más que lo intentó no consiguió su objetivo; y tampoco dieron resultado los conatos de derribar la puerta mediante patadas certeras que según informó a su acompañante, había aprendido en cursos avanzados de Karate impartidos on line por el prestigioso maestro coreano Korta Kue Yos.

— La llave no sirve y la puerta está atrancada — explicó para justificar el fracaso — Aquí está pasando algo raro. Llame al señor Botones.

— ¿Al botones?

— ¡Al director, coño! A don Carlos.

Mientras lo escuchaban, los invasores se daban cuenta de que la cosa se iba a poner fea; pero era un riesgo que ya habían anticipado, por lo que, aunque cada vez más tensos, siguieron bajo los relajantes chorros.

— Guadalupe, ¿no crees que estamos llevando esto demasiado lejos? — se atrevió a preguntar una de las mujeres.

— ¿Lejos? ¡De eso nada, amiga! Estamos aquí para relajarnos y vamos a relajarnos como sea — contestó la que se había convertido en líder natural de los ocupas — Así que no te preocupes y relájate. ¿Por qué no aprovechas para disfrutar del jacuzzi?

Carlos Botones no podía creerlo. Le habían despertado de una prometedor y merecida siesta tras el espectacular arroz con bogavante, bien regado con rioja de crianza, que le había obsequiado su suegra; ¿y qué se encontraba?: la puerta del spa atrancada, la llave maestra que no funcionaba y una empleada desaparecida. El vigilante, un hombre corpulento que presumía de haber hecho algunos trabajos para la policía secreta de Rumanía, enseguida le dio el parte:

— No hay signos de violencia, don Carlos; pero esto tiene mala pinta...

— ??????? (el director le miró estupefacto) — ¡No me diga!

— Sí, señor; Podría ser algo de los musulmanes esos. Si se da cuenta, la puerta del spa está en dirección a La Meca...

— ¿Cómooo?

— Sí, don Carlos — confirmó el empleado — Podrían sentirse ofendidos por orientar un lugar de placer, en el que además conviven hombres y mujeres, hacia su ciudad sagrada...

— ¡Pero qué dices, James Bond! ¿Qué te has creído que es esto? — replicó Botones, mientras se desabrochaba el botón que le apretaba el cuello.

— Lo que le digo, don Carlos, es que esto parece algo muy serio — insistió el *segurata* — Puede haber algún fanático que se quiera inmolar en el baño turco...

— Anda, anda, Tom Crus — le gritó Botones — Vete a vigilar la cafetería; no sea que los de Al Qaeda se hayan entera-

do de que tenemos tarta de Santiago y les parezca otra ofensa...

El revuelo en el exterior era cada vez mayor. Además del director y otros empleados del hotel que se habían ido sumando, se acercaron los clientes, grandes y pequeños, que como todas las tardes, finalizada su siesta, se disponían a invadir el spa. Mientras pensaba qué hacer, don Carlos tuvo que sufrir a Borjita tirándole de los pantalones y a la repipi de Adriana echándole espuma desde una pajita que soplaba. Detrás, los papás se quejaban de la falta de seriedad del hotel y amenazaban con denunciarlo a todos los defensores del consumidor — nacional, autonómico, comarcal, provincial, local y vecinal — si no se desalojaba a los okupas y se solucionaba el problema. Mientras tanto, conscientes de lo que ocurría fuera, algunos rebeldes se plantearon la posibilidad de dejarlo:

— Llevamos aquí casi dos horas y ya hemos utilizado todas las instalaciones — razonaron para convencer a sus compañeros — Es suficiente ¿no creéis?

— ¿Cómo? ¿Suficiente? ¿No queréis relajaros más? — preguntó Guadalupe con cara de recriminarles que se quisieran rajar — Venga, id al baño turco y seguid disfrutando. Allí sí que os vais a relajar. ¡Qué no se hable más!

Como los del spa hablaban muy bajo, pues era ésta una de sus principales estrategias, los de fuera no les oían; y eso hacía que dudaran si había, o no, alguien dentro. Por si acaso, Carlos Botones decidió probar:

— Angelines, ¿estás ahí? ¿Angelines? ¿No te lo estarás montando con tu novio en el spa, verdad? Dijiste que no volverías a hacerlo. Si sales ahora, no lo tendré en cuenta...

De nuevo, el silencio fue la única respuesta. Botones volvió a la carga:

— Sé que hay alguien dentro... ¿Podemos hablar?... Nadie tiene que salir malparado... ¿Qué tal si lo arreglamos con tranquilidad? — propuso con una voz entrecortada que refle-

jaba su preocupación, mientras Adriana, aprovechando su impunidad, le daba tobitas en la oreja con un matasuegras — Si lo hacemos por la buenas, perfecto; pero si no es así... bueno... tendré que llamar a la policía...

Fueron palabras mayores. Una de las mujeres salió volada del jacuzzi, y acercándose a la puerta sin que pudieran impedirselo sus compañeros, delató su presencia. Le siguieron otras dos; entre ellas Maica Ipirinha, la psicóloga brasileña, decepcionando a los que habían confiado tanto en su fortaleza mental y su poderosa “Terapia do Carnaval”. Para Magdalena fue un palo terrible. En su interior seguía en Río de Janeiro bailando samba, pero la huida de su mentora la hizo regresar a la dura realidad; eso sí, conservó las plumas, las botas, el tanga y el silbato.

Donoso Segado, como portavoz que era, se vio obligado a romper su silencio:

— Muy bien. Es cierto... aquí estamos unos cuantos... y no queremos hacer ningún mal... solo relajarnos en el spa... tener un poco de tranquilidad.

— ¡Pero hombre! Qué me dice usted, señor Segado — clamó Botones, reconociendo la voz de tan destacado huésped — Si ya lo habíamos hablado.

— Lo que le pedíamos era razonable y usted no nos ha hecho caso... No hemos tenido más remedio... y le advierto que tenemos como rehén a su empleada.

— ¡Soséguese, señor Segado! Por favor, isoséguese! — respondió inmediatamente el director, ahora sí, asustado; y encima notando como le repetía el arroz — Seamos civilizados... Por favor, dígame qué pretenden...¿Segado? ¿Señor Segado? ¿don Donoso? ¿Eooooo? ¿Está ahí señor Segado? ¡Qué alguien diga algo!

Los inquilinos del spa debatían sobre las opciones que tenían. Estaban divididos: unos eran partidarios de seguir allí y otros deseaban abandonar; entre éstos, algunos querían poner ciertas condiciones.

— ¡Botones!

— Sí, señor, ¿qué desea? — respondió inmediatamente un chico uniformado que se encontraba por allí — ¿Necesita que recoja su equipaje?

— ¡Pero qué dices, chaval! — saltó Carlos Botones fuera de sus casillas — Anda, anda... vete de aquí o te meto un buen puro...

— ¡Botones! — repitió la misma voz — Estamos deliberando; denos unos minutos... Mientras tanto, dejaremos salir a los que quieran irse si nos trae un poco de comida. Le vamos a pasar un papel con el menú por debajo de la puerta; y por favor, no nos diga que la cocina está cerrada. ¡Ah! No olvide que está aquí la encargada y que hay muchas señoras... y dos de ellas a punto de ser abuelas...

— Pero señores... — intentó decir algo el director, sin saber el qué.

— Por favor, Botones, no nos toque... en lo más sensible... que estamos muy cabreados — le interrumpió Donoso.

— Mientras llega la comida ¡todos a relajarse! — ordenó Guadalupe a los de dentro — Yo voy a probar la sauna... ¿Se viene alguien?

El tira y afloja duró un par de horas más. La comida apaciguó los ánimos y el director se comprometió a buscar soluciones y a no denunciarlos a la policía. Y como el cansancio iba haciendo mella, poco a poco fueron saliendo. Los últimos fueron Carmen, Guadalupe, Beltrán y Donoso: los dos matrimonios que habían encabezado la exitosa rebelión. Tras más de cuatro horas relajándose, salieron con la piel completamente arrugada de tanta agua medicinal, y los músculos y huesos machacados de tanto chorro; pero con la cabeza bien alta. Se sentían orgullosos de sí mismos, de haber defendido con honor una noble causa. Abandonando el spa, los ojos de Donoso se cruzaron con un descarado Borjita que le sacaba la lengua. Pero el héroe de ese día glorioso no se achantó: mantuvo el contacto visual y le dio a entender al angelito que él

estaría allí para detener a todos los Borjitas del mundo. Y no sólo él: habría otros Donosos, Cármenes, Beltranes y Guadalupe. La llama por la tranquilidad estaba prendida, y él y sus compañeros de batalla se esforzarían para mantenerla viva y expandirla. Cuando ya se alejaba, pudo ver como Borjita abandonaba el gesto agresivo y se metía en la boca el dedo gordo. ¿Significaba esa señal que le importaba un pimiento ese espíritu reivindicativo que habían abanderado ocupando el spa, o que enterraba el hacha de guerra y lo mostraba fumando la pipa de la paz? Donoso quiso interpretar que se trataba de la pipa e imitó el gesto. Chupándose el dedo entró en el ascensor y, cerrándose las puertas, se sintió un hombre satisfecho, realizado y feliz.

Pasaron unos días, y por fin pudo dormir plácidamente, como hacía tiempo. En su profundo sueño se encontró en una hermosa playa de agua cristalina en la que la mar era la única que tenía voz. Él y Carmen disfrutaban del sol de la primera hora que, acompañado de una suave brisa, todavía permitía exponerse sin el calor que se avecinaba. De pronto, ¡oh no!, despertó y se encontró atado a la cama, completamente inmovilizado. Varios niños le rodeaban pegándole chicles por todo el cuerpo mientras se burlaban de él. Entonces, llegó ella:

— ¡No, por favor, no lo hagas! — gritó. Pero nadie le oyó.

La repipi de Adriana, con calculada crueldad y morboso disfrute, comenzó a untar todo su cuerpo con un derretido helado de frambuesa.

— No, por favor, Adriana; no sigas... Por favor, ¡paraaaaaa!, ¡paraaaaaa!

— ¡Cariño! ¡Cariño! — La voz de su mujer, acompañada de bruscos gestos, le devolvió de la terrible pesadilla. Un sudor helado recorría su cuerpo, pero sintió alivio al comprobar que no había secuelas de chicles ni de helado de frambuesa.

—Uff, ¡qué pesadilla tan horrible! — reaccionó Donoso — ¿Qué hora es?

— Cariño, son las seis menos cuarto — le informó Carmen.

— ¿Ya ha amanecido?

— No, cariño; todavía no. Pero recuerda que a las seis abren el spa sólo para nosotros. Vamos, levántate... tenemos que ir a relajarnos...

Unas semanas más tarde, terminando ya la temporada, Carlos Botones convocó una reunión con sus principales empleados para hacer un primer balance.

— Sabéis — les dijo — he pensado mucho en el incidente del spa y la ingeniosa solución que le di... bueno, que le dimos... porque somos un equipo ¿verdad?... Y se me ha ocurrido una idea... Ofertaremos un programa especial para clientes que quieran estar tranquilos. Lo llamaremos "El Pack de la Tranquilidad ¿Qué os parece?

— ??????? (Nadie dijo nada).

— El spa se abrirá toda la noche sólo para ellos — continuó explicando — y allí mismo se les servirán las comidas y habrá un servicio permanente de bar. Tendremos que hacer algunos arreglos, pero merecerá la pena. Los días de luna llena se les ofrecerá la posibilidad de disfrutarla desde cómodas hamacas que estarán en el jardín cercano a la puerta. Por supuesto, si hace frío se les darán mantas. Y cuando haya estrellas, hasta podríamos contratar a algún experto (de caché bajo, claro) que les diera algunas explicaciones. Por si alguno añora el sol y la luz del día, he pensado instalar una pantalla gigante en la que se proyectarán imágenes diurnas. Y lo antes posible, en la madrugada, bien calentitos, les haremos llegar los periódicos. Como extra, podemos llevarles a la playa para ver amanecer, y si lo encontramos, aunque lo dudo, algún día les invitaríamos a una copa en un pub de los que se habla bajito. Durante el día, tras un buen desayuno, gozarán de habitaciones insonorizadas con cortinas muy oscuras, y también

de un bote de Quilebrizin por si acaso, de manera que puedan dormir sin ningún problema...

— ¡Brillante, don Carlos! ¡Brillante! — exclamó su segundo, conocido entre los empleados como “El pelotari” a pesar de no haber pisado un frontón. Nadie se atrevió a llevarle la contraria, y la mayoría asintió para no destacar por defecto.

—Tenemos que perfeccionar la idea, pero creo que va a ser un gran éxito — terminó diciendo el director, al tiempo que se apoderaba de él un entusiasmo ascendente que reforzaba su convencimiento — Sí. ¡Lo estoy viendo...¡Sí! ¡lo veo! ¡lo veo!: “El Pack de la Tranquilidad” ¡Las vacaciones perfectas!

CITA A CIEGAS

“Ojos que no ven, gol que te endiñan”

Iskher Kassiyás, portero de discoteca
de origen armenio (2009)

El taxi avanzaba a trompicones al son del enorme atasco que solía ser frecuente a esa hora en las zonas céntricas. Virginia Posta miró el reloj, y bastante nerviosa, comentó a su amiga Merche que llegarían tarde a esa intrigante cita a ciegas que ésta había concertado.

— No te preocupes, Virgo — respondió la organizadora — Está bien que las mujeres nos retrasemos un poco ¿no crees?

— Bueno... a mí me gusta ser muy puntual... y más cuando se trata de alguien que no conozco...

— Nada. Mejor llegar tarde. Así estarán más impacientes, jajaja; y seguro que nos valorarán más; ya lo verás.

— Eres una loca, Merche. Y yo más, por hacerte caso. Mira que quedar con dos tíos que no conocemos de nada.

— Virgo, son los tiempos modernos: o te lanzas, o te quedas fuera de juego; y estas citas son de lo más normal.

— ????

— Sí, sí, es lo que se lleva ahora... Además, no es cierto que no los conozcamos. Yo ya he chateado con Manolo cuatro o cinco días... y de su amigo, “el tuyo”, me ha dicho que es como si fuera su hermano... intuyo que aquí va a surgir algo, jajaja...

— Pero no sabemos cómo son — insistió Virginia — Lo mismo nos encontramos con unos maleducados... imagina que el mío es muy bajito: ¡me muero!

Habían quedado a las ocho y pasaba ya la media cuando abandonaron el vehículo junto a la calle peatonal del conocido bar Jamón y Besos, un lugar perfecto para este tipo de encuentro. Casi en la puerta, Virginia quiso echarse atrás: una, dos y hasta tres veces; pero Merche, segura de lo que estaba haciendo, atrapó su brazo e impidió la desesperada huida. Habían concertado la cita, estaban allí y la suerte estaba decidida. Entrando en el bar, volvió a agarrarla oportunamente cuando tropezó en el tercer peldaño de la escalera que descendía. Virginia era un manojo de nervios; y sus temblorosas piernas se lo recordaban. Merche, más acostumbrada, disfrutaba con la adrenalina de la incertidumbre anterior a un gran momento.

— ¡Tierra a la vista! Creo que son aquellos... Manolo me dijo que llevaría una chaqueta de cuadros... y por las fotos... sí, sí, tienen que ser ellos — anunció la intrépida amiga, sin apartar del objetivo sus amplificadas ojos.

— ¡Vámonos, Merche! Te lo ruego... Uff, me estoy poniendo mala... Mira, así no voy a disfrutar... Por favor, vámonos...

— ¡Pero qué dices! ... Vamos, que no se diga... Lo vamos a pasar de cine... fíjate en el tuyo, el del traje gris... No está mal ¿verdad? ¡Huy!, ya nos han visto... ¡Hoooola!

Tomaron unas cañas y un par de raciones. El tal Manolo no paró de hablar de sus negocios. Entusiasmado con su inabarcable discurso y engordado por sus muy loables logros, obligaba a los demás a una tortuosa escucha que no admitía respiro; salvo cuando llegaron los calamares a la romana, que devoró como la más veloz de las ballenas hambrientas, sin apenas dejar nada para sus prudentes acompañantes. Luciano, "el de Virginia", no era bajito, pero casi no abrió la boca. "Es más soso que un huevo sin pan" pensó la chica. Eso sí, ¡a

buena ahora le preguntó! porque le enseñó tres fotos de su ex que llevaba en la cartera, y tímidamente, aprovechó para comentar que ella le había dejado para irse con un guionista de películas porno. Fue su única intervención de más de tres minutos. Merche y Virginia pidieron uno de los tiempos muertos que contempla el reglamento no escrito de cualquier cita, para ir juntas, ¡como no!, a ese santuario femenino que es el cuarto de baño.

— ¡Joder, Merche! Te has lucido. ¡Pero dónde me has traído!

— Jajaja, ¡son patéticos! ¿Has visto la papada que tiene Manolo? Jajaja... la foto que me enseñó en internet debe ser de hace diez años... jajaja... ¡Qué coñazo de tío! Oye, te juro que en el chat no parecía tan ladrillo.

— ¿Y el otro? ¡Parece un muerto! — añadió Virginia — No me extraña que su mujer le dejara... ves a un tío así todos los días y te dan ganas de suicidarte... pobre tía... Y estos ni siquiera hacen por invitarnos ¿Qué te apuestas?

Así fue. Manolo recaudó el escote y propuso ir a otro bar. Todavía tenía que hablarles de una nueva tienda de tuercas especiales para ruedas de camiones que pensaba abrir en Parla. Luciano no dijo nada, pero obviamente seguiría al rebaño. Las chicas se excusaron con razonamientos muy convincentes: Virginia tenía que sacar al perro, y Merche llamar a su hijo a Irlanda antes de que se acostara. En el taxi, no pararon de reír:

— Así son estas citas — instruyó la experta — Esperas una cosa y mira lo que te sale, jajaja... pero hay que atreverse y vivir la experiencia ¿no crees?... Por lo menos, nos hemos reído, jajaja...

Sin dejar las carcajadas, Virginia asintió; pero no estaba tan convencida. Se consideraba una persona tímida y lo había pasado fatal. Es verdad que ahora se reía, pero... “uff, ¡qué fuerte!”. Menos mal que Merche no se cortaba y había

sido capaz de romper. A ella, creía, le habría costado deshacerse de esos grandes plastas.

El día había sido agotador. Como secretaria de alta dirección de una multinacional sabía cuando entraba a trabajar, pero nunca cuando salía. Y después, el desplazamiento: dependiendo del tráfico, entre treinta y cincuenta minutos. Casi a las nueve, entró en casa. La mesa estaba preparada, pero la cena para ella y sus dos hijos, de 17 y 13, había que ultimarla. Por fin, una reparadora ducha caliente, y aunque muerta de cansancio, tiempo para encender el portátil y entrar en esa página que Merche le había recomendado: *www.ligatodoloquequieras.com*. Se había reído de su amiga, de sus rollos por internet, de las películas que se montaba con sus pretendientes virtuales, de sus citas a ciegas; pero ahora era ella la que estaba enganchada. No se atrevía a tanto como Merche, pero disfrutaba con ese juego en el que se sentía libre de contestar o no, de decir la verdad o modificarla, de ser fiel a su identidad o fabricar otra. Ahí tenía la oportunidad de conocer a muchos hombres sin necesidad de quedar con ellos; esperando que algún día llegaría ese príncipe azul que la rescataría de la soledad.

Hacía ya cuatro años que se había divorciado, y a sus 47 todavía deseaba una pareja: alguien para compartir la vida y sentirse acompañada. ¿Otro marido? Quizá, no. Estaba bien "a su bola", así decía, y le agobiaba pensar en un hombre cercenando continuamente su espacio, coartando la libertad que disfrutaba. Pero... esa presencia masculina... ¡cómo la extrañaba!... y también estaba el sexo, claro: porque ella no lo hacía con cualquiera. No era como Merche, que se acostaba hasta con el apuntador. Para ella, el sexo sin amor no tenía sentido, no le llamaba. De hecho, desde el divorcio... bueno, desde bastante antes, no había vuelto a relacionarse en la cama.

Como no tenía mucho tiempo para la vida social, eran pocas las oportunidades de conocer a posibles pretendientes.

Y ahí estaba la ventaja de internet; su principal argumento para entrar en ese chat que le proporcionaba una ocasión única: hombres de todos los países y edades; blancos, tostados y negros; rubios y morenos; peludos y calvos; solteros, divorciados y viudos (también casados, pero a estos los descartaba); de personalidad y físico diferentes, de gustos variados... cientos, miles, quizá cientos de miles... todos estaban allí, en esa página mágica. ¡Y muchos se interesaban por ella! ¿Dónde podía encontrar semejante escaparate a un coste tan bajo? Era el lugar ideal para coincidir con una posible pareja que se ajustara a sus necesidades, y eso justificaba todas esas horas de navegación hasta la madrugada.

Además estaba el propio juego, que en sí mismo, por qué negarlo, la cautivaba. El coqueteo de siempre, pero con otros medios y otro alcance. Cierto que faltaba el contacto real, cuya emoción, defendía ella, es insuperable. Pero eso de hablar con varios a la vez y poder hacerlo en camisón, sin maquillarse, sin depilarse las piernas y con la máscara nutritiva en la cara; pudiendo poner la foto que te apetezca: de una fiesta en la que estabas divina, o una de cuando eras más joven, o esa de la playa con un sugerente bikini y un bronceado espectacular... jajaja... escribir lo que te de la gana sabiendo que no te ven, ni te conocen.. reírte con tantas tonterías sin aguantar al patoso, y cortar cuando te cansas, simplemente apagando el aparato... le resultaba algo fantástico.

— *Hola me llamo Fernando, te acuerdas de mi* — Acababa de encender el ordenador, y apenas entraba en la página cuando se coló este mensaje de un tal "Romeo".

— *¿Fernando? Hola... no te recuerdo, disculpa. Y aquí dice Romeo.*

— *ola k haces guapa* — ahora era "hombre sincero" quien llamaba a la puerta.

— *Aquí estoy, nada especial, ¿y tú?*

— *jejeje, Romeo es mi nik aki pero soy Fernando.. te dije que me encantava bailar salsa recuerdas*

— *te estaba esperando guapa. ayer no entraste* — escribió “hombre sincero”.

— *A mí también me gusta la salsa. Me gusta mucho bailar* — escribió Virginia.

— *Eres muy amable por esperarme. Veo que eres un hombre galante, además de sincero, según dice tu nombre, jajaja. Oye, ¿Cuánto mides?* — contestó al otro mensaje.

— *Hola cielo!!!! Que alegría!!! Te has pensado ya si nos vemos el finde?* — un tercero, “Sebastián49”, entró en li-za.

— *kieres que vallamos a bailar el sábado* — insistió “Romeo”

— *te demostrare lo galante que soy cuando nos veamos k nada le falte a mi chica jejeje mido 178 te gusta*

— *¿Dónde quieres llevarme a bailar salsa?*

— *como salsa? quieres ir a bailar salsa, sabes, a mi no me gusta bailar, se me da muy mal* (Virginia se dio cuenta de que se había equivocado de destinatario).

— *Tranquilo, tranquilo. Si no te gusta bailar, no pasa nada. Podemos ir a otro sitio. Por cierto ¿Cuánto mides?*

— *¿Dónde quieres llevarme a bailar salsa?* (Ahora sí acertó, mandándole el mensaje a “Romeo”).

— *guapísima estas ay* — preguntó “hombre sincero”, sintiéndose olvidado.

— *Sí, sí, perdona*

— *ablas con otros a la vez*

— *No, no, disculpa. Me llamaron por teléfono* — mintió.

— *si kieres ir a bailar vale por ke se un sitio guai.. pero por ke no kedamos antes para tomar un algo y asin nos conocemos*

Ninguno de esos tres posible pretendientes llegó muy lejos. “Hombre sincero” era un caballero de pacotilla, un incul- to que escribía fatal y un celoso sin causa al que muy pronto se le terminó el rollo de cursi hortera. “Sebastián49” le pare-

ció un tipo insulso que sólo quería llevársela a la cama; y por añadidura, su estatura, 1,65 según dijo, era insuficiente. Y “Romeo” estuvo cerca de convencerla para ir a bailar porque a ella le encantaba y la tentación estuvo ahí, pero las faltas de ortografía le condenaron al ostracismo definitivo. Como buena secretaria, era algo que no toleraba. Tampoco pretendía que escribieran con la pulcritud que ella lo hacía, respetando hasta los acentos, pero poner vallamos con dos eles o decir asin iera demasiado!

El que sí cuajó fue un tal Vicente Mata, “Vicen” en el chat, de buena presencia en las fotos y sentado ante la webcam. Ingeniero de caminos, tenía 42 años y todavía estaba soltero. Mal rollo, pensó, recordando una enseñanza de su abuela: “cuando un hombre está soltero después de los cuarenta, o es de la otra acera o tiene una madre posesiva o es un maniático”. Encima, él era cinco años más joven que ella... Pero le atraía; y con el 1,82 que declaró medir, pasaba el filtro de la estatura. Su conversación era algo superficial, pero tenía cierto sentido del humor y su aspecto le agradaba. Además, su desgraciada historia en el amor, según le contó él, la había conmovido. Cuando le propuso la cita, ella aceptó. En realidad no era una cita a ciegas, puesto que le había visto en la pantalla; y eso le dio seguridad. Aunque acercándose la fecha, se puso nerviosa y dudó. Llamó a Merche:

— Sabes, no sé si ir a esa cita... estoy como un flan...

— Tonterías, Virgo. Estás así porque es la primera vez que vas a ir sola a una cita; pero ya verás como todo va bien.

— Oye.. mira... he pensado que por qué no vienes conmigo... tú y ese chico con el que estás saliendo ahora... ¿Qué te parece?

— ¡Pero qué dices! Con lo cortado que es Claudio... Todavía no está para eso, jajaja... Ahora tengo que aprovechar que está tan apasionado, jajaja...

— Pero...

— Lo siento; de verdad. Por mí lo haría encantada, pero sé que si se lo propongo me dirá que no, seguro. Además, creo que es hora de que lo hagas tú sola... te lo digo como tu mejor amiga; es tu momento, Virgo.

Llegó el día: un sábado. Desde la noche anterior, los niños estaban con su padre, por lo que apenas tenía obligaciones que la distrajeran de los acuciantes nervios. Apenas pudo dormir; y estuvo toda la mañana con dolor de estómago. Ocupó el día en la peluquería — más de tres horas — tomó una comida ligera y procuró echarse una siesta que no cuajó. Demasiado alterada. Repasó una y otra vez el atuendo: vestido azul marino a cinco centímetros por encima de la rodilla, con hombros al descubierto, tirantes anchos y escote muy discreto. Medias finas y zapatos de tacón no muy alto, también azul marino; y una chaqueta amarilla, pero no chillona, que provocaba un agradable contraste. El bolso, en tonos azules, una imitación calcada del de Carolina Herrera que había estado muy de moda y todavía seguía destacando. Pensó en cambiarlo todo, pero finalmente no lo hizo. Tardó en elegir los adornos. Se decidió por un collar largo, moderno, en tonos plateados, pendientes colgantes y varias pulseras enlazadas que destacaban en su brazo izquierdo. Todo de Uno de 50. En el corazón de su mano derecha no faltó la sortija de platino con diamantes que había heredado de su madre, fiel compañera de los grandes días. ¿Lo sería éste?

El hombre propuso pasar a buscarla; pero ella prefirió que, de momento, no supiera dónde vivía. Pura precaución. Él no insistió; y quedaron en un restaurante. Aunque se habían visto por internet, Vicente le dijo que se pondría una chaqueta de sport verde botella. Ella no le anticipó nada, por si cambiaba de opinión. Llegó puntual, como era su buena costumbre, y él aún no estaba.

— Buenas noches, señora. ¿Tiene reserva?

— Sí, sí, claro... Pero creo que he llegado un poco pronto... no veo a la persona con la que he quedado...

— Muy bien, señora. Puede esperarle aquí, tranquilamente. O si prefiere en la mesa. ¿A nombre de quién está la reserva?

— Señor Mata... Vicente Mata...

— Mata, Mata, Mata — repitió el metre, mientras repasaba la lista de reservas --¿Ha dicho señor Mata?

— Sí, sí, señor Mata... Vicente Mata...

— Pues lo siento señora, pero no encuentro a ningún señor Mata. ¿Está segura de que hicieron la reserva?

— No sé... supongo que sí... él se encargó de todo...

— Bueno, no se preocupe señora. Tengo una mesa libre, y si quiere ya puede pasar y esperar allí al señor.

¡Qué confusión! El caballero no estaba y no había una mesa reservada. ¡Qué situación tan embarazosa! Y no se iba a quedar allí, sola en la barra, como si fuera una buscona; siguió al metre y se acomodó. Le ofrecieron beber algo y se conformó con un vaso de agua sin gas. ¡Menudo sofoco! Pasaron quince, veinte, treinta minutos, y Vicente seguía sin aparecer. Su mirada no se apartaba de la puerta, confiando en que cada vez que se abría, aparecería la esbelta figura de su galán; pero ninguno era él. Se sintió observada por el metre, los camareros y los de las mesas vecinas. ¡Qué vergüenza! No sabía qué hacer. Seguro que habría una explicación, pero... A los cuarenta y cinco minutos de infructuosa espera, pidió la cuenta por el agua. El metre no se la cobró. Con la cabeza baja y la cara roja, como si hubiera sido culpa suya, abandonó el restaurante y cogió el primer taxi. Ya en casa, sin quitarse la chaqueta y los tacones, se conectó a internet esperando hallar alguna respuesta. Pero esta no llegó. Ni al día siguiente, ni al otro, ni al otro... nunca llegó. ¡Vicente Mata, "Vicen", había desaparecido sin decir palabra!

Pasó unos días entre enrabiada, confundida y hundida. Se sintió engañada por un maleducado cuyo comportamiento, por más vueltas que le daba, no podía comprender; y re-

chazada por alguien que ni siquiera la había visto. ¿Por qué? Quiso aliviarse pensando que podría haberle pasado algo: un imprevisto familiar, un accidente grave o ¡hasta haberse muerto!... y entonces se sintió culpable por haberle juzgado mal. Pero pronto desechó la idea y volvió a enfadarse con ese impresentable; y más aún con ella misma por haber sido tan tonta. Sólo lo compartió con Merche:

— No me digas. ¡Menudo cabrón! Bueno, son las cosas de las citas a ciegas... pero un tío con el que llevabas un tiempo en el chat... ¡es increíble! Ese te estaba engañando en algo de lo que te decía y no se ha atrevido a dar la cara... ¡seguro!

Su amiga del alma le recomendó que tuviera paciencia y aceptara todo esto como un juego en el que podía pasar de todo; y ella, aunque se sentía muy frustrada, estaba de acuerdo. Y siguió enganchada al chat; a pesar de lo ocurrido, disfrutaba con esa comunicación superficial a dos, tres o cuatro bandas a la vez, que le permitía desconectar de lo cotidiano y trasladarse a un mundo surrealista donde podía conocer, imaginar, crear, fantasear, soñar... y por supuesto reírse con las curiosidades, rarezas y mentiras gordas de los tarados, maniáticos, perfeccionistas, fetichistas y algún que otro más normal, decía ella, que se conectaban.

— ¿Qué pasa? ¿Qué me han dado plantón? ¿Y qué?... Tampoco es tan grave ¿no? — razonó para aliviar el malestar y cargarse de coraje — Mientras me lo pase bien, aquí sigo... y esto no se queda así... en cuanto se presente otra oportunidad, allí estaré.

En las muy frecuentes, casi diarias, sesiones de chat, tuvo muchas experiencias. “Salto del tigre” insistió en invitarla a un loco fin de semana de sexo salvaje en una caravana. Como ella se reía mucho de sus estupideces, le dio cuerda; pero el tigre se puso muy pesado con sus repetitivos rugidos y tuvo que borrarle de sus contactos. “Ave Fenix” le habló, le habló y le habló de su avión privado, ofreciéndole que le acompañara a un viaje inolvidable a Laponia; pero cuando llegaba el

momento de concretar la fecha, el aparato se estropeaba, el piloto se ponía enfermo o no llegaban los permisos de vuelo. “Fielfidel” le aseguró que desde que chateaba con ella no había vuelto a mirar a otra mujer; pero sus pésimas poesías acabaron con las escasísimas posibilidades de que su brillante estrategia cuajara. “Caballero feliz” estuvo dos semanas enviándole flores y corazones virtuales, hasta que le confesó que era viudo y buscaba una esposa que fuera una madre para sus tres preciosos hijos. Un planazo, vamos. Fue el mismo día en que “Sin Tabús” la sorprendió cuando al conectar la webcam, que él le pidió, lo halló completamente desnudo disfrutando una erección.

Además de “Fielfidel” había otros hombres cultos; como un tal “Ovidio52”, profesor de lenguas clásicas en un instituto de Jaén, quien gustaba valerse de enriquecedoras citas para ilustrar cualquier argumento. Cuando Virginia le comentó que necesitaba a alguien para orientar a su hijo mayor sobre sus futuros estudios universitarios, Ovidio52 contestó: “*Limpia la maleza y deja que la planta crezca (proverbio chino anónimo)*”. Y cuando compartió con él que su jefe le había propuesto trabajar algunos sábados por la mañana con una atractiva bonificación, pero que no sabía qué hacer porque apreciaba mucho ese tiempo libre, su sentencia fue rotunda: “*Mira en tu interior (Ching Tgong Nishong)*”. También entraban al chat intelectuales más avezados. Uno de ellos, con el grandilocuente *nick* de “MancodeLepanto”, asombró a Virginia cuando, modestia aparte, le comunicó que su escrito “El pulpito feliz” había sido finalista en el “I Concurso de Cuentos Muy Breves Ría de Arousa”, y que un amplio resumen estaba publicado en la web del ayuntamiento de Cambados. Ahora, según añadió, llevaba seis meses trabajando en su siguiente proyecto: “La necorita obediente”, que pensaba presentar al “IV Certamen de las Letras y el Marisco de O Grove”. Su error fue insistir en que su pasmada compañera de chat leyera ambos te-

soros literarios. Virginia le borró de inmediato, y decidió que puesta a elegir, prefería las erecciones de "Sin Tabús".

Con tanto payaso virtual en el chat de *ligatodoloquequieras.com*, lo pasaba de cine pegada al ordenador; pero ahí quedaba todo. Por una razón u otra, pues siempre encontraba alguna, rechazaba o aplazaba *sine die* cualquier propuesta de cita. ¿Miedo a una nueva frustración?

— No me digas que no hay nadie que te guste — le cuestionó Merche en una de sus múltiples conversaciones telefónicas — Seguro que hay alguien por ahí...

— Haber, haber... puede que haya, claro... pero no sé...

— Mira Virgo, tienes que liarte la manta a la cabeza y lanzarte... Dime, ¿hay algún tío que te lo haya propuesto y te atraiga un poco?

— Bueno, sí... hay un tal Jaime Mola... parece bastante educado... tiene 48 años y dice que mide 1,78...

— Pues si te mola, adelante. ¿A qué esperas?

Lo pensó mucho; dudó, dudó y volvió a dudar; pero al final se decidió. Era miércoles y quedaron para el sábado. Una espera interminable acompañada de diarrea, vómitos, insomnio y una irritabilidad exagerada que pagaron sus hijos. El día D, siguiendo la recomendación de Merche, llegó un cuarto de hora tarde con la idea de marcharse inmediatamente si él no estaba. "No vuelvo a pasar ese bochorno", fue su pensamiento más frecuente en el asiento del taxi. Y no lo pasó. Jaime cumplió. Tomaba un fino en la barra y enseguida le reconoció por el jersey morado que según habían acordado, le identificaría. Tomaron unos vinos. Después, a casa: cada uno a la suya. Él lo justificó explicando que vivía con su madre y no le gustaba llegar muy tarde; por lo que a eso de las diez y media, Virginia ya estaba en pijama conectada al chat. El martes de la semana siguiente, recibió un email:

Hola, soy Jaime Mola, me recuerdas?

He pensado que a lo mejor te gustaría ir al cine. Ponen la última de Silvester Stallone. Te gusta Silvester? A mi me encanta. Tengo todas sus películas. Si quieres te las puedo pasar. Dime si te apetece. Sería el sábado de la semana que viene, para la sesión de las 4.

Saludos

Jaime

No era la propuesta más atractiva que había recibido en su vida. Le recordó a aquella que sin atreverse a mirarla a los ojos, le había hecho Manolito, su vecino, cuando ambos tenían catorce años. Aunque es cierto que éste no le ofreció nada parecido a ese preciado tesoro de películas de Stallone que emocionaría a cualquier mujer. Pero en fin, no tenía otra opción mejor; y lógicamente, siendo el cine a esas horas, después irían a tomar algo. Le pareció interesante que hubiera una segunda cita; y contestó al email:

Jaime:

Gracias por acordarte de mi.

Me parece bien lo del cine, pero queda mucho tiempo, por lo que mejor lo confirmamos el viernes ¿te parece?

¿Ya no entras al chat?

Cuídate

Virginia

Abandonó el email y se concentró en el chat. "Ave Fenix" había reaparecido y le daba la buena noticia de que ya tenía los permisos para volar; sólo faltaba esperar a que el avión pasara la revisión anual y podrían emprender ese viaje de ensueño. Virginia le preguntó, sólo por seguirle la corriente, si necesitaría el pasaporte, ya que lo tenía caducado, y él le habló, advir-

tiéndole de que se trataba de algo muy confidencial, de un jefe de la policía secreta, con buenos contactos en la CIA, íntimo amigo suyo, que se lo podría hacer al instante. Muerta de risa, comprobó que en el correo había recibido algo:

Hola, soy Jaime

Te lo digo con tiempo porque querría sacar las entradas cuanto antes. Me gusta tenerlo todo organizado sin esperar al último momento, y además si no nos damos prisa lo mismo se agota el aforo. Ten en cuenta que es la última de Silvester Stallone.

Que dices?

Llegó el día y se encontraron en la puerta del cine veinte minutos antes de las cuatro. Por suerte, Jaime había sacado las entradas con antelación... pues no había más de veinte espectadores y en la sala cabían unos trescientos. Eso sí, las butacas estaban centradas; y como le informó su metódico acompañante, situadas a la distancia adecuada de la pantalla según las últimas directrices del Subcomité de Salud Visual de la Organización Mundial de la Salud. "¡Qué bien!", exclamó ella, sin que él captara el tono irónico. "Qué lástima no haberlo sabido unos años antes... Me habría ahorrado los doscientos euros de las gafas". La película no le sorprendió. Más o menos, lo que esperaba. Pero sí le impactó el entusiasmo con que su acompañante la vivía. Cada mamporro de Stallone era como si lo diera él; incluso movía los puños simulando los golpes y la cabeza para esquivar los del adversario. ¡Un espectáculo! Cuando terminó todo, el hombre estaba exhausto. Tenía la frente empapada y dos cercos en la camisa bajo las axilas que delataban su grado de implicación. Por suerte, Stallone había salido victorioso y los malos estaban muertos, malheridos o en la cárcel. La sonrisa de satisfacción de Jaime reflejaba el exitoso desenlace. Se excusó para ir al baño, y ella comprendió que necesitara recomponerse tras

una experiencia tan intensa. Ya en la calle, eran las seis menos diez, Jaime tomó la palabra:

— Mira, yo voy a tener que irme...

— ????? (Virginia no pudo ocultar su sorpresa).

— Sí, vienen mis tías a merendar a casa y mamá quiere que esté allí... y antes tengo que ir a Mallorca a comprar los cruasanes...

— Claro, claro... — dijo ella, entre incrédula y enfadada.

— Mamá quiere conocerte, pero pienso que todavía es un poco pronto ¿no crees? Por eso no la he consultado si podías venir...

— Sí, sí, tienes razón; es demasiado pronto — confirmó Virginia, sintiéndose aliviada del coñazo que habría tenido que soportar.

— Pero les hablaré de ti a mis tías... Seguro que les vas a caer muy bien. Si quieres, luego les tomo una foto y te la mando por el email.

Ni que decir tiene que fue su último encuentro. Jaime insistía en verla y no paraba de mandarle fotos: de su primera comunión, de todos sus cumpleaños y los de su madre, de cuando fueron al apartamento de sus tías en Gandía, y hasta del funeral de su abuelo. Ella le daba cualquier excusa para quitárselo de en medio, pero no pudo doblegar esa persistencia tan disciplinada hasta que lo borró definitivamente del listado y negó su acceso. Uno menos.

A pesar de todo, consideró esta experiencia como un notable avance. Después de lo de Vicente Mata, lo ocurrido con "Stallone" se podía considerar un éxito. Y lo más importante es que ella había atisbado una autoconfianza que no había percibido antes. Ahora sentía que había superado el miedo a las citas a ciegas, que estaba preparada para nuevos intentos. Y estos, lógicamente, llegaron.

El siguiente fue un divorciado que tras tomarse varios vinos, le confesó que aún estaba casado y vivía con su mujer y sus dos hijos. Después, salió con un ex sacerdote que en el co-

che, sin venir a cuento, intentó meterla mano. Se aburrió como una ostra con un tal Raúl que sólo hablaba de fútbol y no paraba de salir a la calle para fumar. Como en el bar ponían un partido del Madrid, del que era seguidor fanático, en cuanto empezó sólo se acordó de ella para comentar las jugadas y quejarse en voz muy alta de los árbitros. Ricardo, en el chat “Homo Sapiens”, era de los que te van arrinconando mientras te hablan y encima les huele el aliento. Virginia fue retrocediendo lenta y discretamente, hasta que se topó con la pared. Allí, sólo supo decirle que tenía que irse, “ya mismo”, a sacar al perro. Pablo, de 52 años, resultó ser Pablito, de 22; se presentó en el Starbucks con zapatillas de deportes, camiseta sin cuello, *piercings* en la nariz y las dos orejas y una mochila a la espalda en la que no faltaban el bocadillo que le había preparado su madre y una caja de preservativos... por si acaso. Destacó por el detalle — todo un caballero — de invitarla a un “Frapuchino”; pero después tuvo que pedirle prestado para el metro porque no encontraba el abono.

“Rodrigo_54”, era un creído que le habló de todos sus ligues y no paró de mirar, sin ningún reparo, a todas las mujeres que pasaban: un impresentable. “Alto Ejecutivo” le dijo en el chat que era un “bisnesman” — así lo escribía — que viajaba por todo el mundo. Los hoteles de Nueva York, Londres, París... eran como su propia casa. Le delataron la calamitosa ortografía y una sorprendente fidelidad a un horroroso cuadro que, estuviera donde estuviera, al conectar la webcam siempre aparecía tras él colgado de la pared... Por supuesto, no llegó a salir con este alto ejecutivo de Villamentira de las Gordas; pero sí con “Rokefeler”; aunque se arrepintió enseñada. El “muchacho” — tenía más de cincuenta — no paró de hablar del dinero que ganaba, de lo bien que le iba en los negocios, de las casas, coches y barcos que tenía, de los viajes que hacía, de lo generoso que era... En su afán de aparentar, a la hora de pagar, sin la menor discreción, sacó del bolsillo un gran fajo de billetes que medio contó antes de satisfacer la

cuenta, y dejó un billete de cincuenta euros de propina: casi lo mismo que había costado la cena. Virginia estaba alucinada. Y cuando ya se iban, aprovechó que él — maleducado— se adelantó y le dio la espalda, para cambiar el billete por otro de cinco... “¡por capullo!” La sorpresa de “Rokefeler” fue mayúscula cuando, ya en la calle, se excusó y regresó rápidamente a la mesa para recuperar los cincuenta... Al volver, muy alterado, Virginia había desaparecido y nunca más supo de ella. Al día siguiente, una señora muy mayor que pedía en la puerta de una iglesia, estuvo a punto de un paro cardíaco cuando una mujer con gafas oscuras y pañuelo en la cabeza, le entregó un sobre con un billete de cincuenta euros!

Con el que congenió bastante bien fue con un tal Carlos. Superaron la primera, la segunda y la tercera cita, quedaron para una cuarta y él le propuso ir a su casa. El hombre era alto, guapo y entretenido. No un príncipe azul, pues de esos, lo asumía, ya no quedaban; pero le gustaba lo suficiente como para dar ese paso... o al menos, intentarlo. Merche se lo había repetido hasta la saciedad: “lánzate de una vez”. “¡Quién sabe!” — pensó Virginia —, “puede ser el momento”. Así que aceptó. Tomaron unas copas y todo parecía indicar que pronto comenzarían los roces, las caricias y los besos de un camino romántico hasta la cama. Pero Carlos tenía otros planes: se ausentó un momento y regresó desnudo:

— ¿Te gusto, preciosa?

— ¿Eh? — (Se quedó atónita; sin saber qué decir).

— Mírame bien, cielo. ¿Te gusta mi cuerpo? ¿te excita mi...?

Cogió el bolso y el abrigo y salió disparada. El inesperado suceso había cortado el romanticismo que alimentaba la trama, la progresión paulatina que de forma natural conduciría a despedazarse en el lecho. Pero lo que en verdad le había dejado completamente fría y definitivamente desestimulada, fue darse cuenta de que el exhibicionista no estaba del todo desnudo... sino que ise había dejado los calcetines puestos!

Esa noche soñó con su ginecólogo. Sintió que manipulaba su clítoris en busca del Punto G... De pronto, el médico se detuvo:

— *iNo lo encuentro! ino lo encuentro!... lo siento, pero no lo encuentro...*

— *iSiga! isiga!* — gritaba ella — *iNo se pare! Busque el hache, el i, el jota y todos los que haya... iNo pare, joder! illegue hasta el Z!*

Despertó extasiada... y tremendamente avergonzada. Decidió cambiar de especialista.

Tampoco tuvo desperdicio la cita a ciegas con Ángel. Quedaron en una cafetería y ella se adelantó a la hora. Pidió un café y esperó un rato. Aún sola, se le acercó una mujer de mediana edad que aparentaba estar bastante nerviosa:

— Disculpa, ¿eres Virginia? — la tuteó.

— ¿Cómo? — respondió sin confiarse, pues no la conocía.

— Que si eres Virginia... la amiga de Ángel.

— ¿Quién es usted, señora? (Empleó el usted para distanciarse, sospechando que podría ser la esposa que él no había mencionado).

— Tranquila, no te asustes; soy una amiga de Ángel... Me ha pedido que te diga que no va a poder venir.

— ¡Ah! perdone, no sabía... sí, soy Virginia. ¿Le ha pasado algo a Ángel?

— Bueno... sí... así es... ¿Puedo sentarme y tomar algo?

— Sí, claro; por favor, siéntate — (Ahora sí la tuteó) — Dime ¿cómo está Ángel? ¿Es grave?

— Sí— confirmó la mujer — Por desgracia tiene un problema de nacimiento que es irreversible... y prefiere que no le conozcas en persona.

— Ufff... no sabía...

Sintió lástima por su amigo virtual, interpretando que era deforme o sufría una enfermedad terminal que le habría deteriorado y anunciaba el final. En las fotos del chat no había observado nada anómalo, pero ya sabía que de esas poco se

podía fiar. Prefirió no hacer preguntas y le resultó fácil, pues era su interlocutora quien llevaba la batuta.

— Veo que eres una mujer muy atractiva — la piropeó — No me extraña que Ángel se haya enamorado de ti.

— ¡¿Enamorado?! (Gluuuup...) — Virginia casi se atraganta.

— Yo creo que sí, que se ha vuelto loco perdido por ti.

— Pero...

— No te preocupes — se aproximó amablemente, queriendo quitarle trascendencia — No sientas pena... Ángel ya no te debe importar... él sabe, me lo ha dicho, que no estás a su alcance... Dime, ¿qué te gusta de él?

— Bueno, no sé... es un hombre tierno... se le ve cariñoso, que se preocupa por los detalles... me hace sentirme bien...

— Sí, te comprendo... tú te mereces eso y mucho más.

— ????? (No supo qué decir).

La desconocida se tomó dos vinos en un santiamén, y su conversación fue alejándose del infortunado Ángel hasta instalarse en contarle a Virginia sus propios problemas. Ésta, abrumada por las penas que escuchaba, no sabía cómo cortar. La excusa del perro, tan útil otras veces, le pareció una falta de respeto tratándose de tanto infortunio. La amiga de Ángel, con los ojos llorosos, transmitía una emoción intensa que habría afectado a cualquiera con un mínimo de sensibilidad... y ella no tenía el corazón de piedra. La mujer confesó que se sentía muy sola, incomprendida por sus seres más queridos. Se había enamorado y quería vivir en pareja, formar una familia... pero temía ser rechazada... Se había convencido de que lo suyo no era más que un sueño irrealizable, una utopía, un nuevo fracaso... y estaba desesperada, hundida, completamente frustrada... Sin ese amor, la vida carecía de sentido, y lo mejor sería desaparecer para dejar de sufrir... Virginia se sintió impotente (¡menuda cita!). Para darle algún

dad, su forma de ser, su sentido del humor y los muchos gustos en que coincidían, este pequeño detalle no debería ser un impedimento... salvo que le gustara mucho el físico de Camelia y el suyo le decepcionara (algo que, por supuesto, le preocupaba). Una vez más, estaba de los nervios. Esta vez porque el hombre le importaba y la cercanía de esa cita a ciegas acentuaba sus miedos.

Pidió el viernes libre para ir a la peluquería y hacerse de todo: corte de puntas, teñido, peinado, manicura, pedicura, masaje facial... ¡Quería estar divina! No era el turno de su ex y éste no podía cambiarlo, pero colocó a los niños con su abuela paterna. Así, a su bola, se organizó mejor y pudo acostarse temprano para descansar y estar relajada, con un cutis fresco y sin ojeras. Antes, dejó preparadas tres posibles vestimentas, a decidir la definitiva según se levantara de ánimo. Como es lógico, la bisutería dependería de lo que eligiera; aunque no faltaría la sortija de platino con diamantes en su dedo corazón derecho. El sábado aguantó en la cama hasta las diez, más por disciplina que por deseo, pues estaba despierta y muy inquieta desde antes de las siete. Se le hizo uno de los días más largos de toda su existencia. Planchó tres veces el elegante vestido negro que, tras muchas dudas, había seleccionado. La sugerente abertura lateral destacaría su atractiva pierna enfundada en una fina media de seda, también negra; sobre todo, cuando al andar atrajera la atención con el taconeo de sus espectaculares zapatos: por supuesto negros, su par más sensual, perfectos para avivar el fetichismo latente de cualquier hombre.

En el taxi, más que otras veces, afloraron los nervios de las grandes citas. Percibió el pegajoso sudor de las manos y el incómodo revoloteo de las mariposas que habían invadido su estómago. El malestar aumentó conforme se iba acercando. Sintió que iba a vomitar, pero sólo fue un amago: el aviso que anunciaba la proximidad del esperado momento. Entró en el lugar convenido y buscó a ese hombre con chaqueta de ante

que ya la estaría aguardando. Creyó avistarlo al fondo del local, sentado en la barra. Se acercó a él y...

— ¿Túuuu?... ¿Pero qué haces aquí? (En realidad, pensó: ¿pero qué coño haces tú aquí, capullo?) — La inimaginable sorpresa la había sobresaltado.

— ¡Virginia! — Él tampoco, ni por asomo, lo creía; y no sabía cómo continuar.

— Esperas a alguien, supongo — señaló ella la obviedad — Yo también he quedado.

— Vaya. ¡Qué casualidad! En el mismo sitio.

— Pues sí, jajaja — rió ella forzosamente, para salir del paso.

— ¿Y qué tal los niños? — preguntó él.

Ring, Ring, sonó el móvil de Virginia, solapando la pregunta. *Ring, ring, ring...* por fin lo encontró en el fondo del bolso y pulsó la tecla para contestar:

— ¿Me disculpas? — preguntó sin esperar respuesta, mientras se apartaba lo suficientemente lejos — ¿Sí? ¿Quién es? ¡Merche!

— Dime, Virgo; ¿ya le has visto? Estoy impaciente porque me cuentas — oyó a su acelerada amiga.

— No, aún no ha llegado... Pero no te lo vas a creer, ini te imaginas quién está aquí!

— ¿Quién? dímelo...

— ¡Arturo!

— ¿Arturo? ¿Qué Arturo?

— ¡Pues quién va a ser! Arturo, mi ex...

— ¡Joder, Arturo! ¿Y qué hace ahí?

— ¡Y yo qué sé!... Creo que ha quedado con alguien... pero fíjate que corte... uff... No quiero saber quién es ella... ni que él me vea con Cristóbal... sobre todo eso... Como le conozca, empezará con sus estúpidos chistes... con esa cara de imbécil presuntuoso... (No paraba de hablar a mil revoluciones).

— ¿Y qué vas a hacer?

— ¡No tengo ni puñetera idea!.. Merche, estoy histérica perdida... Creo que me voy a ir... ¡no aguanto aquí!... A éste que le de palique la subnormal que ha quedado con él...

Regresó a dónde lo había dejado y actuó con la mayor naturalidad que pudo. Estaba muy nerviosa, pero se lo tenía que tragar. Por nada le mostraría al cretino de su ex marido esa debilidad, ni le daría la oportunidad de que se mofara.

— Disculpa, Arturo. ¿Me preguntaste por los niños? Están bien. Se quedaron con tu madre... Por cierto, tengo que irme. Me han llamado para preguntarme dónde estaba y es que me he confundido de sitio... Tu has quedado aquí, ¿no?

— Sí, aquí...

— Bueno, pues nada; qué lo pases bien. Me voy.

Salió a la calle, y asegurándose de que su ex no pudiera verla, esperó agazapada a su galán. Quería pillarlo antes de que entrara en el local para proponerle un cambio de planes. Con un ojo en los transeúntes y otro en la puerta por si se asomaba Arturo, aguardó unos cinco minutos que le parecieron horas. Por fin, se acercó un hombre con chaqueta de ante que respondía al perfil que anticipaba.

— ¡Hola! ¿Eres Cristóbal Colón? — lo abordó, sin pensárselo dos veces.

— No, guapa. Pero si tu quieres, puedo ser Hernán Cortés y conquistarte — reaccionó con rapidez el hombre, mientras buscaba la cámara oculta.

¡Qué vergüenza! Le salieron los colores como si le hubiera dado el sol en el primer día de playa. ¡Menudo bochorno! No sabía dónde meterse. Apenas pasaban diez minutos de la hora de la cita, pero no aguantaba más. No soportaba la idea de su ex viéndola con ese hombre que ni siquiera conocía en persona. Y para colmo, el tal Cristóbal Colón se retrasaba. Decidió marcharse y disculparse después por no haberlo esperado. Sin pensárselo, cogió un taxi; y alejándose del escenario, se notó aliviada... aunque también frustrada y culpable. Al llegar a casa, se sintió hundida. Menos mal que tenía a mano

una cajita de Quilebrizin y se tomó una pastilla de 20 miligramos que en menos de una hora le levantó el ánimo.

Esperó al día siguiente para entrar al chat. Él no estaba, así que para entretenerse decidió tontear un rato con “Romeo”, al que levantó el veto que le tenía incomunicado. Pensó que podría reconsiderar lo de ir a bailar salsa. ¿Por qué no? Enseguida, llegó el primer mensaje:

— *kuanto tiempo sin saver de ti. te pasava algo*

No lo soportó. Volvió a eliminarlo.

Pasó otra media hora intercambiando superficialidades a diestro y siniestro, hasta que el navegante “Cristóbal Colón” apareció en el horizonte de sus contactos. Apenas lo hizo, envió su primera señal:

— *¡Vanesa! — éste era su nombre en el chat — como estas? que te paso ayer?*

— *¡Cuánto lo siento, Cristóbal! ite pido mil disculpas!*

— *Te estuve esperando más de dos horas — intervino “Colón” un poco enfadado — Y sin poder localizarte por no querer darme tu telefono*

— *De verdad que lo siento mucho — insistió ella, sintiéndose aún más culpable — Estuve allí, pero todavía no habías llegado y tuve que irme.*

— *Estuviste allí?... pues no te vi, que faena*

— *Pasó algo que no tiene que ver contigo, Cristóbal; y por eso me fui.*

— *Y que te paso? A mi tambien me paso algo. No te lo vas a creer. Me encuentre con mi ex mujer. Que casualidad verdad?*

— *¿Tu ex mujer?*

— *Sí, jajaja... Habia quedado pero se equivoco de sitio, jajaja. Iba toda arreglada con un vestido de esos que tienen una raja. A lo mejor ha ligado, jajaja. pobre del afortunado, jajaja*

Se quedó petrificada. Ese capullo había vuelto a embaucarla. ¡Qué tonta! ¡Qué estúpida! ¡Qué subnormal! ¡Qué gilili...! Dejarse engañar por ese Cristóbal Colón de pacotilla con el que naufragaría de nuevo... ¡Era una perfecta imbécil!...

Qué desilusión ¡Y qué rabia! Eso sí, no le daría el gusto de decirselo. Por supuesto que no. Y además, quedaría otra vez con él; en el Parador de Cáceres para que tuviera que viajar... y le daría un buen plantón antes de bloquearlo en el chat. ¡Menu-do farsante, hijo de...!

El palo que se había llevado la invitó a reflexionar. Se había sentido rechazada por aquel Vicente Mata que no se presentó; y desde entonces había conocido a muchos hombres que por hache o por be la habían decepcionado. “¡Odio a los hombres!” —exclamó más de una vez para desfogarse—. “Tendría que haberlo intentado con aquella lesbiana que estaba tan enamorada...”

Influida por su desilusión, razonó que el lesbianismo podría ser el estado ideal para una mujer: una fase avanzada en la evolución femenina, reservada para una minoría que estaba a la vanguardia. “¿Para qué sirven los hombres si no es para darnos problemas?” Recordó que “Pigalle”, otro del chat, le había explicado que la industria de los juguetes sexuales estaba haciendo grandes progresos. Ahora, los consoladores de última generación se habían perfeccionado tanto que incluso superaban en eficacia placentera a los penes humanos. Además, se podían elegir el tamaño, el grosor, la forma, la textura, los contrastes de relieve, el color... y había buenas ofertas de 2x1, muy convenientes para tener repuesto, o de un arnés de regalo: el complemento esencial para las relaciones lésbicas de una mujer heterosexual.

“¿Para qué sirven los hombres — insistió — si su atributo más importante puede ser sustituido y mejorado por la tecnología moderna? ¿Y quién mejor que una mujer para saber besar y acariciar a otra, para encontrar ese punto G que los hombres, incluso los ginecólogos, buscan y buscan sin ningún éxito, como si fuera Eldorado... ¡Debería desbloquear a Ángel!”

No llegó a hacerlo, pero tampoco descartó la idea. Eso sí, optó por distanciarse del chat durante algún tiempo. Necesi-

taba un descanso. Decidió que volvería a dormirse con las tediosas tertulias de la televisión y a tragarse todas las películas que pusieran aunque las hubiera visto cinco veces y se entremezclaran con interminables intervalos de anuncios. Y se embadurnaría las manos de mermelada para no caer en la tentación de abrir el ordenador. Lo mismo con las citas: quedaban congeladas hasta nuevo aviso.

Cumpliendo a rajatabla la espartana dieta — con más o menos síntomas de irritabilidad, según los días, propios del síndrome de abstinencia — su incansable amiga, Merche Guevara, le habló de conocer a un chico que era íntimo del que ahora ella frecuentaba. Rechazó la propuesta: una dos, mil veces; pero Merche era persistente e insistió hasta que, de pura fatiga, logró que aceptara. Virginia admiraba el espíritu guerrero de su amiga. Siempre estaba en alguna batalla, y la ganara o la perdiera, enseguida se involucraba en la siguiente. La guerra era el estado natural que marcaba su existencia; su razón de levantarse cada día para conquistar o ser conquistada. Pero ella no era así; ni apostaba lo pretendía, no quería... ¿o sí?

— ¿Sabes algo de él? — preguntó, ya en el taxi.

— No mucho, la verdad — se sinceró Merche — pero me ha dicho Guillermo que es un caballero, como a ti te gustan.

— ¿Y es alto?

— Eso no lo sé; pero pronto lo veremos, jajaja.

Cuando llegaron al restaurante, los dos hombres ya estaban en la mesa. Al avistar a las damas, se levantaron para recibirlas. Todavía en el recorrido, las dos chicas se miraron perplejas al comprobar que el de Virginia no pasaría del 1,60.

— ¡Dios mío! — exclamó la interesada en voz baja, torciendo la boca para que no se notara.

— Dale una oportunidad al muchacho — respondió Merche por la misma vía, sin evitar que se le escapara una discreta carcajada.

— ¡Ohhhhhh! — exclamó ahora en voz alta, Virginia — ¡Eres tú!

— ¿Os conocéis? — preguntó Merche, sorprendida.

— Pues sí, nos conocemos ... y ahora comprendo lo que no entendía — apuntó Virginia con una sarcástica sonrisa.

Vicente Mata, avergonzado, bajó la cabeza. Ni siquiera se atrevió a pedir disculpas por aquel plantón. Su estatura había disminuido más de veinte centímetros, y el enorme bochorno le había encogido todavía más. Virginia tuvo claro que esa, y no otra, había sido la razón de que no se presentara. La espina que desde entonces agujonaba su autoestima al haberse sentido rechazada, salió disparada; y volvió a encontrarse segura.

— Tranquilo, amigo; no pasa nada — dijo generosamente, mientras tendía la mano a Vicente — Lo pasado, pasado está.

Se divirtió mucho. Rió como nunca; sobre todo en los tiempos muertos que Merche y ella apuraron en el cuarto de baño sin dejar títere con cabeza. Se sintió una mujer libre, llena de vida, desligada de las ataduras de sus inhibiciones y de las que ella misma se había impuesto para demostrarse que como mujer valía.

Seis meses después, siempre fiel al diez de septiembre, acudió al cumpleaños de su madre, que hacía 75. Allí estaban sus dos hermanos y sus tres hermanas, todos divorciados; sus cuatro tíos todavía vivos; la mayoría de sus sobrinos, sus propios hijos y algunos amigos. Asombrando a todos, se acompañó de un hombre bajito al que presentó en sociedad como su novio...¿La prueba definitiva de que había superado ese mal de altura?

Más aún, ese bajito que antaño la había dejado plantada, ahora era también su socio. El negocio estaba abierto desde hacía ocho semanas y avanzaba viento en popa con casi cuatro mil afiliados en tan breve espacio. Un servicio gratuito que estaba aniquilando a sus competidores. Los anunciantes, ahí estaba la ganancia, eran más cada semana; y empezaban a

notarse los ingresos. No era un chat cualquiera: Virginia y Vicente habían fichado a “Romeo”, “Hombre Sincero”, “Fiel-fidel”, “MancodeLepanto”, “Ave Fenix”, “Sin Tabús”, “Pigalle” y por supuesto Merche, entre otros, para que animaran el cotarro. “Ángel” rechazó la oferta. Estaba perdidamente enamorada de Virginia y prefirió alejarse; aunque en secreto, con otro *nick*, continuó navegando en solitario por las mismas aguas.

Con estos y otros tarados y perfeccionistas cuya relación virtual habían cultivado, formaron un competitivo equipo que atrajo a otros, otros y otros tantos: frustrados, abandonados, decepcionados, desenamorados, infelices, solitarios, aburridos, tímidos, recatados arrepentidos, aventureros, ávidos de nuevas experiencias, subnormales profundos, conversadores compulsivos, adictos a la computadora, morbosos, calentados, tipos raros, graciosillos, exhibicionistas, lesbianas y gays camuflados, intelectuales de bares oscuros y largas trasnochadas, juerguistas y otros compañeros de la madrugada, observadores de la naturaleza humana, atrevidos tras la máscara del ciberespacio... y algún que otro ¿normal? Todos tenían cabida en ese mundo de libertad y fantasía que *www.citaciegas.com* les proporcionaba. Como valor añadido, con un gran impacto que destrozaba a la competencia, la página ofrecía sugerencias, cursos y coaching online sobre ortografía, puntuación, habilidades interpersonales y estrategias eficaces para conocerse mejor en el chat y tener una exitosa cita a ciegas. Tampoco faltaban un listado de los lugares más apropiados para ese primer encuentro, una pequeña guía para combatir la frustración en caso de no cumplirse las expectativas, y un servicio especial de psicólogos formados en la UNED para las angustias y depresiones más severas.

En sólo dos años, *citaciegas.com* ganó el prestigioso premio “*Web Business Innovation*”, concedido por la *International Society for the New Technologies “Santa Tecla”*. A la ceremonia acudieron conocidos representantes de la política, el perio-

dismo, la cultura y la informática, junto a otros variopintos enfermos de la parafernalia social que aprovecharon para dejarse ver. Virginia estaba radiante con ese elegante vestido negro con abertura que no faltaba a las grandes citas. Por razones obvias, pensó ponerse zapatos planos, pero Vicente insistió en que lo propio eran esos tacones tan sensuales que arrebatában miradas y abrían el cajón de las fantasías sofisticadas. A él no le importaba el desnivel; es más, le gustaba presumir de chica alta: potenciaba su autoestima de cazador orgulloso. A ella no le hacía tanta gracia, pero le encantaban esos zapatos y le hizo caso. Él la correspondió luciendo un sobrio esmoquin hecho a medida que a ella le ilusionaba. Casi a la misma altura, el palabrita de honor y la raya engominada desfilaron sobre una alfombra roja escoltada por portátiles encendidos que iluminaban el recorrido con los destellos intermitentes de sus pantallas (la novedad de ese año), al tiempo que el exigido clamor de los paniaguados estallaba para recibirlos como a los victoriosos generales romanos. Ya acomodados, el archifamoso presentador cómico Chat Norreis, llegado desde la Gran Manzana, comenzó la gala con una adaptación de uno de sus mejores chistes:

— *“Una rubia despampanante, muy arreglada para la ocasión, está chateando. Aparece un tal Ordoño y ella le pregunta:*

— *¿De dónde eres?*

— *De León — escribe él.*

— *Qué raros sois los tíos — responde ella — A todos os hago la misma pregunta... y ninguno contestáis los mismo”*

— *????????????* (Dejó a la audiencia perpleja con un humor tan fino).

— Jajajaja — Norreis soltó una gran carcajada, al tiempo que guiñando un ojo y girando la muñeca con dos dedos extendidos, buscaba la complicidad del público... que no llegaba...

— *Os hago a todos la misma pregunta y ninguno contestáis lo mismo... jajaja — repitió para que la sutileza cuajara... pero no había manera...*

Internamente desalentado, pero sin perder la sonrisa de colgate, decidió ir al grano pregonando la extraordinaria aportación de la web premiada:

— Este chat — señaló Chat — es un importante avance de la tecnología del siglo veintiuno al servicio de la humanidad: pues ha unido a miles y miles de usuarios... algunos ya divorciados... jajaja... que de otra manera nunca se habrían atormentado... quiero decir, juntado...jajaja...

Los aplausos de la — ahora, sí — entregada sarta de títeres de la adulación, irrumpieron para acelerar el cierre del singular discurso e impedir que Chat proyectara el cortometraje “Un enfoque cómico del apareamiento virtual del nuevo milenio” que, según había amenazado, pretendía presentar al Cine Fórum Multicultural “Chinga y Disfruta” de Monterrey en México.

Bastante frustrado, y sin poder contar los seis o siete chistes que todavía guardaba, salió Chat Norreis del escenario. Y sin más demora, los dos ídolos del momento, Virginia Posta y Vicente Mata, subieron por la escalera central al tiempo que el presidente de la *International Society* aparecía de entre bastidores para entregarles el premio.

— ¡Túuuuuu?! — exclamó Virginia, procurando que no se notara, mientras el agradecido público continuaba aclamándoles y se veía obligada a saludar sin tregua.

— Qué sorpresa ¿verdad?... jajaja — rió él, también disimulando — ¡Quién lo iba a decir!, jajaja... No sabes lo que me ha impresionado esto tuyo de la web, jajaja...

— ¿Y tú qué coño haces aquí? — preguntó la mujer, sin dejar de sonreír a los del patio de butacas.

— ¿Yo? Soy el presidente de la “*Santa Tecla*”... ¿No lo sabías? Me eligieron el año pasado, jajaja...

Recibió el premio; y muy a su pesar, no tuvo más remedio que poner la cara para intercambiar los dos besos de rigor... Ella los dio al aire; pues por nada del mundo volvería a besar a ese cretino. Éste y Vicente estrecharon las manos con un

apretón discreto. Los consiguientes aplausos obligaron a los tres a saludar y sonreír de nuevo. Sin modificar el gesto, el presidente de la prestigiosa sociedad tuvo un ruego para Virginia:

— Sé que nuestra relación no es buena... pero te voy a pedir un favor... por los viejos tiempos...

— No me digas... ¿Tú me pides un favor a mí? Estás de coña, ¿verdad?

— No, es en serio... jajaja... necesito que me ayudes... jajaja... Mira, en la red hay una cabrona llamada Vanesa que me ha hecho varias putadas...

— ¿Sí? ¿No me digas?

— Sí, sí; como lo oyes... Hasta me citó en el Parador de Cáceres y no apareció la muy hija de...

— ¡Qué me dices!

— Sí, sí, de verdad... menuda cabrona... Como estás en el negocio, he pensado que podrías localizarla y decirme quién es... ise va a enterar esa mamona!

Extenuada, llegó a casa. El ordenador estaba encendido. No lo dudó: salir de la página; cerrar sesión; apagar equipo. Conectar a la red para cargar la batería. Hasta mañana y felices sueños. Los tuvo: imágenes agradables de su reconocido éxito; un viaje de placer, sin saber a dónde, con su querido novio; y su nuevo ginecólogo ¡qué había encontrado el Punto G! ¿O era el H?

LA MEJOR TERAPIA

“Piensa siempre en positivo y serás un ganador”

Ron Happiday-Smile, coach certificado por la MOCO
(*Minnesota Optimistic Coaching Organization*),
justo antes de suicidarse (2010)

Erró en el cálculo sobre el tráfico, y se presentó a la cita con bastante antelación. Pensó en ir a tomar algo para hacer tiempo, pero decidió subir y sentarse en esa sala de espera que conocía mejor que el salón de su propia casa. Como siempre, no había nadie; pues era norma del doctor que sus pacientes nunca se juntaran; y eligió el sillón que, por experiencia propia, sabía que era el más cómodo y con mejor luz para poder leer mientras le llegaba el turno. Abrió el periódico de deportes que le aguardaba sobre la mesita, y así pudo saber, como principal noticia, que a un futbolista famoso le había salido un callo muy raro que le molestaba cuando golpeaba el balón, por lo que el club había consultado a un especialista de Houston. El tema era apasionante, pero ese día no le apetecía la lectura. Estaba hundido, perdido, sin saber qué hacer; y sólo quería pensar en lo suyo, intentar comprender lo que le sucedía y esperar a que el eminente doctor Tualés aplicara sus poderosos métodos para sacarle de ésta.

Recordó que siempre había sido una persona pulcra y muy perfeccionista. Desde niño, incluso. Entre otras memorias, le venían esos días en los que a la salida del colegio, camino del metro, renunciaba a los deliciosos donuts que entusiasaban a sus compañeros para no pringarse las manos de azúcar sin tener dónde lavárselas después; o esos fines de se-

mana en casa de los abuelos, cuando no podía soportar que sus desaliñados primos desordenaran el estuche de veinticuatro colores que siempre llevaba impecable, y lo ensuciaran dejando sus grasientas huellas de chocolate y aceite; algo bastante frecuente que al llegar a casa le obligaba a encerrarse en su cuarto para limpiarlos escrupulosamente, ¡Ajjj! Sólo recordarlo, le hacía sentir ese incontrolado agobio que tanto le había martirizado.

Quizá por cosas como éstas — estaba convencido — prefería la soledad a la compañía, aunque se le consideraba un tipo simpático, además de bastante culto, de buen ver y, sobre todo, extremadamente educado, de conversación interesante y bastante amena siempre que no derivara en sus múltiples manías, de las que podía estar hablando horas y más horas hasta aburrir a las moscas y dormir al insomne más acérrimo. Estas manías, cada vez más acentuadas, eran su gran perdición. Le habían costado muchas amistades, un par de novias y algunos trabajos a los que había tenido que renunciar. Por suerte, pudo terminar la carrera de ingeniero informático. Era inteligente, muy estudioso y le encantaba ese campo, pero se retiraba de los exámenes de junio y de septiembre cuando le conminaban a quitarse los guantes. Sabía, con creces, todas las respuestas, lo que anticipaba el sobresaliente o la matrícula de honor; pero esa terrible ansiedad que le devoraba sólo de pensar que tenía que tocar esos pupitres bañados de suciedad más o menos oculta que quizá otros no notaran, pero él sí, fuente de enfermedades contagiosas que esperaban el momento de atacar, le obligaba a salir del aula con el ejercicio incompleto. Hasta que ya en terapia, un informe del psicólogo consiguió que le permitieran llevar las manos cubiertas. Por supuesto, cantaba mucho: había días con más de treinta y cinco grados, y terminaba con las manos tan empapadas en sudor que tenía que lavárselas más de treinta veces.

Pero el sobreesfuerzo le sirvió para labrarse un próspero futuro profesional que ahora disfrutaba como programador

destacado de una importante empresa de telefonía. Con condiciones, claro; que le habían aceptado por ser tan competente, y sin las cuales habría renunciado. Una de ellas, trabajar en su propia casa la mayor parte del tiempo; pues temía infectarse de todos esos terribles virus que se contagian con el contacto continuado; y por supuesto, no viajar; algo a lo que hacía tiempo había renunciado. Esos espacios cerrados de trenes y aviones, en los que tanta gente sudaba, tosía, se sonaba y hasta, en el baño, escupía y hacía sus necesidades; repletos de gente que tocaba todo sin ningún reparo y dejaba restos de comida mordisqueada, bebida salivada y pañuelitos con miasmas. ¡Ajjj!!

Y qué decir de todas esas situaciones denigrantes, tan angustiosas, por las que había pasado. Entre otras, cómo no, le vino a la memoria esa vez en la que a punto de pasar el control de seguridad en el aeropuerto de Madrid, tras una larga cola, observó que a los que iban delante les hacían quitarse los zapatos. Inmediatamente, abandonó la fila y se fue al cuarto de baño para comprobar que llevaba los calcetines en condiciones; y lo hizo unas quince veces, con el correspondiente lavado y secado de manos tras cada una de ellas, pues había tenido que tocar los zapatos y era consciente de lo que eso acarrearía. Lógicamente, perdió el avión y no pudo asistir a una importante reunión de trabajo. Aliviado y culpable al mismo tiempo, regresó a su casa y estuvo más de un mes sin salir, profundamente avergonzado y sintiéndose un inútil; pero sobre todo, invadido por el miedo: un terror incontrolado que le torturaba si se planteaba abandonar la casa, y sólo se hacía soportable cuando, completamente derrotado, desistía de esa idea y continuaba atrincherado. Eso sí, siguió trabajando; y eso le salvó de una profunda depresión que su psicoanalista de entonces había anticipado.

Desilusionado con todas las terapias que había iniciado y nunca completado, aprovechó esta nueva crisis para visitar al doctor Henry Tuales, un prestigioso psicólogo francés forma-

do en la universidad norteamericana de Western Illinois, reconocido internacionalmente como gran eminencia en el ámbito de los trastornos obsesivo-compulsivos y otras psicopatologías.

— *Monsieur Gjamigez*, su poblema es un gjetto que asepto *solamant* si usted está dispuesto a colabogag.

— Me pongo en sus manos, doctor Tuales. La verdad es que estoy desesperado. Ya no sé qué hacer... y me han hablado muy bien de usted. ¿Podrá curarme, doctor?

— Le sege sinsego, *Monsieur Gjamigez*, ¿puedo llamagle Gjamón? — contestó el psicólogo — Mis métodos son muy eficases, pego son fuegtes, aggesivos y muy cagos. Usted debe compgometegse mucho. Debe estag dispuesto a haseg lo que yo le diga, sin gjechistag; aunque le pagesca gjago tendgá que haseglo; debe seg obediente, ¿compgende, *Monsieur*?

— Haré lo que usted me diga, por supuesto — asintió Ramón Ramírez, aunque sin mucha convicción — Soy una persona muy disciplinada... pero, la verdad... no sé si podré conseguirlo; si seré capaz... llevo mucho tiempo así...

— Yo le guiagé, *Monsieur*; pego segá usted quien tendgá que haseg el esfuegso. Pog siegto, ¿está usted bien del cogasón?

— ????

— No me gjeufigo al *amour*... de eso ya hablagemos, *Monsieur Gjamón*... Le hagemos unas pguebas paga compgobag que su cogasón está fuegte... ¡Ah! y nada de tomag pastillas... ¿Está tomando algo ahoga?

— Bueno... — dudó Ramón.

— Sea sinsego, *Monsieur*; tiene que confiag en mí.

— He tomado muchas pastillas — confesó el paciente sin saber si lo lamentaría — Pero ahora sólo tomo dos tabletas de Quilebrizin todas las mañanas...

— Nada de nada, Gjamón; yo soy psicólogo y no puedo resetag o eliminag medisinas, pego pog favog hable con su médico y pídale que se lo gjetige *pgoggesivament*.

Durante un par de meses asistió con regularidad a la consulta del afamado Henry Tuales. Allí, además de hablar con él, se sometía a duros ejercicios que le hacían pasarlo fatal; pero que según el psicoterapeuta, resultaban imprescindibles para curarse de esos males que le habían hecho su prisionero. Uno de esos ejercicios incluía estar en una habitación insonorizada atado a un sillón y medio amordazado, sólo con las manos libres para tocar todo tipo de objetos, más o menos sucios, que Tuales le entregaba; sin poder responder a la compulsiva urgencia de levantarse para lavarse las manos. ¡Era horrible! La angustia se adueñaba de su voluntad y no dejaba de crecer más y más. Él tenía la sensación de que no aguantaría; de que se desmayaría o le explotaría el corazón. Ese temido sudor frío que tan bien conocía, bañaba su cuerpo hasta empapararlo por completo, y un espeso nudo en la garganta le impedía respirar, al tiempo que el estómago le ardía. Pedía cómo podía que lo liberaran, pero tal y como le había anticipado el especialista francés, sus desesperados ruegos no eran atendidos. Hasta que llegaba un momento en que la ansiedad, si bien no desaparecía del todo, cedía y aminoraba la intensidad de sus síntomas, haciéndolos manejables. Entonces, el doctor le desataba y él se quedaba allí un rato, tranquilizándose antes de lavarse las manos en quince segundos, una sola vez, pues Henry Tuales cerraba el grifo y no le permitía más. Así era esa terapia: “a ggandes males, ggrande gjemedios, *Monsieur*”.

Los progresos fueron sucediéndose. Llegó un momento en que ya no hacía falta que lo ataran y lo amordazaran; y su capacidad de autocontrol fue aumentando también en su vida diaria; aunque todavía sólo en pequeñas dosis, y siempre con un par de guantes en el bolsillo por si había una emergencia.

Recobró el optimismo; y por primera vez desde ni se sabía cuándo, concibió la esperanza de poder curarse.

Ahora, hundido en ese cómodo sillón de la sala de espera, sonrió al recordar que fue en ese tiempo cuando el terapeuta le invitó a la presentación de su último libro: un volumen de más de ochocientas páginas que según se comentaba allí, se convertiría en manual imprescindible para cualquier especialista que se preciara. Su título lo decía todo: "Tratado de psicoterapia para los trastornos obsesivo-compulsivos y psicopatologías relacionadas: datos, conclusiones e implicaciones de las investigaciones más recientes con animales y humanos en Europa y las Américas". Allí conoció a Paloma Nikura, una bella mujer peruana de intensos ojos negros, manos muy cuidadas y suave piel tostada, descendiente de Túpac Amaru, el último Inca, pero de padre japonés. Una gran admiradora del doctor Tuales, que por supuesto llevaba un ejemplar del libro firmado, con la que charló largo y tendido mientras le asaltaban las dudas sobre si debía, o no, pedirle el número de teléfono. No le hizo falta; fue ella quien se lo dio a él; y también quien, unos días después, le llamó para salir con la excusa de querer comprarse un ordenador.

— ¿De qué tiene temog, Gjamón?... ¿Del *amour*?

— No, doctor. Del amor, no. De mí mismo... ya sabe...

— Mi quegido *Monsieur*, usted está pgepagado para eso y mucho más... esa gjelasión le vendgá *trés bien*, le obligagá a esfogsarse aún más, a supegagse y tgiunfag...

— Pero doctor...

— Ya sé, *Monsieur*... teme fgacasagj otga ves... ¿Es así? Le compgendo, Gjamón...Pego ahoga segá dintintó . Me tiene a mí paga ayudagle...

Tuales le recordó que era el inventor del eficazísimo método CRISMA, así como del impactante eslogan que lo publicitaba: "*Controla tu crisma usando el CRISMA*". Según le explicó, cada letra se refería a un significado fundamental que los

pacientes, una vez entrenados, debían recordar y poner en práctica:

Concentración en el objetivo.

Relajación corporal.

Instrucciones precisas.

Sensación de control.

Mentalidad positiva.

Acción eficaz.

El doctor le aseguró que si aplicaba bien el CRISMA, no podía fallar; y eso le animó; aunque sus traumáticas experiencias pasadas no le permitían convencerse lo que le habría gustado. Sus dos relaciones anteriores habían fracasado estrepitosamente. Su primera novia, Julita, no podía aguantar que antes de empezar a comer y mientras lo hacían, se levantara de la mesa infinidad de veces para lavarse las manos; ni tampoco que se cepillara los dientes, exhaustivamente, antes y después de besarla. La segunda, Pili, tuvo que ir a un psicólogo para superar que su novio usara guantes siempre que la acariciaba. Pero lo peor de todo, en ambos casos, fue que Ramón tenía un pánico desmedido a una hipotética boda; y no por el hecho de casarse, que también, sino por la convicción de que no sería capaz de aguantar, sin dar la nota, todos los rituales de la propia ceremonia.

— Sabe, doctor Tuales, temo hacer el ridículo más espantoso de mi vida delante de las dos familias, nuestros amigos, y toda esa gente que estaría allí... Seguro que necesito abandonar el altar para lavarme las manos... o que no puedo ponerme el anillo sin frotarlo antes para asegurarme de que está limpio... o que sé yo lo que podría hacer.. Con Julita y Pili, sólo de pensarlo me ponía enfermo...

— *Monsieur*, le compgendo *trés bien*... La *Tour Eiffel* no se constguyó en una plasida tagde de sabgosa bgisa, ni tampoco los *Champs-Elisées*...ni Indugain ganó el *Toug de Fgance* sin es-

fuego... Esto también necesitaba tiempo y trabajo, pero usted me tiene a mí... y es un hombre fuerte... más de lo que creía, Gjamón... Debe pensar en positivo, siempre en positivo, y confiar en nuestra terapia...

Cobijado en la seguridad que le proporcionaba el ilustrísimo Henry Tuales, siguió viéndose con la señorita Paloma Nikura; y no tardaron mucho en comprometerse en serio. El recuerdo intermitente de los dos fracasos anteriores no se había disipado, pero ahora era diferente. Paloma le comprendía, y eso no había sucedido antes. Más aún, ella le ayudaba a superar esas estúpidas manías que le atenazaban siguiendo fielmente las sabias directrices del psicólogo: como si fuera un complemento de lo que él hacía en las sesiones de terapia. Recordaba ahora, que durante esa etapa mejoró mucho; y pronto se presentó una excelente oportunidad para comprobarlo. Como experto en el tema de la telefonía, fue invitado a impartir un curso en Colombia. Con tenaz insistencia y contundentes argumentos, hizo lo que pudo para obviarlo, pero sus intentos fracasaron. Los colombianos le querían a él, y el director general le llamó personalmente para dejarle claro que esta vez, por mucho que dijera o muchos certificados médicos que presentara, no podía escaquearse.

— Lo pagaremos *très bien, Monsieur*... ¡Segá un gran test!... ¡ya verá como lo logra!

Los primeros ejercicios, sin salir de la consulta del francés, consistieron en reproducir el paso por el control de seguridad; ya que al haber sido algo tan traumático en el pasado, se consideró un aspecto clave para el que debía estar preparado. Así, el doctor simulaba ser el empleado de seguridad que le pedía quitarse los zapatos, y Ramón lo hacía sin poder retroceder para comprobar el estado de sus calcetines. Inmediatamente después, debía calzarse; y no podía ir al baño para lavarse las manos. Le costó hacerlo; pero tras varios intentos, lo consiguió; y fue capaz de repetirlo varias veces seguidas. Fase superada; ¡a por la siguiente!

Henry Tuales había impartido varios cursos sobre el miedo a volar para el personal de Air France, y tenía en esa compañía muchos contactos. También conocía a uno de los supervisores de la seguridad del aeropuerto que había sido su paciente tras un terrible secuestro aéreo del que se había sentido responsable. Murió un perro que se empeñó en molestar a los secuestradores con sus insoportables ladridos de chuchito consentido, y él, como máximo responsable ese día, fue denunciado por la influyente Asociación Intercontinental para la Protección de los Animales Viajeros (*Intercontinental Association for the Protection of Traveller Animals: IAPTA*). Contrató a un buen abogado especializado en estos asuntos, el conocido letrado Perrin Manso, y sólo tuvo que pagar una multa de doscientos euros en comida para perros abandonados en estaciones, aeropuertos y áreas de servicio en autopistas; pero el trauma que le quedó fue tremendo, y sólo Tuales fue capaz de recuperarlo, por lo que le estaba inmensamente agradecido.

El doctor movió todos estos hilos y preparó una *terapia en vivo* digna de su extendida fama de muy reputado terapeuta. Él y Ramón se presentaron en el mostrador de Business de Air France como si fueran a viajar; y allí hicieron el *checking* para un vuelo a París Orly. Todo era ficticio, pues en realidad no iban a volar, pero el psicólogo quería que fuera lo más próximo a una situación real. Después, con las tarjetas de embarque, se dirigieron al control de seguridad y se colocaron en una fila en la que había varias mujeres, pues es a éstas, razonó Tuales, a las que se suele pedir más que se quiten los zapatos. Ramón tenía que presenciarlo manteniéndose en su puesto; sin abandonarlo para ir al baño a comprobar sus calcetines o lavarse las manos. Se trataba de una prueba muy dura que debía superar. No había posible escape. Ahí estaba la clave: debía hacerlo sí o sí; y para eso se había preparado. En la eternidad de esa fila aplicó el método CRISMA, que ya dominaba a un nivel bastante aceptable, utilizando frases que

había ensayado en la consulta: tales como “¡tranquilo, Ramón!, ya sabes que te puedes poner nervioso... pero que en ningún caso debes escapar de aquí... tu puedes controlarlo... ya lo has hecho en la consulta... respira, concéntrate en respirar... respira...” Así, pudo controlar la ansiedad que, como era previsible, le acompañaba; y cuando llegó su turno, se descalzó, pasó el control y culminó la faena sin ir al lavabo, tal y como había ensayado. ¡Un gran avance!

Cuando llegó el gran día, esta vez sin el doctor a su lado, pues ya no lo necesitaba, pasó con éxito todos los trámites según habían preparado, y se instaló en el Airbus de Iberia. Allí continuó aplicando el CRISMA mientras el avión despegaba, y todo fue bien. En cuanto pudo, abrió el ordenador y aprovechó para trabajar un poco. Sintió que era capaz de controlar la situación, y eso le dio confianza. Le había costado sudores y lágrimas, pero el tratamiento del doctor Henry Tuales estaba funcionando. Por algo era uno de los mejores, o quizá el mejor, “el *number one* de los loqueros”. Pasadas un par de horas, abandonó su asiento para ir al servicio. Como estaba ocupado, según supo por la luz roja, tuvo que esperar un rato en el mismo pasillo, moviéndose como si estuviera bailando y la música acelerara su ritmo progresivamente, al tiempo que se agobiaba pensando que no llegaría a tiempo; pero también se había preparado para esta circunstancia, y volvió a utilizar el CRISMA con notable acierto. ¡Por fin! se abrió la puerta, y un hombre bastante obeso le entregó el relevo. Con gran dificultad, ambos pudieron cruzarse en el reducido espacio y enseguida alcanzó el deseado reservado. Pero... ¡ohhhh! todo estaba increíblemente sucio: el papel higiénico desenrollado y mojado; el lavabo lleno y taponado, con evidentes secuelas de escupitajos y restos variados; el suelo y los bordes del urinario con sospechosas gotas de un líquido amarillento; y... lo peor... ¡el interior de la taza con...!

— El muy guarro... ¡Ni siquiera ha tirado de la cadena!
— exclamó contrariado, en la intimidad de ese perfumado

cubículo que ahora regentaba . — Esta vez no son mis obsesiones... ¡Este tío es un auténtico cerdo!

Sin pensárselo dos veces, decidió abandonar el recinto; pero al abrir la puerta descubrió que una respetable señora de mediana edad esperaba el turno. Como un resorte, se echó atrás y cerró de nuevo. ¡Estaba atrapado! ¿Qué podía hacer? Si salía y dejaba todo como él lo había encontrado ¿qué pensaría esa dama? Y la alternativa era... ¡¡Ajjj!! limpiarlo él... ¡Ni loco! pero... Empezó a sudar. El reducidísimo espacio se le hizo más y más pequeño; y encima, ese asqueroso olor. Hasta el avión quiso aportar algo, moviéndose más de la cuenta. Notó que le faltaba el aire y se sintió mareado; pero recordando esas espartanas sesiones de terapia con el doctor Tuales, se armó de valor y calzó los guantes de emergencia que siempre llevaba en el bolsillo. No tenía más remedio. Limpió el lavabo, el suelo y los bordes de la taza; recogió el papel desparramado; tiró de la cadena y usó la escobilla... ¡iiiiAjjjjjj!!!! No pudo aguantar. Devolvió el desayuno y lo que quedara de comidas previas; y se puso fatal. Temblaba tanto que no pudo sostenerse en pie. Cayó sobre sus rodillas, y agarrado a lo que pudo para no desplomarse del todo, permaneció así lo que le pareció eterno. Recuperadas algunas fuerzas, se alzó para despojarse de los contaminados guantes y compulsivamente se lavó las manos y los dientes (éstos con el cepillo y la pasta que siempre llevaba) una, dos, tres... cientos de veces... Hasta que mucho después, sintió que estaba listo para abandonar ese lugar maldito que había dejado reluciente. Abrió la puerta y la señora ya no estaba; pero... ¡ohhh!... el que esperaba era... ¡el mismo guarro que le había precedido!

— Estuvo usted extgaogdinagio *Monsieur* — afirmó el doctor Tuales, mostrándole su entusiasmo — Hase unos meses no habgía sido capas de actuag así... Habgía escapado *immédiatement*... y ahoga se ha enfngentado a una situación tan gjocambolesca...

— Pero doctor... ¡fue horrible! — señaló Ramón — ¡Creía que me moría!

— Usted creía que se moría — repitió el psicólogo, logrando que su paciente asintiera — pego dígame *Monsieur*... ¿Se mugió?

— Ejem... bueno, doctor... lo pasé muy mal...

— Lo pasó muy mal — parafraseó Tuales, mostrando que le comprendía — pego dígame... ¿se mugió?

— Es evidente que no... Estoy aquí ¿no?

— Entonces... lo pasó muy mal pego no se mugió... ¿Es así, *Monsieur*?

Según su reloj, faltaba ya poco para la esperada cita. La había pedido hacía cuatro días y estos se le habían hecho interminables. Necesitaba al doctor, y por fin volvería a verlo. Pero... su gozo en un pozo. Rosita, la secretaria del psicoterapeuta, entró en la sala y le abofeteó con la inesperada noticia:

— Señor Ramírez; lo siento mucho, pero el doctor Tuales ha llamado desde el aeropuerto de Frankfurt y me ha pedido que le disculpe. Viene de viaje, de los Estados Unidos, y ha perdido el enlace.

— Pero... si habíamos quedado... y no me había dicho nada de que estuviera de viaje...

— Sí, comprendo... Pero es que tuvo que atender un compromiso ineludible.

— ¿Un compromiso? — insistió Ramón, expresando su disgusto con los gestos y el tono de voz.

— Así es, señor Ramírez. El doctor es muy amigo del *professor* James Cheesecake Jr., de la Arizona State University, presidente de la FIANRLICDCTOCCPA...

— ¿Cómo?

— Sí, la Federación Internacional de Asociaciones Nacionales, Regionales y Locales para la Investigación Científica y la Divulgación de Conocimiento relacionados con los Trastor-

nos Obsesivo-Compulsivos y Comportamientos Patológicos Asociados.

— ¡Ahhh!

— Entre nosotros le decimos simplemente FIA... para abreviar... y el doctor, con ese buen humor que tiene siempre, ya lo sabe usted, dice que él “se fía de la FIA”... jajaja... Qué gracioso ¿verdad?

(Ramón hizo una mueca que quiso ser una sonrisa; y lo pareció).

— El profesor Cheesecake Jr. organizó un congreso internacional y a última hora le falló un ponente. Como es muy amigo del doctor desde que coincidieron en la universidad de Western Illinois, le pidió que sustituyera al ausente y explicara las últimas investigaciones sobre los rituales de la rata blanca en situaciones de estrés; un tema que ambos consideran de gran trascendencia.

— ????

— Pero no se preocupe, señor Ramírez; por indicación del doctor le va a recibir la doctora Remedios Santos, su mano derecha. Conoce bien su caso, y es una excelente terapeuta.

— Bueno... yo...

— De verdad, no se preocupe — insistió la mujer — Estará usted en muy buenas manos... y en la próxima cita ya podrá recibirle el doctor.

Se había levantado del sillón cuando entró Rosita; y ahora, de nuevo solo, anduvo despacio, de un lado a otro, intentando asimilar la decepcionante noticia. “¡Una mujer! Lo que menos necesito es encontrarme con una mujer”, fue su contundente conclusión, al tiempo que aceleraba el paso. Aplicando el infalible método CRISMA, consiguió calmarse. Con las manos abandonadas en los bolsillos del pantalón y la mirada erguida sin ambicionar nada, olvidó el contratiempo y permaneció perdido en esos recuerdos que le atormentaban y, al mismo tiempo, según creía, necesitaba revivir, aceptar,

ordenar y comprender, para poder superar ese pasado cruel que le pisaba la cabeza e impedía que la levantara.

Recordó que la relación con Paloma había continuado. Sin sexo, claro. Ella le había dicho que era una mujer muy tradicional y deseaba llegar virgen al matrimonio... Bueno, relativamente virgen... pues había estado casada con un *businessman* de Miami que la dejó por su secretaria: una cubana exiliada que además de destacar bailando salsa, gozaba de otras cualidades que volvieron loco a ese *crack* de los negocios. Desde entonces, Paloma no había probado varón, manteniendo su pureza en esta nueva etapa. Y quería seguir así; reservando su flor para el galán que la desposara. Ramón estaba encantado; no por la virtud de su dama, que consideraba irrelevante, sino porque dudaba de que él pudiera relacionarse en la cama sin tener que ducharse varias veces, antes, durante y después del acto. El problema se aplazaba; y eso le aliviaba.

Una tarde, sin esperárselo, la mujer le sorprendió pidiéndole que se casaran. ¿Por qué esperar más? fue el argumento contundente que desarmó a Ramón. Le temblaron las piernas y empalideció. Regresaron los viejos temores. El sexo era lo de menos... de momento. Lo que le horrorizaba era hacer el ridículo en la boda delante de todo el mundo; no ser capaz de comportarse con normalidad, de afrontar la ceremonia sin que sus manías le superaran. Por eso había escapado de sus anteriores novias; y eso es lo que le aterraba ahora. No obstante, algo había cambiado: era consciente de sus progresos y confiaba en que el doctor Henry Tuales, como había hecho en otras situaciones complicadas, le ayudaría a salir airoso. Mientras se preparaba la boda, el tratamiento fue intenso. Dos, tres y hasta cuatro sesiones semanales en las que se ensayaron insistentemente las situaciones temidas, al tiempo que el doctor, utilizando sus mejores habilidades terapéuticas, combatía los pensamientos negativos de Ramón que podían aguarle la fiesta. El reputado método CRISMA tenía que estar a punto para el gran momento.

Paloma Nikura había estado casada por la Iglesia Católica, por lo que no podía repetir. Pero insistió en que ese era su deseo, y encontró la fórmula cuando alguien le habló de la segunda boda del futbolista brasileño Ronaldo.

— ¡Es perfecto, corazón! — le dijo a Ramón, tras explicárselo.

— ¿Pero cómo? — reaccionó él, muy confuso — ¿Una boda que no es boda... en una iglesia que no es iglesia... con un cura de verdad, pero que en realidad no nos casa?

— Corazón, tengo mucha ilusión por esa ceremonia... Será como si fuera de verdad... y después, a los dos o tres días, vamos al juzgado.

Lo comentó con el doctor Henry Tuales y éste no le vio pegas; al contrario, le pareció una gran idea.

— Gjamón, es pegfecto paga usted, paga supegaglo todo; una segemonia así le ayudagá mucho, pogque estoy segugo de que lo hagá muy bien. *Trés bien!*

— Pero doctor...

— No tema *Monsieur...* y además segá usted como Gjonaldo, jajaja... Un buen amigo mío que es un ggan tgaumatólogo y tगतó a Gjonaldo estuvo invitado y me contó todo... *Magnifique!* Imagínese todo Pagís pagalizado por esa boda que no ega boda, jajaja...

El día D amaneció con algunas nubes que a media mañana se habían disipado. El sol no quería perderse tan esperado acontecimiento, y dio instrucciones precisas para presidir el cielo sin acompañantes que lo incomodaran. Como la familia de Paloma vivía en Perú, sólo asistirían dos de sus hermanos que acababan de cruzar el charco. Ellos y los demás invitados, un número reducido, pues la familia de Ramón era pequeña y ninguno de los dos tenía muchos amigos, se desplazaron al parador del castillo de Oropesa, a unos ciento cincuenta kilómetros de Madrid, donde tendría lugar el seu-doenlace. Entre los asistentes estaba, como era lógico, el reco-

nocidísimo psicoterapeuta Henry Tuales, acompañado de su última novia: una espectacular rubia rusa que le sacaba una cabeza y atraía como un imán las miradas de deseo de los caballeros y de rechazo de las señoras. Allí, ocupando uno de los emblemáticos salones medievales, se habían instalado, en uno de los extremos y sobre una tarima que lo elevaba, el equivalente a un altar, y abarcando el resto del recinto, unos bancos de madera, con reclinatorio incluido, perfectamente alineados a ambos lados de una radiante alfombra roja que acostumbraba a vestir el pasillo en las grandes ocasiones. Múltiples centros de espléndidas flores blancas adornaban el imponente escenario, presidido por sus habituales banderas y escudos de armas que recordaban el noble linaje de quienes habían morado en tan insigne fortaleza. El entorno, con tantos detalles bien cuidados, era incomparable para la pomposa parafernalia de una boda que no lo era. Al igual que en la de Ronaldo, también había un sacerdote, el padre Felipe, confesor de Paloma desde que se había afincado en España, quien como hiciera su homólogo brasileño en París, se había prestado a conducir, con el debido respeto y la exigida prudencia, el simbólico acto que moralmente uniría a la nueva pareja.

Ramón aplicó todo lo que había aprendido, y esperó a la novia en el "altar" con una presencia notable que sorprendió a sus familiares, acostumbrados a sus rarezas e inseguridades. Vestido con un espléndido chaqué, alquilado pero que parecía hecho a medida, disfrutó de la entrada triunfal de Paloma del brazo de uno de sus hermanos. La mujer estaba radiante. Lucía un traje de cuello barco de color blanco roto, sin velo, que contrastaba con el oscuro de su piel, realzando su belleza. Con la prestancia que la caracterizaba, caminó elegantemente por la alfombra roja al paso del emotivo Dúo de las Flores de la ópera *Lakmé* de Léo Delibes, una sugerencia del doctor Tuales, gran admirador de su compatriota. Avanzó hasta situarse junto a su futuro esposo, y una vez allí, tras to-

mar asiento todos los presentes, el padre Felipe inició la ceremonia.

El cura estaba en plena forma; y aprovechó la tribuna para condenar las relaciones sexuales esporádicas que predominan en nuestro tiempo, producto de la debilidad humana frente a la tentación de la carne que nos pone delante Satanás. Paloma miró a Ramón asintiendo, transmitiéndole lo feliz que era por haber sido respetada. Éste le hizo un guiño para expresarle que compartía ese sentimiento, y se quedó con ganas de añadir que si por él fuera, seguiría respetándola... El padre acentuó la importancia de la sinceridad, el amor y el compromiso; la trascendencia de la fidelidad conyugal, la responsabilidad de educar a los hijos en la fe cristiana, y lo sagrado de una unión que no debe romperse hasta la muerte. Su entusiasmo contrastaba con los bostezos de algunos invitados, pero lejos de amilanarse, eso le sirvió de estímulo para crecerse, poniendo más énfasis en sus profundos mensajes. Entre ellos, señaló las virtudes de los novios: destacando su sencillez, bondad, sinceridad y lealtad; y les auguró un largo recorrido juntos por la senda del Señor, deseándoles que éste les protegiera y guiara con sabiduría en los momentos de mayor dificultad; aunque advirtiéndoles, eso sí, que en más de una ocasión les pondría a prueba.

— La felicidad no es gratuita — sentenció — Debéis ganárosla día a día mostrando los valores cristianos que deben estar presentes en cada una de vuestras acciones... siendo generosos en el amor... Dar más que recibir. ¡Ese es el secreto!

El sacerdote seguía inspirado y no encontraba el momento de finalizar su histórico sermón; hasta que coincidió con una significativa mirada de Paloma y se dio cuenta de que se estaba pasando. Entonces, cerró su *speech* deseando mucha felicidad a los novios y a todos los que les acompañaban, y dio paso al intercambio de los anillos que custodiaba el padrino. Después, lógicamente, no pudo declararlos marido y mujer, pero les incitó a besarse; dando paso al estremecedor *Adagio* de

Albinoni que la emocionada parejita escuchó entrelazando sus manos. Durante todo ese tiempo, Ramón fue capaz de aplicar el CRISMA y comportarse con la normalidad que demandaba la situación. ¡Un gran éxito! A la emoción de la boda se añadía, y para él era mucho más importante, la de haber podido estar ahí sin huir, ignorando todas sus manías, superando todos esos miedos que le habían detenido anteriormente. Quedaba aún la cama, cierto, pero de momento salía victorioso del gran test que más le había preocupado. Mientras con sano orgullo desfilaba victorioso por la alfombra roja, con su “esposa” asida a su brazo derecho, sonriendo a los testigos de su espléndido triunfo, la Marcha Nupcial de Mendelssohn acentuó el incomparable sentimiento de los grandes momentos; esos que, pensó él, nos hacen percibir que podemos alcanzar cualquier reto por imposible que parezca, que la vida merece la pena, que Dios nos ha dado el don de superarnos y es nuestra responsabilidad desarrollarlo. Inmerso en tan profundas sensaciones, la euforia alcanzó su cenit cuando se cruzó con el doctor Henry Tuales. La mirada del psicoterapeuta no pudo ser más expresiva: “¡Lo has conseguido Gjamón! Estoy muy orgulloso de ti. ¡Enhogabuena!”

Volvió Rosita a la sala de espera para anunciarle que la doctora Remedios Santos se retrasaría unos minutos:

— Me pide que la disculpe, señor Ramírez. Le ha surgido un pequeño contratiempo, pero enseguida estará con usted.

— Mire, se lo agradezco, pero creo que lo mejor es que me marche y venga cuando esté el doctor Tuales — reaccionó Ramón, anticipando el alivio que le supondría evitar la entrevista con una mujer que no conocía.

— Serán sólo unos minutos, de verdad. Si se va ahora, el doctor se llevará un disgusto y me echará a mí la bronca por dejarle irse. Insistió mucho en que viera a la doctora Remedios.

— Bueno...

No había escapatoria. Y si el doctor había insistido, por algo sería. La verdad es que se encontraba hundido y necesitaba la ayuda con la mayor urgencia. No tenía prisa, así que esperaría y le daría una oportunidad a esa doctora... aunque, uff, le daba pereza, y hasta vergüenza, tener que contárselo todo sin conocerla... si bien Rosita le había dicho que ya conocía su caso. Nunca había oído hablar de ella; pero sabía que el doctor contaba con un buen equipo de terapeutas, y razonó que seguramente, aunque no dieran la cara, le ayudarían a preparar los tratamientos. ¿Qué aspecto tendría ella? ¿Cómo se sentiría él en su presencia? ¿Sería capaz de abrirse para compartir lo que le pasaba? Se angustió un poco y volvió a pensar en marcharse; pero pudo trasladar su mente a donde se encontraba antes de entrar la secretaria; y eso le ayudó a calmarse.

El inapelable éxito en la ceremonia de la boda que no lo era, fortaleció su autoconfianza y le dio alas para afrontar la siguiente prueba. Fiel al guión que había preparado con el doctor, apenas bebió durante el banquete para evitar que el alcohol le jugara una mala pasada, por lo que llegó a la *suite* del hotel en inmejorables condiciones para superar el desafío que le imponía su obligación de esposo. Ya en la cama, se sintió nervioso. Se había acostado con un austero pijama rayado que contrastaba con el camisón de encaje, escotado, corto y transparente de Paloma; y tenía que pasar el trance de quitárselo. Sus manos comenzaron a sudar, y sintió que le urgía lavárselas. No sólo las manos... ¡Necesitaba una ducha inmediatamente! Por un momento tuvo la sensación de que perdía el control y volvía a las andadas. Pero allí estaba ella, que para eso había participado en algunas sesiones con el doctor y tenía instrucciones precisas sobre cómo actuar en caso necesario.

— Tranquilo, corazón — le dijo en un tono que invitaba a la calma, mientras suavemente le acariciaba la nuca — Pon en práctica el CRISMA.

— ¿El CRISMA? Sí, sí, claro, el CRISMA — reaccionó Ramón.

— Yo te ayudaré, amor... Sígueme... Atento a lo que yo te diga:

Concéntrate en mi cuerpo...

Relájate y disfruta...

Instrucciones precisas: “tienes que estar tranquilo, y dejarte llevar por tu sensaciones; sólo eso, déjate llevar”

Siente que controlas la situación... tú tienes el control, corazón...

Mente positiva: “todo va a ir bien” “sabes que va a ir bien, porque estás preparado para ello”

Acción: acaríciame despacio y siente mi excitación... no dejes de acariciarme... haz que yo te sienta...

Dominaba a la perfección el CRISMA, pero estaba muy desentrenado en el arte del amor, por lo que a pesar de la valiosa ayuda no estuvo muy afortunado; si bien, considerando el punto de partida, la experiencia constituyó un razonable avance; y tras haber cumplido con ese aprobado justo que le supo a sobresaliente, se quedó dormido. Por su expresión sonriente, le visitaron sueños muy dulces que sólo le abandonaron ya entrada la mañana, ahuyentados por un fino rayo de sol que burlando la vigilancia de las cortinas, se posó en su cara. Poco después, abrió los ojos completamente desorientado; y en cuanto fue consciente, se giró para encontrar el cuerpo sensual de su afrodita, del que su olor, su suavidad y su atractivo estético, continuaban vivos en sus sentidos. Pero... ¡Ohh! Ella no estaba...

— ¿Cariño, dónde andas? ¿Cariño? ¿Paloma?

Se levantó y recorrió la *suite* esperando encontrarla en el baño, o quizá escondida, ¿todavía desnuda?, para darle una sorpresa... pero ella no estaba. “Habrá ido a dar un paseo...

o al gimnasio", pensó, buscando un razonamiento que le convenciera. Pero al abrir el armario y comprobar el aseo vio que no quedaba ni rastro.

— Pero... ¡Paloma! ¡Paloma! ¡Cariño! — gritó, desesperado — ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

— ¡Cálmate, Ramón! ¡Tranquilo! Respira y tranquilízate... Eso es, tranquilo... tiene que haber una explicación — se dijo a sí mismo, aplicando las técnicas de autocontrol que había aprendido con el doctor Tuales.

Se vistió con lo primero que pilló: el pantalón del chaqué, una camiseta de deportes y unas alpargatas, y bajó súbito a recepción.

— Esto... mire... han visto salir a mi mujer... Nos casamos ayer... recuerdan... la señora Ramírez... Bueno, se llama Nikura... Paloma Nikura...

— Sí, señor Ramírez — respondió con sobriedad el receptionista, sin que le afectaran los nervios que transmitía el cliente — Salió del hotel hace unas dos horas, más o menos.

— ??? (No sabía qué pensar; ni qué decir; ni qué hacer).

— Y dejó un sobre para usted... Aquí lo tiene, señor.

Lo arrancó del empleado sin ni siquiera darle las gracias, mientras notaba que el corazón le palpitaba como si fuera a explotar. Temblándole las manos en sintonía con el resto del cuerpo, resquebrajó el envoltorio sin miramiento alguno y sacó el papel que, doblado en tres partes, esperaba pacientemente su lectura.

Querido Ramón:

Ha sido maravilloso conocerte y compartir contigo este tiempo. Eres un gran hombre, y has demostrado que eres capaz de superarte y conseguir retos verdaderamente difíciles.

Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Pero siento que lo nuestro, aunque es muy lindo, no tiene futuro, por lo que creo que lo mejor es cortar ahora, antes de formalizar nuestro matrimonio. Sé

que para ti va a ser muy duro, y lo siento muchísimo corazón, pero también sé que lo superarás, igual que has superado tus miedos y has hecho cosas que te parecían imposibles. Has demostrado que eres más fuerte de lo que pensabas, y ahora volverás a demostrarlo. Corazón, estoy segura de que encontrarás una mujer que te quiera y te haga feliz. Te deseo lo mejor.

Por favor, no intentes localizarme. Me marchó lejos de ti, de todo esto. Te pido que no me busques. Quedémonos con los lindos recuerdos de estos meses juntos.

Un beso, corazón

Paloma

Notó que le fallaban las piernas y se dejó caer en un cómodo sofá del hall. Allí leyó la carta una y otra vez; primero, incrédulo: negando que pudiera ser verdad; después, rabioso: maldiciendo a esa p... que le había tomado el pelo; más tarde, hundido: sintiéndose una mierda como persona, un fracasado como hombre, pensando que se le venía el mundo encima y él no podía hacer nada por evitarlo. Así estuvo varias horas, sin reaccionar, sumido en esa enorme pena que se vislumbraba eterna. Ya en la tarde, sacó fuerzas para llamar a un amigo y pedirle que fuera a buscarlo, pues el coche era de Paloma y se lo había llevado. Mientras le esperaba, telefoneó al doctor Tuales: su única esperanza. De él confiaba en encontrar alguna explicación; alguna respuesta; alguna salida a tan tamaña catástrofe.

— ¿Doctor? Soy Ramón Ramírez. Paloma me ha abandonado...

— ¿Cómo? ¿Gjamón?

— Sí, sí, doctor... me ha dejado... se ha ido... me ha escrito una nota... — Casi no podía hablar, lo hacía de forma entrecortada y apenas vocalizaba, por lo que no se le entendía.

— ¿Gjamón? ¡Tganquilítese, *Monsieur!*.. Gjespige hondo... gjelajesé... y cuéntemelo todo.

Le costaba expresarse, pero la habilidad del psicólogo al otro lado del teléfono le ayudó a relatar la historia y se sintió algo mejor. El ilustre terapeuta, como era habitual en él, mostró una gran empatía haciéndole ver que le comprendía, que se daba cuenta de lo mal que se sentía, que entendía su decepción, su enojo y su depresión. Después, apeló al talante positivo que intentaba insuflar a sus pacientes:

— *Monsieur*, es un ggan golpe paga usted... pego ¿cgee que habgia sido mejog dagse cuenta más tagde?

— No sé...

— ¿No piensa que es mejogj así?... Vea la pagte positiva... esa gjelasión le ha ayudado a supegag sus temoges... ahoga usted es libge de esos miedos absugdos, *Monsieur*...

— Sí, pero... estoy hundido, doctor.

— Lo sé, Gjamón... pero tgabajagemos para supegaglo... usted domina el CGISMA... y ahoga añadigemos la PSD... otgo de mis métodos...

— ???

— Sí, la PSD, la Pgoggamasió n paga Supegag la Depge-sión... Está teniendo un ggan éxito *Monsieur*... Deje pasag unos días y llame a mi consulta para pedig una sita. Allí hablagemos. No se pgeocupe. Todo saldgá bien.

Pasaban diez minutos de la hora y se estaba impacientando. No se acostumbraba a los retrasos, y aunque la doctora Remedios Santos, a través de Rosita, le había pedido disculpas y él las había aceptado, ya se estaba cansando de esperar. Además, estaba hartó de darle vueltas y más vueltas a todos esos recuerdos, y lo que quería, ya de una vez, era ver a esa terapeuta y comprobar si le podía ayudar en algo.

— Señor Ramírez, cuando guste puede pasar — anunció, por fin, la secretaria.

Siguiendo los pasos de Rosita, avanzó por el largo pasillo en ángulo recto que comunicaba la sala de espera con el despacho de la terapeuta; el mismo que solía ocupar Tuales. Al llegar, la mujer abrió la puerta y le invitó a pasar.

— ¿Túuuuuuuuuuuuu? ¿Qué es esto? ¿Una broma pesada?

— Sí, soy yo, Ramón — respondió la doctora — Quiero explicártelo...

— ¿Explicármelo? ¡Me dejaste plantado sin más, el día después de nuestra boda! Bueno, es un decir... ni boda ni nada, claro... mejor digo de esa pantomima... porque eso es lo que fue ¿no? una farsa, una mierda... ¿Pero qué te has creído, Paloma?... o Remedios... ¡o cómo coño te llames!

— Lo siento, Ramón; lamento haberte hecho daño, pero era necesario.

— ¿Necesario?

— Sí, claro; era parte de tu terapia.

— ¿Cómoooo?

— Sí, de tu terapia. El doctor Tuales lo diseñó todo. Ya te advirtió que sus métodos son atípicos y duros; pero como has podido comprobar, son muy eficaces.

— ¿Eficaces? ¡Pero si estoy hecho una auténtica mierda!

— Bueno, es lógico... un daño colateral; un pequeño precio que tienes que pagar... pero se pasará. Sin embargo, fíjate todo lo que has progresado. ¡El doctor es un genio!

— Pero... ¿tú? ¿tus hermanos? ¿el cura?... — preguntó el hombre indignado, sin salir de su inesperado asombro.

— Yo trabajo con el doctor, y me pidió que participara en tu tratamiento. Mis supuestos hermanos son actores, y el sacerdote también. El doctor los contrata cuando los necesita. ¡Lo hicieron de cine! ¿verdad?

— ¡Menudos fantoches mentirosos! Sobre todo ese cura, con todos esos rollos que nos contó. ¡Vaya caradura!

— Hacían su trabajo, corazón.

— ¡Es increíble! — repitió atónito, una vez más — Aquí hay una cámara oculta ¿no? y yo soy el pringao que ha picado como un imbécil...

— Ramón, Ramón, ireacciona! — le cortó ella, alzando la voz — No eres ningún pringado, cariño. Ha sido parte del tratamiento. ¿No lo comprendes? ¡Un gran éxito! ¡Estás curado!

— Pero entonces, tú... tú... no has sentido nada por mí... todo ha sido fingido... ¡serás...!

— Soy una profesional... de la psicoterapia, quiero decir... y este es mi trabajo, corazón. Koyto y Mamadha, los precursores japoneses de la terapia sexual, ya inventaron este tipo de tratamiento en los años setenta, y el doctor Tuales lo ha perfeccionado. Es fantástico ¿verdad? Pero he de confesarte que me has llegado a gustar...

— ¿En serio?

— Sí... de hecho le dije al doctor que no podía continuar, que me estaba enamorando de ti... y claro, eso no podía pasar... — confesó ella, en un tono muy cercano al coqueteo.

— Por favor, Paloma... quiero decir, Remedios... no te burles de mí... — suplicó sin poder evitar emocionarse y que se le fueran los ojos al sugestivo escote de la doctora — Ya está bien, ¿no crees?

— No me burlo... te digo la verdad...

— ¿Entonces...?

Seguía enfurecido; y reaccionó como jamás habría soñado ni estando borracho. Se abalanzó sobre la psicóloga como un animal salvaje guiado por su instinto más primario y la llevó hasta la mesa. Allí, la besó apasionadamente con el ansia de un naufrago que hubiera estado varios años sin ver a una mujer. Y ella respondió. Se fundieron en un intenso abrazo al que faltaban extremidades, pues era tanto lo que ambos querían abarcar, que no daban abasto. Casi al unísono, fueron despojando al otro de lo que más estorbaba, y enseguida hicieron el amor como dos locos. ¡Y sin ducharse!

Ya en la calle, muy feliz, más seguro de sí mismo que en toda su vida, anotó en el Ipad la hora que Rosita le había dado para su próxima cita con el eminentísimo doctor Tuales. Como siempre, acudiría puntualmente, seguro de que el afamado psicólogo continuaría ayudándole; aunque por mucho que hiciera, nunca podría superar, ni siquiera igualar, la increíble sesión que acababa de tener con la doctora Remedios Santos. El CRISMA, la PSD y las demás estrategias del doctor eran métodos brillantes; pero había remedios, mano de santo, que él, a diferencia de ella, no podía aplicar; o al menos, no con él... ¡Y esa era la mejor terapia!

(posdata: el doctor Henry Tuales es un auténtico genio).

UNA DECISIÓN TRASCENDENTE

“Si mueres, descansas; si vences, vuelves a luchar”

Cómodo Máximo, entrenador oficial de gladiadores
en el circo de Roma (86 a.C.)

Despertó con el primer destello de un sol que anticipaba un día espléndido. Era el último de sus vacaciones, por lo que ya no podía esperar más. Tenía que decidirse de una vez o esperar hasta el año siguiente. Se quiso autoconvencer de que esta última era la mejor opción, pero la lucha interna continuaba. Su marido seguía durmiendo y decidió no esperarlo. Sin hacer ruido, se puso el bikini y lo cubrió con una camiseta larga de tirantes que abarcando casi la totalidad de los muslos, se asemejaba a una falda bastante discreta. Así era ella: una mujer discreta y, como tantas veces había escuchado, “temerosa de Dios”.

Tras salir del cuarto con el mismo cuidado que se había preparado, bajó al restaurante del hotel y pidió un café mientras decidía en el abundante buffet. Pero ese día no tenía hambre; sólo una enorme duda que se había convertido en su “alter ego” desde hacía una semana, cuando pisaron por primera vez la incomparable arena de esa hermosa playa de Fuerteventura. Día tras día, no se decidía a hacerlo y lo dejaba para el siguiente, pero ahora, ese aplazamiento eterno había expirado. ¡Era su última oportunidad! Sumida en la angustia que le producía no sentirse capaz de dar un paso que deseaba tanto, se hartó de pan con mantequilla, algo de lo

que seguramente se arrepentiría más tarde. Pero en ese momento, nada importaba; salvo esa enorme duda trascendental que tanto la atormentaba. Recordó que el problema no era nuevo, pues ya se había manifestado en otras ocasiones; si bien es cierto que, en todas ellas, su yo racional lo había solventado con autoridad, apaciguando las protestas que, sin embargo ahora, irradiaban con verdadera fuerza desde ese otro yo, más instintivo, al que no le gustaba escuchar y, menos aún, seguirle la corriente. Esta vez era diferente. La idea la obsesionaba. Quería hacerlo. Pero seguía sin atreverse; y esa debilidad acaparaba su pensamiento y consumía su apaleada autoestima.

— Si otras mujeres lo hacen, ¿por qué yo no? — era su pregunta recurrente. Y no encontraba la respuesta.

Primero pensó que podría incomodar a su marido, muy tradicional en todo; pero para su sorpresa, éste la animó a probarlo con una naturalidad que le hizo sospechar de sus buenas intenciones.

— ¿Es que no te importa que otros hombre me vean? ¿O es que te da morbo? ¿Acaso estás enfermo? — le había recriminado.

— No, mujer... ¡qué dices! Mira, haz lo que quieras; pero hoy en día es algo normal... ¿no lo ves?

— Es cierto, cariño — asintió ella, algo culpable por cómo lo había tratado — ¿De verdad que no te importa?

La playa estaba repleta de mujeres en top-less. Las había jóvenes y mayores; españolas y extranjeras; solteras, casadas, divorciadas y alguna viuda; también, embarazadas; acompañadas y solas; delgadas, rellenitas y obesas; guapas, feas y neutras; de senos simbólicos, convencionales o voluptuosos, altos y bajos, centrados y ladeados, firmes y caídos, estáticos y bamboleantes; de pezones de lunar o más bien extendidos, salientes o incrustados, de color claro, rosado u oscuro. La estética no importaba; ni el ridículo; ni soportar las miradas de

rejo. En esa playa de Jandía era una disciplina que casi todas seguían; el buffet ideal de cualquier recién nacido; el paraíso de los que, con gafas oscuras, aparentaban no inmutarse; el reino de la teta liberada. El bikini y la toalla eran el enemigo; la crema protectora, el fiel aliado.

En sus paseos junto a ese mar de olas amigas, envidiaba a las que, con la cabeza alta, disfrutaban de la agradable brisa, el contacto directo del agua salada y los generosos rayos de ese sol para el que, sin duda, el espectáculo que contemplaba desde su privilegiada atalaya era un espléndido regalo.

— ¿Y por qué yo no lo hago? ¿Es la vergüenza? ¿el pudor? ¿Es que pienso que es pecado? — Siempre las mismas preguntas... y siempre sin una respuesta.

En los días anteriores, dos veces había estado a punto de hacerlo. Bajó a la playa preparada, con bastante crema de protección solar muy alta que aprovechando la intimidad del baño se había extendido generosamente. Estaba decidida, pero llegado el momento se había echado atrás. La primera vez, se arrugó ante la competencia desleal de la joven de veintipocos años que tenía como vecina de hamaca. La segunda, renunció cuando vio a un grupo de hombres que, no muy lejos, compartían charla.

— Si lo hago, seré la comidilla de esos salidos — pensó; y claro, con esa creencia el desenlace estaba cantado.

Pidió otro café; y como añoró el pan con mantequilla, volvió a la carga. Mientras lo engullía sin apenas masticarlo, se armó de valor y tomó la decisión que tanto la atemorizaba:

— ¡Hoy lo haré! — se dijo a sí misma, sin resquicio para nuevas dudas. — ¡Es el día!

Dos horas más tarde, ella y su marido salieron a la playa. El intervalo le había resultado eterno. Había razonado que lo mejor era hacerlo cuanto antes, sin tiempo para echarse atrás, pero su esposo se había levantado lento y no arrancaban. Estaba de los nervios. Calmó la ansiedad embadurnándose de

crema protectora como si el mismo sol la hubiera invitado a una fiesta privada. Y se puso el bikini de mejor acceso al lazo que lo sujetaba. Fumó dos cigarrillos de los de su marido; un gesto que a éste dejó atónito, pues hacía casi diez años que ella lo había dejado, y no paraba de recriminarle a él su falta de voluntad.

— ¿Cariño, te pasa algo? — se interesó el hombre.

— Nada, mi amor; estoy perfectamente... mejor que nunca... hoy es un día maravilloso.

— ¿Estás segura?

Lo estaba. Librarse de la duda que como una losa la había asfixiado, le proporcionaba una energía desconocida con la que podía conquistar el mundo. Y eso iba a suceder ese mismo día: el mundo sería suyo cuando, ipor fin!, estuviera libre de todos los prejuicios que la habían atenazado. Ya en la playa, instalaron la sombrilla y acomodaron las dos hamacas que habitualmente reservaban. El momento grandioso se acercaba. ¡Habría un antes y un después! El tenebroso pasado de tormentosas vacilaciones y horribles temores estaba a punto de extinguirse; y nacería una nueva mujer, libre y segura de sí misma, que disfrutaría de los placeres de la vida sin remordimiento alguno.

Una emoción indescriptible bañó su cuerpo de sudor. Se había bajado los tirantes y tirado de la cinta que se ajustaba a su espalda. Al quedarse desnudo, notó en su pecho el viento que la saludaba, y una sonrisa nerviosa se dibujó en su cara. Nadie la miraba. Ni siquiera su marido, absorto en las noticias deportivas del periódico. Con mucha cautela, abandonó la hamaca y, puesta en pie, comprobó que todo funcionaba bien. Se sentía fuerte. No temía nada.

— ¿Vamos a dar un paseo? — invitó a su esposo.

— Ahora no, cariño. Mejor más tarde — se excusó él, preocupado por los nuevos fichajes — Además, se está nublando. Parece que va a llover.

Estaba tan concentrada en lo suyo que ni siquiera se había dado cuenta. El sol se había ausentado y una nube muy

oscura ocupaba su trono vacío. Un contratiempo, pensó; pero no importaba. El paso estaba dado, y ya nada la detendría. Abandonó a su marido e inició la marcha bordeando la silueta irregular de ese hermoso mar que ahora, así lo sentía, le hacía los honores con olas rugientes de majestuosa cresta que alentadas por el fuerte viento rompían estrepitosamente para posar su espumosa estela blanca; ondas que admiraban su valor y su belleza, celebrando su llegada a la libertad de la playa. Caminó y caminó; sin percatarse del dónde y del cuánto; orgullosa y confiada; sintiéndose valorada cada vez que se cruzaba con los pocos que seguían en la arena. Llovía torrencialmente; y a la tromba acompañaban relámpagos y truenos que habían encarcelado al sol y lo pregonaban con sus destellantes luces y sonoras trompetas. Pero ella no lo percibía. Sólo avanzaba. Y sumida en ese nuevo mundo cuya puerta había abierto, disfrutaba como jamás antes.

Fue un día espantoso. El de más lluvia y tormenta en los últimos cincuenta años. Se había ido la luz en gran parte de la isla, y hasta se habían cortado algunas carreteras. Ningún barco pudo salir a pescar, y los que habían sido sorprendidos en la mar, habían regresado sin demora. Calles y playas se habían vaciado de inmediato. Nadie regresó a la arena; excepto un grupo de rescate que buscaba a una mujer perdida. Entrada la tarde, sobre una duna, encontraron su cuerpo livianamente protegido por la braguita del bikini. Iluminada por una sonrisa dulce que reflejaba un lindo sueño, parecía estar dormida. La realidad era otra. Aún vivía, pero ningún intento sirvió para reanimarla; por lo que tras protegerla con una manta, la condujeron con mucha urgencia al hospital de Puerto Rosario. Horas más tarde, pudo recobrar la lucidez; y con gran esfuerzo, habló unos minutos con su angustiada esposa. Poco después, en señal de respeto, la tormenta se detuvo y ella expiró feliz, sin abandonar la sonrisa que la había acompañado en las últimas doce horas.

El cuerpo fue trasladado a Madrid, al tanatorio de la M30. Allí, en una sala privada, fue expuesto dentro de la caja con la tapa abierta, pues así lo había querido ella en sus últimas voluntades. También había pedido que no la incineraran, pues quería conservar su cuerpo intacto todo el tiempo posible. Al ser agosto, su desolado marido esperaba que serían pocos los que acudirían al velatorio, pero ella era muy querida, y erró en el cálculo. Insistió a todos en que no hacía falta que pasaran a verla, y tan convencido lo decía que nadie se atrevía: unos aliviados, y otros por no llevarle la contraria. Hasta que llegó don Manuel, el sacerdote de la parroquia que frecuentaban todos los domingos y fiestas de guardar. El cura desoyó a su feligrés y pasó a la salita donde estaba ella:

— ¡Dios mío! ¡Pero qué es esto!— exclamó horrorizado, al tiempo que se persignaba — ¡Qué es esta indecencia! ¡Dios santísimo!

— Padre, fue uno de sus últimos deseos — replicó el marido, avergonzado — En su lecho de muerte, me hizo jurar que lo cumpliría... Yo no entendía nada... y sigo sin entenderlo... traté de disuadirla... pero ella insistió y no tuve más remedio que jurárselo.

— Sí, hijo; comprendo que la pobre, tan cerca de la muerte, no estuviera cuerda; que todo lo que le pasó la dejara tarada perdida — apuntó el párroco, apartando la vista del cadáver — pero tú, ¡por Dios! ¡Cómo se te ha ocurrido! ¡Es un sacrilegio! ¡Cómo va a entrar así en el reino de los cielos!

— Se lo juré, padre Manuel... y es pecado jurar en vano, ¿no es cierto? Además, fue su última voluntad; y no podía defraudarla — explicó sollozando, sintiéndose impotente ante ese deseo final, extraño y diabólico, que jamás habría esperado de su casta esposa.

Llegó el momento de cerrar el ataúd. En la intimidad de la recámara se despidió de ella besando sus fríos labios y, sin darse cuenta, acariciando con suavidad uno de sus pechos desnudos. La muerte le recordó que algún día regresaría para

llevarle a él también; pero de momento era ella quien se trasladaba. Sin dejar de llorar, por última vez admiró sus senos: ahora helados, pero todavía hermosos... y pidió que sellaran la caja.

UN PADRE ORGULLOSO

*“Cuida y educa a los que te siguen como si fueran
de tu propia sangre, pero protégete de ellos
cuando se ponga el sol”*

San Papalonio de Transilvania (siglo IX)

Había preparado una cena informal que se le antojaba deliciosa: jamón de Teruel que le habían regalado, queso manchego curado comprado en Albacete, anchoas de Santoña del supermercado del barrio y una prometedor botella de Rioja, crianza de 2004, que tras haber sido descorchada, se oxigenaba esperando el trascendental momento de la cata. Apenas faltaban veinte minutos para que ese balón elegido, hasta entonces tan mimado, comenzara a recibir patadas en el esperado partido de la Champions que llevaba a la gran final. Alfonso Bradillo lo tenía todo listo para una noche inolvidable; cuando sonó el teléfono:

— ¿Sí? ¿Dígame?

— Por favor, ¿puedo hablar con Alfonso Bardillo?

— Ehhh... yo soy Bradillo... Bra... Bradillo... Alfonso Bradillo...

— Discúlpeme, señor Bradillo... le llamo de la consulta del doctor Ramón Icajal, del hospital de la Buena Estampa...

— ¿Cómo dice? ¿Del hospital Ramón y Cajal?

— No, no, no ... del de la Buena Estampa... soy la enfermera del doctor Icajal, Ramón Icajal.

— ¿Es una broma?

— No; por Dios. ¿Cómo va a ser una broma? — apuntó la enfermera — Se hizo usted unas pruebas...

— Sí, sí... ahora sí...

— Le paso al doctor, un momento por favor...

— ¿Alfonso Bardillo? — ahora era el doctor quien tomaba la palabra.

— Bradillo... Bra, Bra... Bradillo...

— ¡Ah! Bradillo, ok... Me dice la enfermera que le extrañó la llamada. Sólo quería decirle...

— Disculpe, doctor. Cuando llamó estaba algo distraído viendo las alineaciones...

— Ah, bueno; por aquí está nublado y no se ve ninguna estrella... además, en el hospital tengo una ventana muy pequeña...

— ¿Cómo dice?

— Que no veo las alineaciones... pero bueno, vayamos al grano — centró la conversación el médico.

— Usted dirá, doctor.

— Mire, le llamo para decirle que ya tenemos los resultados de sus pruebas.

— Muy bien — afirmó Alfonso — ¿Y qué tal? Lo típico de mi edad, supongo...

— Bueno... hemos visto algo que le debo decir en persona, no por teléfono... no es que sea muy grave... en fin... no quiero preocuparle... cuando pueda, venga a la consulta y lo hablamos...

— ¿Y no puede contármelo ahora? — preguntó el interesado, impaciente por saber lo que el doctor aplazaba.

— No puedo por teléfono. Tiene que ser en persona — confirmó el galeno.

— Pero hombre, ¿me va a dejar así? Dígame de una vez qué es... dígamelo ahora.

— No puedo, señor Bardillo... perdón, Bradillo. Es una información absolutamente confidencial que, según establecen la ley de protección de datos aprobada por la Unión Eu-

ropea, el código deontológico del Colegio Oficial de Médicos, avalado por la Organización Mundial de la Salud, y el juramento hipocrático al que nos debemos los médicos, sólo podemos darle en persona.

— ¡Pero por Dios! ¡No me fastidie!... ¿Tan grave es?... Anticípeme algo, hombre... son mis pruebas... ¡y soy yo el que le está hablando!

— Lo siento, señor Bradillo. No es posible. La normativa internacional, nacional, autonómica, local y profesional, lo impiden.

— Pero hombre, ¡no sea más papista que el Papa! Usted mismo me llama por mi nombre... Sabe que está hablando conmigo, con el mismo Alfonso Bradillo, ¡mayor de edad, coño! ¡Dígame algo!

— Me encantaría poder hacerlo, pero no puedo... Iría contra los principios que he jurado respetar, y podría meterme en un buen lío... ¿Sabe? Hoy en día hay inspectores por todas partes... hasta camuflados con mascarillas en los quirófanos... incluso haciéndose pasar por pacientes... y hasta simulando estar muertos para pillar a alguien in fraganti durante las autopsias... De verdad que lo siento. Concierte una cita y le informaré de todo.

La preocupación y las cábalas invadieron el espacio que su atención reservaba para disfrutar de los *delicatessen* y las emocionantes jugadas que acaparaban la pantalla de plasma. La palabra maldita que había querido ignorar desde que empezaron a ser más frecuentes esos dolores estomacales, se instaló con firmeza en su consciente y dejó muy claro que de allí no se iba a marchar. Pensó en llamar a alguien, pero... ¿a quién? No quería molestar a ninguno de los pocos con los que todavía se relacionaba alguna que otra vez. Y menos para contarles algo que en realidad no estaba confirmado. “Ese maldito Ramón y Cajal... ¡Será cabrón!”, exclamó para sus adentros, indignado, “Mira que no querer decirme nada”. La única explicación que encontró, era obvio, fue que se trataba

de algo bastante grave, por mucho que ese capullo de doctor quisiera ocultarlo. "¡Joder, qué mal disimula el tío!"

Tras varias horas de darle vueltas sin avanzar, concluyó que ese Rioja de tan buena añada era la única compañía en la que podía confiar, por lo que abrió los sentidos de la vista, el olfato y el gusto para dar la bienvenida a tan ilustre y leal amistad, sucumbiendo a los sugerentes encantos que generosa y paulatinamente, ésta le iba mostrando. Así, la primera copa alentó que negara cualquier gravedad: "No me pasa nada. Seguro que es un error". La segunda eclipsó la negación con una desatada rabia: "¿Por qué a mí, coño? Ahora que por fin estaba disfrutando, y me pasa esta putada". La tercera vino acompañada del miedo: "¿Cuánto me quedará? Dios mío, ¿qué voy a hacer? ¡No quiero morirme!" La siguiente disparó el dardo de la melancolía y la depresión, y en ese estado repasó los episodios de su vida que espontáneamente y con cierto orden, comenzó a seleccionar una memoria que se había desmelenado.

Recordó a su hijo Alfonso, al que honró con su mismo nombre porque estaba seguro, aunque no lo confesara, de que llegaría a alcanzar lo que él, en otra época, sólo había podido soñar sin ni siquiera tener una sola oportunidad: triunfar en el fútbol! Al niño no le faltó de nada. Lo tuvo todo para ser uno de los mejores; y eso a pesar de su madre, Eva, amante de la pintura y la arquitectura, pero gran ignorante del deporte; cuya estúpida preocupación porque el niño no se hiciera daño, entorpecía cualquier intento por motivar al chaval. Hasta decía delante del pequeño que él, su padre!, le estaba presionando. "¿Presionarle, yo? ¡Qué tontería!" reflexionó. "El niño era un blandengue; como su madre y todos los de su familia de mediocres perdedores". Pero él, su padre, quería que triunfara, que fuera un ganador, y se volcó en ese empeño sin escatimar esfuerzo. Ahora que hacía balance de su vida antes de lo que pudiera pasar, tenía la conciencia tranquila... o así quería entenderlo.

La versión de los que le rodeaban en aquella época, ya algo lejana, pues Alfonso hijo acababa de cumplir los veintinueve y él los cincuenta y ocho, era algo diferente. Según decían, se obsesionó con que su hijo disponía de grandes cualidades para el fútbol y tenía que llegar a profesional. Eso le llevó a cambiar sus turnos en el trabajo para poder estar con el niño en todos los entrenamientos y llevarle a donde hiciera falta. Además, compró una cámara de video, cuando no eran tan corrientes como ahora, y se hizo especialista en grabarlo todo: entrenamientos, calentamientos, partidos, acciones concretas, futuros rivales... hasta partidos de profesionales que no se televisaban. Antes de cada entrenamiento, Alfonso instruía a su hijo sobre lo que debía y no debía hacer, y en el trayecto de vuelta aprovechaba para aleccionarle sobre los errores cometidos, recriminándole habitualmente su falta de espíritu combativo:

— Alfonso, a veces pareces una niña... y este es un deporte de hombres... ¡Tienes que tener hambre de balón, coño! ¡Y pelear, pelear, pelear! Me pones de los nervios cada vez que te veo parado... ¡pelea, coño, pelea!

— Pero es que...

— ¡Ni pero ni nada, coño! ¡Sé un hombre y pelea!

— Papá, yo peleo...

— ¿Qué tú peleas? ¿Qué tú peleas? No me hagas reír, coño. ¿Eso es pelear? Mira, yo no tuve las facilidades que tú tienes. Éramos ocho hermanos y mi padre no pudo ayudarme a ser futbolista... ni siquiera vino a verme jugar... pero yo moría en el campo... luchaba como un cabrón y no me dejaba quitar el balón como te pasa a ti, ¡joder! ¡Qué pareces una marquesa, me cago en...! Si a mi me hubieran dado la oportunidad...

El niño bajaba la cabeza, y entre avergonzado y culpable trataba de esconder los ojos, muchas veces inmersos en lágrimas que le delataban y no podía evitar. Con bastante frecuencia, el regreso a casa era una auténtica tortura que se prolonga-

ba durante la cena. Y los sábados, cuando se jugaban los partidos, era todavía peor. Alfonso Bradillo padre se transformaba en un incontrolado energúmeno que además de increpar e insultar al árbitro por cualquier motivo, criticar al entrenador y recriminar a los compañeros de su hijo, no paraba de darle a Alfonsito instrucciones contradictorias. Ese disparatado comportamiento provocaba en el chico una gran ansiedad que le impedía disfrutar y, dentro de sus posibilidades, jugar mínimamente bien. Además, pasaba muchísima vergüenza por el lamentable espectáculo que a la vista de todos ofrecía su progenitor. Un tremendo bochorno que, con poco éxito, intentaba soportar haciendo oídos sordos y mirando para otro lado.

Después, tras el suplicio público, llegaba el tormento de la charla en el coche y durante la comida; y todavía quedaba la sesión de video del domingo por la tarde. En ella, de unas dos horas icon suerte!, despertaba el entrenador dormido que Alfonso llevaba dentro, isu auténtica vocación! según decía, y se sucedían y repetían, una y otra vez, las imágenes del día anterior y de algunos entrenamientos de la semana, acompañadas de las oportunas explicaciones para corregir los múltiples errores del chaval.

— El video, como el algodón, no engaña, hijo... Mira que mal lo has hecho --era uno de sus más habituales argumentos. Tampoco faltaban sabrosos reproches por la “falta de actitud, las pérdidas de concentración y no haberle echado los suficientes cojones” que tan obvios se mostraban en la implacable e inapelable grabación.

El martirio resultaba insufrible, pero había que aguantar. Alfonsito, con doce años, se sentía atrapado en una invisible ratonera de la que no sabía cómo salir. Siempre le había gustado el fútbol, pero ahora, aunque no quería reconocerlo, lo odiaba. Y por supuesto, quería a su padre; pero no lo soportaba, y encima se sentía muy culpable por decepcionarle tanto. Ni que decir tiene que Alfonso no era consciente de los sentimientos de su hijo. A él sólo le preocupaba, “por el bien del

chico", que triunfara en el fútbol. Y eso exigía esfuerzo y sacrificio. Él, su padre, tenía que ayudarlo a triunfar haciendo lo que fuera necesario; incluso renunciando a su propia vida. La carrera futbolística del futuro Butragueño era lo primero.

La llamada del doctor le había machacado. Ni siquiera le alegró que el Madrid, su equipo de siempre, superara la eliminatoria de la Champions. Apenas pudo dormir dándole vueltas y más vueltas a la cabeza, esperando entre ansioso y deprimido que llegara el nuevo día para pedir esa cita y saber qué le pasaba. Aunque... ¿quería saberlo? Pensó que lo mejor sería no llamar y seguir como si esa conversación con el médico nunca hubiera existido. En realidad, tampoco era para tanto. De vez en cuando tenía dolor en el estómago, pero había descubierto el Quilebrizin, que además le proporcionaba un amigo de una farmacéutica sin coste alguno, y esas pastillas mágicas mitigaban el sufrimiento. ¿Por qué complicarse la vida, sabiendo más de la cuenta? "Todos nos tenemos que morir ¿no? y no sabemos cuando ¿no? Así vivimos más tranquilos" razonaba para autoconvencerse de que esa, la ignorancia, era la mejor opción. Sin embargo, ansiaba el momento de concertar la cita y enterarse de todo, confirmando la mala noticia que pacientemente le esperaba en la consulta de ese doctor. "¡No quiero morirme! ¡Ahora, no!"

A las ocho y un minuto, sin apenas poder contener las muy frecuentes e intensas palpitaciones de su corazón, marcó el número: uno, dos, tres, cuatro, cinco pitidos... y por fin, respondió una voz grabada:

— Hospital de la Buena Estampa. Muchas gracias por ponerse en contacto con esta institución sanitaria. Le informo que por motivos de seguridad, esta llamada puede ser grabada. Si quiere hablar con ingresos, pulse 1; con consultas externas, pulse 2; con radiografías y resonancias magnéticas, pulse 3, con análisis de sangre u orina, pulse 4...

— ?????? !!!!!

— Con ambulancias, pulse 5; con pacientes terminales, pulse 6; con urgencias, pulse 7; con personal, pulse 8; con cafetería, pulse 9; y para cualquier otra opción, pulse 0 y le atenderá una operadora.

— ¡Pero qué es esto! — exclamó entre atónito y abrumado — ¿Y qué número marco? Supongo que consultas externas... o quizá, pacientes terminales... ¡joder, qué fuerte!... mejor, urgencias, porque esto es bastante urgente... ¡ya no me acuerdo de los números!

Volvió a marcar; sin salir de su asombro, escuchó de nuevo la retahíla sin decidirse. Hasta que en la duda, eligió el 0.

— Lo sentimos mucho — contestó la misma voz — Nuestras líneas se encuentran ocupadas en este momento, pero le atenderemos lo antes posible. Por favor, espere o llame más tarde. Muchas gracias.

A continuación, la espectacular voz de Brenda Lee irrumpió con su famosa canción: *"I'm sorry, so sorry... please accept my apologies..."*

— ¡Joder! ¡Joder!

(Se movía por la casa como león enjaulado; hasta que apareció una voz).

— Hospital de La Buena Estampa. Le habla Mari Cruz Rojas. ¿En qué puedo ayudarle?

— ¿Cómo?... ¿La Cruz Roja? Ejemmm... disculpe, he debido equivocarme de número... yo quería hablar con el doctor Ramón y Cajal, pero no es de la Cruz Roja...

— ¿Ramón y Cajal?... No, no señor; este no es el Ramón y Cajal. Es el hospital de La Buena Estampa...

— ¿La Buena Estampa?... ahh sí, sí... disculpe, me pareció oír que era la Cruz Roja.

— ¿La Cruz Roja? ¡No, no! No es la Cruz Roja; ni tampoco el Ramón y Cajal, ya se lo dije... Es La Buena Estampa — insistió la mujer, alzando la voz y vocalizando mejor.

— ¡Ya, ya!, ya sé...

— ¿Quiere que le pase con alguien? — preguntó la señorita Rojas.

— Sí, por favor; con el doctor Ramón y Cajal.

— ¿Cómo? ¿Está de broma?

— Ufff... si ya lo sabía yo — exclamó Alfonso, con cierto alivio— ¡Me han gastado una!

— ¿Cómo dice, señor?

— Nada, jajaja; disculpe señorita, jajaja; es que creo que me han gastado una broma, jajaja,

— Señor, esto es un hospital; y si se trata de una broma, es de muy mal gusto — sentenció ella en tono grave.

—Lo siento, yo...

— Mire — le interrumpió enseguida la telefonista — ¿No preguntará usted por el doctor Ramón Icajal?

— ¿Cómo? ... sí, sí, claro... por él preguntaba...

La luz que había alumbrado la broma que le habría liberado de esa pesada preocupación, se disipó al instante. El doctor existía, algo que en realidad ya sabía aunque pretendiera ignorarlo, y el proceso debía continuar.

El contacto con el hospital le hizo recordar esa lesión de Alfonsito que le obligó a perderse el gran derbi del barrio. El chico tuvo la mala suerte de caerse en el colegio bajando las escaleras que le sacaban al patio. Al parecer, fue el accidente de un típico forcejeo entre varios compañeros del que se llevó la peor parte, pero su padre lo interpretó como un empujón premeditado del que, supuestamente, ocuparía su puesto en el equipo. Sólo él lo vio así. Y con el mosqueo que tenía, se presentó en el hospital para escuchar el diagnóstico del galeño.

— Al caer, ha tenido un mal apoyo y eso le ha provocado un tirón en el abductor derecho — explicó el médico — Por suerte, no hay rotura; pero sí una pequeña fisura que hay que curar; y respecto al golpe que se ha dado en la cabeza, le hemos enderezado la nariz y curado la herida con seis pun-

tos; por lo demás, no parece que sea grave, pero necesitamos que esté en observación, aquí en el hospital, durante veinticuatro horas... Sólo tiene dos costillas rotas... En cuanto al cúbito derecho, le hemos puesto una escayola para inmovilizarlo del todo y que cicatrice mejor...

Aparentemente, Alfonso escuchaba angustiado por la interminable lista de secuelas; pero en realidad, la ansiedad reflejaba la urgencia por aprovechar la primera pausa del doctor para poder preguntar:

— Muy bien, doctor; pero dígame ¿Para cuánto tiempo tenemos? ¿Cuándo podremos volver a jugar?

— Hombre... no sé lo puedo asegurar... tenga en cuenta que son varias cosas... y ahora lo importante es observar su evolución e iniciar el tratamiento...

— Claro, claro... ¡Pero es que tenemos el derbi en dos semanas!

— ????

— Un partido muy importante para nosotros — continuó Alfonso — ¿Comprende, doctor? ¿Cree que podremos jugar?

— Mire usted — señaló el galeno, sin salir de su asombro — De momento necesitamos tenerle aquí veinticuatro horas... y está todo lo demás... más de dos semanas para saber...

— ¡¡Uffff!! ¡Menuda faena! — estalló Alfonso — ¡Nos perderemos el derbi! ¡Es increíble!

— Bueno, lo que no puede ser, no puede ser, ¿no cree? — intervino el doctor, procurando que el padre asumiera la realidad que evitaba.

— Claro, claro... Eso es muy fácil decirlo ¿verdad? Pero el que se pierde el derbi es mi hijo — respondió el padre en un tono retador.

— Por mí estaría encantado de que pudiera jugar; pero el caso es que no puede; y así es el deporte ¿no cree?

— Mire doctor; estoy convencido de que si fuera un futbolista del Madrid, del Atleti o del Barcelona, se haría lo que fuera necesario y jugaría... ¡Por supuesto que jugaría!

— Pues en este caso le aseguro que no se podría hacer nada — contraatacó el médico, fortaleciendo su posición — Se trata de lesiones que no se pueden curar tan rápido, y ni el mismo Butragueño podría jugar ese partido.

— Pero algo se podrá hacer, ¿no?... No sé... un buen vendaje, una infiltración para evitar el dolor... también he oído hablar de eso que se hace con unas agujas... ¡o unas yerbas!... Hay uno, creo que en Galicia, que trata a muchos jugadores famosos con yerbas ... y se recuperan muy rápido...

Evidentemente, Alfonsito no pudo jugar el gran derbi del barrio; y lo peor de todo para Alfonso fue que sin su niño el equipo ganó. Alfonsito, sin embargo, celebró el triunfo y se sintió feliz por haber pasado desapercibido.

— Consulta del doctor Icajal. Soy la enfermera Sonsoles Suero. ¿En qué puedo ayudarle?

— Buenos días. Soy Alfonso Bradillo. El doctor me dijo que llamara para pedir una cita.

— Muy bien, señor Pardillo. Permítame que compruebe sus datos.

— No, no; Pardillo, no; Bradillo.

— Ajá; discúlpeme; le entendí mal, señor Pradillo... como el sitio de los matrimonios civiles ¿no?

— ¡Nooooo! ¡Nooooo!... ¡Bradillo!... Bra, Bra... ¡Bradillo!...

—Ajá; con B de Barcelona...

— ¿De Barcelona? ¡De eso nada, señorita!.. con B de Butragueño.

— Ajá; discúlpeme, señor Bradillo... Por favor, me confirma sus datos... ¿Nombre y apellidos?...

— ¡iiiAgggg!!!!

— Dígame, señor Bradillo, ¿es algo urgente?

— Bueno... no sé exactamente, pero...

— Ajá; le puedo dar hora para el 4 de mayo a las siete y media de la tarde; ¿le viene bien?

— ¡Pero qué me dice! ¡el 4 de mayo!

— Sí señor, a las siete y media.

— ¡Pero si estamos a 8 de marzo!

— Ajá, correcto señor Bradillo; el día de la mujer trabajadora, jajaja... No olvide llevarle algo a su mujer, jajaja...

— ¿Y no podría ser antes? Me urge hablar con el doctor.

— No señor, lo siento. Lo primero que tengo es el 4 de mayo a las siete y media.

— ¡El 4 de mayo! pufff. Ya puestos, ¿por qué no el 12 de octubre?

— Señor, no estamos en el 12 de Octubre, sino en La Buena Estampa; a ver si se va a equivocar de hospital...

— Ya, ya; ya sé... Lo que no recuerdo es la calle por la que se entra a la consulta del doctor Ramón Icajal.

— ¡No, no, señor! No estamos en la calle Ramón y Cajal... Es en Paseo de la Jeringuilla número 69. Casi en la esquina con la avenida de Ana Estesia.

— Ah, vale... donde las anestias... aunque yo creía que era sólo para darme unos resultados...

— Ajá, aquí lo tengo — interrumpió la enfermera — El ordenador ha confirmado la disponibilidad para el 4 de mayo a las siete y media de la tarde.

— Agggg... pufff... ¿De verdad no puede ser antes?

— A ver... a ver... ¡Ajá! ha habido suerte... Mire, si prefiere antes, veo aquí un hueco ese mismo día a las siete y cuarto...

— Pero...

— Lo siento, señor, el 4 de mayo es lo primero que tengo libre... Por cierto, ¿de que sociedad es usted?

— ¿Sociedad? De ninguna... Voy por privado...

— Ajá; por privado... umm... espere un momento... umm... ¿Qué tal le viene mañana a las cuatro?

Estaba de los nervios. La cita estaba concertada y pronto sabría el alcance de su enfermedad. Pensó que sería bueno acudir acompañado para recibir las malas noticias. Pero se encontraba solo. En otro tiempo, Eva, su esposa, habría estado a su lado, pero ahora...

Al pensar en ella, recordó que tras la lesión de Alfonsito las cosas se pusieron feas para el chico, y su madre le sobreprotegió aún más de lo que ya solía. El chaval se sintió bastante cómodo estando lesionado, y lo que parecía cosa de dos o tres meses, se prolongó casi un año sin tener que aguantar a su padre: se acabaron los reproches, los insultos, la vergüenza, las insoportables sesiones de video, la presión de tener que satisfacer sus expectativas. Estar lesionado le liberaba de todo eso. Era la excusa perfecta para escapar de tanto sufrimiento sin minar su debilitada autoestima. Cuando regresó al equipo, más por obligación que por desearlo, el entrenador confiaba más en otros jugadores y nunca le ponía en la alineación. Lo más que hizo fue sacarle ocho minutos en un partido intrascendente con el marcador decidido. A Alfonsito no le importaba; es más, lo prefería. Pero su padre estaba furioso. Sus críticas al entrenador, a su hijo, a los compañeros de éste y a todo el que se pusiera delante, eran implacables.

— Si no juega, ¿cómo va a recuperar el tiempo perdido? ¡Así se lo van a cargar! Alfonso, ¡tienes que esforzarte más en los entrenamientos, coño! No entiendo que pongan a jugadores perdedores que no saben jugar al fútbol, y que a mi chaval le tengan sin jugar... ¡Van a por él! — eran algunos de los argumentos que no paraba de repetir en diferentes tonos. La obsesión por el entrenador fue creciendo. Estaba convencido de que era el principal culpable de lo que pasaba.

— ¡No tiene ni idea! ¡Lo más redondo que ha visto es un queso manchego! ¡A Alfonso le tiene manía! ¡Es un cabrón!

Influido por la rabia y la desesperación, ideó un agresivo plan para combatir la terrible injusticia que acabaría con la prometedor carrera de su hijo.

— Mira Eva — se dirigió a su mujer — tenemos que hacer algo por Alfonsito. Este entrenador le está puteando, y así el niño se va a hundir.

— ¿Y qué quieres que hagamos, Alfonso? — interrogó ella — Lo mejor es dejar al niño tranquilo y no meterse. Sólo es un juego.

— ¿Sólo un juego? ¡Qué dices! Estamos hablando de su futuro... y del nuestro... ¿O es que no te importa?

— Exageras, Alfonso. Te tomas esto demasiado en serio, y no haces más que presionar al niño.

— ¿Cómo? ¿Qué yo le presiono? ¡Sólo quiero lo mejor para él! Pero parece que tú no estás dispuesta a ayudar a tu hijo — atacó él sin piedad, directamente al punto más débil.

— ¡Yo por mi hijo haría lo que fuera necesario! — se defendió ella, usando su mejor escudo.

— ¿Lo que fuera?... ¿Seguro? (Pensó que la había pillado).

— Sí, ¡por supuesto! ¿Es que lo dudas?... Pero la verdad, no sé qué podría hacer yo. (Efectivamente, la había pillado).

— Mira lo que he pensado — se dirigió a ella con un tono más calmado, buscando su complicidad. — Me he dado cuenta de que el entrenador se fija mucho en ti... como mujer quiero decir...

— Venga ya. ¡Pero que dices, hombre!... Tú que eres un celoso, jajaja...

— De verdad; tu le gustas... y en fin... he pensado... ejem... que quizá tu podrías acercarte a él... e influir para que juegue Alfonsito...

— ¿Cómo dices?... Estás de coña... Supongo que no lo dices en serio...

— Bueno... no digo que te acuestes con él, claro... pero no sé, un acercamiento...

— ¡Estás loco, Alfonso! ¿Pero qué te has creído? ¿Qué soy una fulana? ¡Tu te has vuelto chaveta!

La hizo sentirse tan culpable que finalmente aceptó. Se dejó ver, coqueteó, se insinuó, quedó con él... Alfonsito empezó a jugar. Mal, eso sí, pero jugaba; y Alfonso padre, aunque descontento con el bajo rendimiento que atribuyó al largo periodo de inactividad, vio la luz que le proporcionaba esta nueva oportunidad. Había que trabajar muy duro para recuperar el tiempo perdido, y se puso manos a la obra. Resucitaron los decisivos consejos antes de los entrenamientos y los partidos, las charlas críticas en el coche y el video de los domingos por la tarde. El "entrenador" Alfonso Bradillo volvió a tomar las riendas. Mientras tanto, Eva siguió haciendo su tarea. Él no preguntaba. Y ella no informaba. El silencio era el principal aliado de esa inconfesable complicidad.

Cinco meses más tarde, ella le dijo que ya no le amaba, que había otra persona... y que quería que se separaran...

— ¡Otra persona! — exclamó él, indignado.

— Así es, Alfonso — confirmó la mujer.

— ¿No será...?

Sí, lo era. Había jugado con fuego y acabó quemándose. Durante un par de semanas, durmió en el sofá del salón. Después, se fue a un apartamento. Pasado el verano, ese cabrón le sustituyó en la casa que él seguía pagando; y antes de la Navidad, se consumó el divorcio. Pero lo peor de todo fue que Alfonso Bradillo hijo, el futuro Butragueño, abandonó el fútbol!

Encendió el ordenador, y temblándole la mano que llevó sobre el ratón, tecleó la palabra maldita que a pesar de sus esfuerzos, no podía obviar. Buscaba información, pero tampoco quería saber demasiado. Una contradicción que alimentaba todavía más la ansiedad que le carcomía. Empezó a leer y comenzó a agobiarse. Salió de allí. No lo podía soportar. Pensó que lo importante era organizarse bien para dejarlo todo en orden e irse con la satisfacción de no quedarle nada pendiente. Pero... era tanto lo que le gustaría hacer... que seguramen-

te no le daría tiempo para todo. Tendría que seleccionar lo más prioritario y centrarse en eso. Y hacerlo pronto: mientras tuviera fuerzas. Sin pensárselo más, entró en Google y escribió “seguros de vida urgentes”. Marcó el primer teléfono de la lista, y tras cuatro pitidos que se le hicieron más de veinte, apareció una voz grabada: la prima-hermana de la del hospital.

— ... si quiere hablar con pólizas nuevas, pulse 1; si quiere hablar con renovación de pólizas, pulse 2; si quieres hablar con pagos de pólizas, pulse 3...

Se decidió por el 1, y no tardó en escuchar la canción “*Gracias a la vida que me ha dado tanto...*” interpretada por Guadalupe Pineda, cuya hermosa voz, treinta segundos más tarde, fue sustituida por el estridente sonido de quien, por fin, le habló:

— Seguros La Confiansa. Muchas gracias por la amabilidad que tuvo de interesarse por nuestros servicios. Esperamos responder a sus deseos y atenderle con la máxima eficacia, que es el lema de esta compañía: la satisfacción del cliente, siempre lo primero. Le habla Lissy Niestro, *Process Manager* de pólizas nuevas. A su entera disposición para lo que usted demande. Favor de comunicarme en qué puedo servirle y lo haré con inmenso gusto.

(Si no es porque estaba muy nervioso, se habría quedado dormido; aún así, estuvo a punto).

— Emm... gracias, gracias — respondió Alfonso, en cuanto encontró un hueco — Sólo quería informarme sobre los seguros de vida...

— Disponemos de muchos seguros, caballero; y estoy convensida de que asertaremos ofresiéndole el más favoreciente para satisfacer sus nesesidades. Nuestra meta es que nuestros clientes se sientan muy felises con nuestros servicios, y que no se preocupen por nada; que tengan la confian-sa en seguros La Confiansa...

— Sí, sí, claro...

— Lo primero de todo, caballero, es anotar sus datos. Favor de proporsionarme la informasión que ahorita le demando: su nombre completo... fecha de nasimiento... estado sivil... hijos y edades... matrimonios anteriores, si los formalizó... personas a sus expensas en la actualidad... número de identificasión en pasaporte u otro documento oficial... grupo sanguíneo... talla y peso corporal... rasa... relijión... profesión... ingresos medios en los últimos cinco años... propiedades... hipotecas pendientes... deudas con Hacienda... lisensia para manejar autos y antigüedad de la misma... historia de accidentes de tráfico... enfermedades en los últimos dies años... antesedentes de muertes por enfermedad en su familia... sospecha de posibles enfermedades hasta ahorita ocultas... actividades de osio... trastornos psicológicos... delitos... condenas... aspiraciones personales incumplidas... ¿todavía pendientes?... personas que le avalarían... ¿fuma? ¿alcohol? ¿drogas?...

Pacientemente, una a una, contestó a todas las preguntas asombrándose de su desconocida capacidad de autocontrol. Lissy era una máquina con el depósito lleno, y no había manera de detener su inagotable avalancha verbal.

— Ejem... mire... lo que quiero saber es...

— Por supuesto, caballero. Tenga por seguro que vamos a proporsionarle toda la informasión. Nos plase que nuestros clientes estén bien informados. Y usted no va a ser una exsepsión. Comprobará que en seguros La Confiansa tenemos lo que nesedita para sentirse acorasado y dichoso. Ambisionamos que pueda vivir con la confiansa, y por eso el nombre de la compañía, de que cuando usted se ausente, que por supuesto Diosito así lo desida, sea en un plaso muyyy lejano, nosotros prosederemos a ejecutar el contrato y sus herederos, que Diosito los guarde hasta entonses, resibirán lo establecido...

— Sí, sí...

— Dígame caballero, ¿Desde dónde nos habla?

— Bueno, este es el teléfono de mi casa, pero también tengo un móvil...

— Perfecto, caballero. Conociendo el número de su celular nos será más fácil comunicarnos si le necesitamos... pero ¿desde que lugar nos llama?

— ¡Ah! Desde Madrid.

— ¿Madrid? ¿Qué Madrid?

— ¡Pues Madrid!

— Caballero; por su acento dedusco que se refiere a Madrid en España ¿correcto? La ciudad del famoso Real Madrid ¿correcto? La capital del país ¿correcto? Pero existen unas treinta y cinco ciudades en el mundo que se dicen Madrid. En Colombia, México, Filipinas, Puerto Rico, Chile... Sólo en los Estados Unidos hay once. Por eso le hice la pregunta, con mi mejor intención caballero...

— Sí, sí, Madrid de España...

— Correcto, caballero. Entonces, regáleme el favorcito de esperar un instantito ¿sí? Le enlazo con un compañero que es el *Manager* para España.

— ¿Cómooo?

Sin más explicaciones, regresó el "*Gracias a la vida*"; está vez durante más de un minuto, al tiempo que la paciencia se le agotaba...

— Buenas tardes. Le habla Tomás Riesgo, *Manager* de Ventas de Seguros La Confianza para España, Portugal y el Norte de África. Por favor, dígame en qué puedo ayudarle.

— Mire, me gustaría saber qué tipo de seguros de vida tienen y qué tengo que hacer para hacerme uno.

— Muy bien — reaccionó el manager — Tenemos distintos tipos de seguros... y seguro que, valga la redundancia, disponemos del seguro que usted necesita para sentirse seguro.

— Muchas gracias...

— Para eso — continuó Riesgo — necesito que me de algunos datos. Veamos... nombre completo... fecha de nacimiento... estado civil... hijos y edades...

Le faltó valor para suicidarse en ese mismo momento; pero lo tuvo para colgar el teléfono justo antes de la quinta pregunta. Podía aceptar que había llegado su hora y que, según intuía, no le hicieran un buen seguro a su edad y en sus circunstancias, pero aguantar ese agotador interrogatorio para, encima, morirse machacado y cabreado, era demasiado.

La impotencia que sintió le hizo recordar uno de sus lemas favoritos: "A grandes males, grandes remedios". Lo había aplicado muchas veces, pero sobre todo para superar el tremendo varapalo que supuso la retirada de Alfonsito. Entonces, el mundo se le vino encima; pero él no estaba dispuesto a rendirse, y urdió una estrategia ofensiva que, estaba seguro, le conduciría al éxito que tanto había anhelado.

¿De dónde salen los mejores futbolistas del mundo? se planteó. La respuesta era obvia: Brasil. Recordó aquella delantera mágica que asombró en el mundial de México del 70: Jairzinho, Gerson, Tostao, Pelé y Rivelinho; y se estremeció soñando con un hijo que pudiera parecerse a ellos. ¿Por qué no? Todo era proponérselo. Alfonsito había sido malcriado por su madre y era víctima de las comodidades del primer mundo; pero eso no sucedería en Brasil. Allí los niños querían triunfar para ser alguien en la vida, y no había lugar para los blandengues. Un hijo brasileño, de madre nativa y en el entorno apropiado para llegar a ser uno de los grandes... ¡Ese era el camino! Sólo había que diseñar un plan y, sin dudar, ejecutarlo.

Pidió un permiso de seis meses y se marchó a Sao Paulo. Allí alquiló un pequeño apartamento cerca de las instalaciones del club Corinthians, uno de los de mayor prestigio del país; y comenzó a frecuentar entrenamientos y partidos de los más pequeños, fijándose en los que más destacaban y los adultos que los acompañaban. Pronto centró su atención en

un tal Joao, de piel tostada, velocidad endiablada y pies que parecían guantes, quien con apenas diez años, regateaba y goleaba con una habilidad verdaderamente extraordinaria. Sin duda, un diamante en bruto que llegaría a ser una gran estrella si se le sabía cultivar. Además, su madre era una mujer atractiva que, según averiguó, no tenía pareja. El padre de Joao la había abandonado poco después de nacer el niño, y no había vuelto a saber de él. La situación era ideal. Si esa mujer había engendrado un talento futbolístico tan excepcional como Joao, perfectamente podría hacerlo de nuevo; aunque ahora con un padre responsable que se encargaría de ambos y velaría por el futuro del nuevo Pelé. Los genes paternos serían diferentes... pero ¿es que acaso tenía él algo que envidiar al otro? "Por supuesto que no: un macho español tiene lo que hay que tener", se convenció. Lo importante era que el niño creciera sano y aprendiera a jugar; y sobre todo, que no se estropeará en un ambiente acomodado. Él cuidaría de su hijo, pero desde la distancia. El crío crecería en Brasil y desarrollaría allí, en ese ambiente privilegiado, el talento que le haría triunfar.

El siguiente paso consistió en acercarse a la madre de Joao, Fabiana Boavista, una mujer de unos treinta años, baja estatura, curvas agradables de ver y una cara muy amable que se enriquecía cuando sonreía. No era una de esas idílicas brasileñas emplumadas que vemos en el Carnaval moviéndose al son de la samba con insuperable sensualidad; pero era guapa, impactaba con su mirada intensa y tenía en el trato espontáneo y desenfadado una llamativa cualidad. Alfonso dio lo mejor de sí mismo, y pronto llegaron a intimar. Fabiana no puso reparos a hacerlo sin preservativos. En la ardiente compañía de la excitación, sin detallar el verdadero motivo, él le había confesado que deseaba un hijo de ella del que por supuesto se haría cargo, y la mujer se dejó llevar. Durante más de dos meses convivieron a diario, al tiempo que Alfonso, mientras disfrutaba del buen fútbol de su "hijastro" Joao, se

deleitaba imaginando a ese niño que estaba encargando, jugando aún mejor. Cuando regresó a España, todavía sin noticias, la semilla estaba sembrada.

— ¿Hola? ¿Hola? ¿Quién habla? ¿Hola? — interrogó al aparato que acababa de sonar sin que nadie se identificara — ¿Quién es? ¿Holaaaa?

— ¿Alfonso?... Meu amor... sou eu, Fabiana... Por favor, você pode me chamar?

Llevaba ya dos meses en España, y ¡por fin! la esperada buena nueva: ¡Fabiana estaba embarazada! Descorchó una botella de Rioja que tenía reservada para la ocasión y brindó consigo mismo por el día en que su hijo levantaría la copa de campeones del mundo con la selección española; pues aunque nacería y se formaría en Brasil, tenía claro que llegado el momento, se trasladaría a España y triunfaría junto a su orgulloso padre. El plan que le conduciría a la gloria estaba minuciosamente trazado, y el primer paso ya se había dado. Fabiana estuvo estupendamente atendida por un eminente ginecólogo, pues ningún detalle debía quedar descuidado. Alfonso había leído que el embarazo es un periodo clave para el desarrollo del físico y la personalidad del futuro adulto, por lo que, desde España, estuvo muy pendiente de que a la madre no le faltara de nada. Todo iba muy bien... hasta que tres meses más tarde, ella le comunicó... ¡Ohhh! ¡Qué venía una niña!

Todos sus planes se vinieron abajo. ¡Una niña! Ni siquiera había contemplado semejante desgracia. Pasó tres días fatales. Se excusó por enfermedad y apenas salió de la cama. ¡Qué desastre! Pero él, Alfonso Bradillo no se rendía. Pasado el duelo, recobró el ánimo y se consoló pensando que su hija podría llegar a ser una estrella del voleibol o del baloncesto. No era lo mismo, claro; pero hasta podría participar en unos Juegos Olímpicos y ser una deportista conocida. En Brasil había oído hablar de una tal Hortensia a la que se consideraba la mejor jugadora de baloncesto del mundo. Ganaba bastante

dinero y era tan conocida como los futbolistas. ¡Hasta había posado para la revista Play Boy! Decidió que su hija también se llamaría Hortensia, y que haría lo posible para que triunfara al más alto nivel. Aunque no por eso desistiría de su gran proyecto. En cuanto pudiera, convencería a Fabiana para volver a intentarlo. “El fútbol es el deporte rey — pensó — y los Bradillo tenemos que estar ahí, ientre los mejores!”

— Funeraria Sin Escalas. Por favor, conteste si o no para indicar lo que necesita— anunció la grabación telefónica de una voz femenina firme y pausada. — Cementerio... tumbas... ataúdes... incineraciones... salas en tanatorio... catering en tanatorio... coches fúnebres con o sin chóferes uniformados... vehículos para acompañantes... flores... servicios religiosos... complementos musicales... acompañamiento de actores... plañideras... discursos apropiados... psicólogos... servicios de coaching... notario... moderador para comunicación intrafamiliar... *speaker* para las ceremonias... asesoramiento general... coordinación especializada... atención personalizada... financiación... servicios especiales...

La lista era interminable; hasta que por fin llegó el previsible broche:

— Por favor, espere que le atienda uno de nuestros operarios — seguido de la canción de Mecano “*Hoy no me puedo levantar...*”

— Funeraria Sin Escalas. Permítame presentarme. Soy Ángel Gabriel Leguía. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Se trata de un caso urgente?

— ¿Urgente? ¡y yo que coño sé! Si llamo es porque necesito algo ¿no? — estalló Alfonso, harto del cautiverio telefónico.

— Disculpe señor.... señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

— ¿Qué? ¿Cómo que me llamaba?... Lo dice en pasado... ¿Es que cree que ya estoy muerto? — interrogó iracundo.

— ¡No! ino!.. Por supuesto que no, señor... no me interprete mal...

— Aún estoy aquí, Ángel Gabriel... ¿De dónde cree que le llamo?... ¿del purgatorio?

— Disculpe, señor... pero en Sin Escalas pensamos siempre en positivo, por lo que no contemplamos la opción del purgatorio... Nuestro lema es "Directo al cielo"... Por eso, como parte de nuestra exclusiva oferta, tenemos unos excepcionales servicios religiosos...

— Bueno, bueno... infórmeme de lo que tiene y cómo puedo contratarlo — le interrumpió Alfonso, todavía encendido pero algo más calmado.

— Muy bien señor. ¿Día y hora del fallecimiento? — preguntó el empleado.

— ¡Pero como coño lo voy a saber! — volvió a calentarse Bradillo —Hasta mañana no lo sabré, cuando hable con Ramón Icajal.

— ¿Mañana? ¿En el Ramón y Cajal? ¿Ha fallecido en el hospital Ramón y Cajal?

— ¡Agggggg! ¡Aún no he fallecido, joder!

— Señor, no se altere que le va a dar un infarto... y aunque en su día será un gran honor tenerle entre nuestros distinguidos clientes, deseamos que eso no ocurra pronto...

— El doctor Icajal me dirá mañana cuando...

¡Ahhh!, ahora comprendo, señor... usted quiere hacer una reserva... ¿Para qué día?

— ¡Agggggggggggg!

— Era una broma, jajaja... Nos gusta tener cierto sentido del humor.... jajaja... disculpe señor... Mire, lo que no recuerdo ahora es si trabajamos con el hospital Ramón y Cajal... pero bueno, supongo que podríamos arreglarlo...

("Necesito suicidarme", pensó Alfonso, dando por perdida la batalla).

— Muy bien. Permítame que tome nota de lo que requiere. Por favor, conteste sí o no, según sean sus deseos: cemen-

terio... tumba... ataúd... incineración... sala en tanatorio... catering en tanatorio... si quiere puedo mandarle por email los distintos menús...

Poco después de que Hortensia cumpliera los seis meses, pudo ir a conocerla. Una niña preciosa de piel tostada, como su madre, con manos grandes y fuertes que le auguraban un gran futuro en el baloncesto. Lógicamente, aprovechó el viaje para volver a relacionarse con Fabiana y dejar una nueva siembra. Lo de la niña sólo había sido un contrat tiempo. Nada más que eso. El plan estaba vigente; y seguro que, se convenció, esta vez acertarían con el niño. Desde luego, por su parte y la de Fabiana no quedó. Una, dos y hasta tres veces al día, disfrutaron de una apasionada relación; y sobre todo, lo que más le importaba a él, se aseguraron de que no se desperdiciaba ni un solo mililitro de ese preciado fluido que, si Dios quería, y esta vez querría, pues Fabiana no paraba de rezar para convencerlo, se transformaría en uno de los más famosos futbolistas de la historia.

No obstante, por si acaso, unos meses antes había puesto en marcha un plan B. Por casualidad le habían presentado a un corredor de fondo de Etiopía que entrenaba en España, Mengistu Maskeltato. Era joven, y de momento sólo había destacado en competiciones menores, como la Media Maratón de Aldeanueva de la Vera, en la que hizo un excelente tiempo y se llevó el gran premio "Ruta del Emperador". Pero se decía de él que iba camino de ser uno de los grandes atletas de la siguiente década, por lo que muy pronto fructificarían las gestiones de la Federación de Atletismo para que obtuviera la nacionalidad española. "El Atletismo no es el fútbol", reflexionó Alfonso, "pero es uno de los grandes deportes... y los mejores son muy conocidos... y ganan un buen dinero con los premios y los sponsors". Pensando en Maskeltato, recordó a los campeones olímpicos etíopes Abebe Bikila y Mamo Wolde, míticos héroes del Maratón en la déca-

da de los sesenta, y se ilusionó pensando en un Bradillo subiéndolo al pódium en unos Juegos. Un día, charlando con Mengi (así llamaban al africano, para abreviar) supo de una hermana suya que quería vivir con él en España y se encontraba en el tedioso proceso, aún sin éxito, de conseguir los papeles. Alfonso habló con un primo segundo que trabajaba en la Policía, y responsabilizándose de la chica, consiguió una tarjeta de residente. Después, ya en Madrid, conoció a la mujer, Saida, de piel canela, senos generosos, labios sensuales y dientes relucientes, con la que congenió enseguida y no tardó en relacionarse sin limitación alguna. Los dos eran conscientes de las ventajas del embarazo: ella por asentarse y él por el futuro campeón; por lo que no escatimaron esfuerzos que continuaron cuando Alfonso regresó a España. Dos meses más tarde, la infalible ginecóloga que supervisaba a la mujer, Cesárea Segura, anunció la deseada noticia. Y unos días después... ¡Fabiana le comunicó lo mismo!

Alentado por este recuerdo, pensó en llamar a Saida para que le acompañara al hospital; pero finalmente, decidió ir solo. Llegó puntual; y como había un poco de retraso, se sentó a esperar la inevitable noticia fatídica recreándose en sus pensamientos. Allí, se lamentó de no tener tiempo para ver culminada su misión; aunque, eso sí, se marcharía satisfecho. El plan avanzaba por el camino correcto, y lo lógico sería, así lo pensó, que alguno de sus hijos, si no los tres, alcanzara la meta deseada. En Brasil, Hortensia jugaba en las categorías inferiores del Corinthians, y había contribuido al éxito de su equipo en el campeonato sub-12 de Sao Paulo. Su hermano Edson, llamado así en honor al gran Pelé, seguía los pasos de Joao. Con diez años no destacaba tanto como su hermanastro a la misma edad, pero progresaba mucho; y sus entrenadores le auguraban un prometedor futuro. En su último viaje, unos meses antes, había disfrutado mucho observando cómo evolucionaban los dos. Al no vivir allí, era imposible seguirlos como le hubiera gustado, pero aprovechaba los despla-

mientos para transmitirles sus decisivos consejos. Ahora, esperaba disponer de tiempo para verlos una vez más y darles las últimas instrucciones antes de despedirse definitivamente. En España, el pequeño José Abebe (Abebe por el irreplicable Bikila, y José por su abuelo paterno) había ganado el cros de su colegio. Un éxito notable que presagiaba una trayectoria brillante. Alfonso se emocionó, hasta lloró, cuando vio al niño luciendo la medalla, y pensó que algún día esa misma escena se reproduciría en escenarios de mayor altura. El chico estaba en buenas manos, el mismo entrenador de Mengi, y eso le tranquilizaba ahora que debía abandonarlo. Aunque lo cierto era que él tampoco le había dado muchos consejos. El Atletismo no era como el fútbol: había muy pocas carreras y le aburrían los entrenamientos. Además, apenas entendía, por lo que poco podía opinar. ¿O es que se había hecho viejo? Desde luego, ya no disfrutaba tanto como antaño, cuando grababa a Alfonsito y le corregía en esas míticas tardes de los domingos; pero el balance era favorable. El plan seguía su curso, y él se sentía muy orgulloso de todos sus hijos. Incluso de Alfonsito, quien tras la frustración del fútbol había terminado la carrera de Arquitectura y diseñaba casetas de perro para una multinacional.

— Ya puede pasar, señor Pardillo — se oyó la voz de Sonsoles Suero, la enfermera, al tiempo que asomaba la cabeza.

— ¡¡Ufff!! — resopló él.

— ¡Perdón, perdón! — se dio cuenta, ella — Quiero decir Bardillo... ¡no, no! perdón... ¡Bradillo! señor Bradillo.

Nervioso, con la boca completamente seca y las manos bañadas de sudor, abandonó la sala y siguió a la mujer. Casi a la mitad del largo pasillo, ésta abrió una de las puertas y le invitó a pasar y a sentarse. El doctor Icajal no tardó en aparecer; y tras un breve preámbulo para romper el hielo, fue directamente al grano.

— Como le indiqué por teléfono, la información que tengo sólo se la puedo dar de forma directa...

— Ya, ya, doctor; ya me lo dijo. Pero por favor, no dé rodeos; quiero la verdad, por dura que sea...

— Sí, sí; por supuesto — le aseguró Icajal.

— ¿Cuánto tiempo me queda? — preguntó Alfonso, impaciente.

— Bueno... no tenemos un tiempo fijo para las consultas... lo que necesitamos...

— ¡No, no! Que cuánto tiempo me queda... ya me entiende...

— ????? (Ramón Icajal no lo pillaba).

— Sí, sí; de vida... ¿Cuánto tiempo de vida me queda?

— ¿De vida? — preguntó el doctor, encogiéndose de hombros — No tengo ni idea.

— Doctor, no soy un niño — replicó Bradillo — y tengo derecho a saberlo ¿o no?

— Por supuesto que está en su derecho... Pero ya le he dicho que no lo sé... ¿Cree usted que los médicos somos futurólogos?... Ni el mismo Ramón y Cajal sabría contestar a esa pregunta...

— Insisto en que me diga la verdad... ¿Seis meses? ¿Menos?

— ¡Pero qué dice Bradillo!... No sé de qué me habla...

— Es Bradillo; Bra, Bra, Bradillo... y no me tome por tonto.

— ????

— Si me ha citado para darme una mala noticia, démela sin más — demandó Alfonso — Sé que es... ejem... eso... ya sabe... (no se atrevía a decirlo)... está claro ¿no?

(El doctor Icajal estaba fuera de juego; ¿debía derivarlo a Psiquiatría?).

Por fin, se armó Alfonso de valor; y con voz muy temblorosa, sentenció:

— Doctor Icajal, no disimulemos más. Sé que tengo cáncer; e intuuyo que no tiene buena pinta...

— ¿Cómo?... ¡Pero qué dice, hombre! ¡Qué disparate!

— ???? ¿Quiere decir que no tengo cáncer? — preguntó ansioso, esperando la confirmación.

— ¡Claro que no, hombre! — aseguró el médico.

— Y entonces... ¿los dolores de estómago?

— Eso es una pequeña hernia de hiato, hombre... pero nada más... ¿Cómo se le ocurre pensar...?

Se levantó como un resorte y estrujó al doctor con un abrazo digno del más cachas del gimnasio, sin poder controlar un desinhibido llanto que aliviaba la enorme tensión de las últimas cuarenta horas. Menuda sorpresa... ¡No tenía cáncer! Ahora, tal y como había planeado, podría ver a sus hijos triunfar en el deporte.

— ¡Qué alegría, doctor! La mayor de toda mi vida. No sabe lo feliz que me ha hecho... ¡Gracias! ¡Gracias! — Alfonso no dejaba de hablar y saltar, mientras estrechaba la mano de Icajal y hasta le daba dos besos. Éste no sabía qué hacer. Estaba abrumado por la contagiosa euforia de su paciente, y no encontraba el espacio para seguir hablando. Sólo podía decir:

— Me alegro mucho, señor Bardillo... me alegro mucho... de verdad...

Pasados unos minutos, amainó la excitación; y fue entonces cuando Alfonso, de nuevo sentado, recordó la pregunta que se le había pasado:

— ¿Y para esto me ha hecho venir, doctor? Es una gran noticia, coño... pero hombre... me la podía haber dicho por teléfono... porque menudos días me ha dado... hasta he tenido que tomar Quilebrizin...

— Bueno...

— No, no, doctor... perdone que se lo diga, pero se ha pasado — insistió Alfonso, aprovechando el subidón — ¡Esto no se hace, doctor Ramón y Cajal!

— Bueno...

— Ni bueno ni nada, doctor... ¡No se hace! y porque me cae usted bien... que si no, presentaría una reclamación...

— Mire, la razón por la que le he llamado no es ésta... — pudo por fin intervenir el médico.

— ¿Cómo?

— Sí; que no está aquí por eso. Usted no tiene cáncer, pero los estudios que le hemos hecho han detectado algo que quiero comunicarle...

— Ya, ya; lo de la hernia de hiato...ya sé, doctor... pero le repito que eso no justifica esta terrible tensión que casi me mata...

— Ejem...pensé que ya lo sabría — continuó el galeno en cuanto pudo — Pero después de hablar con usted, me da la impresión de que no lo sabe...

— ????? (Alfonso miró al médico sin saber de qué hablaba).

— Es usted estéril.

— ¿Cómooooooooo? ¡Está de broma! ¿no?

— No señor, no es broma.

— ¡Venga hombre! ¡Será un error!... Pero como coño voy a ser estéril... ¡Si tengo cuatro hijos, joder! — gritó para convencer a Icajal.

— Los resultados de nuestros estudios son contundentes — replicó el doctor, con absoluta seguridad.

— Pero... bueno... sí claro... — reflexionó Alfonso, buscando una explicación — Habrá sido por el mosquito ese que me picó en Brasil hace unos cinco años... algo parecido al dengue, aunque no se supo muy bien... Estuve mucho tiempo enfermo ¿sabe?... fiebre muy alta... ¡joder! ¡qué faena quedarme estéril! aunque bueno, tampoco pensaba tener más hijos...

— Mire, ignoro los efectos de esa enfermedad que menciona; pero usted siempre ha sido estéril... No hay duda sobre eso.

Lo negó, lo negó y lo negó sin una mínima opción de creerlo. Y pidió hora en el hospital Ramón y Cajal, donde se encontraba el que decían era el mejor especialista en estos temas. Allí se hizo otras pruebas que, estaba seguro, descubrirían ese gravísimo error por el que iban a pagar los incompetentes chorizos de La Buena Estampa. Les denunciaría por negligencia y daños morales, pues el honor de un padre honrado había sido cuestionado. Sin embargo, los exhaustivos estudios del Ramón y Cajal confirmaron el terrible diagnóstico del doctor Ramón Icajal. Aún así, siguió sin querer aceptarlo, y agazapado bajo el escudo de su terquedad, se sintió protegido durante algún tiempo.

Hasta que no tuvo más remedio que asomarse a la realidad y asumir su desgracia. El mundo se le hundió definitivamente, y añoró ese supuesto cáncer terminal que, con la cabeza muy alta, le habría acompañado al otro barrio. Pensó en ese día, que ya no vendría, en el que tras despedirse de los suyos con los últimos consejos, habría cerrado los ojos para retener la exitosa imagen de sus hijos triunfando, listo para emprender el viaje sintiéndose una persona digna, realizada y feliz: un padre orgulloso.

LOS CELOS MATAN

*“Desconfía de la mujer que al hablar de un amigo
se inhibe o excede en el entusiasmo”*

Suspiciazi de Soloesmia, consejero del príncipe
Melotirotodo de Persia (422 a.C.), según las enseñanzas
del gran maestro chino Tan Chin Gao

Sospechaba de Marta desde hacia varios meses; más o menos, asociaba Antonio, cuando comenzó a ser asidua a las conferencias y cursos sobre marketing que impartía ese eminente profesor, “el calvo” le apodaba él, de quien ella había hablado con tanta admiración hasta que, extrañamente, dejó de mencionarlo. Llevaban casados casi veintitrés años, y según aseguraba él, nunca antes había existido motivo que le hiciera dudar. Es cierto, reflexionaba, que mientras las niñas habían sido pequeñas, la vida de ella se había circunscrito a sus responsabilidades de madre y esposa; hasta que todo cambió cuando un par de años antes, ¡a buena hora!, decidió terminar la carrera de Empresariales que había abandonado poco después de casarse. Eso supuso asistir a las clases, estudiar de madrugada y los fines de semana y hacer nuevas amistades con las que, de vez en cuando, salía a tomar unos vinos. Nada reprochable, por supuesto. Es más, le pareció estupendo: la notaba contenta, satisfecha, orgullosa de sí misma; y él gozaba viéndola tan feliz; y la admiraba por el tesón y la disciplina que presidían su esfuerzo, porque la verdad era que se lo había tomado muy en serio, con muy buenas

notas, disfrutando con todo lo que concernía a esa nueva ocupación que durante más de veinte años entregada a su familia, había relegado. Se lo merecía. Había dado sus mejores años, y ahora retomaba lo que había quedado pendiente. Pero él percibía que en los últimos meses algo había cambiado; y cuántas más vueltas le daba, más recelaba de esos malditos cursos con ese sabelotodo del marketing.

No era normal, se convencía Antonio, que ella se arreglara tanto para ir a unas conferencias; o que después, siempre tuviera que tomar algo con sus compañeros; o sobre todo, que aún siendo la delegada de clase, fuera su obligación ineludible encargarse del transporte del profesor calvo. Porque para acompañar a un calvo ya estaba él, su marido, sin pelo desde los treinta años; y a mucha honra. El colmo fue cuando ese gurú organizó un curso intensivo en el castillo de Las Navas del Marqués, y su Marta se marchó tres días con otros estudiantes. Entonces, las leves sospechas que había rechazado, dieron paso a punzantes agujijones que lo masacraban. Tanto fue así, que hasta en la madrugada la llamaba y enviaba mensajes por el móvil para cerciorarse de que todo estaba en orden. Y cuando ella estaba en clase y no contestaba al instante, el corazón se le aceleraba y la angustia se apoderaba de él. Azuzado por sus tortuosos pensamientos, hasta se presentó allí el último día, sin avisarla, para recogerla y llevarla a casa. Fueron tres días horribles; todo un sin vivir imaginando que su siempre fiel esposa se la estaba jugando con ese sabio arrogante que, estaba seguro, pretendía engatusar a su inocente paloma con sus artes oratorias y toda esa parafernalia del marketing.

— ¡Fíjate, Antonio! — le dijo ella muy emocionada, unas semanas más tarde de lo del castillo — el profesor Bedoya, ¿lo recuerdas?, el de los cursos de marketing, me ha mandado su último libro... y mira, hasta me lo ha dedicado. ¡Qué detalle! ¿No te parece?

— No me digas... ¿y qué te ha escrito en la dedicatoria?

— A ver... ¡oh, qué galante!... mira, dice: “Para Marta, una mujer inteligente y bella, a la que deseo lo mejor”

— ¿Cómooo? — estalló él en un tono agresivo que revelaba su enojo — ¡Pero qué se ha creído ese calvo! ¿Es que no sabe que eres una mujer casada?

— ¡Tranquilízate, cariño!.. No es para tanto, sólo es...

— ¡Cómo que no es para tanto! ¿Es que te parece bien? — la interrumpió gritando — ¡Este tío es un listillo, un cabronazo!... A ese Bedoya le voy a cortar la... tontería esa.

— Antonio, por Dios, icálmate! Te va a dar algo.

Marta cambió de estrategia. Las conferencias, los cursos, los libros y cualquier otra noticia del eminentísimo profesor Bedoya desaparecieron de las conversaciones con su marido. No le quedó otro remedio. Los celos de Antonio provocaban escenas muy desagradables, cada vez más frecuentes, que ponían en peligro la buena relación que siempre les había unido. Pero por supuesto, no estaba dispuesta a renunciar a esa envolvente pasión que tanto la satisfacía. Había disfrutado mucho con sus hijos y su esposo, pero ahora, ese sentimiento intenso por ese fascinante mundo que había redescubierto, la tenía cautiva. Su silencio propició que las sospechas aumentaran. Ya no había cursos de marketing, pero surgían otras actividades a las que ella no faltaba nunca. Y a Antonio los celos no le dejaban. Una angustiada zozobra se apoderaba de él cada vez que su mujer salía. Pensaba que se vestía para el profesor, que había quedado con él, que los dos... ¡no quería pensarlo! pero lo hacía.

Una de esas tardes, sintió un fuerte pinchazo en el pecho, y aterrado, llamó a una ambulancia. Por suerte, sólo fue un susto, pero le hizo darse cuenta de que así no podía continuar. Estaba permanentemente histérico, malhumorado, tenso, agobiado por las punzantes sospechas que le estaban consumiendo. Había leído la noticia de un hombre que, abrumado por los celos, se había ahorcado en el garaje de su casa; y empezó a preocuparle que ese pudiera ser su final.

Desde luego, pensó, avanzaba por el camino correcto, pues poniéndose en el lugar del malogrado, comprendió que llegaría un momento en el que no aguantaría más, y entonces... Un terrible escalofrío acompañaba a esa idea cada vez que lo visitaba. Entonces, reaccionaba razonando que los celos eran absurdos, que probablemente estaba exagerando, que tampoco ella le había dado pruebas fehacientes de infidelidad, que eran imaginaciones suyas, que quizá el hijo de puta ese no era tan malvado, que había llevado todo esto demasiado lejos... Por desgracia, el encomiable esfuerzo por autoconvencerse, no funcionaba. Pronto se disipaba el efímero efecto, y las amenazantes dudas cedían el espacio a espantosas convicciones, cada vez más firmes, que hacían su existencia más y más insoportable. Si no encontraba una solución, pronto terminaría como el pobre hombre de la noticia.

En una de sus interminables sesiones de autotortura, recordó a un amigo que había sido de la policía secreta y conocía a antiguos espías de la guerra fría. Al parecer, tras la caída del muro de Berlín, el paro les había conducido a reorientar su actividad, y ahora proporcionaban servicios privados "a la carta" con profesionalidad, eficacia y absoluta confidencialidad.

— Supongo que serán gente de confianza — preguntó para convencerse de que se trataba del paso correcto.

— Por supuesto — contestó el ex policía — Son auténticos profesionales. Tienen muchísima experiencia... y lo que es muy importante: son muy discretos.

— ¡Eso espero!— exclamó Antonio — Todo esto es muy delicado... si se enterara alguien... No quiero ni pensarlo.

— Tú tranquilo. Sólo tienes que reunirte con uno de ellos una sola vez; y si quieres puedes ir de incógnito... con una peluca o lo que se te ocurra para que no sepan quién eres... Acordáis lo que sea y ya está; después ellos actúan y tú tienes lo que quieres... Así funciona.

Estuvo cerca de un mes meditándolo. La idea le parecía terrorífica, pero los celos se intensificaban obsesivamente y

no encontraba otra solución. Aprovechó que esa tarde Marta tenía clases en la universidad, y concertó la cita. Una poblada peluca de discreto color castaño, que había comprado en una tienda de disfraces, cubría completamente su pronunciada calva y la mayor parte de sus llamativas orejas. Sus ojos iban protegidos por grandes gafas oscuras, y un frondoso bigote postizo a juego con el nutrido pelo, minimizaba los orificios de la nariz y ocultaba el labio superior. Completando el atuendo, un par de guantes marrones escondían la curva característica de sus dos meñiques y una pequeña cicatriz en el reverso de la mano derecha. Aunque sus más asiduos podrían sospechar por su especial, muy de él, forma de moverse, estando quieto ni siquiera ellos le habrían reconocido. El camuflaje era perfecto; y de eso se trataba, claro.

Habían quedado en un parque con muchos árboles, como no podía ser de otra manera tratándose de un auténtico espía. Éste era un hombre que ya no cumpliría los sesenta años, por encima del metro ochenta y más bien delgado, algo encorvado, con una cara muy seria y bastante arrugada que le daba el carisma adecuado. Entendía y hablaba bien el español, pero la pronunciación y el acento delataban que no era su lengua materna. Probablemente, su origen era ruso o ucraniano. Sentados en un banco sin respaldo, él en una dirección y el extranjero en la contraria, Antonio abrió un periódico para pasar aún más inadvertido.

— ¿Por qué tiene ese periódico? — preguntó el otro.

— Bueno... no sé... lo he visto en las películas... — explicó Antonio — Es para camuflarme mejor ¿no se hace así?

— No es necesario.

— Entonces... ¿me aconseja que lo cierre?

— No; si quiere puede tenerlo abierto. Pero es conveniente que lo coloque bien... al revés canta mucho.

Corregido este detalle, los dos hombres cambiaron impresiones sin un solo contacto visual. El ex espía era de pocas palabras e iba directamente al grano; muy pronto, llegaron a

un acuerdo.— Preferiría que no volviéramos a vernos — suplicó Antonio.

— Por supuesto, no se preocupe. Esta será la primera y última vez que nos veamos... y si desea nuevos servicios, como ya nos conocemos, podemos arreglarlo a través de internet.

—¿Nuevos servicios?

— Sí, claro — corroboró el ruso — Algunas veces, si se confirman las sospechas, se nos pide que actuemos... no sé si me entiende... quiero decir que podemos ocuparnos de todo hasta el final...

— ¡Pero hombre, qué me dice! — replicó Antonio, sobresaltado — No creerá que yo...

— Amigo, la experiencia me ha enseñado a no creer nada y estar abierto a cualquier petición. Somos profesionales, y sus razones no nos importan. Usted paga y nosotros nos encargamos sin dejar rastro...

— Pero...

— Ahora no se preocupe por eso — interrumpió el hombre — Cada cosa a su tiempo. ¿No le parece? Lo que haremos será comunicarnos a través de una dirección de email que le voy a dar. Es segura. Y además, hablaremos en clave. Aquí tiene los códigos.

Sin verla, guardó la libreta tamaño cuartilla que le había entregado el ex de la KGB, y con la otra mano, casi al mismo tiempo, le dio a éste un sobre con dinero y una foto de su mujer. Del calvo, no tenía; pero bastaba con una de ella. Acordaron que el profesional la seguiría durante algún tiempo y comprobaría si se entendía con el profesor Bedoya o con cualquier otro. La operación "Nido oculto", como así la bautizó el espía, estaba en marcha. Una vez cerrado el trato, se avergonzó por dudar de ella hasta este impensable extremo. ¿Cómo podía emprender una acción tan rastrera con la mujer de su vida, la madre de sus dos hijas, la que tanto le había dado? Se sintió profundamente culpable, y en pocos segundos, tras separarse

sólo unos pasos, se giró bruscamente para echarse atrás... ¡Demasiado tarde! El experimentado agente secreto había desaparecido de inmediato. La suerte estaba echada.

Pasaron más de dos meses, y seguía sin noticias del ruso. Por un lado, le aliviaba; pues esa aparente inactividad contenía la pesada culpa por haber sido tan perverso. Hasta deseaba, aun perdiendo el dinero, que todo quedara como estaba para sentirse mejor consigo mismo. Pero por otro lado, necesitaba confirmar si sus alarmantes sospechas eran verdaderas o, ¡cuánto lo deseaba!, resultaban falsas; y aunque el silencio parecía un buen presagio, se impacientaba por saber qué estaba sucediendo. Día tras día, la mayoría tres, cuatro y hasta cinco veces o más, consultaba el email en el que, supuestamente, aparecería la respuesta que tanto ansiaba; pero el ordenador insistía en tenerlo en vilo.

Para más inri, los celos no se habían detenido. Una tarde que ella había ido a una conferencia, de otro profesor, había dicho, y cenaría después con sus compañeros de la facultad, él se sintió fatal. Pensó que Marta, una vez más, le engañaba; que en realidad habría quedado con el calvo, y que tras la cena, si la había, irían a algún hotel a las afueras de la ciudad. No pudo contener la ira. Encolerizado como nunca antes, dio varios puñetazos sobre su escritorio y, gritando como un energúmeno, lanzó el portátil contra el suelo y lo pateó varias veces, dejándolo inservible. Después, sin pensárselo dos veces, cogió las llaves del coche y salió disparado. Según las noticias que tenía, la supuesta conferencia estaría a punto de acabar, y él deseaba estar allí para comprobar si su mujer le había dicho la verdad. Condujo imprudentemente, moviéndose en el pesado tráfico como una enrabiada serpiente ciega a las luces rojas que saltaban a su paso. Nada le detendría. ¡Tenía que llegar a tiempo!

Obcecado en su empeño, el trayecto se le hizo eterno; pero por fin, tras girar a la izquierda ignorando una señal

que lo prohibía, avistó el ansiado destino. —¡Ya estoy aquí! -- exclamó en voz alta. Pero casi al mismo tiempo, imala suerte, coño!, un coche de la policía se plantó a su lado, y con enérgicos signos inequívocos, el agente más cercano le mandó parar. Al principio se hizo el loco, como si no fuera con él, pero un segundo de lucidez sobresalió de las negras nubes que dominaban su mente, y detuvo el vehículo echándose a la derecha.

— Buenas noches, señor — saludó el policía con mucha cortesía — Se habrá dado cuenta de que se ha saltado dos semáforos en rojo y ha girado a la izquierda por donde estaba prohibido.

— Emmm... emmm... mire, le diré la verdad — replicó Antonio, bastante nervioso— Ni me he dado cuenta...yo... emmm... no sé cómo explicarle...me espera mi mujer... iba a buscarla... emmm... mire, es aquí mismo...

— Por favor, señor, déjeme ver la documentación del coche y su carnet de conducir — demandó el agente sin inmutarse.

— Emmm... sí, sí, claro... pero ya le digo que no me di cuenta... y mi mujer me espera...emmm... voy a llegar tarde...— insistió con voz acelerada y temblorosa.

— Lo siento, señor, pero necesito ver sus documentos.

— Claro, claro... aquí está lo del coche... pero por favor, tengo mucha prisa... ya le dije que tengo que recoger a mi mujer...

— ¿Y su carnet de conducir?

Con las prisas, lo había olvidado en la americana que no se había puesto, y tampoco tenía otra documentación que lo identificara, por lo que a pesar de las súplicas, el agente le ordenó que bajara del coche.

— Lo siento mucho, pero sin carnet no puede conducir; y además, tenemos que comprobar su identidad y saber si el vehículo es suyo, por lo que le pido que nos acompañe a la comisaria.

— ¿A la comisaría? Pero... ¡por favor!, ¡se lo pido por el amor de Dios! ¿No vé que tengo que llegar a tiempo para recoger a mi mujer?

— Lo que ha hecho es muy peligroso — apuntó el policía — Podía haber provocado un accidente grave y causar la muerte de alguien; quizá, la suya.

Al oírlo, recordó al hombre de aquella terrible noticia y pensó que habría sido lo mejor. Los celos lo estaban matando lentamente, y la solución de contratar a ese investigador de pacotilla no había funcionado, pues era evidente que le había tomado el pelo, ¡a él, un calvo! Meditó que el suicidio le liberaría de tanto sufrimiento, y de seguir así no tendría otro remedio. ¿Cómo lo haría? Tendría que estudiarlo bien. Recapacitó que los accidentes de coche no siempre son mortales, y lo que es peor, se agobió, que muchas veces provocan parálisis irreversibles.

—¡Lo que me faltaba! — se dijo a sí mismo, angustiado — Yo paralítico, sin poder moverme, y esa zorra pegándome la con el calvo de mierda...

Camino de la comisaria, éstos y otros pensamientos similares invadieron su trastornada consciencia. Un sudor helado se adueñó de su cuerpo y éste tembló sobresaltado. En un corto paréntesis, se dio cuenta de que no había podido comprobar lo de la conferencia y la cena con los compañeros; pero ahora, eso resultaba secundario. La prioridad era decidir cómo terminar con todo. Consultó algunos libros sobre el uso del veneno y otros métodos para suicidarse. Incluso encontró una web que parecía una broma pero que ni mucho menos lo era: "www.suicidateseguro.com", en la que encontró múltiples ideas y varios consejos prácticos para no echarse atrás en el momento decisivo. Hasta tenía un consultorio on line con un coach especializado en optimizar el rendimiento en los suicidios (un "*Suicide Coach*" según le decían en la publicidad) que ofrecía sus eficientes servicios por una razonable cantidad que se abonaba por adelantado con tarjeta de crédito.

Concentrado en el objetivo del último acto de su destrozada vida, estuvo varios días sin consultar el email del espía. Definitivamente frustrado por tantos intentos fallidos, se había convencido de que era una pérdida de tiempo. Sin embargo, esa tarde, mientras probaba la solidez de una sogá que había comprado aprovechando una ventajosa oferta, lo intentó de nuevo y... ¡bingo! Un intenso temblor, digno del más orgulloso tsunami, dominó su cuerpo y su espíritu. ¡Allí estaba ese mensaje! Pero el ansia era tan grande que no se atrevía a abrirlo, y durante un par de minutos se quedó paralizado, sin decidir qué hacer; hasta que por fin, armándose de valor, pinchó y apareció el texto.

— ¿Cómo? ¡Pero que es esto! — exclamó gritando, sabiendo que estaba solo en casa — ¡Este ruso es un cabrón! ¿Qué carajo dice aquí de unas obras de teatro?

Por fortuna para su resentida salud, enseguida amainó el sobresaltado enfado cuando recordó que el texto iría en clave. Sin perder un segundo, buscó los códigos que le había entregado el espía y se puso a traducir el mensaje cifrado.

Querido amigo:

Conociendo su interés por nuestras representaciones de teatro, le mando el programa para la próxima temporada con un breve comentario sobre las tres obras que estrenaremos. Por lo que me comentó, quizá la que más le interese sea la segunda.

A continuación, el texto se refería a Fuenteovejuna, de Lope de Vega, La Venganza de don Mendo, de Muñoz Seca, y Don Gil de las Calzas Verdes, de Tirso de Molina. No había visto ninguna de las tres, ni tenía idea de qué iban, pero eso era lo de menos. Siguiendo las instrucciones, ignoró la primera explicación y pasó rápidamente a la segunda.

Se trata de una versión moderna, con algunos cambios respecto al texto original. Magdalena, la mujer a la que ama don Mendo, ha sido sorprendida con otro hombre, que es calvo, besándose a la

salida de una posada, y don Mendo debe decidir cuál es su venganza.

Le flaqueó todo el cuerpo y tuvo que asirse a la mesa para no caerse. Creía estar seguro de que ella se la estaba dando con ese listillo del marketing, pero en el fondo le quedaba la esperanza de que fuera un error fruto de sus estúpidos celos. Por desgracia, ahora, todo estaba claro. Sin atender a los códigos, escribió:

¿Está usted seguro de lo que dice?

Esa misma noche, llegó la respuesta:

Sí, la obra está en marcha y toda la información que le mandé es cierta. Todavía hay que decidir algunos detalles sobre el final, pero creo que la representación va a ser un gran éxito. Esperamos recaudar 20.000 euros. ¿Quiere que le mandemos algunas fotos de los ensayos en nuestro nido oculto para que vea quiénes son los personajes?

No es necesario — contestó él, aturdido — Veo que han hecho bien su trabajo. Gracias.

Cayó desplomado en el sillón, y allí se quedó horas y horas sin moverse. La rabia y la angustia habían sido relevadas por una profunda depresión que le impedía levantarse. Marta estaba fuera ¿visitando a una hermana? y él se abandonó por completo. Ni siquiera tenía ganas de pensar en la única opción que le quedaba. Su mente estaba en blanco, y su cuerpo carecía de la mínima energía para sostenerse. Como pudo, se acercó a su escritorio buscando el bote de Quilebrizin, su fiel aliado, aunque al reparar en el nombre que convirtió al inglés, se sintió mucho peor. Mientras ingería las capsulas, alcanzó a ver en el ordenador la entrada de un nuevo correo.

Querido amigo:

Veo que está usted muy interesado en nuestra segunda obra. Como le dije estamos pensando en el final y hemos decidido consultar a algunos buenos aficionados, como es su caso. ¿Qué nos

sugiere? En la obra original, don Mendo pretende matar a Magdalena por haberle traicionado con don Pero; y finalmente, mueren los dos y don Mendo se suicida. ¿Cree que deberíamos mantener ese final, pero salvando a don Mendo? ¿O que sea don Pero el único que pague el pato? ¿Qué le parece?

Dios mío. ¡Qué ideas tiene este ruso! — suspiró, aterrado. — Desde luego, está loco. Debe pensar que sigue en Berlín, trabajando para la KGB.

Pero las ideas del espía no desaparecieron del todo; es más, su memoria las recuperaba una y otra vez, hasta poblar su cabeza obsesivamente. Eran las únicas dueñas de una febril actividad mental en la que se encontraba preso; de la que sólo podría escapar — esa era su conclusión — si acertaba en una decisión cuyas alternativas resultaban aterradoras. Cuando ya no pudo más, abrió el ordenador y, sorprendentemente, con la malévola seguridad de Mr. Hyde, en quien parecía haberse transformado, escribió:

Gracias por contar conmigo. Creo que la mejor solución para el final de la obra es la segunda: que pague sólo don Pero. Espero que estén de acuerdo en el nido oculto. Le envío el dinero, según me indicó, para reservar las entradas. Confío en que la recaudación vaya como ustedes esperan. Respecto a las fotos de los ensayos, si puede me las deja en un sobre en el bar La Gamba, junto al centro comercial de la Plaza de España, pero cuando hayan terminado todo. No quiero distraerlos. ¡Mucha mierda! ¿Se dice así en el teatro, no?

Al terminar de escribirlo, una tímida reaparición de la sensatez le hizo dudar. Lo repasó una y otra vez. Se arrepintió y lo borró. Volvió a redactarlo. Se quedó mirándolo. Después, estuvo un buen rato con la cabeza vacía de cualquier pensamiento consciente. De nuevo lo borró, pero lo recuperó de la papelera. Por fin, el dedo índice de la mano derecha, harto de tanta indecisión, actuó por su cuenta y le dio al *enter*. ¡Ya estaba! Se lo habían dejado claro. Una vez puesta en marcha, la operación “Nido oculto” seguiría su curso y nadie podría detenerla.

— Si no mando el dinero, lo pararán todo — pensó en voz alta para quedarse con alguna carta. Pero enseguida recordó las palabras del espía:

— Esto no es un juego, señor; somos hombres de negocios. Si se decide, no puede arrepentirse... a mis amigos no les gustaría... y a usted tampoco que ellos se enfaden... usted tiene familia... ya me entiende...

En las noches siguientes, no pudo dormir. La culpabilidad se apoderó de él, y se sintió un ser despreciable. Ese Bedoya podía ser un hijoputa, pero aún así, era un ser humano al que iban a asesinar. ¡Y el responsable era él! Además, ¿acaso no tenía culpa ella? ¿No debería morir también, junto a su insigne amante, como había sugerido el ruso? Sería lo más justo, concluyó; pero ella era su afrodita y él necesitaba adorarla. Era su razón para vivir, la esencia de su existencia diaria. Si moría ella, él tendría que seguirla, como Romeo a Julieta, o don Mendo a Magdalena.

Los malditos celos le habían convertido en un vil asesino, un vulgar y despiadado delincuente merecedor del más severo de los castigos. Y encima era un cobarde que no había sido capaz de defender su honor por sí mismo. Confiaba en que la profesionalidad del espía evitaría que le descubrieran, pero su penitencia sería eterna. Nunca se podría desprender de ese horrible sentimiento de autorrechazo que eclipsaba y eclipsaría a cualquier atisbo de dignidad. Se justificó pensando que así recuperaría a Marta; que era la única forma de volver a tener a su diosa sin el entrometimiento de ese vendedor de humo. El precio era muy alto, pero su amor por ella requería ese sacrificio.

Resultó bastante fácil para unos profesionales tan experimentados. Un juego de niños. Le esperaron en un parking público en el que según habían estudiado, solía dejar el coche cuando acudía a una reunión semanal de viejos amigos. Era

ya de noche, y como bien sabían, a esa hora la tercera planta del estacionamiento estaba prácticamente vacía: apenas diez o doce vehículos en zonas mal iluminadas. Bastaron tres disparos a bocajarro que, gracias al silenciador de la pistola, pasaron inadvertidos. Un trabajo limpio. Sin dejar rastro, salieron del aparcamiento y, con la satisfacción del deber cumplido, se tomaron unas cañas en un bar de otro barrio. Pasó más de una hora antes de que un cliente noctámbulo hallara el cadáver de un hombre calvo al que, se supo después, habían asesinado sin robarle nada: ni el reloj de oro, ni la Mont Blanc, ni más de trescientos euros que llevaba en la cartera.

Algunas semanas más tarde, Marta seguía destrozada. No entendía nada. ¿Por qué él? se preguntaba, sin encontrar respuesta. ¿Por qué de esa manera? ¿Quién querría hacerle daño a un hombre tan bueno? Sus compañeros de clase la habían acompañado al doloroso entierro y, días más tarde, a un llorado funeral en el que un entusiasta sacerdote glosó los innumerables méritos del difunto para hacerse acreedor de una eternidad gozosa. La tristeza bañaba su existencia. La depresión afloraba. Intentaba mantenerse viva con sus actividades diarias, pero ya no era lo mismo. Faltaba él. Su verdadero amor. El hombre que había cautivado su corazón y su alma. De regreso a casa, pasó por el bar La Gamba. Era el cumpleaños de una amiga, y aunque no tenía ganas, hizo caso a su psicóloga y se esforzó para ir y poner buena cara. Allí le dieron un sobre que habían dejado para su marido. Cuando llegó a la vivienda, lo dejó olvidado entre la correspondencia que desde hacía días se acumulaba sobre un pequeño mueble inglés situado a la entrada. Más tarde, llegó su hija Elvira, y accidentalmente, se fijó en el sobre. Sintió curiosidad; lo abrió; y sorprendida por su contenido, abordó a la madre:

— Mamá, ¿has visto esto?

— ¿Qué es, hija? — respondió Marta, simplemente por cumplir, notándosele que en realidad no le interesaba.

— Son una fotos muy curiosas — informó Elvira, con una expresión facial que mostraba su extrañeza.

— ¿Una fotos?

— Sí, así es... ¿No sabías nada de estas fotos?

— No, la verdad — contestó la madre — ¿De quién son?

— Míralas — dijo Elvira, mientras extendía el brazo para entregárselas.

Las miró; y una intensa emoción se apoderó de ella, exacerbando el dolor que la consumía. No sabía por qué estaban allí esas fotos, ni quién las había tomado, ni tampoco quién las había dejado en el bar. Pero se acordó de ese momento tan entrañable, y a pesar del sufrimiento que le había provocado verlas, se alegró de tenerlas; un hermoso recuerdo: ella y su difunto querido marido, vilmente asesinado sin ningún motivo, besándose en la puerta de un restaurante al que habían ido a comer juntos.

9 CUERNOS

“Cazador cornudo: lo que buscó para otro, para sí obtuvo”
Proverbio indoamericano transmitido por el hechicero de la tribu Kokakola al explorador español Cabeza de Vaca (1531)

Desde que aparecieron los siete relatos que he presentado aquí, han pasado algo más de dos años. Por unos u otros motivos, fui aplazando la tarea; y tardé varios meses en pasarlos al ordenador y darles la forma de un libro. Después, cuando casi estaba listo para publicarlo, me sorprendieron algunos hechos y decidí esperar hasta ponerlos en orden y poder contarlos.

Hace un año aproximadamente, cambié de psicoterapeuta. El doctor Cuenttini me comunicó que lo dejaba todo para casarse con una viuda multimillonaria, doce años mayor que él, que había sido su paciente durante más de una década. Ella le quería en exclusiva; y para convencerlo, le regaló un porsche, abrió a su nombre una generosa cuenta que prometió nutrir todos los meses, y en su honor redecoró el acogedor nido de amor en la Costa Azul, mudo testigo de la pasión que la cautivaba, con un diván en cada una de sus catorce habitaciones; eso sí, dejando claro, por escrito, que en caso de divorcio, asesinato o tortura mental continuada, el doctor lo perdería todo.

— Pero doctor — le dije angustiado, cuando me dio la inesperada noticia — llevo con usted dos años... ¿Qué voy a hacer ahora?

— No se preocupe, Vicente. Le he hablado de su caso a un colega que me inspira la máxima confianza: el doctor José Mari Pagaitexkutxoundia. Es un gran psicoanalista. Se formó en el Instituto Edipo de Houston, bajo la supervisión directa de uno de los más grandes en este campo: el doctor Frank Stein, un hombre electrizante con un portento de cabeza, cuya obra es verdaderamente voluminosa. Ahora es el vicepresidente de la Asociación de Vascos y Vascas Psicoanalistas de Orientación Freudiana Clásica; la famosa AVVPOFC; más conocida como la POF de Euskadi, para diferenciarla de las POFs de otras comunidades autónomas...

— Ya, ya; pero...

— Nada, nada... mi colega está esperando a que le llame para concertar una cita cuanto antes... Aquí está su teléfono... y le recomiendo que no se demore... Hágalo por su inconsciente; él no puede esperar; necesita ayuda inmediata... y requiere de usted que no le abandone ahora...

El doctor Pagaitexkutxoundia me recibió enseguida; y en menos de cinco minutos me tenía tendido en su diván, una réplica exacta, según me informó, del que utilizó el mismísimo Freud cuando trató uno de sus más famosos casos: el del dueño de un perro que se sentía insatisfecho con su relación con el animal y desarrolló una doble personalidad "hombre-perro" para poder comunicarse mejor. Cuenttini le había puesto al día sobre lo mío, por lo que sólo necesitó que me enrollara durante cuatro sesiones de dos horas sin interrupciones, para tenerlo bastante claro:

— Por favor, Vicente, hágale de la relación que tiene ahora con su padre — intervino ipor fin! con voz muy pausada.

— ¿Con mi padre? ¿Ahora?

(El doctor guardó silencio).

— Bueno... es que mi padre murió hace nueve años y...

— ¿Murió hace nueve años?

— Sí, así es — confirmé — Los hizo hace un par de meses.

— No me había dicho nada de eso...

— Bueno... no sé... pensaba que no venía a cuento...

— ¿Eso piensa? ¿No comprende que es una pieza fundamental en todo lo que le sucede?

— ????

— ¿Por qué no lo mencionó, Vicente? ¿Por qué lo esconde?

— No sé...

— ¿No sabe? ¿O no quiere saberlo? Dígame, ¿pudo despedirse de su padre?

— ¿Despedirme? Bueno... entró en coma y... sí, me despedí, claro... pero no sé si me oyó, claro...

Vicente, le seré sincero — sentenció el eminente psicoanalista — Necesita despedirse de su padre... y no sólo eso: necesita perdonarle... y decirle que a pesar de todo lo sucedido en su infancia, usted le quiere...

— ????????

— Sí, sí, Vicente... Su inconsciente lo está pidiendo a gritos.

— Ya, mi inconsciente... comprendo (en realidad, no comprendía nada; pero ¿cómo iba a dudar del vicepresidente de la Asociación de Vascos y Vascas Psicoanalistas... una autoridad en eso del Edipo que me pasaba a mí?).

— ¿Sabe? — apuntó el doctor — necesitamos la ayuda de un médium.

— ¿Cómo?

— Sí; de un médium... para hablar con su padre... bueno, con su espíritu.

— ?????????????? (pensé que éste estaba más tarado que yo; pero...).

— Conozco una muy buena: Madam Milagros Buena-ventura — continuó el psicoanalista — Tiene más de mil horas de prácticas en el cementerio de La Almudena; está certificada por la Asociación Neoespiritual Internacional del Más

Allá (la ANIMA); es devota de San Gil, el santo de la muerte; domina varios idiomas...

Estuve algunas noches sin poder dormir: nervioso, angustiado, aterrorizado. ¡Encontrarme con mi padre! sin cuerpo... con su alma cabreada por mi incestuoso comportamiento... ¡Qué horror! Pero... ¿cómo decirle que no al doctor cuando había insistido tanto?

Pagaitexkutzoundia me recomendó que, además de mí, participara en la sesión alguien de mucha confianza que hubiera conocido bien al difunto, y le pedí a mi amigo Guillermo que me acompañara. Cuando se lo comenté, según deduje de su inequívoco gesto de alucinación, se convenció definitivamente de que yo estaba tarado perdido; pero tuvo el generoso gesto de no decírmelo, y sin preguntar, aceptó. Bueno... sólo puso una condición: que por ningún motivo apareciera el alma de un perro al que había querido mucho... "No problem", aseguró Madam Buenaventura.

El día acordado, Guillermo y yo tomamos una comida ligera en mi casa, tal y como nos había indicado Madam, y allí nos recogió un coche fúnebre; pues según la médium, se había comprobado que así era más fácil involucrarse y se conectaba más rápido con el difunto. Dentro, para ambientarse más, había una caja de madera cerrada en la que supuestamente no había nadie; aunque, la verdad, imponía muchísimo y daba bastante yuyu. Me habían ofrecido pagar menos por este servicio si lo compartía con alguien que ocupando la caja, se dirigiera a su último destino, pero pensé que no era el mejor modo de ahorrar; y así se lo indiqué a Guillermo, al que pedí que se encargara de las gestiones. Ya dentro del coche, el entorno era tan apabullante que mi amigo y yo, tal y como suponíamos que correspondía a tan simbólico escenario, permanecemos en absoluto silencio. Yo estaba al borde de un ataque de pánico, y eso me sumergía más en mí mismo; y él, muy inquieto, no sabía qué decirme. Hasta que por fin, se decidió:

— Vicen, ya sé que me dijiste que no ahorrara en esto del coche fúnebre... pero es que había una oferta increíble: menos de la mitad del precio de catálogo... y la cogí, claro... era un chollo...

— ¿Qué has hecho qué?... ¿Pero entonces...? — pregunté temiéndome lo peor, con la mirada pálida sobre la caja y el estómago a punto de estallar.

— Vicen, ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Pero qué te ocurre? ¡Espera! ¡Espera! ¡Aguanta, que abro la caja!

— ¡Noooooo!

Por suerte, no había nadie. Menos mal. Le habría vomitado encima.

Cuando llegamos a la consulta del doctor Pagaitexkoundia, la prestigiosa médium ya estaba esperándonos; aunque tan concentrada en sus preparativos mentales que ni siquiera nos saludó. En el mismo despacho del psicoanalista, con las persianas completamente echadas, se había instalado una mesa redonda con cinco sillas. Según nos explicaron, éste era el número ideal, por lo que se nos unirían el propio doctor y su "secretaria", una joven de treinta y pocos años llamada Anuska. Para romper el hielo y terminar de entonarnos, tomamos una infusión especialmente aconsejada por Madam Buenaventura, y enseguida nos sentamos en los lugares previstos. Anuska prendió ocho velas muy largas y unas varas de incienso dispersas por la habitación; después, apagó todas las luces, incluso las del pasillo, desconectó los teléfonos fijos, anuló el timbre de la puerta y se aseguró de que todos habíamos cerrado los móviles. Los preámbulos habían finalizado. Todo estaba listo para comenzar.

El silencio era absoluto. El ambiente, tenso y tenebroso. Sobre la mesa descansaban piezas de madera con letras y números grabados con tipografía antigua, formando una circunferencia de unos ochenta centímetros de diámetro. En el centro del círculo se posaba un vaso de cristal puesto boca abajo; y junto a la médium, un grueso taco de folios en blan-

co y varios bolígrafos. Madam Milagros llevaba unas gafas oscuras y parecía perder su mirada fija en el horizonte, como si fuera invidente. Iba vestida con una túnica amplia de color negro; y su único adorno era una cruzifijo plateado con el Cristo en relieve. Guillermo y yo nos miramos; sin decirnos nada, los dos nos dimos cuenta de que el terror, en su más pura esencia, había llegado.

Por fin, sin inmutarse, la médium habló para pedirnos que nos cogiéramos de la mano, cada uno con el que estaba a sus dos lados. Yo me encontraba a su izquierda, y temblé al sentir la suya: que estaba helada; ni me di cuenta de la otra, agarrada a la de Anuska. Así, en sepulcral silencio, permanecemos bastante tiempo (bueno, quizá no tanto; pero a mi me lo pareció), hasta que nos pidió que colocásemos la mano izquierda sobre el vaso. Ella puso la derecha, ya que, supuse yo, no quería soltarme. Yo estaba cagado de miedo. Me temblaba todo. Las piernas se me movían compulsivamente sin que pudiera hacer nada; el estómago me ardía; y una presión en el pecho apenas me dejaba respirar. Encima, esa mano fría de Madam era aterradora. Sentí que lo de comunicarnos con el espíritu de mi padre no iba precisamente en broma, y que la muerte, en persona, paseaba por allí cerca.

— Pascual (así se llamaba mi padre), ¡Pascual! — comenzó a demandar Madam, en voz alta — Pascual... queremos hablar contigo... Tu hijo Vicente está aquí... y quiere hablarte... él está arrepentido... y quiere decírtelo... ¡Pascual! ¡Pascual! Si tu espíritu está aquí, lleva el vaso hacia el Sí...

En el profundo silencio que siguió a la convocatoria del espíritu, la expectación era máxima; pero nada pasaba. El vaso seguía en el centro del círculo, y no había ningún indicio de espíritus que estuvieran por la labor de moverlo. Milagros Buenaventura repitió el ritual dos veces más... y nada. Mi padre no respondía. Seguramente, estaría demasiado ocupado con sus cosas de la eternidad y no habría escuchado la llamada, pensé; o no querría saber nada de mí, me preocupé; o aún

no me habría perdonado por lo de mi madre, me sentí culpable...

— ¡Pascual! ¡Pascual! Te lo pedimos ahora en inglés... por si lo entiendes mejor — nos sorprendió Madam, tras una breve pausa para concentrarse más y lograr una conexión mejor. — ¡Pascual! Si tu espíritu está aquí, si nos oyes y nos ves, lleva el vaso hacia el YES...

Nada. Sin respuesta. Claro que mi padre no sabía inglés, por lo que esta vez me pareció bastante lógico que no contestara.

Los intentos fallidos se sucedieron; pero allí nadie se atrevía a decir nada; y menos el doctor José Mari Pagaitexkuxoundia, completamente enganchado en tan trascendente vivencia, como queriendo, el mismo, contactar con el espíritu del difunto. Se me había olvidado preguntarle si el inconsciente seguía en el espíritu o se extinguía al desaparecer el cuerpo... pero entendí que ahora no era el mejor momento. Razoné que lo más lógico es que siga estando activo, con sus batallas internas y todas esas cosas; esperando a que llegue una reencarnación o algo así: otro cuerpo donde cobijarse y seguir dando el coñazo a diestro y siniestro.

Sin inmutarse ante el silencio como única respuesta, Madam Milagros decidió cambiar de estrategia. Volvimos a agarrarnos las manos con los dos vecinos, y así permanecemos otro rato, según nos explicó para favorecer la circulación de energía y desarrollar una fuerza superior que atrajera al espíritu... No sé que energía transmitía yo, pero la que me llegaba de Madam era escalofriante. De pronto, cogió uno de los bolígrafos con su mano derecha (la izquierda, que seguía helada, no me soltaba) y entró en trance. Si antes había experimentado terror, ahora no sabría cómo calificarlo. Sus epilépticas vibraciones se extendieron por todo mi cuerpo; y yo sentí que alguien o algo se apoderaba de mí; como si el mismo Satanás fuera a aparecer de inmediato. Y temí lo peor: que mi padre estuviera en el infierno... por mi culpa... por haberme

castigado tanto... ¡Para siempre en el infierno! y todo por esos castigos que yo tanto había merecido por ser un perverso prematuro, un vicioso del sexo, un ávido del incesto... Salí de mis mortificantes elucubraciones cuando Madam, sorprendiéndonos, comenzó a gritar como una loca:

— ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Pascual está con nosotros! ¡Háblanos, espíritu! ¡Háblanos!

Mientras decía eso, su mano derecha, completamente descontrolada como si sus bruscos movimientos fueran independientes del cerebro, trazaba líneas ilegibles en las hojas de papel y tiraba éstas al suelo una vez llenas. La misma mesa temblaba; y el círculo de manos agarradas comenzó a vibrar como si una corriente eléctrica que lo invadía todo, fuera trasladándose de unos a otros.

— Vicente, ¡háblale! ¡Habla a tu padre! — exigió la médium — Él te escucha...

Pero yo estaba completamente paralizado; mi voluntad no existía; era incapaz de articular una sola palabra.

— ¡Vicente!, ¡háblale, ahora! — gritó más, Madam; retánome para que lo hiciera — ¿O es que quieres que se enfade? ¿Es eso? ¿Quieres enojar al espíritu de tu papá, Vicente? Por el amor de Dios todopoderoso (cuando dijo esto, se multiplicó el temblor y varias velas se apagaron) ¡háblale! ¡háblale! ¡háblale!

No sé cómo, pero lo hice:

— ¿Papá? ¿Papá? ¿Estás ahí, papá?

— ¡Pues claro que está, coño! — saltó Madam Milagros — ¿Es que no lo notas? ¿No percibes su presencia? Está aquí, con nosotros... y está muy enojado... ¡muy enojado!

(Me sentí más culpable que nunca).

— ¡Papá! ¡Papá! ¿Por qué estás enfadado? ¿Es por mi culpa, papá?

— ¡Pues claro, hombre! ¡Por quien va a ser! — aclaró Buenaventura.

— ¡Perdóname, papá! ¡Por favor, perdóname! — le supliqué, casi sin poder vocalizar; en un mar de lágrimas que me ahogaba.

— Sigue Vicente; no te pares; ¡Sigue hablándole!

— Papá; quizá chupé demasiado los pechos de mamá cuando me alimentaba... No debí pasarme tanto... pero no recuerdo haberlo hecho con mala intención... Bueno, en realidad no recuerdo nada... pero seguramente pasó eso: chupé demasiado... me recreé en esos hermosos senos... aproveché que me daba de mamar para satisfacer mis deseos sexuales... pero no lo hice aposta, papá... ¡te lo juro! sería cosa del inconsciente, que se aprovechó de mi desconocimiento...

— ¡Sigue! ¡Sigue hablándole! — insistió Madam, cuando por culpa del llanto volví a quedarme callado — ¡Pídele perdón! ¡Pídeselo!

— ¡Perdóname, papá! ¡Perdóname!... Siento haberte molestado... pero créeme: yo no quería que mamá te pusiera los cuernos conmigo... ¡Eso jamás, papá! yo sólo era un bebé... fue el cabrón de mi inconsciente... que es un aguafiestas... un hijo de puta...

— Y ahora, perdónale tú por sus castigos — intervino la médium — ¡Perdónale tú! Su alma necesita tu perdón... ¡Perdónale, Vicente!

— ¡Sí, sí, sí! ¡Claro que te perdono, papá! Si me castigaste tendrías razón... seguro que viste algo malo en mi comportamiento... que chupaba demasiado... que con la excusa de que tenía que mamar, le mordía los pezones a mamá y me aprovechaba... que satisfacía mis necesidades sexuales con ella... que disfrutaba como un vulgar pecador... Sí, me merecía tus castigos; y por eso te perdono... ¡Te perdono, papá!

— ¡Ohhhhhh! — exclamó la médium — Tu papá te comprende, Vicente; está emocionado; te da las gracias.

— Gracias a ti, papá... eres el mejor papá... un papá colega... un crack de papá... un papá galáctico...

— Bueno, bueno; ya está, Vicente — le interrumpió Madam — Ya basta...

— ¡Te quiero papá!... eres la h... lo máximo... me siento orgulloso de ti...

— ¡Basta, Vicente, joder! No seas plasta... Tu papá me está diciendo que se tiene que ir... no le entretengas... venga, despídete de él...

— Adiós, papá; adiós.... Y por favor, descansa en paz... y si estás en el infierno... ¡escápate de allí, papá! ¡vete de allí como sea! Soborna a Satanás, o a sus ayudantes... ¡escápate ahora mismo! No seas tonto, papá... ¡No vuelvas allí!

Dejé de suplicarle cuando sentí que Madam Milagros caía desmayada sobre la mesa; eso sí, sin soltar mi mano, a la que se aferraba con la suya helada como clavo ardiendo, como lo haría un espíritu desesperado que no quisiera volver al averno. Completamente inmóvil, parecía muerta; pero ninguno reaccionamos para socorrerla. Estábamos exhaustos y paralizados; sin que nos impresionara verla así; como si la muerte fuera una vieja conocida cuya presencia no desentonaba.

La intensa experiencia afectó mucho a Guillermo. Durante seis semanas no salió de su casa, y se negó a contestarme cuando le llamaba por teléfono. Se pasaba el día en la cama, apenas comía, y cuando se levantaba, parecía un cadáver viviente. Su madre estaba desesperada. Una amiga suya, habitual de las tardes de tute con merienda incluida, le habló de un psicólogo muy famoso que podría ayudar a su languidecido hijo, y ella, tras insistirle mucho, logró llevarle a que le viera.

— ¡Otro tarao que va al psiquiatraanalista! — exclamó nuestro amigo Pepín cuando se enteró — Si es que esto se contagia ¿vale? A ver quién es el próximo ¿vale?

— Ya os comenté lo que leí en internet: que todos estamos un poco taladraos ¿no? Pero joder, quién iba a esperarlo de Guille ¿no? — se sorprendió Paquito, otro amigo.

— Si es que hay que tener cuidao ¿vale? Porque lo de Vicen es contagioso ¿vale? Se empieza porque una tía se toma la sopa con un chicle en la boca y se acaba fatal ¿vale?

— Tío, están los dos locos de atar ¿no? Pero si dicen que han hablado con el padre de Vicen y que está en el infierno ¿no? ¡Coño, que fuerte! ¿no?

— ¿En el infierno? No me jodas ¿vale? ¿Cómo van a saber eso, tronco? Ni que le hubieran visto tostadito ¿vale?

— Que yo sepa no le han visto ¿no? Sólo era su alma espiritual. Y si no tenía boca, no podría hablar ¿no? ¿O si hablaba? ¡Joder, sí que es fuerte! ¿no?

Yo seguí asistiendo a la terapia del doctor Pagaitexkxoundia. Había pagado por anticipado un ventajoso bono de treinta sesiones y no estaba dispuesto a perderlo. Así que continué viajando a mi interior para encontrar las respuestas que a pesar de mis esfuerzos, no llegaban. Según el psicoanalista, estaba demasiado bloqueado por tanta frustración, culpabilidad y represión en mis primeros años de vida, por lo que resultaba absolutamente imprescindible romper esas barreras defensivas que mi inconsciente había levantado para protegerse. También me recetó Quilebrizin, que hacía tiempo que no tomaba. Respecto a la experiencia con la médium, se mostró muy satisfecho:

— Ha sido un paso decisivo — resumió en pocas palabras.

— Pero doctor — apunté yo — Si casi me muero... y he tardado más de dos semanas en recuperarme...

— Ha sido una confrontación con su pasado, con sus culpas, con sus cuentas pendientes — contestó Pagaitexkxoundia, muy seguro — y como en toda confrontación, la lucha ha dejado secuelas... Pero pronto, como mucho en un par de años, se sentirá mejor; y se alegrará de haberlo hecho... Es más, cuando pasen unos meses volveremos a hacerlo para consolidar los avances...

La que no esperó tanto fue Anuska, su “secretaria”. Según me enteré, le impactó tanto lo sucedido que desde entonces ya no fue la misma. Entre otros síntomas, sufría terribles pesadillas y sentía pavor cuando tenía que entrar en el despacho del doctor. La angustia invadía su existencia, y lo peor sucedió cuando en una de sus “sesiones privadas” con Pagaitexkutxoundia, estando éste desnudo, creyó que quien le hacía el amor en el diván era el espíritu de mi padre jaleado por Satanás... ¡Loca de atar! Lo abandonó todo; y se retiró, *sine die*, a un silencioso monasterio regentado por una tía segunda de su madre.

Todo esto me hizo pensar que las voces y los gritos que seguían apareciendo en la grabadora que dejaba encendida por las noches, podían relacionarse con espíritus insatisfechos que deambulaban buscando algún consuelo; probablemente amigos o conocidos de mi inconsciente, con quien podían estar compartiendo amenas tertulias y planes para la salvación eterna. Esta reflexión no se la conté a nadie. Pensé que podrían encerrarme.

Pasaron varios meses sin que yo notara progresos. Hablaba y hablaba con el psicoanalista (de lo de siempre) pero no avanzaba. Al parecer, el aguafiestas de mi inconsciente no quería colaborar, y así era muy difícil; prácticamente imposible. Un día quedé con Guillermo, y le vi bastante bien.

— ¿Sabes, Vicen? La terapia que estoy haciendo me está sentando estupendamente... Me encuentro como nuevo...

— Hombre, cómo me alegro, amigo — me congratulé — Debe ser que a tu inconsciente, a diferencia del mío, le gusta colaborar... Seguro que comprende mejor lo que es trabajar en equipo...

— ¿Mi inconsciente? No sé ni de que va eso, Vicen — replicó — Mi terapeuta nunca me ha hablado del inconsciente.

— ¿Nunca? ¡¿Qué dices?! — reaccioné entre estupefacto e incrédulo — Pero si es la clave para progresar...

—???????

— ¡Me estás vacilando, tío! — insistí.

— Vicen, comparado contigo, yo sólo soy un novato en todo esto de los psicopsiquiatras; pero en mi caso, del inconsciente ese, ni mú.

Fue un shock terrible que rompió todos mis esquemas; pero la realidad era que mi amigo había avanzado y yo estaba cada vez peor. Claro que probablemente, pensé, su trauma sería más leve: sin esas experiencias horribles que yo había protagonizado en mi infancia que obligaban a una terapia más contundente. Quise convencerme; y para ello elaboré una frase que me repetía constantemente: “lo mío es más profundo; necesito comprender a mi inconsciente”. Hasta la grabé en mi móvil acompañada de música, y lo programé para que sonara cada vez que me telefoneaba alguien. Yo mismo, desde una cabina, me llamaba para poder oírlo. Así estuve más de veinte días; hasta que hartado de no convencerme, decidí cambiar de terapeuta y probar con el que tenía Guillermo.

— Bye, bye, inconsciente de mierda... estoy hasta los mismísimos cojones de ti... ¡ahí te quedas! (Tras decir esto, me sentí muy aliviado).

El terapeuta de Guillermo estaba de viaje, por lo que no me dieron cita hasta tres semanas más tarde; y para mí era demasiado. Pero recordé que en la empresa me habían hablado de uno al que llamaban “coach”. Según me explicaron, no era un psicoterapeuta, sino alguien que te ayudaba a mejorar en tu trabajo y en tu vida personal, pero sin que estuvieras tarado. La verdad es que no entendí muy bien qué era lo que hacía exactamente, pero como pensé que no tenía nada que perder y me urgía hablar con alguien, decidí pedirle hora.

— Buenas tardes; soy Sebastián Alegre, coach certificado por la Asociación Internacional, la Europea, la Española y la de Alcorcón. Soy discípulo directo de José Miguel García

Liante, fundador y presidente del Alcorcón Coaching and Mentoring Institute; seguro que ha oído hablar de él...

(No pude evitar poner cara de no tener ni idea).

— Sí, ha escrito varios libros — continuó — Seguro que ha leído alguno...

(Me sentí culpable por ser tan ignorante).

— Hay uno que es un auténtico bombazo: se titula “Eres un ganador aunque aún no lo sepas” ¿Qué le parece?

— Tiene buena pinta ¿no?

— Más que eso — saltó Alegre — En este libro, García Liante defiende una evidencia contundente: el espermatozoide que fecundó el ovulo para darnos la vida, lo consiguió compitiendo con millones de colegas que perseguían el mismo objetivo... pero sólo ese, precisamente ese, lo logró... ¡un auténtico ganador! Y el resultado somos nosotros... unos ganadores en potencia... pero eso hay que desarrollarlo, obvio... y para eso está el coaching...

(Me quedé asombrado con tan ingenioso planteamiento; pensé que mi inconsciente sabría todo eso; y, sin embargo, el muy cabrón no lo había compartido).

— El gran maestro García Liante se formó como coach con el eminente Ronny Passas, que a su vez se certificó con George Pancake, seguidor de la escuela de coaching desarrollada por Donald MacBurger, uno de los grandes gurús a nivel internacional...

(Así se presentó el coach, dejándome casi sin palabras).

— Me gustaría saber en qué le puedo ayudar; pero antes, debo decirle que el coaching es algo más que un método de trabajo... Es una forma de vida... y eso supone lograr una transformación en la que yo, su coach, estaré acompañándole...

— Ajá; comprendo...

— ¿Lo comprende?

— Sí, creo que lo comprendo...

— ¿Lo cree? ¿O lo comprende?

-
- Bueno, lo creo, sí; creo que lo comprendo.
(El coach asintió; y guardó silencio; hasta que se hartó).
- ¿Así que cree que lo comprende?
- Sí, así es...
- Muy bien; me alegro de que lo comprenda — recalcó el coach — ¿Y qué es lo que comprende?
- Pues eso; lo que me ha dicho...
- ¿Lo que le he dicho?
- Sí, sí...
- Muy bien. Y de lo que le he dicho, ¿Qué es lo que comprende mejor ?
- Pues todo...
- Entonces, ¿comprende usted que se necesita una transformación para poder alcanzar lo que uno persigue?
- Ajá... y bueno... supongo que eso es algo parecido a lo del inconsciente — me atreví a participar.
- ¿El inconsciente? No; esto no es terapia. Mire, yo soy licenciado en Económicas y coach, pero no soy psicólogo o psiquiatra. Eso es otra cosa.
- ?????
- El coach le acompaña en esa transformación que necesita para ser más feliz y gestionar mejor su vida...le hace preguntas para que usted encuentre las respuestas...
- Bueno, también lo hace mi psicoanalista...
- Esto es diferente; no es psicología, es coaching; yo le acompaño para que usted se conozca mejor y pueda alcanzar metas más altas... y hay coaching ejecutivo, coaching directivo, coaching personal, coaching de grupos, coaching deportivo, coaching educativo, coaching gastronómico... Supongo que usted quiere el coaching personal ¿no?
- ???
- Sí; para mejorar la gestión de su vida... Para eso lo importante es que usted y yo, su coach, encontremos ese punto de encuentro en el que nos beneficiemos mutuamente... esa conexión que nos sirva para lograr la transformación psíqui-

ca, emocional y espiritual de la que le hablaba... ese autoco-
nocimiento... y para eso hay que profundizar...

— ¿Profundizar? (recordé a Cuenttini y a Pagaitexku-
txoundia). Pero eso...

— Mire; un famoso filósofo griego llamado Artodetekilas
ya lo decía: “Profundiza, transfórmate y crece”, una frase que
inspiró mucho a Amígdalas, laureado campeón olímpico de
la antigua Grecia, quien a pesar de sufrir una terrible inflama-
ción en la garganta que le dificultaba respirar, siguiendo las
enseñanzas de Artodetekilas fue capaz de transformar el dol-
lor en estímulo positivo y, así, derrotar a sus rivales.

— Pero eso... (quise decir algo, pero no pude).

— ¡Ah! y fíjese que recientemente se ha sabido que el le-
gado de Artodetekilas formó parte de la cultura tolteca, el
pueblo más avanzado del México prehispánico... y eso que el
filósofo vivió varios siglos antes... y no había internet, jaja-
ja... sorprendente ¿verdad?

(El coach seguía lanzado; era inútil intentar hablar).

— Muchos triunfadores han seguido las máximas del
gran Artodetekilas. Los mismos Beatles se inspiraron mucho
en la idea de profundizar cuando compusieron “Yellow Sub-
marine”. Y no hay que olvidar una de las frases que definen
el positivismo: “Piensa bien y acertarás”.

— ??

— Sócrates desarrolló el método socrático para ayudar a
sus discípulos a través de las preguntas. Por eso un coach
hace muchas preguntas. ¿Qué opina?

— Bueno...

— ¿Es que no opina?

— Sí, sí, claro...

— ¿Claro? Dígame ¿Qué opina?

— Pues que es interesante lo del griego ese — contesté
para quitarme el acoso de encima.

— ¿A qué griego se refiere?

— A ese que me dijo.

— ¿A quién?

— Pues a ese...

— ¿Quién es ese? ¿Artodetekilas? ¿O Sócrates?

Me agobié tanto que le dije que tenía prisa y salí disparado. En el camino a casa, llamé a Pagaitexkutxoundia para pedirle perdón y solicitar que me readmitiera. Por suerte, pensé después, nadie contestó al teléfono y pasé de dejar un mensaje en el desesperante buzón de voz.

Ahora sí, decidí esperar al loquero de Guillermo; y llegó el momento. Estaba tan nervioso como en el primer día de colegio. Llevé conmigo todo mi historial, incluyendo los cuadernos que había completado con mis pensamientos, sensaciones, sueños, dibujos, cuentos chinos y no sé cuántas cosas más. ¡Había hecho de todo! Tampoco olvidé los garabatos que había trazado Madam Milagros Buenaventura cuando entró en contacto con mi padre; y las cintas con extraños sonidos que habían sido grabadas por las noches. Lo único que obvié fueron los misteriosos relatos que habían aparecido en mi mesilla. Y me sorprendió que, echándolos en falta, ya en la sala de espera algo relacionado con ellos me resultara familiar... Por más vueltas que le daba, no sabía qué era... Pero no tardé en descubrirlo.

— *Monsieur* Visente... ¿Puedo llamagle así? Soy el doctog Tuales; Hengy Tuales; paga segvigle *Monsieur*.

Del resto de la sesión, ahora mismo ni me acuerdo. Al salir de allí, coincidí con un hombre de unos sesenta años esperando al ascensor. Bajamos juntos y hablamos de lo típico en estos casos: el tiempo. Después, ya con otros temas que fueron apareciendo sin darnos cuenta, nos quedamos un rato en el portal y terminamos en un café que había cerca. Me contó que era el presidente de la Asociación Iberoamericana de Padres Estériles y Lógicamente Cornudos (la AIPELC), cuyo principal objetivo consistía en ayudar a superar el shock que

se producía cuando uno se enteraba de que reunía los requisitos para poder asociarse.

— Créame, es muy duro — sentenció mi nuevo amigo, completamente convencido — Yo lo he vivido en primera persona...

Aunque yo no tengo hijos, me resultó fácil comprenderle; e incluso pensé que podría ser más grave que verse defraudado por una espectacular mujer chupándose los dedos para limpiarse el ketchup. Aunque cada uno tiene lo suyo, y sólo de pensar en el ejemplo me entraron nauseas.

— Fíjese que lo di todo por mis cuatro hijos — se lamentó — Me sacrifiqué para que triunfaran en el deporte, y nunca escatimé esfuerzos... nunca me rendí... y ayudé a sus tres madres... Quiero decir que son de tres madres diferentes... mire, mire, estos son ellos (me enseñó sus fotos)... uno blanco, dos café con leche y uno canela... ¿Qué le parecen?

— Emmm... sí... se ve que son buenos chicos... y la niña es muy guapa.

— Sí, ¿verdad? Es brasileña. Pero fíjese que hace unos meses me entero de que soy estéril... La vida es una mierda, amigo; por eso vengo a ver al doctor Tuales.

(Confirmé entonces lo que había estado anticipando: ¡otro tarado!).

— Seguro que el doctor Tuales le ayuda, hombre... Me han hablado muy bien de él — subrayé para darle ánimos, aunque sin conocimiento alguno que sostuviera tal afirmación (muy bueno tiene que ser este doctor, deduje, para que este pobre se pueda quitar los cuernos de itres mujeres!).

— Dicen que es el mejor... aunque yo soy bastante escéptico con esto de la psique mental — replicó él.

(Con tanto cuerno, yo también sería escéptico, reflexioné).

— Pero no se pierde nada por intentarlo ¿no cree? Además, ha escrito un libro relacionado con lo mío: "La Felicidad con Cuernos"... Pronto lo va a presentar; y estoy deseando leerlo.

— Sí, claro, muy interesante... (pensé en mi pobre padre deambulando por la eternidad, con esos cuernos que mi madre le había puesto conmigo).

— Si me gusta, se lo pasaré... por si acaso; nunca se sabe... (toqué la madera de la mesa) y por supuesto lo recomendaré en la AIPELC... ¿Sabe? ya somos más de cincuenta... Por cierto, me llamo Alfonso Bradillo; para lo que guste...

— Encantado Alfonso... ¿Ha dicho Pardillo?

— No, no; Bradillo. Alfonso Bradillo.

Al regresar a casa me faltó tiempo para revisar esos relatos. Y lo confirmé. El destino me había puesto en contacto con los personajes de dos de esas historias; y la del pobre pardillo de Bardillo ¡había ocurrido después de verla y escrita! Volví a sentir miedo a lo desconocido. Interpreté que algún dios quería transmitirme algo; que tenía una misión que cumplir... pero que no sabía cuál era. Lo que me faltaba para estar aún más chaveta.

La ultra agresiva terapia del archiconocido psicólogo Henry Tuales, no se hizo esperar. Me ataba a una silla para que no escapara, y me abría los ojos con palillos para que no los cerrara. Después, me machacaba durante horas y horas, con películas de mujeres muy bellas haciendo guarradas en la mesa. Lo llamaba "Inundación"; y vaya si lo era: la angustia inundaba mi cuerpo, y yo sentía que no podría resistirlo. Pero pasado un tiempo la angustia decrecía, y aún no yéndose del todo, se hacía soportable. Entonces, Tuales me soltaba, me pedía que cerrara los ojos, y valiéndose de una sutil voz muy calmada, lograba que me relajara. Terminaba exhausto; pero cada vez más convencido de que podía tolerar esa imperfección que tanto me afectaba.

El siguiente paso consistió en ponerme frente a imágenes de la misma Afrodita simulando que ésta llevaba la cabeza hasta el plato y masticaba con la boca abierta: ¡fue horrible! Y

más tarde, de la diosa sujetando los cubiertos como si fueran puñales desde los muñones: una aterradora tortura en su máximo grado. Además, cuando estuve preparado, me exigió que en mi casa, mientras comía, pusiera delante una estatua de mi venerada divinidad y le untara los labios con chocolate, manchara su cuerpo con alguna salsa y tocara sus muñones con las manos sucias: a ser posible de grasa. Lo pasé fatal cumpliendo este encargo; pero me sorprendí a mí mismo cuando comprobé que había sido capaz.

— ¿Cómo gjesponden esos ejegsisios, amigo Visente?... ¿Ya puede imaginag a Afgodita sentada en la tasa del wateg?

— Agggggg (sólo pude decir eso, influido por el asco y el rechazo).

— Ohhh, amigo; compguebo que hay que seguig tgabajando gjjugosamente en las gjutinas... Pego animo, está pggoggesando gjapido... gjealmente gjapido.

El doctor Tuales me invitó a la presentación de su nuevo libro: “La Felicidad con Cuernos”, que tendría lugar en el salón de actos de la agrupación taurina “Hay que Tenerlos Bien Puestos”, de la que es socio de honor por haber tratado con indiscutible éxito a varios matadores ilustres y algunos picadores y banderilleros. Entre los maestros, recordé, porque fue muy comentado, el caso de Pepelito del Corral “El Niño de las Manos Limpias”, conocido así por la costumbre que tenía de lavárselas varias veces, en el mismo ruedo, antes, durante y después de la faena con la muleta, lo que le había costado múltiples avisos (en ocasiones, los tres que retiraron al toro, con el consiguiente escándalo) e infinidad de multas por los retrasos que la exagerada higiene provocaba. Hasta fue denunciado por la Asociación Extremeña de Ahorradores de Agua (AEAA) tras haberlo hecho veintisiete veces en la plaza de Plasencia. Pepelito ya trabajaba con el doctor para superar la asiduidad a ese exceso, cuando extraoficialmente pasó a apodarse “El Impotente” tras una grave cogida que le apartó

de otro de sus hábitos más frecuentes: las embestidas a cualquier falda que se le pusiera delante. Fue un verdadero *shock* para el mundo del toro. Uno de los principales críticos taurinos, visiblemente impactado, lo destacó en su columna (como tengo el recorte, transcribo parte de ella): "... la contribución del Niño de las Manos Limpias ha sido decisiva para que sean muchos, tanto aficionados como detractores de la Fiesta, sin distinción por este motivo, los que lleven cuernos; y ahora, precisamente un cuerno, le libera para siempre de tan tamaña responsabilidad". El trauma fue tremendo, pero con sus métodos más vanguardistas, junto al más rudimentario de llevar una patata para marcar el paquete de cualquier torero que se precie, Tuales le ayudó a superarlo; y El Impotente se convirtió en todo un símbolo de castidad obligada y saludable higiene (pasó a lavarse las manos únicamente tres o cuatro veces) que arrancaba los aplausos de los aficionados de todas las plazas; incluyendo los de los cornudos, ignorantes muchos de ellos, que él había bautizado. El doctor solía quitarle importancia; pero conseguir que un matador tuviera los c... de salir al ruedo con ese apodo, se consideraba en el entorno taurino como una grandísima hazaña.

Llegué pronto a la presentación y aproveché para tomar algo. Ya en la cafetería, se me acercó una cara conocida que no acertaba a situar...

— Hola Vicente... ¿Te acuerdas de mí? Soy Anuska...

— ¡Anuska!... Claro que me acuerdo de ti... la secretaria del doctor Paga...

— Pagaitexkuxtoundia — lo terminó ella.

— Claro, claro... era por abreviar... ¿Cómo estás? Me dijeron que te habías ido a un convento...

— Es cierto — confirmó, bajando la mirada — Pero ya he vuelto.

Charlamos durante un rato para ponernos al día. Ella me contó que ya no trabajaba con Pagaitexkuxtoundia, y que de momento estaba en el paro. Ahora, su principal objetivo era

recuperarse del todo; y después, aunque fuera en el extranjero, encontrar algo de lo suyo: ingeniero de montes con un máster en “Prevención Online de Incendios Forestales” y un curso de especialización en “Ardillas y Bosques de España”. Eso de irse, a su madre no le apetecía mucho, y por eso dudaba; si bien creía que llegado un momento son los hijos quienes tienen que tomar sus propias decisiones, aunque sin herir a nadie...

(¡Uff! no paraba de hablar. Ni siquiera cuando el camarero preguntó qué queríamos tomar).

Y así siguió, siguió y siguió, enrollándose con un tono soporíferamente monótono sobre cosas que en realidad me importaban un pimiento (y encima, tampoco la conocía mucho). Yo, educadamente, movía la cabeza como un autómatas para mostrarle que la seguía, pero mi mente buscaba la excusa para huir de aquel tormento con el mayor decoro posible. Hasta que al borde de la desesperación por tan cruenta penitencia, casi a punto de autolesionarme, me comentó que era paciente del doctor Tuales.

— No me digas... Vaya, yo también — pude intervenir, por fin.

— Qué bien — comentó la chica — Me alegro por ti, porque es muy buen psicoterapeuta... y también me alegro mucho de haberte encontrado aquí...

— Gracias. Yo también — correspondí.

— No te lo digo como cumplido. Necesito contarte algo...

— ¿A mí? (ino, por favor! rogué para mis adentros).

— Sí; a ti — aseveró decidida; aunque noté que le costaba continuar — Aquella sesión con Madam Milagros Buenaventura me impactó mucho...

— No me extraña. A todos nos impactó mucho — le dije para que sintiera que teniendo en cuenta lo ocurrido, era lo normal.

— Ya, ya... pero mira... yo sigo teniendo pensamientos muy raros... que me afectan mucho... y Madam Milagros ha insistido en que tenía que pedirte ayuda...

—¿Madam Milagros?... ¿Pero no murió ese mismo día?... Yo la vi... ¡Estaba muerta!... ¿No lo recuerdas?

— ¡Qué dices, hombre!... Se quedó así toda la noche; pero por la mañana volvió en sí y se zampó todas las rosquillas que teníamos para merendar el doctor y yo. Después, se largó; y ya no supe más de ella hasta que regresé y pude localizarla... Pensé que era la única que podría ayudarme... bueno, además de Tuales, claro...

— Es increíble — exclamé — Nos deja a todos hechos una mierda y encima se come todas las rosquillas... ¡Alucinante!

— Sí, sí; unas rosquillas riquísimas... Menudo chasco cuando nos dimos cuenta... Pagaitexkutxoundia se puso furioso y me hizo cancelar todas las citas de ese día. Para él, la meriendita con las rosquillas era sagrada, y no podía ser cualquier rosquilla; esas se las traían de un pueblo de Cuenca... Pero bueno, el caso es que Madam quiere que yo hable contigo.

— ????? (guardé silencio, esperando que continuara).

— Como te dije, tengo pensamientos muy raros, y... ufffff ¡qué vergüenza chico!... no sé ni cómo empezar...

(Seguí en silencio; tantos años de terapia me habían curtido).

— Después de lo que pasó ese día... en fin... que a veces pienso que el espíritu de tu padre me hace el amor... ufffff... ¡por fin te lo he dicho! ¡Qué vergüenza!

— ¿Cómoooo? ¿Mi padreeee? (me lo habían contado, pero pensé que era una broma de mal gusto; me quedé de piedra).

— Sí; como lo oyes... él me hace el amor... y algunas veces, Satanás también participa... Al principio, sólo era un espectador, un *voyeur* que le animaba a hacérmelo... pero des-

pués... debe ser que no le bastaba con incitar y mirar... y hemos hecho algún trío... uffff, chico, qué agobio...

— ¡Qué horror! — no pude decir más.

— Pensarás que estoy trastornada ¿verdad? — comentó ella, acertando en el diagnóstico y dándome bastante pena.

— No, mujer... ¿Cómo voy a pensar eso? — le dije para que no se sintiera mal; aunque yo, en realidad, estaba perplejo, obnubilado, completamente desbordado y, lo peor de todo: ¡terrorizado!

— ¿Entonces, piensas que esto es algo normal? — preguntó Anuska, queriendo que le contestara algo que paliara lo que en realidad sabía.

— Bueno... normal, normal... lo que se entiende por normal... Pero ¿qué es y qué no es normal? — recurrí a mis conocimientos de Filosofía de andar por casa — Además, no te preocupes... un amigo mío dice que todos estamos un poco tarados...

— Ajá; entonces crees que soy una tarada; es eso ¿no?

— No, mujer... tarada en el sentido literal, no... bueno... quizá un poco... pero no más que yo... o que cualquier otro... jajaja — No sabía qué decirle, la verdad.

— Esos pensamientos se han apoderado de mí — continuó ella, ahora más desinhibida — Sobre todo los tengo de noche, cuando duermo... pero a veces también de día, cuando se me va la olla...

Yo estaba horrorizado. Y volví a sentirme culpable. El espíritu de mi padre no descansaba; y encima salía de juerga con el mismísimo Satanás, seduciendo a Anuska y quién sabe a cuántas muchachas más. Como si en el infierno no hubiera suficientes mujeres, o les diera más morbo la fruta prohibida de la lista de espera. Pensar que mi padre, abocado al pecado por mi incestuoso comportamiento, se dedicaba a hacer tríos con Satanás, ¡era algo monstruoso!

— El caso es que — siguió Anuska, sacándome del espanto de mis conclusiones para espantarme aún más — tu padre

me lo hace sin cuerpo ¿entiendes? Él no tiene cuerpo, porque está muerto... pero yo le siento en lo más profundo, como si lo tuviera... No sé si me entiendes...

— La verdad, Anuska, es que prefiero que no me expliques los detalles... Todo esto es demasiado fuerte...

— Ya lo sé, Vicente; pero según Madam Milagros, tengo que explicártelo. Dice que él necesita un cuerpo para satisfacer algo que tiene pendiente... ¿Comprendes? Necesita un cuerpo... pero no lo tiene... ¿Comprendes?

—?? (pobre Anuska: ¡qué tarada estaba!).

— Madam dice que tú, ya que eres su hijo, deberías prestarle tu cuerpo.

— ¿Yooooooo? ¿Al espíritu de mi padre? Mira, la que de verdad está taladrada, y mucho, es esa Madam... (y tú también, bonita; aunque no me atreva a decírtelo así de crudo).

— Pero él te habló. ¿No lo recuerdas? Y a mí me posee... Es un protegido de Satanás; y a los dos les va la marcha... ¿Es que no lo ves?

Me había olvidado de todo ese rollo del inconsciente; pero el muy cabrón regresaba. Menos mal que, al menos en ese momento, me salvó la campana. La presentación iba a comenzar, y tuvimos que interrumpir la horripilante conversación para entrar y sentarnos en la sala. Anuska no se apartó de mí; y dentro se nos unió Alfonso Bradillo. Tres tarados juntos, pensé, que seguramente no éramos allí los únicos.

Enseguida salió a escena el doctor Henry Tuales, acompañado del presidente de la agrupación taurina "Hay que Tenerlos Bien Puestos", don Felipe Espada, y de la hija de éste, Lidia, relaciones públicas de la asociación. Espada comenzó el acto con una soporífera repetición de los conocidos méritos del doctor. Repasó todos sus títulos, sus condecoraciones, sus libros... Tenía una relación completa, y su lectura fue exhaustiva. Cuando parecía que ya había terminado, se extendió contando algunas anécdotas personales en clave que casi na-

die entendió (aunque él, su hija y unos cuantos más de las primeras filas, se rieron mucho); y por supuesto, mencionó el caso de El Impotente y de otros matadores con los que Tuales había trabajado. Era de esos oradores que no saben terminar, y que cuando se les acaba el contenido, repiten y repiten cosas que ya han dicho anteriormente. En este caso, recibió el primer aviso en forma de suaves murmullos del público, pero no se dio por aludido y siguió con la faena sin entrar a matar. Por suerte para todos, lo hizo tras el segundo aviso: un “discreto” codazo de Lidia que le incitó a estoquear la cansina verborrea antes de que la plaza se le quedara vacía. Emocionado por el efusivo aplauso que premió su alocución (sobre todo, su final), don Felipe dio paso a la presentación del libro por parte del propio doctor, explicando que el encargado de hacerlo, el famoso novelista y crítico gastronómico francés Jean-Pierre Chateaubriand, se había excusado por coincidirle con una invitación al concurso internacional de “Miss Caribe”, en Cartagena de Indias, que ese año incorporaba una prueba sobre alimentación.

Considerando esa atractiva alternativa y la panda de tarados que estábamos allí, entendí perfectamente el buen gusto de Chateaubriand; aunque pensé en lo que yo podría sufrir rodeado de tantas bellezas que seguramente comerían fatal. Imaginé a esas hermosas mujeres delgadas, de espectaculares formas, pieles tostadas, labios sensuales y manos cuidadas, cogiendo mal los cubiertos, bajando la cabeza hasta el plato y masticando con la boca abierta... Aggggg... ¡Qué pensamiento! Me asusté... ¿Volvía a lo de antes?

Por suerte, Taules me había anticipado que podría sucederme esto: una recaída, lo llamaba; y por si acaso, me había enseñado una técnica para combatir los pensamientos malignos. Consistía en detenerlos enérgicamente con una palabra clave, y justo después, hablar conmigo mismo: decirme cosas para concentrar mi atención en otro asunto. El momento de aplicarla había llegado. Sin que se notara, tensé y solté mi es-

tómago para provocar que se relajara, y comencé a repetirme sin mover los labios: “¡Stop! ¡Stop! ¡Stop!, atiende a la presentación, concéntrate en lo que dice el doctor...” Funcionó a la perfección (¡Henry Tuales es un crack!).

— Quegidos amigos: es un honog paga mi pgesentag este libgo aquí *précisément*... pues su título gjesulta muy apgopiado paga este lugag... aunque lo siegto es que “La Felicidad con Cuegnos” no se gjeifiege a los togos, sino a las pegsonas, jajaja...

El doctor se encontraba en forma, y su envolvente oratoria enseguida captó la atención y el interés de los que le escuchábamos. Me dio la impresión de que la mayoría, cornudos o no, esperábamos hallar en sus palabras alguna respuesta útil: algo que nos ayudara a poner un mínimo de orden en el galimatías mental que casi siempre nos acompañaba.

— Sin embargo, debo decig, que ya que nos encontgamos aquí, en una asociación taugina, es justo gjecogdag que el togo, ese animal bgavo, noble y admigable, tiene cuegnos... Sí, quegidos amigos... el togo, que simbolisa la fuegsa, la elegancia y el valog, gjesulta que tiene cuegnos... y más aún, quegidos amigos... si pegdiega esos cuegnos, si no los tuviega... ya no segia un togo gjespetado, amado, admigado, ensalsado, jgeconosido...

El razonamiento era contundente; el sepulcral silencio en el auditorio, así lo reflejaba.

— ¿Y pog qué entonses, quegidos amigos, las pegsonas nos sentimos maltgatadas e infelises cuando llevamos cuegnos?

(Aquí, guardó un silencio que invitó a la reflexión).

— ¿Pog qué somos tan gjuines, tan cgueles, tan gjetgogados? ¿Pog qué no vemos la pagte positiva de los cuegnos? ¿Pog qué no los apgovechamos paga seg más felises?

(Nuevo silencio; que cortaba el aire).

¿Es que un cognudo no tiene degecho a seg felis?... Pues mi gjespuesta y la de este libgo que yo he escgito (que es la

misma, *logiquement*) es un gjetundo sí... *Oui, Mesdames et Messieurs...* Sí tienen ese degecho; un degecho que no está escgito en ninguna constitución (pego que debegía estaglo); un degecho que se puede alcansag con la apegtuga mental... y este libgo, vegsa sobge eso, *précisément...*

La pasión de Henry Tuales contagió a todos; sin excepción. Alfonso Bradillo fue de los primeros en ponerse en pie para significar, aún más, el reconocimiento de su enardecido aplauso. Le siguieron muchos otros; y finalmente, todos. Pero el doctor no había terminado... y con un gesto de sus manos, nos pidió que nos sentáramos. Tardamos más de dos minutos en hacerle caso; pero por fin llegó la calma, y el discurso continuó:

— Si un hombge, o una mujeg, tienen cuegnos, es pogque su pageja es atgactiva... ¿No es así, *Mesdames et Messieur?*... pogque si no fuega atgactiva paga otgra pegsona, *évidemment* no habgía cuegnos...

(Una conclusión inapelable que provocó el asentimiento general).

— Pog tanto, quegidos amigos, iqué oggullo teneg una pageja que es atgactiva, en ves de teneg una que es un cagdo!... ¿Y no es esa, una gjasón fuegte paga sentigse muy felis? ¿O segramos más felices gjelasionándonos en la intimidad de la pageja con un cagdo bogjiquego? ¿Y qué me disen del gjeto que supone competig paga supegag en el *amour* a esa otga pegsona que contgibuyó a los cuegnos? ¿Paga haseglo mejog?... ¿No es este un estimulo ggande para alcansag la felisidad que pgopogsona la supegasión?

(Eché un vistazo alrededor, y no vi otra cosa que caras de admiración).

— Y pog supuesto, mis muy quegidos *Mesdames et Messieur*, ¿no son utiles los cuegnos paga embestig como hase el togo; paga embestig, atacag, hegig, amputag y matag (aunque *seulement* sea en el pensamiento) al cabgón o cabgona que ha fognicado con nuestga pageja? ¿Paga teneg la fuegsa

de mandagle a la mismísima miegda? ¿A pudgigse en el in-fiegnio? ¿Paga deseagle todos los males, como que le pagtan las piegnas o le castgen paga siempge? Sin cuegnos, el togo se quedagía pagado... Y sin cuegnos, el cognudo se quedagía también pagado... Pego con cuegnos, el togo embiste y el cognudo también puede embestig... Y esa felisidad de embestig, de deseag que alguien piegda los huevos o los ova-gios, *seulement* puede tenegla un cognudo... es algo que nunca podgá degustag uno que no sea cognudo...

— Veo que tiene bastantes ventajas esto de ser cornudo — me dijo Alfonso en voz baja — Me siento mucho mejor, como liberado...

(No me extrañó: yo también me sentía liberado... y eso que, yo supiera, no tenía cuernos...).

— ¿Y qué me disen *Mesdames et Messieur* de la felisidad del pegdón? *Seulement* puede pegdonag el cognudo; es un pprivilegio que no disfgutan el que puso los cuegnos o su complise, que al gjevés, tienen que convivig con la culpabilidad... Y el pegdón libega los cuegnos...

Asentí. Pensé en mi culpabilidad por los cuernos de mi padre; en esa enorme carga que el pobre llevaba encima hasta después de muerto; y que sin embargo, según el argumento de Tuales, debería hacerle feliz: un toro de lidia enfurecido que disfruta embistiendo (miré a Anuska) y que tiene el privilegio de poder perdonar (a mí).

— Quegidos amigos: les deseo de todo cogasón que disfguten, y mucho, de este libgro; tanto si son cognudos o van a seglo en el futugo, como si han puesto o piensan pong los cuegnos, o son el que contgibuye o contgibuigá a ponglos... “La Felisidad con Cuegnos” pgetende que podamos compgendegnos mejog como seges humanos. Es un tगतado paga convivig mejog con nuestgos semejantes. ¡Compgénlo! ¡Gjegálenlo! ¡Gjecomíéndenlo! ¡No lo pgesten! pogque se quedagán sin él; y si lo pgestan o se lo gjoban, pog el amog de Dios,

igjecupégenlo!; y sobge todo, ileanlo y gjeleanlo!... Yo, humildemente, les estagé muy aggadesido. *Merci Beaucoup!*

Nos levantamos como un resorte que respondiera a un acto reflejo, y aplaudimos y aplaudimos sin cesar; como si se tratara de una histórica faena en Las Ventas. La de Tuales, sencillamente espléndida, había cautivado la emoción de toda la plaza, y muchos sacaron los pañuelos pidiendo las dos orejas, la vuelta al ruedo y que saliera a hombros por la puerta grande. Después, se formó una larga cola para que el maestro firmara los ejemplares del libro con dedicatoria incluida. La que escribió a Bradillo mostró sus grandes cualidades como poeta: “Bardillo, no seas pardillo; también un padre cornudo, puede serlo cojonudo”.

Diez días más tarde, tuve una nueva sesión con el afamado doctor. En ese intervalo, había desconectado de la terapia para tomarme un pequeño descanso; eso sí, evitando situaciones de alto riesgo como salir a cenar con chicas. Anuska me telefoneó más de veinte veces, pero ni contesté ni devolví las llamadas. Preferí estar lejos de ella para no involucrarme en ese mal rollo con el espíritu de mi padre; y menos aún, si me insistía en que le prestara mi cuerpo. Siempre he pensado que no debo juntarme con personas que estén más taradas o sean más perfeccionistas que yo. Lo he tenido muy fácil, porque he conocido muy pocas; pero Anuska y esa Madam Milagros eran dos de ellas.

— Buenas tagdes *Monsieur Visente*. ¿Cómo está hoy?... Pog siegto, hagamos un pequeño pagentesis si no le impogta...

— Claro que no me importa — accedí — Por supuesto, doctor.

— Muy amable, amigo. Dígame ¿Qué le pagesió la pgesentación del libgro?

— Genial, doctor — contesté — El acto estuvo muy bien organizado, y lo pasé estupendamente... Lo mejor fue su discurso... Permítame que le diga que estuvo usted brillante.

— Jajajaja, mi quegido amigo, me hase usted gjeig, jajaja... Ohh, pegdone, discúlpeme *Monsieur*; no me ggio de usted, clago; sino de la situación... jajaja...

(No supe qué decir, y me quedé expectante).

— Mige Visente; si me lo pegmite, voy a confesagle un secgeto... pego clago, me tiene que jugag que no lo gjevelagá... pogque como le dije es un secgeto, y si lo gjevelaga ya no se-gía un secgeto. ¿Compngende?

— Por supuesto, doctor. Puede confiar en mí. Seré como una tumba.

(Enseguida me arrepentí de la metáfora; ya que considerando la actividad que al parecer tienen algunos espíritus, no estaba tan seguro de que ese fuera el mejor lugar para guardar un secreto).

— Mi quegido Visente. Cuánto aggrdesco su discgesión. Me dise que le gustó mi discugso, jajaja... que estuve bgillante, jajaja... pego en gjealidad, y aquí está el secgeto, no ega yo el que hablaba, jajajajajaja...

— ¿Cómo dice? — pregunté sin entender la broma que me estaba gastando.

— Pues que no ega yo quien estaba allí, jajajaja...

— ?????????????????????? (iel que faltaba!; otro tarado sin solución).

— ¿Le sogpgende? jajaja...

— Me toma el pelo, doctor — dije con mucho respeto — ¿Es esto parte de la terapia?

— ¡Nooo! jajaja... Es un secgeto que compagto con usted como amigo... no como tegapeuta...

— ?????????????????????? (le imaginé en el diván, y a mí tomando notas).

— El que estaba allí hasiendo ese bgillante discugso ega un sustituto, jajaja... una pegsona que me gjeemplasaba... y veo que lo hiso muy bien, jajaja... pogque nadie se dio cuenta, jajaja...

— ¿Un sustituto?

— *Oui Monsieur*, jajaja... yo estaba en Canagias con una atgactiva señoigita de Magtinica que conosí en integnet, jajaja... En Fuegteventuga... Pog ciegto, le gjecomiendo que vaya allí paga descansag...

Mi corazón se sobresaltó; y comenzó a palpar con la intensidad de la mayor angustia. Enseguida recordé que una de las historias aparecidas era la de ese hombre que hacía de sustituto... ¡y lo había tenido allí, delante de mí! Pensé que entonces no habría muerto en aquella tumba... que finalmente se habría salvado... o que quizá (me aterraba) todavía no habría sucedido.

10 EMPANADA MENTAL

“La culpa de muchas culpas de las que tú no tienes culpa es la propia culpa... Culpa pues a la culpa y no te culpes a ti de lo que te culpas sin ser tu culpa”

@notecomaselcoco, gurú español de las redes sociales con 553.872 seguidores en twitter (a día de hoy) en *www.culpavetealamierda.com* (2012)

Continué viendo al doctor Henry Tuales, aunque con menos frecuencia que a Cuenttini y Pagaitexkutxoundia. El francés pensaba que debía funcionar con más autonomía, sin depender de las sesiones con él, y me asignaba tareas a realizar por mi cuenta. Me costó adaptarme; pero después me sentí mucho mejor siendo más autónomo, y comprendí que lo importante no era lo que sucedía en mi inconsciente, del que jamás hablábamos, sino mi vivencia consciente: mis pensamientos, mis sensaciones, mi comportamiento. En líneas generales, la estrategia de Tuales consistía en exponerme a situaciones difíciles sin que yo pudiera evitarlas o escapar de ellas. Un reto que debía superar anticipando que la ansiedad me acompañaría, pero que podría controlarla mediante alguna técnica que él me había enseñado, o que en cualquier caso, si aguantaba, su intensidad descendería. La mayoría de esos retos eran cosas cotidianas, sencillas; pero a veces, el doctor me sorprendía con grandes desafíos.

— Cgeo que ya conose a una de mis pacientes, Anuska... (Asentí; aunque sin mucho entusiasmo).

— ¿Qué le pagesegia ig con ella unos días a Fuegteventuga?

— ¿Cómooooo?

— *Oui Monsieur*; ya le expliqué que mis métodos son agresivos... y esto segía muy bueno paga usted y paga ella.

— Pero...

— *Monsieur*, debe usted desidig si quiege o no quiege cugagse... y si quiege, tiene que confiag en mí ¿Compgende?

— Pero es que ella...

— ¿Qué pasa? ¿No le gusta? Es una mujeg atgactiva ¿noge?

— Sí, lo es, claro... pero es que ella cree...

— Visente, sé lo que ella cgee; pero no hablo de mis pasientes con otgos pasientes ¿compgende? Yo les ayudagé a los dos pog sepagado a pgepagag este viaje, y al final tendgemos una sesión común... ¿Le pagese bien?

Me pareció un reto durísimo. ¡Ufff! Irme con esa loca de viaje, aguantar su inagotable conversación, comer y cenar con ella (no quería ni imaginarlo)... y poder encontrarme allí con el espíritu de mi padre y su inseparable Satanás, presenciando como se lo montaban los tres, o teniendo que prestarles mi cuerpo... ¡Era demasiado! Pero el doctor insistió, y parecía saber lo que tenía entre manos, así que acepté y fui a comprarme un par de bañadores amplios (los que tenía eran muy ajustados) para no echarle más leña al fuego.

Unas semanas más tarde, aprovechando un puente, Anuska y yo emprendimos el viaje. Antes, yo me había asegurado de que sus modales en la mesa, aunque no perfectos, por lo menos eran razonables; por lo que confiaba en que al menos en ese aspecto, las mini vacaciones serían tranquilas... Aunque tratándose de un plan del doctor, no cabía descartar que surgieran sorpresas. De hecho, ya me lo había advertido; y habíamos trabajado para manejar cualquier situación adversa por imprevista que fuera, pues así era su terapia. A mí, lo que más me preocupaba eran esos pensamientos obscenos

de mi pareja de baile, en los que prestándole mi cuerpo al espíritu de mi padre, pretendía involucrarme. Tuales me indicó que si surgía algo de eso, debería afrontarlo con naturalidad, como se me antojara en el momento, sin planes previos; pero eso sí, manteniendo el control emocional como él me había enseñado. Lo planteó como un test que nos serviría para observar mis progresos; y así decidí aceptarlo.

Durante el trayecto, Anuska no paró de hablar. Amplió las noticias que leía en el periódico, me contó su vida, se quejó de la comida y la estrechez de los asientos, aprovechó los mensajes del piloto para enlazarlos con cualquier otro tema por diferente que fuera, y compartió cada duda, y eran muchas, de sus múltiples crucigramas que empezaba y jamás concluía. Me lo tomé como un ejercicio de paciencia y desconexión mental enmascarada: asentía, sonreía, murmuraba, decía algo de vez en cuando... pero en realidad, no estaba allí. Resultaba bastante incómodo, claro; sobre todo, mantener el cuello torcido hacia ella, cada vez más tenso, cuando mi mente me pedía a gritos que como mínimo, ya que no podía asesinarla, le diera la espalda.

Sorteando esa tormenta, pensé sobre las siete historias que habían aparecido en mi cuaderno. Sorprendentemente, me había encontrado en mi vida consciente con los personajes de tres de ellas: Henry Tuales, Alfonso Bradillo y El Sustituto. ¿Pura casualidad? Y por lo menos en el caso de Bradillo, parte de su historia había sucedido después de haberla visto yo escrita. Me aterraba pensarlo; pero lo había comprobado una y otra vez, y así había sido. De los otros dos, no podía asegurar nada. El Sustituto estaba vivo y en activo; su relato auguraba que lograría salir de esa tumba, pero no estaba muy claro; y podría ocurrir, como con Bradillo, que ese episodio aún no hubiera llegado. Con Tuales nunca había hablado de esto, y carecía de pistas sobre la cronología de la historia escrita. Llevaba días dándole vueltas, buscando alguna explicación, comiéndome el coco y volviéndome más y más chifla-

do; pero estaba claro que mi limitada inteligencia no daba más de sí, porque no se me ocurría nada. Reparé, eso sí, en que íbamos a Fuerteventura... y allí, precisamente, se había desarrollado otra de esas historias... ¿El destino?

Nos instalamos en un hotel que tenía dos ambientes: uno de ellos, abierto a todo el mundo; el otro, restringido a mayores de dieciocho años. El doctor nos había explicado que se trataba de una nueva idea que a él le había entusiasmado, pero Anuska y yo no le habíamos dado importancia y nuestra reserva era para la zona abierta.

— Seguro que está genial — afirmó “mi pareja” cuando nos dimos cuenta al llegar — Sólo es un puente; no habrá tanta gente; y menos aún niños molestos. No son días para viajar en familia.

— Claro, claro. Estaremos estupendamente — le dí la razón — Además, con esa playa tan maravillosa, tampoco vamos a estar mucho en el hotel ¿no crees?

No perdimos tiempo. Nos acomodamos en la habitación (que por indicación del doctor compartiríamos, aunque en principio sin derecho a roce) y enseguida, pues temía quedarme a solas con ella, nos fuimos a disfrutar de ese sublime mar azul y las espectaculares dunas que lo enmarcan. Un entorno privilegiado que invitaba a la desconexión y el sosiego; a dejar a un lado cualquier paja mental que tuviera el turno de dar la tabarra. Pero no pude relajarme del todo. Veía a las mujeres en top-less y recordaba a la protagonista de esa historia que me había sido revelada. ¿Sería cierta? Al regresar al hotel, me faltó tiempo para preguntarlo. Nadie sabía nada; ni siquiera un botones con traje y corbata que parecía estar muy enterado de todo. Deduje que no habría sucedido, pero... ¿aún?

Tras una breve estancia en el cuarto, justo lo necesario para cambiarnos (estaba con ella, pero no quería afrontarlo), fuimos a cenar al restaurante. Anuska se había puesto un elegante vestido de tirantes que acentuaba la hermosura de sus

hombros; y un rímel muy discreto me ayudó a fijarme en sus atractivos ojos de color miel, hasta ese momento ignorados. Nos sentamos; y admirándola, me sentí algo más relajado. Pero duró poco. Mientras mirábamos la carta, tres activos niños pasaron a nuestro lado corriendo y chillando una y otra vez, dejando muy claro que el territorio era suyo. Y lo peor estaba por llegar...

— ¡Adrianito! ¡Lore! ¡Venid a la mesa! ¡Adrián! ¡Lorena! Hasta que no os comáis todo, no podéis levantaros... — gritó una señora desde la otra punta de la terraza. — ¡Adrianito! ¡Adrián! ¡Lore! ¡Lorena! He dicho que vengáis...

Fue sólo el primer aviso. Después llegaron Vanesa, Merche, Álvaro, Josito, Manolo, Luquitas... y sus respectivas mamás con esa voz de pito que debe venir de regalo con el alumbramiento de los angelitos. Fue insoportable. Tanto, que ni me inmuté cuando Anuska, aleccionada por Henry Tuales como parte de mi terapia, empezó a sorber la sopa con encomiable ahínco, cogió los cubiertos como si fuera Tarzán, y abrió la boca para masticar como si estuviera cantando en la ópera. Desconcertada por mi reacción tranquila, pues el doctor le había advertido de lo que probablemente sucedería, decidió exagerar la nota. Sin cortarse un pelo, usó sus largas uñas de perfecta manicura para eliminar restos de comida de las juntas de los dientes, y agachó la cabeza para coger directamente con la boca y sorber después los espaguetis carbonara, pringándose de nata esos sensuales labios rojos en los que también me había fijado. Y así estuvo haciendo todas las guardadas que se le ocurrían, buscando que yo me soliviantara y utilizara las técnicas que había aprendido en terapia. Fue inútil. La tortura de Josito, Álvaro y compañía (y sobre todo, de sus insoportables mamás) fue mano de santo. Habían ahuyentado a todas mis neuronas perfeccionistas, y me importaba un comino lo que hiciera Anuska. Hasta se metió el dedo en la nariz y sacó un moco verduoso que endulzó su postre. Nada. Sólo quería irme de allí cuanto antes.

— ¿Cómo hacemos, Vicente? — preguntó nada más llegar a la habitación — Hay dos camas...

— Pues cada uno a la suya ¿No crees? — dije para ver cómo reaccionaba.

Nos gustábamos. Eso parecía claro. Pero nunca nos habíamos acostado antes (ni siquiera besado o hecho manitas); y los dos nos tomábamos esto como parte de nuestra terapia... (o al menos eso es lo que yo pensaba y ella decía). Pero... uff... viéndola en ropa interior... la verdad es que estaba bastante buena...y en fin... uff ¡qué buena estaba!... pero ¿y si aparecía mi padre?... bueno, su espíritu... uff... ¿y si me pedía prestado el cuerpo para hacerle el amor a ella?... ¿Quién disfrutaría? ¿Él o yo? ¿Los dos? ¡Menudo lío!

— Vicente, apaga la luz y ven a la cama conmigo — demandó Anuska sin cortarse un pelo.

Mis dudas se dispararon. Dócilmente, acudí presto. Y ella juntó su cuerpo con un abrazo que dejaba entrever el resto. Logré olvidarme de todo lo que me había atormentado y sentí la llamada del deseo. La besé, la sentí, la acaricié...

— ¡Mamáaaaa! ¡Mamáaaaa! Adrián me ha quitado el móvil y no puedo ponerle mensajes a Pati — El aullido sonó en la misma puerta.

— ¡Adrianito! ¡Adrián! Devuélvele el móvil a Lorena... Sabéis que os digo, que es la última vez que nos vamos de puente... ¡Adrián! Dáselo o te quedas castigado sin ir mañana a la excursión — La voz de la madre era inconfundible.

— Pues mejor; así me quedo jugando con la play — desafió Adrián — Además, Lore es una mentirosa; antes me dijo que no había traído el móvil y sí lo tiene...

— ¡Lorena! Ya te he dicho que no se miente, y menos si te pillan... Castigada también... y nada de móvil... Ahora mismo me lo dais para que yo lo guarde...

— ¡Y una mierda! — soltó el muchacho, de unos siete años — El móvil se lo regaló la abuela y tu no tienes derecho a quitárselo...

— ¿Cómo dices? — reaccionó la madre — Si no fuera porque lo prohíbe la ley del menor, te daría ahora mismo una bofetada... ¿Qué es eso de hablarme así?

— Hago lo que me da la gana — insistió el chico.

— Ay, ay, ayyyy — se quejó Lorena — Adrián, deja de tirarme del pelo... ¡Mamáaaaa!

— A la habitación ahora mismo — gritó la madre; todavía más alto — Y como castigo sólo os dejo ver la televisión hasta las doce de la noche... ni un minuto más ¿Me habéis oído?

— Pues llamo a papá y se lo digo — amenazó el mozalabete.

— Cómo si llamas al rey Juan Carlos; me da igual... Y de paso, le dices a tu padre que es un merluzo y un jeta... y que la próxima vez, eso de quedarse solito en Madrid, nanai de la China; aquí aguantando como un campeón... Venga, a la habitación...

— Ahhhhhh, mamáaaaa.... suéltame la oreja, mamáaaa — se oyó al niño.

— No se la sueltes, mamá — contraatacó Lorena — Se lo merece por idiota...

— Y tú cállate, eh... a ver si te voy a castigar sin ir a la piscina más de seis horas...

Se cortó la magia. Sin decir una palabra, Anuska y yo nos miramos y tuvimos muy claro cuál era el siguiente paso: me levanté, me puse el pijama y me metí en la otra cama. Los dos tardamos en dormirnos. El pasillo simulaba el patio de un colegio al que hubieran invitado a las madres; y la campana para regresar a clase, nunca sonaba. Cualquier deseo quedó inhibido; y por supuesto, en tales condiciones, ni el espíritu de mi padre ni Satanás osaron presentarse.

Al día siguiente, muy temprano, hice cola en recepción para ver si podían cambiarnos a la zona restringida a los mayores de dieciocho años. Cuando me llegó el turno, frente al ordenador de al lado se encontraba otro afectado pidiendo lo

mismo. De pronto, las dos señoritas que nos atendían se miraron, hablaron algo en clave interna y nos pidieron que por favor esperáramos. En unos tres minutos, se presentó el mismo botones de traje y corbata que me había atendido el día anterior.

— Buenos días, señores — saludó — soy Carlos Botones, el director del hotel.

— ¿El director? ¿O el botones? — preguntó el otro hombre.

— El director, el director... Me llamo Botones, pero soy el director... Me dicen que los dos quieren una habitación en la parte restringida a personas adultas... pero el problema es que sólo nos queda una... y curiosamente, los dos han llegado al mismo tiempo... así lo han determinado los ordenadores... y si lo estipulan los ordenadores no hay más que hablar...

(¡Menuda casualidad! pero si lo dicen los ordenadores...).

— La verdad, no sé qué podemos hacer — prosiguió — Supongo que están muy interesados, por supuesto... Es una idea nueva que implanté nada más llegar aquí como director. Tenía un proyecto más rompedor, pero al dueño le pareció demasiado, jajaja... Menos mal que le convencí para hacer esto, porque está teniendo mucho éxito; por eso no tenemos habitaciones libres... lo comprenden ¿verdad?

(¡Qué coñazo de tío!).

— No sé qué solución darles — por fin, fue la grano — salvo que quisieran compartir la habitación, jajaja... pero claro... Informáticamente hablando es posible; los ordenadores no lo rechazan... pero claro... jajaja...

(El otro y yo nos miramos. Era algo surrealista, pero...).

— Sería sólo por una noche. Mañana ya podríamos darles una habitación a cada uno. Precisamente, se queda libre la de un matrimonio muy simpático que viene desde La Cañiza, en Pontevedra... él es abogado y...

— Por mi parte, de acuerdo — le interrumpió el otro convencido, mientras buscaba mi complicidad con el contacto visual — Siempre será mejor que aguantar a esos niños tan educados...

— Sí, sí, también estoy de acuerdo — confirmé aliviado, saboreando que ya no tendríamos que sufrir esos estridentes alaridos.

Hecho. A la una y media, después de la playa, tomamos posesión de la habitación... los cuatro. Todo estaba preparado: toallas, albornoces, zapatillas de baño, geles... todo para cuatro. Había dos camas bastante grandes, y cada pareja tomó la suya. No nos conocíamos de nada; pero nos unía la huída de esa plaga infanto-maternal que nos amargaría el puente; y eso era mucho. Intimando un poco, él dijo llamarse Miguel Bedoya; y ella, simplemente Marta. Él, profesor de marketing; y ella, aunque ya madura, recién licenciada. Él, divorciado; y ella, viuda desde hacía algo más de un año, cuando su marido fue asesinado... Rebobiné... até cabos... y no pude disimular mi sobresalto.

— Fue muy duro, es cierto — señaló ella, sintiéndose en la obligación de comentar algo — Pero lo voy superando...

— Sí, claro... ya veo... hay que seguir adelante, claro — apunté — ¿Y dices que fue hace un año?

— Exactamente, trece meses; los hará la semana que viene...

No pregunté más. Lo sabía todo... ¡y antes de que ocurriera! Pensé que si los hubiera conocido entonces, quizá podría haberlo evitado... ¿Se puede cambiar lo que está escrito?

La cena, sin niños y mamás, estuvo perfecta. Anuska, leal a las instrucciones de Henry Tuales, hizo todo tipo de guarra-das: una de ellas, ignorar los cubiertos y comer sólo con las manos. Con el jamón no resultó chocante, pero con las anchoas y los boquerones en vinagre, cantó un poco; y con los calamares en su tinta fue el sùmmum. Otra, masticar con la

boca muy abierta, mostrándome como trituraba la comida y la transformaba en algo pastoso mientras me contaba lo despotado que era el doctor Pagaitexkutxoundia y, después de varios vinos, con los que también puso el mantel perdido, lo pequeña que tenía la... Y yo sin inmutarme; salvo al acercarse el camarero, que me moría de vergüenza. Menos mal que anticipando lo que sucedería, había pedido una mesa bastante apartada, reservada para recién casados o parejas de tío y sobrina. Como ese día no había niños ni mamás que pudieran explicar mi falta de reacción a las cochinas de Anuska, deduje que se trataba de un gran progreso; y me sentí muy contento, incluso algo eufórico; hasta pensé en Afrodita sentada en la taza del water ¡y como si nada!

Después de la cena, ya en la habitación, coincidimos con nuestros *roommates*: Bedoya y Marta. Con champán francés, que nos costó una pasta, brindamos por habernos librado de ese calvario que otros sufridos mártires estarían padeciendo. En su memoria, guardamos un minuto de silencio; y después bebimos, bebimos y bebimos... en parte, porque el champán estaba de locos (y nunca mejor dicho); pero también para aplazar el momento de acostarnos... cada oveja con su pareja, claro... Quizá porque bebimos tanto, transcurrió la noche sin que me diera cuenta. No me enteré de nada. Hasta que amanecí abrazado... ¡a Marta! Ella todavía dormía, al igual que Anuska en la otra cama. Bedoya no estaba. Recordé que se había apuntado a una larga excursión en camello y tenía que levantarse a las cinco. Estaría fuera todo el día. ¡Ufff! ¡Menudo sofoco! ¿Qué coño hacía yo en esa cama, con la mujer del otro? Sin perder tiempo, me metí en la que me correspondía y esperé a que mi pareja despertara. Tardó hora y media. Lo primero que me confesó fue que no se acordaba de nada... ¡Qué alivio! Marta seguía durmiendo. De mi padre y Satanás, ni rastro.

Coincidimos con nuestra compañera de cuarto en el desayuno de la zona restringida, una terraza preciosa con vistas

al mar: sin niños, sin madres, sin móviles, sin personas que hablaran en voz alta, sin ruidos exagerados... algo así como El Paraíso. Yo no me atrevía a mirarla a la cara; y a ella se la notaba tensa, preocupada. ¡Dios! ¡Qué agobio! Estaba claro que algo había sucedido entre ella y yo; pero yo no me acordaba, y ella no soltaba prenda. Lógico, delante de Anuska. Pero ésta no es en absoluto tonta, y enseguida se dio cuenta de que Marta estaba rara.

— ¿Estás bien, Marta? — preguntó, sin más demora.

— Sí, sí... claro... sí... ¿Por qué lo dices? — respondió Marta, algo nerviosa.

— No sé; te noto como tensa, quizá cansada. ¿No te parece, Vicen?

— Bueno, no sé... yo la veo normal... no sé... —balbuceé para salir del paso.

— Espero que no sea por culpa nuestra — añadió mi pareja — Bueno, mía no; de Vicente...

— ¿Mía? — me puse a la defensiva, pensando que me había pillado.

— Pues claro, Vicen. Roncas mucho; y a lo mejor por eso no ha podido dormir.

Respiré de nuevo; hasta que Marta se decidió a hablar y me cagué en los pantalones (no es una metáfora).

— No sé cómo deciros esto — comenzó, sin apartar la vista de la taza — Pero tengo que confiar en alguien... si no, voy a estallar...

— Tranquila, Marta — la interrumpió Anuska para quitarle hierro — Apenas nos conocemos, pero hemos dormido juntos ¿no? jajaja...

(Y unos más que otros; pensé yo, aterrorizado).

— Sí, claro; es verdad... pero tampoco quiero daros la lata con mis cosas...Lo que pasa es que me hace falta hablar... y a Miguel no puedo contarle esto... no lo entendería... pensaría que estoy loca... y lo interpretaría mal...

(¿Pero cómo quieres que lo interprete, mujer?, razoné, ¡Si te has acostado con el de la cama de al lado!).

— Nosotros, de locos entendemos un rato, jajaja... — apuntó Anuska (sin mentirla) para que se relajara — Así que no te cortes...

Lo inevitable llegaba. Marta descubriría todo; y yo seguía sin acordarme de nada. Era como todo ese rollo de mi infancia: había hecho cosas muy malas y me sentía muy culpable, pero no lo recordaba. Ahora, seguro que ella me delataría por algo ruin, despreciable; algo que nunca haría un caballero (como acostarse con la mujer de su vecino de cuarto, cuando éste madruga para irse a montar en camello y deja libre su hueco). Yo ya me sentía culpable; muy arrepentido; dispuesto a pedir perdón... pero al igual que con lo del incesto, no podía confirmarlo ni rebatirlo, porque no tenía ni puta idea de lo que había pasado. Sólo podía aceptarlo y asumir responsablemente la falta... Nada más. Y encima, ahora no tenía la excusa de ser un inocente infante en manos de mi inconsciente... Me pasaba con cuarenta años, joder... ¡y seguía sin enterarme!

— Es que es algo muy extraño... uff... y muy fuerte... — anticipó Marta — Os lo cuento; y si pensáis que estoy como un cencerro... pues lo entenderé, cambiamos de tema y ya está... Eso sí, por favor os pido por el amor de Dios y de vuestros hijos si los tenéis, que no contéis nada de esto ni a Miguel ni a nadie... Que se quede sólo entre nosotros...

— Cuenta con ello — le aseguró Anuska; al tiempo que yo, sin levantar la vista del suelo, asentí para confirmarlo.

(Comprendí que dudara de Anuska; y habría dudado más de saber que raja por los codos; pero de mí... ¿Cómo se le ocurría pensar que yo iba a contar algo?).

— Como os dije ayer, mi marido fue asesinado hace aproximadamente un año. Fue un palo tremendo, claro; pero la vida sigue y se cruzó Miguel... Bueno... (se puso a llorar) lo cierto es que ya le conocía de antes... y en fin... le puse los

cuernos a mi marido... y no me lo perdono (siguió llorando)...

— No pasa nada — intervino Anuska para restarle importancia, liándose como era su costumbre — Mira, ha salido un libro muy bueno sobre eso... lo ha escrito un doctor que conocemos... habla de la felicidad con cuernos... Tu marido puede ser feliz con esos cuernos que tu le has puesto... aunque claro, él ya no está aquí... y seguramente ya no tiene los cuernos, pero...

(¡Ufff!; se los había puesto a su marido con el Bedoya ese; y ahora se los ponía a éste conmigo... ¡qué fuerte!).

Marta se secó las lágrimas, se sonó y continuó:

— La cuestión es que desde que murió Antonio, mi marido, no he podido hacer el amor con Miguel... Es como si su espíritu estuviera ahí: acechando, vigilándome, censurando mi infidelidad... impidiendo que pueda ser feliz con otro hombre... ¡es horrible!

(Pensé en el pobre difunto; y me sentí todavía más culpable; aunque por otro lado, razoné que acostándome con su ex le había vengado... y él estaría contento).

— Bueno, esas cosas pueden pasar — comentó Anuska por decir algo — Pero seguro que con el tiempo ese espíritu se marcha... y si no, puedes hablar con un médium... Conocemos una muy buena ¿verdad, Vicente?

— ¿Una médium? ¿Para volverme aún más chaveta y que me metan en un manicomio?

(Nos quedamos mirándola, y se dio cuenta de que no era una broma).

— ¡Wow! No lo había pensado... ¿De verdad creéis vosotros en eso?

(Movimos la cabeza sin abandonar el silencio).

— Bueno... el caso es que esta noche ha pasado algo...

— ¿Esta noche? ¿Ha pasado algo esta noche? — preguntó Anuska sorprendida y ansiosa, mientras yo sentía que mi pecho estallaba.

— Sí... No sé cómo explicarlo... es algo muy raro... No sé si podréis entenderlo... y estoy muy asustada...

(Los dos guardamos silencio; me extrañó el de Anuska; el mío era de impotencia y falta de riego sanguíneo).

— Esta noche... lo que pasó esta noche... es que sentí que alguien me hacía el amor...

— ¿Cómoo? — saltó Anuska — ¿Te refieres a alguien que no era Miguel? (me fulminó con una mirada rabiosa, y tuve que apartar la vista).

— Estoy chiflada ¿verdad?

— ¿Chiflada? Allí sólo había dos hombres... y si no fue Miguel... tú misma — explicó Anuska, mostrando su enojo abiertamente.

— Anuska... yo... — quise excusarme; pero Marta me interrumpió.

— ¡Nooo! ¿Qué dices? ¿No pensarás que ha sido tu novio, verdad?

— ¿Mi novio? ¿Tu crees que este es mi novio? Si lo fuera, te juro que le capaba.

(No dudé que lo decía en serio; un motivo más para no liarme con ella).

— Bueno, lo que sea; yo en eso no me meto — señaló Marta — Lo que quiero decirte es que él no ha sido.

(¡Me quedé patidifuso!).

— ¿Entonces?... Sería el espíritu de tu marido — dijo Anuska, medio en broma, con cierta ironía; aunque por experiencia propia, sin descartarlo del todo — Últimamente, andan muy revueltos los espíritus...

— No; no lo era — afirmó Marta, convencida; sin achantarse por el comentario jocoso — Era otro... es decir, el espíritu o lo que sea de otro hombre...uff ¡Qué lío!

— ¿De otro hombre? — pregunté yo, ahora que veía que el peligro había pasado — ¿De un hombre sin cuerpo?

— Bueno... sin cuerpo... no; cuerpo tenía. Pero era como si no fuera suyo... ¡Jo, qué paja mental!

— ¿Un cuerpo prestado? — interrogó Anuska, volviendo a la carga.

— Algo así; no sé... ¡Ah! y allí estaba también... uff... vais a pensar que estoy de atar... ¡jovar, es que lo estoy! Había también un demonio...

— ¿Quéééééééééé? — saltó mi pareja, subiendo la voz y la agresividad — ¿Un demonio? ¿Satanás? ¿Qué estaba allí? ¿En nuestra habitación? ¿Esta noche? ¿Y dices que alguien le había prestado el cuerpo?

— Bueno... eso creo — señaló Marta, asombrada por la reacción hostil— Jo, es muy fuerte... estoy zumbada perdida, lo sé... pero sí; el demonio ese, o lo que fuera, estaba allí, mirando... y el que me lo hacia era el otro...

Inevitablemente, deduje que el otro era... ¡Menudo cabronazo! (con todo mi respeto, papá). ¡Cómo se lo estaba montando! Y yo sintiéndome culpable todos estos años... y encima pidiéndole perdón... Era él quien tenía que darme las gracias por haberle hecho un cornudo feliz... incluso después de muerto... Y además, por si fuera poco, tomaba prestado mi cuerpo sin que yo me diera cuenta... ¡Eso era demasiado! Me había acostado con Marta y ni me había enterado. Y él disfrutando... Se estaba vengando de todo lo que le había hecho... Pero joder, papá... ¡No seas egoísta, coño! Comparte un poco. ¡Qué soy tu hijo!

Anuska estaba que tronaba. Y yo temía el momento de quedarnos a solas, por lo que traté de aplazarlo hablando de cosas estúpidas que retuvieran a Marta. Pero llegó la hora. Y como yo había anticipado, sacó el fuego que por dentro la quemaba; aunque al principio, sutilmente.

— Dime, Vicente, ¿Piensas que Marta es más atractiva que yo?

— ¿Cómo?

— Sí, sí; lo que has oído — acentuó, enojada — No te hagas el tonto, por favor; ni me tomes por imbécil.

— Pues no; no lo creo — respondí sincero — Es una mujer atractiva, pero tú lo eres más.

— Y entonces — ahora sí, estalló — ¿Por qué coño me rechazas a mí, y sin embargo te acuestas con ella, dime?... ¡Y encima en mis narices!

—¿Cómo dices?

— ¡Qué no me tomes por gili, coño! Ese cuerpo prestado sólo puede ser el tuyo... y no lo niegues...

La evidencia era tan clara, que sólo pude permanecer callado (y aunque quisiera haber hablado, no me habría dado tiempo).

— Parece mentira, Vicente... Yo pidiéndote que le prestes el cuerpo a tu padre para que lo haga conmigo, y tú que no; y ahora llega esa zorra con pinta de mosquita muerta, la pobre viudita, y zas... vas y prestas tu cuerpo... ¡Eres un cabronazo!

— Pero si yo no he hecho nada — supliqué que me creyera — Te juro que ni me he enterado... Y si me apetece acostarme con alguien, es contigo. ¡Créeme!

— Ya, bonita excusa... No te has enterado de nada... no te has enterado de nada... pobrecito... se folla a una tía y no se ha enterado de nada...menudo cabrón...

(Recordé a mis psicoanalistas, y guardé silencio para permitir que la tempestad amainara).

— Y yo pidiéndotelo, suplicándotelo, humillándome como si fuera la misma puta de Satanás... y tú que para nada... que de prestarle tu cuerpo a tu padre para que lo haga conmigo, nada... y a esa fulana que se la pegaba a su marido, sí... muy bonito... y yo aquí haciendo guarradas en la mesa para que tu te cures... Pues sabes que te digo, que le digas a esa zorra que mastique con la boca abierta y se pringue las manos de mostaza... porque conmigo se ha terminado eso...

(No amainaba; pero seguí en silencio esperando que el milagro ocurriera).

— Y si quieres le llamas a Tuales y se lo dices... Me da igual... Como si se lo cuentas al mismo Satanás... Bueno, él ya lo sabe... Seguro que está detrás de todo esto...

(El tono era ya distinto; empezaba a escampar).

— Mira, eres un buen tío y voy a creerte (¡por fin!) ¿De verdad que no has sentido nada?

— ¡Qué no, joder!; nada de nada — salté, aprovechando la oportunidad que me había dado.

— Entonces, el que no tiene perdón de Dios, y es obvio que no lo tiene, es quien tú y yo sospechamos... y no te hagas el tonto, que sabes muy bien de quién hablo... Porque el que se ha trajinado a Marta, no puede ser otro que tu padre... ¿O es que lo dudas?

— No, no, claro...

— Y dime; ¿te parece bien que esté aquí por mí, y se acueste con ella delante mía? ¿Ehh? ¿Te parece bien? ¡Menu-do cabronazo! — volvió a enfurecerse.

— No sé...

— ¿Y cómo es que él la prefiere a ella? Porque tampoco es gran cosa la señora... ¿Es que le gustan las maduras? ¿O es que se ha estado divirtiendo conmigo hasta volverme majara perdida, y ahora, el muy hijo de... me deja por una mala zorra que le ponía los cuernos a su difunto?

¡Estaba celosa! Pero no por mí... isino por mi padre muerto! Por un espíritu al que acompañaba Satanás... "Papá, tengo que reconocerlo: ¡eres el puto amo!"

Aturdido por la tremenda empanada mental, salí a la playa. Aunque se había nublado y amenazaba con lluvia, necesitaba la brisa y el rugido del mar, sentir la arena, recibir el impacto del agua con cada ola rota, disfrutar de ese momento mágico que relaja el cuerpo y fortalece el ánimo. Junto a mi toalla sobre una hamaca, debí dejar todos esos pensamientos raros que suelen acompañarme, porque anduve y anduve por esa kilométrica costa muy ligero: con la mente libre, per-

diendo la noción del tiempo y de cualquier galimatías que me trastornara. No pensé, porque ni siquiera pensaba; pero sentí que no había mejor terapia que esa. De pronto, cumpliéndose el presagio de esos oscuros nubarrones que me privaban del sol, irrumpió una furiosa tormenta que ahuyentó a los que todavía lo negaban. Me quedé solo; pero seguí andando. No podía abandonar esa extraordinaria paz interior que invadía mi espíritu y me protegía de todas mis taras. Lo demás, no importaba. Entonces, a lo lejos, me pareció avistar a alguien caminando en dirección contraria; y sin saber por qué en aquel momento, noté que mi corazón se aceleraba. Mi atención olvidó el encanto de ese mar furioso y se centró exclusivamente en esa persona aún lejana que al igual que yo, desafiaba a rayos y truenos. Cuando nos aproximamos más, comprobé que era una mujer. Después, que sólo vestía la prenda inferior del bikini. Más tarde... ¡ohhhhh! pensé que sería ella... la dama de una de esas historias, la que había muerto allí, en las playas de Fuerteventura, en una espantosa tormenta... ¡Ohhhhh! "¡Hoy es el día!"

— Buenos días, señora — saludé cuando coincidimos — Esto esta empeorando. Deberíamos irnos...

Sin dejar de andar, me miró y sonrió; pero no dijo nada. Yo rectifiqué el rumbo y me puse a su lado.

— Señora; esta tormenta es muy peligrosa... tenemos que salir de aquí... por favor, no siga...

No me hacía caso. Me miraba de reojo y aceptaba mi compañía; pero su determinación era clara... Yo ya lo sabía... y pensé que no podría hacer nada, que estaba escrito...

— Véngase conmigo — volví a insistir — No vé que esto es una locura...

— La locura sería irse, ¿no crees? — por fin, habló — ¿Existe mayor libertad que ésta?

— Bueno... esto es fantástico... y sí, yo también me siento libre, claro...

— ¿Entonces, por qué irnos?

— Es que no quiero que muera — respondí — y si continúa aquí, morirá... lo sé...

— ¿Moriré? ¿Lo sabes?

— Así es, lo sé... Pensará que estoy majara; pero lo sé... lo he leído...

— ¿Lo has leído? — preguntó sorprendida, mirándome de arriba abajo, pero sin dejar de andar.

— Sí; conozco su historia. Me fue revelada.

— Amigo, me caes bien... Dime ¿Qué haces tú aquí? ¿De dónde te has escapado?

— Estaba en el hotel, con Anuska... una amiga de la terapia... y quise salir a pasear.

— Entiendo; estás en una terapia... ahora comprendo. A lo mejor te estarán buscando ¿no crees?

— No lo sé, la verdad; no creo... Anuska está enfadada porque me acosté con Marta... pero en realidad no era yo...

— ¡Vaya! — exclamó asombrada; probablemente, atando cabos — ¿Y quién era entonces?

— Un espíritu... un espíritu que usaba mi cuerpo...

— Entiendo... Oye, ¿estás seguro de que no te estarán buscando?

— Sé que esto suena un poco raro ¿no?

— ¿Un poco? — ironizó ella — No, hombre; es algo de lo más lógico... Un espíritu ocupa tu cuerpo y se acuesta con una tal Marta que está con tu amiga de terapia; y ésta, injustamente, te echa la culpa a ti. Entiendo que estés molesto...

— Sí; algo molesto sí estoy. Es cierto. Gracias por comprenderme... Pero ahora, lo importante es salvarla a usted...

— ¿A mí?

— Sí; ya le dije: está en peligro. La tormenta va a empeorar, y si no se viene conmigo, la encontrarán muerta... bueno, a punto de morir; pero morirá en el hospital... ¡Debe creerme!

— Yo ya estaba muerta, querido amigo — afirmó convencida — Muerta en vida... amortajada por un sujetador que

no me atrevía a quitarme...¿Lo entiendes? Y ahora me siento libre...

— Bueno... (no pude evitar mirarle los pechos; aunque enseguida, más colorado que un tomate, levanté la vista) si quiere volver a estar así, en top-less, es mejor que no se vuelva a morir ¿no cree? — apunté para que reaccionara.

— Jajaja, querido amigo... El top-less, el sujetador... son sólo símbolos... la libertad versus la opresión... ¿Entiendes? Y la muerte es la liberación definitiva: desaparece el cuerpo y el alma se libera de esa carga...

(Volví a pensar en mi padre; ¡qué obsesión! estaba hasta los huevos de él).

Continuamos andando un par de kilómetros más, conversando sobre la libertad, la muerte y cosas por el estilo. Estábamos empapados, pero no nos dábamos cuenta con tanta filosofía. Hasta que la tormenta empeoró; entonces, sorprendiéndome, ella reaccionó como una persona ¿normal?... bueno, al menos algo sensata:

—Creo que tienes razón, amigo... jajaja... ¡Vámonos de aquí o cogemos una pulmonía! jajaja...

— ¿De verdad me lo dice? — pregunté, incrédulo — ¿Ya no quiere morirse para liberarse y que la entierren en top-less?

— ¿Enterrarme en top-less?

— Sí; lo dice el escrito...

— ¡Pero qué escrito! ¿Aún sigues con eso? Perdona que te lo diga, no te ofendas, pero a ti te falta algún tornillo ¿verdad? Anda, dime de dónde te has escapado.

— ¿Por qué dice eso? ¿Creé que estoy loco?

— No, no; tranquilo; sólo era una broma — aseveró en un tono que volvió a parecerme irónico — ¡Qué idea tan divertida!, enterrarme en top-less, jajaja... No lo había pensado, jajaja... Si se lo dijera a mi marido, pensaría que estoy como tú, jajaja...

Vimos unas rocas cerca de la arena y aprovechamos para guarnecernos. Desde allí pudimos contemplar la espectacular tormenta. Parecía que hubiera habido una revuelta interna en la mar y en el cielo; que el sol, derrotado, se hubiera exiliado; y que el desorden y el caos fueran ahora los dueños.

— Aquí estamos mejor... aunque hace frío — señaló ella — Ves, disfruto con el top-less, pero ahora preferiría tener una manta, jajaja...

— Bueno, lo importante es que no vas a morirte — sin darme cuenta, la llamé de tú.

— ¡Vaya! veo que insistes, jajaja... Creía que era una tontería para ligar conmigo, jajaja... y lo de enterrarme en top-less... jajaja

— Lo decía el escrito...

—Jajaja... qué simpático...¡y qué tarado estás! ¿Qué escrito es ese? ¿El código del Vinci? jajaja... Oye, tengo mucho frío... A ver si es verdad lo de ese escrito y de lo que me muerdo es de frío... Tú no quieres que pase eso ¿verdad?

Mientras pronunciaba la última frase, sentí que me rodeaba con su cuerpo. Después, me besó en la boca y se quedó mirándome, abrazada a mí, sin decirme nada. Yo respeté su silencio y permití que se dejara llevar. Volvió a besarme; me acarició; sintió mi excitación creciente; y se sentó sobre mí para notarme dentro. Fue algo sublime. Y esta vez, me di cuenta. Mi cuerpo y mi espíritu permanecieron juntos, sin que otros interfirieran. Me sentí feliz; realizado. Había cumplido mi misión. La había salvado. ¡Estaba viva! (y muy viva; doy fe de ello).

Tardé en regresar al hotel; casi de noche. Llegué exultante y busqué a Anuska para contárselo (sin todos los detalles, claro). No sabía si lo entendería o qué pensaría, pero me daba igual: era una noticia magnífica y necesitaba compartirla. Cuando me abrió la puerta de la habitación, estaba lívida; y enseguida vi a Marta, sentada en una de las camas, llorando

como una magdalena. Me quedé callado, esperando que alguna me explicara.

— Vicente, ha ocurrido una desgracia — me informó Anuska, con voz muy temblorosa.

— ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? — pregunté algo exaltado.

Marta rompió a llorar con más fuerza; y empezó a gritar:

— ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué a mí otra vez?

Temí lo peor; y Anuska lo confirmó:

— Miguel Bedoya ha muerto. La tormenta espantó al camello que lo transportaba, calló al suelo y se dio en la cabeza con una roca.

— ¿Quién os lo ha dicho?

— Pascual — contestó Marta, sin dejar de llorar — Me lo dijo Pascual...

— ¡Qué! ¿Es que ya tenéis esa confianza? ¿Y cómo te lo ha dicho?

— ????? (Marta no entendió nada).

— Pascual es el botones del hotel — aclaró Anuska.

— Ese es Carlos — rectificué yo — Pascual es...

— Botones es el director — interrumpió mi amiga.

— ¿El botones es el director?

— No, no... el director es Botones.

— ¿El director también hace de botones?

— ¡Qué no, coño! Carlos Pascual es el director, y Botones es el botones.

— ????. ¿El botones se llama Botones?

— ¡Joder! ya me has liado... Da igual; ese Pascual es uno de aquí, del hotel... no es quien tú piensas...

(Papá ¿ya estás en paz? ¿te has ido definitivamente?).

— Ha sido mi marido, seguro — intervino Marta con la mirada rígida en algún punto invisible de la pared — Todo cuadra... Ese espíritu que me ha poseído no era el suyo, pero sería de algún amigo del otro barrio... y el demonio allí presente... Por algo estaría ¿no?... Seguro que para llevarse a Miguel al infierno... que es donde iré yo también, por adúlter-

ra... por no haberle guardado el luto a mi esposo...llevar la ropa interior de color negro no es suficiente ¿verdad? Le he puesto los cuernos y he dejado que muriera cornudo, humillado... ¡Soy muy mala! Dios me castiga por puta...

— Bueno, mujer... No te mortifiques ahora — comenté para que no siguiera machacándose, aún sabiendo que de nada serviría.

— No volveré a hacerlo con ningún hombre ilo juro! — sentenció Marta — y si esa es la voluntad del Señor, seré la puta de cualquier espíritu que me desee... ¿Es eso, Señor? ¿Es eso lo que intentas decirme?

— Tranquila, Marta — intervino Anuska — Si es su voluntad, sea... pero tendrás que buscarte otro cuerpo...

— ¿Cómo?

— Nada, nada; que es una faena lo que te ha pasado.

La pobre estaba más tarada que Anuska y yo juntos (que ya es difícil). Y no escuchaba. Lógico: necesitaba tiempo. Le di una tableta de Quilebrizin que llevaba en mi cartera por si acaso, y una tarjeta del doctor Tuales; y vi como mi pareja le proporcionaba el número del móvil de Madam Milagros Buenaventura. Concluí que no se podía engañar a la muerte así de fácil. Probablemente, Bedoya debió haber muerto en ese asesinato organizado por el marido cornudo; pero la muerte se despistó, o quizá se cebó en el organizador por interferir en lo suyo. En cualquier caso, el profesor calvo estaba marcado; y se marchaba ahora, cambiando una vida por otra: yo había salvado a esa mujer, y la dama de la guadaña, en su lugar, se cobró la deuda.

Esa noche, ya solos en una habitación, mientras me lavaba los dientes antes de acostarme, tuve la convicción de que algo iba a suceder entre Anuska y yo. Había comenzado el día haciéndolo con Marta; aunque ese polvo no contaba, porque en realidad no era yo. Después, lo había hecho con esa mujer en las rocas; y éste sí que contaba (y con una puntua-

— Sí, sí...

— Pues entonces... para qué te pones a hablar... ¿Cómo va a ser él, si seguramente está con la otra?

— ¿Con la otra? ¿Con Marta?

— Pues claro, hombre. La tiene sola en la habitación de al lado... y con lo que ha pasado la pobre, necesitará consuelo... Le van los espíritus ¿no?... y a quien tú sabes, la que le gusta es ella... ¿O no la ha preferido a ella?... A ver si se creé que voy a abrirle las piernas cuando él quiera... ¡Qué se olvide de mí ese cabronazo!

Esperé a que se desfogara del todo. Estaba furiosa; y pensé que mi padre se lo tenía merecido. A ninguna mujer le gusta que su amante, por muy espíritu que sea, se vaya con otra delante de sus narices. Lógico. Por suerte, se calmó pronto, y enseguida reapareció el deseo. Volvimos a hacerlo; esta vez, sin preguntas y hasta el final. Fue estupendo.

A la mañana siguiente, me desperté feliz; abrazado a... ¡Marta! ¡en su habitación! Y por supuesto, no me acordaba de nada (¡Papá; eres una máquina!). Por suerte, no se enteró nadie; salvo quizá, la desconsolada Marta; aunque estaba tan confundida y tan centrada en sus relaciones espirituales, que lo más probable es que no hubiera reparado en el pequeño detalle de quién era el cuerpo que usaba su amante.

Pronto me olvidé de este asunto por culpa de una desgraciada noticia que me dejó de piedra y bañado en angustia. La leí en el periódico mientras desayunaba. Una mujer había muerto en el hospital de Puerto Rosario; la habían encontrado moribunda en la playa, en top-less y sonriendo, y no habían podido salvarla. No entendí nada. ¡Pero si yo la había salvado! Me sentí fatal: rabioso, decepcionado, ultrajado... La taza que sostenía cayó al suelo: se rompió en mil pedazos. La paz del comedor se alteró; y sentí que transmitía energía negativa que podría derivar en una racha negra de mala suerte... Hasta que vi su foto: ¡No era la misma mujer! ¡Era otra! Y entonces me sentí peor. La muerte me había engañado; me

había distraído con una pista falsa mientras cumplía lo que estaba escrito. (Somos una mierda).

Han transcurrido dos meses desde lo de Fuerteventura. De mis ideas perfeccionistas sobre las mujeres, no he vuelto a saber nada. Creo que quedaron sepultadas bajo tantas emociones fuertes; y es un alivio. Estoy inmunizado; aunque no me relajo, sigo en guardia, y me fortalezco obedeciendo las indicaciones del doctor Henry Tuales. Ayer, por ejemplo, vi una asquerosa película de bellas señoritas comiendo como cerdas en una cloaca; y ni me inmuté. La terapia funciona. Además, por si acaso, tomo algunas precauciones. El sábado, por ejemplo, salí a cenar con mis amigos y me senté de espaldas a la puerta. No quiero volver a engancharme con afroditas que después, cuando las veo comer, me hunden. La verdad es que estoy muchísimo mejor... pero sigo hecho un lío. Cuando le doy vueltas al coco, no paro de complicármelo. Pienso en esas historias, en todo lo sucedido, y ya no sé si estoy vivo o muerto (esto es algo que me preocupa); si soy yo, mi inconsciente, la diosa Afrodita o el espíritu de mi padre quien guía mis pasos y me recuerda intermitentemente que soy un tarado perdido. Me impacta haber conectado con esos relatos; haberlos conocido, como así parece, antes de que hubieran sucedido. ¿Tengo poderes? ¿Me los han prestado? ¿Ocupo un cuerpo, pero en realidad soy algo más que eso? (Ufff... ¡otra recaída!).

De las siete historias, hay una con la que todavía no he tenido contacto; aunque por razones obvias estoy seguro de que éste se producirá tarde o temprano: cuando sea el momento. Pero ya no espero más: publico los relatos y me libero. Por cierto, he podido confirmar que las voces y los gritos de las grabaciones nocturnas están relacionados con la apasionada relación de mis vecinos (me invitaron a su casa y comprobé que su cama está junto a la pared de mi cuarto), por lo que

Tuales y yo hemos descartado otras hipótesis y me he quedado más tranquilo.

¡Ah! no me he presentado del todo. En esta reencarnación me llamo Mata, Vicente Mata... ¡Un placer!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Tlaxcala. El Aliado de Hernán Cortés

2008. 578 págs.

Libro electrónico

Evaluación psicológica en el deporte. El cuestionario CPRD

2010, 372 págs.

Estrategias psicológicas para entrenadores de deportistas jóvenes

2004, 274 págs.

Intervención psicológica y salud: control del estrés y conductas de riesgo

2001, 524 págs.

Intervención psicológica en trastornos de salud

2000, 484 págs.

Psicología del entrenamiento deportivo

1998, 464 págs.

Psicología y lesiones deportivas. Prevención y recuperación

1996, 188 págs.

